

# ***La Amistad, el Amor y el Fin*** ***(Una alegoría de la vida)***

*Escrito en 1997*

**TOMÁS LÓPEZ ALONSO**

**Reg. Propiedad Intelectual 02 / 2016 / 2652**

**tla.libros@gmail.com**

**<https://sites.google.com/site/tlalibroses>**

## ÍNDICE:

<u>I<sup>a</sup> Parte:</u>	Un par de amigos:	4
CAPÍTULO	I .....	5
CAPÍTULO	II .....	9
CAPÍTULO	III .....	11
CAPÍTULO	IV .....	14
CAPÍTULO	V .....	17
CAPÍTULO	VI .....	19
CAPÍTULO	VII .....	22
CAPÍTULO	VIII .....	24
CAPÍTULO	IX .....	26
CAPÍTULO	X .....	29
CAPÍTULO	XI .....	31
CAPÍTULO	XII .....	33
CAPÍTULO	XIII .....	38
CAPÍTULO	XIV .....	40
CAPÍTULO	XV .....	44
CAPÍTULO	XVI .....	46
CAPÍTULO	XVII .....	47
CAPÍTULO	XVIII .....	50
CAPÍTULO	XIX .....	55
CAPÍTULO	XX .....	58
CAPÍTULO	XXI .....	60
CAPÍTULO	XXII .....	62
CAPÍTULO	XXIII .....	66



## **Iª PARTE: Un par de amigos.**

## CAPÍTULO I

Andrés tenía 34 años y un tiempo hasta Navidad. De pelo moreno y gran belleza, de ese arte que la naturaleza dona solamente a los escogidos, fluía todo su torso. Ojos pequeños, pero muy almendrados, de fino cristal centelleante, de larguísimas pestañas, todo el conjunto circundado por unas grandes cejas de un negro puro para que la melancolía quedase bien contrastada. Pero esas cejas también incorporaban la delicadeza, era el contraste con los ojos su esplendor, todo tan bien incrustado por la injusta madre naturaleza de los no agasajados. La fina y recta nariz, los gruesos y de delicadas curvas sus labios, las orejas pequeñas y de perfectas formas. Era todo en él un mundo sobrenatural de belleza. Porque el pelo tan lacio y tan nítido agasajaba su cabeza, ligeramente alargada, con la suficiente anchura para culminar el fenómeno, decimos: este es el final de su rostro.

El cuerpo era una consecuencia fácil viendo el triunfo de su semblante. Las justas proporciones, medianamente alto, de lógicas extremidades para no crear esa falta que nos obliga a decir -lastima. Con las manos de un pianista inactivo, completaba cualquier persona la creación del ser perfecto, pues bien claro tenía él que su gracilidad estética poseía hasta el punto necesario de la ironía. Un mínimo defecto en él, que en los demás hombres sería belleza, pero que al estar nadando en el mar de la abundancia podía sobresalir para una simple broma de la impotencia ajena, **exotizaba** aún más su radiante resplandor. La piel del blanco suficientemente rosado y amarilleado, para cromar el punto justo, enervaba definitivamente los ánimos de quién le contemplaba. Pero nunca o casi nunca, sino cuando la ignorancia era extrema, se hundían en el odio o en un excesivo deprimir. Era lógico, y la belleza se debía valorar. ¿Pero qué gran culpa tenía esa blanca mirada tan tranquila, que no denotaba más que el alma pura y alegre de su ser? Se predecía inmediatamente una sutil y modular conversación de su voz acompasada y de todas sus ideas brillantes. Le podemos dejar equivocarse.

Esta tarde estaba escuchando música en su habitación a la espera de que Enrique llegase. Enrique, ese nuevo amigo que a estas alturas de la vida indica permanencia, cuando la elección solamente se realiza porque obliga la sensatez de los acontecimientos, no porque queramos evitar nuestra soledad. Tan bella es ella cuando crea los mundos que anhelamos y que la realidad continúa esquivándolos para evitar que los alcancemos. ¿Qué hay después de ello?

La habitación donde duerme es pequeña por la cantidad de objetos que tan ordenadamente en ella se disponen. Sin embargo, tampoco afea la belleza de Andrés este orden, pues nunca llega al maniático rectilíneo de formas y situaciones, tan horroroso de contemplar. Son tan artificiosos aquellos jardines versallescós, que dañarían la vista sino hubiesen existido otras estéticas. El mejor orden es el que amolda todos los objetos para encontrarlos rápidamente.

De todas maneras, tampoco la habitación de Andrés es muy grande (3 x 2,5 m.), pero más que suficiente para dormir un chico que no tuviese una gran cantidad de discos (1000), *compacts*, libros y libros de su historia y literatura, de su música e informática; donde el ordenador y la cadena musical no estuviesen completos de la mayoría de accesorios, para que junto a la bicicleta, la estufa, la guitarra sin cuerdas y los extraños objetos adicionales no completasen el minúsculo espacio en donde moviese su figura. La mesa de estudio bloquea el acceso a la ventana si no retiramos la silla. La ventana ocupa una esquina del espacio por la que entran los exiguos rayos de la mañana. El piso es un primero y la ventana de *grill* da a un patio interior en este bloque del ensanche de Barcelona. La cama, enfrente del mueble de discos, sirve de sillón para sus amigos. Detrás de ella, detrás de la silla de la mesa de estudios, el mueble cama con todos los armarios de su estética ropa. Las cintas de vídeo encima de los muebles.

Pero a pesar del imaginable caos, él siempre encuentra sus cosas y sus amigos se quedan placenteramente admirados de que toda una cultura quepa en ese espacio. Los objetos son una prolongación de la belleza de Andrés.

Ya llama Enrique y ya está sentado encima de la cama de Andrés. Enrique es mucho más joven que él, 24 primaveras perfectamente estructuradas. Hijo de cierta gran familia, un abuelo noble, sus padres poseen la enseñanza y el oficio de las clases medias, pero a las que incorporan la verdadera sapiencia e influencia de su estar. Ambas nada fingidas, él comparte la verdadera disposición de sus planes. Enrique para Andrés reunía una especial combinación que admiraba de un modo gratificante, como el fino *boqueé* de las cosas grandes. Su carácter amable, hasta excesivo, unido a su humor y amor por las cosas sencillas, no rehuía la perfecta relación con su poderosa inteligencia, tan llena de conocimiento y arte. Él era capaz de hablar con cualquier persona de cualquier raigambre social, a pesar de que los tiempos actuales nos quieran negar las cosas más evidentes. La admiración de Andrés hacia Enrique se traducía en su saber estar y en la aceptación de cualquier persona, por su parte, para una conversación, pues comprendía el entorno de cualquier situación

problemática. Sólo rechazaba Enrique la hipócrita acción de los que querían presentarse como sabedores de todos los caminos del mundo. Como a Andrés, los que basaban su traje por el conocimiento artificial le forzaban el mayor de los rechazos, así como la ignorancia no reconocida por parte de la autosuficiencia. Éstos son los círculos cerrados que hacen la atmósfera pútrida para el desahogo.

- ¿Estás bien Andrés? ¿Tus padres y tu hermano? -con ese tono del musical piano.

- Sí Enrique, ¿y tú? Oye, te tengo que enseñar un nuevo libro, para variar -con ese recortar de la conversación, tan impulsivo en Andrés y tan definitorio como sus tempos de tranquilidad y del innegable atractivo-. No adivinas adivinanza qué es -con su característico y peculiar juego de palabras, siempre acorde con el salto tonal de su sonrisa clara. Tan niño y cristal como siempre. Con la inexistente inflexión de mal genio, para que sus opiniones sobre hechos e ideas, defendidas a toda pasión, nunca incordien a Enrique. Al contrario, él también ve en Andrés una perfecta conjunción de las cosas-. Pues es ¡tachán! -continúa el niño enredador-: El retrato de Dorian Gray.

(Que paradójica casualidad)

Comencemos los planteamientos culturales que nos gustan de decir, para encontrarnos un poco más, cada día, en esta vida.

- Ese libro de OSCAR WILDE, Andrés, mantiene un temperamento filosófico profundo. Aunque ahora hayas dejado de leer ensayos del 98, filosofía alemana del XIX e Historia de España, entiendo tu necesaria ida a la literatura. Qué mejor remanso introspectivo que descansar entre la libertad de los sentimientos. -Enrique se explica siempre de la manera a la que ya está acostumbrado a vivir Andrés, ondulando los sentidos para que sean ellos los que tranquilicen los nervios tan desesperados.

- Menos mal que comprendes mi trasunto -con esa irónica sonrisa, tan característica en él, y de la que se sirve para quitarle toda la tragedia a la vida y así poder devolverle todo su humor.- Te envidio tu completa **atemperanza** para, tras un libro de política exterior, tragarte después otro, a la vez de tenerte la obligación de contemplar las leyes sobre el plástico regenerativo; para pasar inmediatamente después a las memorias de Churchill. Antes me ha venido al trabajo la librería de enfrente y de Ramiro de Maeztu es mejor que te olvides.

- Esperan siempre el acontecimiento en nuestro país para hacer resurgir el ingenio. Lástima que este sea modal, esnob. Sí, en nuestro país

la sociedad hace moda de la cultura para llenar las estanterías con cualquier tomo variopinto. Encontrarás pronto a Ganivet, mezclado con Cousteau, porque ambos han muerto hace poco, el primero con la conmemoración y el segundo con la contemporaneidad. Después pasarán al desván si la familia es solvente y

- a continuación el conserje Andrés dará las gracias de parte de Dios (y mías) por recoger esos libros que acabarán en mis estanterías y no en la biblioteca del albergue, que ya tiene muchos para no leerse.

¡Ay mi España de siempre, la de los siempre héroes! La de los siempre olvidados.

- Enrique, vámonos ya a tomar algo, que los efluvios del fino alcohol nos arrastren a nuestros dignos pensamientos. Aquí está el libro de Ortega. Ese otro **pensante** desde las alturas, ¡pero qué perfecta intuición la suya! Conocía más al pueblo que muchos que se dicen proceder de él, sobre todo esos profesores, abogados, sindicalistas y técnicos que lo que hacen en el fondo es huir del amargor. Crean las bases de nuevas filosofías, olvidan las antiguas para crear nuevas. Pero esas nuevas deben destruir la memoria, así se explican tantos y tantos muertos. La doble cara de Joselito y Adolfo.

- No hay que exagerar con todos los profesores, abogados, sindicalistas y técnicos. Son necesarios, aunque deba considerárseles solo desde su pura esencia. Alguien debe enseñar, alguien debe defender y alguien debe mejorar la infraestructura. Debemos desarrollar los objetivos, las ideas de la gente. La base está en la mayor cultura. Tú mismo eres profesor.

- Y ahora conserje. Fácilmente puedes sacar conclusiones del más mínimo valor freudiano. Necesito formar bandas callejeras para ocultar por la fuerza mi frustración. Ocuparé un gran cargo y te colocaré en alguna embajada alejada.

- Tú bien sabes que eres incapaz del mal y que tu corazón solo suspira por esa musa que un día te encenderá definitivamente en el Sol.

- Enrique, tienes doble copa pagada.

- Claro que sí.

Ya bajan los dos amigos, fielmente conjuntados por las esperanzas bien trabajadas. La tarde es soleada y el cielo muy azul. Hasta los pájaros cantan más de la cuenta.

## CAPÍTULO II



El vermut había sido del más fluido transcurrir para Andrés, tan inusual sentir durante toda su vida. Estaba Andrés, por fin, en los tiempos definitivos, en esos tiempos que le iban a conformar el perfil siempre tan ansiado. Poseía conversación con la que ir hilvanando un argumento enteramente acorde con la manera de ser de la gente culta y sincera, pero a la que su carácter debía impregnar del suficiente genio con el que quedar gozoso. La amable sonrisa y expresión de Enrique le respondía positivamente a ese objetivo que cada vez menos le inquietaba alcanzar; al contrario, su seguridad le enajenaba para la construcción de los más variopintos argumentos y espacios. ¡Pero qué bien conjuntaba su deseo con la articulación de las palabras! El juego ya era desde la vida, y la presunción dejaba paso a los hechos. La modestia era la culminación de su genio sobre esa hermosa envoltura de manos finas y suave mirada, con esa palabrería fuerte, que flexibilizaba su sintaxis romántica, siempre necesaria en él. Era un romántico y el amor, o por amor, iba a morir.

Si el discurso de Enrique arrancaba en un instante por un hecho internacional, mientras echaba un nuevo sorbo de vermut negro sobre su cuerpo, tras el fondo oscuro de los añejos objetos de la bodega, resplandecía sobre Andrés el delicado cuerpo rubio de su nueva musa, una niña frágil del Pirineo. Intermitentemente, los ojos verdes y sus gruesos labios iban saltando sobre el ambiente cada vez más ebrio de su alma. Fiel a su ánimo estoico, al que últimamente la farmacia le había añadido la serenidad necesaria para reconducir los objetivos, iba jugueteando suave con sus recuerdos y fantasías, enumerando escenas del más simpático enredo. Y es que la carita pequeña de la que tenía que ser su chica, poseía todo el ordenado desorden que de la naturaleza siempre había experimentado Andrés. Hija única para el hermano muy mayor. Tan neuróticamente enamorados en este estanque embravecido cuando así lo necesitamos.

*«El humo del ya constante tabaco **libidinaba** enteramente mi cuerpo. Cuando el deseo sea realidad, no me sobrará nada de placer con el que disfrutarnos ambos. Te quiero, te quiero.»* La quiere bien bien.

El bar continuaba siendo el intermediario dominical de los espíritus deseosos, esperanzados y amargados. La gente aburrida no dejaba la suficiente sombra en las paredes para verse. Sentíase Andrés cada vez más confiado y feliz con su deseo platónico bastante tangible.

Pero volvieron por la noche los terribles pensamientos que desde siempre atormentaron a Andrés una vez acostado. Enrique, con sus 24 años, estaba bien resuelto con su novia; bien flexibles en sus comportamientos

comunes, sin ningún problema de asunción con sus respectivos quehaceres. Sus horarios y sus virtudes se corresponderían con un futuro matrimonial decente y comprensivo. Andrés, con sus 34, continuaba entre las aguas de un mar continuamente embravecido porque ninguna isla se interponía entre las corrientes. «¿Cuándo estará a mi lado la sombra verdadera? ¡Bah!, envidio a mi buen amigo entre estas tiernas lágrimas que calman mi tensión, pero prefiero continuar solamente con mis discos, mis libros y mis películas, si la chica siempre deseada no accede a mi anfiteatro.»

Andrés solía ponerle siempre el justo y digno estilo a sus pensamientos. Por ello continuaba aún en su habitación, repleta de todos aquellos innumerables objetos, bien dispuestos en el orden que nutrían sus pensamientos de sueños y esperanzas, de aventuras y humor. Nunca le preocupaba el futuro, pues sabía que conseguiría a la chica de sus sueños a pesar del transcurso constante del tiempo. Pero le favorecía tanto siempre el tiempo, que la envidia a su alrededor se hacía cada vez mayor.

La noche se apoderó de la vigilia de Andrés mientras sonaba mentalmente alguna canción del siempre amor, como el *Embraceable You* (versión CONNIE FRANCIS). Las montañas adquirieron de nuevo la suavidad que necesitaba. Y las nieves comenzaban a deshelarse con los primeros calores.

### CAPÍTULO III

Comenzaba una nueva semana de trabajo. Hacía tiempo que cierto tipo de nervios habían desaparecido y ya no le intercalaban en su argumento mental las crueles imágenes que correspondían a la semana en la que trabajaba en sábado. Un día del perfecto aburrir. Las horas y los días tenían ya el motivo de la vida. Su afición natural a la lectura, trabajada en el presente, le recreaba los espacios y sentimientos para continuar inalterable en sus objetivos. Eran ya 9 meses de una **atemperanza** hercúlea, donde la modestia se aliaba perfectamente con 5 o 6 tareas que era capaz de ejecutar a la vez durante los días. El transcurso de una a otra era inmediato -algo de orgullo recaía entonces- y las imágenes diferentes se correspondían por fin con el perfecto guión.

Después de su ducha diaria y del perfecto afeitado organizado, el café con leche culminaba la calidad necesaria. El matiz aromático que trascendía por toda la casa era un comentario más que admiraba el vecindario. El silencio solamente era esclavo de Andrés. Los únicos ecos del amanecer indicaban que eran ya las 6 y media para pronto salir hacia el trabajo. Sus delicadas manos hacían bien el juego junto a la perfecta mente organizada para poder conseguir los éxitos. Esa siempre es nuestra teoría. Hacia allá va con su *Rojos y Negros* de STENDHAL. Odiaba tanto la afectación de las gentes por su ignorancia hipócritamente asumida; odiaba tanto la afectación de todos los lobos que querían ser artistas en aquella velada literario-artística a la que Enrique le había invitado; odiaba tanto a los que reñían esas afectaciones para ocultar su insidiosa ignorancia; se odiaba tanto Andrés asimismo con el humor, que gracias a ese refuerzo, siempre en sí existente, podía, subiendo y bajando, aprender los pasos de la vida natural que desde siempre se había imaginado. Era tan imperfectamente perfecto aún y tan fácil le era leer a esos clásicos, que verdadero horror le causaban los estúpidos comentarios de su alrededor. «Tanta ignorancia en el poder para yo reírme.» Tanta ineptitud de comprender lo que siempre los buenos escritores me han transmitido: la perfecta arquitectura de la sencillez es la sombra de la llaneza; el perfecto conglomerado de cualquier complicación hace ininteligible la bondad para que bien se comprenda lo fatuo.

Andrés, orgulloso con toda la razón del mundo, se sonreía al leer placenteramente las fáciles líneas bien traducidas desde el alma del escritor. «*Qué grandes escultores de pensamientos para mi fácil consumo en estos*

*libros de buen bolsillo. El metro sigue poseyendo el romanticismo de mi pasado».*

En el trabajo no **ilogizaba**, como antes, los menesteres puramente necesarios de cualquier acción mecánica. Las llamadas telefónicas y la atención al público, la preparación de las entrevistas para las asistentes sociales, el abrir la puerta o la articulación diaria de los datos de su ordenador, ya no le aburrían y gracias a sus constantes lecturas. Más que nunca fluía todo su quehacer rutinario. Y sin casi un olvido, que eran siempre sin importancia, realizaba tan bien las tareas, que le daban el asombro profano para obtener una libertad en el trabajo más que suficiente con la que poder actuar como un jefecillo, al que la lectura le estaba permitida en los momentos en que no había nada que hacer. Qué bien justificaba Andrés los tempos baldíos con sus tempos bien diacrónicos. Que lógica para el **sinhacer**, tan hábito en mi país. La envidia solo era reflejo de su inteligencia, pero existía en los sujetos del lugar la suficiente enseñanza de que a trabajo bien realizado dejémosle hacer. A ello había culminado su prestancia de carácter contestatario y bien razonado. A cualquier impertinencia, él se adelantaba con la madre de la mayor de las impertinencias. A cualquier insinuación lacaya, él concluía con la sentencia del mayor de los bufones del rey. El rey tiene sus muñecas para maltratar. Tanto le valían sus conocimientos informáticos, su don de gentes y la aureola de intelectual, que él no había creado jamás, pues llevaba los libros para leerlos.

Nuevamente reaparecían los pensamientos de su incapacidad para algunas cosas de la vida; había llegado a comprender que sus límites bien asumidos le darían la felicidad. Así siempre hablaban los profesionales sobre los alcohólicos, los drogadictos, los ludópatas y los artífices de la locura. Asumiendo se comenzaba a caminar por los caminos concretos que él ya conocía demasiado bien. Ello le daba la tranquilidad. No era llegar a ponerse una venda para evitar el contacto exterior; no tenía porqué exagerar la posición de Pedro en el mundo que había leído en *La Sombra del Ciprés es alargada*, de MIGUEL DELIBES. Aunque decidiera el protagonista enajenarse de todo contacto afectivo, para evitar los sufrimientos que conlleva la cruenta realidad física de la vida, al final no pudo dejar de enamorarse, para perderla después bajo las aguas sucias del puerto.

Había bastante más que ocultar que aquellos meros planteamientos, tan singulares para su alterable mente. Pero ya bien asumida su frontera, Andrés podría arraigar respeto y atención en sus semejantes, incluso la admiración de una persona culta como Enrique, pues solamente alguien de su mismo nivel podría comprenderle y así adularlo. Únicamente llegan los aplausos de quienes tienen el mismo corazón, que siempre es independiente

de los conocimientos. Actualmente se denomina inteligencia a cualquier saber, esté o no esté estabilizado por un perfecto guión de la experiencia y de la pureza. Para Andrés, corazón e inteligencia eran lo mismo. Ese fue su mayor pecado en esta vida, al margen de su terrible freno: así, siempre fue burlado y envidiado.

El trabajo continuó igual de flexible tras el desayuno, con las mismas expresiones telefónicas y los idénticos pareceres de siempre. Pasaba las mañanas tan rápidas últimamente con sus lecturas, que el aire de imbecilidad que muchas veces, y en diferentes intensidades, se respiraba a su alrededor, se había transformado en un comediante tónico para sus pensamientos.

## CAPÍTULO IV

El teléfono sonaba en casa de Andrés porque Enrique lo había marcado, ¡no te fastidia!

Quedaron para las 6 y media, después de que Andrés pudiese haber paseado por uno de sus entornos preferidos, allá por una zona comercial del Ensanche. Qué diferentes eran los ambientes que él creaba. Debía de salir de casa ya con una idea preconcebida sobre la compra de su libro y de su disco; pero la idea era el punto ígneo de todos los acontecimientos que se irían desarrollando durante todo el atardecer. Debía tener textura y un volumen frecuentado por multitud de matices y luces. Se situaba en un momento del mundo, hagámoslo hoy sobre el primer romanticismo europeo, durante el segundo y el tercer decenios de luminosos impulsos y sombras de acción. Prolongarlo sobre el cuarto para hacerlo más maquinal pero igualmente excelso. No dejes alentarte demasiado por la teoría. Entonces salimos a la calle, bien iluminada hoy por los rayos de la tarde, con un ímpetu fulgurantemente tranquilo. Bien comedido en sus pasos, se dirige plácido hacia el metro. Si entre la nueva línea que al centro le lleva en 5 minutos, sin transbordos y con toda la buena estética moderna, y entre ese margen antes de las 5, a partir del cual se comienzan a embotar las calles de peatones, conseguimos mantener la primera idea, nos resultará placenteramente fácil imaginar.

Llegado a una de esas calles anchas de edificios modernistas que resumen los decorados arquitectónicos de todas las épocas, continúa caminando entre las miradas expectantes. Tantas chicas también bonitas. Dentro de una de las tiendas más frecuentadas por él últimamente, en la que puede adquirir todo lo que necesita y a un precio normal, fácil le va a resultar salir satisfecho. Lejos quedan ya los tiempos de buscar lo más barato para que después quede algún producto también sin adquirir. *«Trabajo para poseer un servicio.»*

Como su mente cada vez se agranda más sin que le entre un atisbo enfermizo al modo de Schopenhauer, le es tarea fácil concretar su adquisición entre un mayor número de espacios concretos. Y después de *“Rojo y Negro”*, *“Madame Bobary”* de FLAUBERT le parece insinuante por el ambiente que necesita continuar manteniendo. Aquellas mentes que separan tajantemente Romanticismo y Realismo no comprendieron nada. Él, que vive de esa simbiosis tan recreativa, tan propia del carácter romántico.

Los rayos del Sol que se infiltran por unas pequeñas cristaleras superiores del amplio local, se mezclan en un bello cromado con los fluorescentes especialmente diseñados. Cuantiosos son los muebles, sencillamente decorados, que agrupan la multitud ordenada de libros. Toda la tienda de los actuales tiempos modernos para crear otra estética. Bien me parecen también algunas modernidades a pesar de los cada vez más falsos momentos. La cultura está aposentada para que simplemente se compre y se justifique en las casas, no para adquirirla. Antes, la gente de mayor proporción no conocía a nadie, solo su trabajo y los bailes. Actualmente, toda la población está especializada en un solo conocimiento para conseguir destacar con el mínimo esfuerzo. El *marketing* aplicado a la cultura hace que cualquier inepto venda 100.000 libros, pues al menos hoy en día los libros se compran. Me gustaría ser un juglar como mi abuela.

«En la sección de discos, ahora mayormente *compacts*, adquiero a buen precio algo de mi buena música.» Pronto van a ser las 6 menos cuarto y todo está bien ligado en el tiempo. Andrés jamás llega tarde a una cita. Se queda a tal hora por algo. Aunque ya está acostumbrado a esperar. No aprende, puesto que la palabra ya está enseñada.

La tarde posee los tonos más agrisados que matizan el azul sobre los verdes plataneros. El tráfico más intenso no le molesta para nada. Y es que sus pensamientos ya están de nuevo metidos en el terrible problema de su vida. Esos amores que durante todo su tiempo han sido imágenes fantásticas. Pocos momentos de realidad consumada. ¿Pero es que no se puede amar lo que uno siempre quiere? «¿Es que me tengo que echar atrás como un cobarde, debo transformar el amor en una mercancía como hacen los demás? ¿No puedo enamorarme terriblemente?»

Ese desorden en la conciencia de Andrés le produjo siempre el continuo sufrir por desamor. Sin llegar a exagerar, sin convertirse en un morbo del dolor, seguía ingenuamente las esperanzas de las posibilidades. Todo será. Y una primavera tras otra, un invierno tras otro se amontonaban los deseos y los regalos, las adulaciones y la caballerosidad sobre cualquier mujer amada. Incluso cuando la desesperación le forzaba al simple donjuanismo del placer, la atención y el respeto eran admirados sobremanera. Pero era normal que terminase rechazado antes de comenzar cualquier idilio. Los comenzados **efusionaban** el ánimo de la amada, pero al transcurso de varios meses Andrés era apartado siempre de los brazos de su idolatrada por las cuestiones más inverosímiles. Su fogoso amor, heredero de la naturalidad, no compensaba el seguir amándolo. Y es que debería comprender Andrés que el amor es mucho más que miradas, besos y atenciones. Nuestro querido, e incluso ya admirado Andrés, debería

aprender más de relaciones sociales, pues ellas son la base actual de todo éxito. Hay muchas biblias al respecto.

Ya revolotean nuevos pájaros; en esta ocasión del pre-Pirineo. Ese pelo rubio **laciado** sobre un rostro pequeño de grandes rasgos: grandes sus ojos verdes y sus pestañas, sus cejas y su nariz no querida por ella -sí por él-, su hermosa boca y orejas aleteadas que ocultaban tan bien el arma de mujer. La altura adecuada a unos dedos suyos. ¡Qué bien se apoyaría! Su estilizada figura, ahora más delgada, se proporcionaba perfectamente con sus amplias caderas. Sus pechos, qué hermosos y suficientes, bien destacados sobre su figura. Cuanto la quiere.

La tarde es perfecta. Leyendo desde casa para comprar un nuevo libro que amenizarán los LOVIN' SPOONFUL. Bajo este entorno del romántico mundo suyo, se ha de admirar que verdaderamente la tarde es de las más hermosas de esta recién comenzada primavera. No confundamos las cosas y reconozcamos los hechos.



## CAPÍTULO V

- ¿Cómo estás Andrés, todo bien? -siempre con ese diplomático tono de su más que posible profesión. Pero él no llevaba la dignidad afectada por los estudios. Ya del mismo nombre le venía el aire sereno y franco de las personas que poseen verdadera educación.

- Bien, gracias, ¿y tú? -Andrés se iba acostumbrando a mayores buenos modales. Era su amigo y aunque le habían incomodado en un principio sus aires protocolarios, ahora ya más en el tiempo, que procura la amistad, no le era muy difícil contestar con el mismo donaire. Andrés había construido desde siempre unas formas de excelsa caballerosidad que nunca dejaban entrever ningún rasgo de falsa pompa ni ningún artificio en las palabras. Como su rostro; emanaba la belleza ingenua de su boca como el brillo de sus ojos negros. Tan admirado era por el benéfico entorno. Ya pasaron aquellos tiempos de acomodación a las circunstancias y que denominamos experiencia. No se le burlaban ya ni las más mezquinas mentes a las que bien les había demostrado valentía y rectificación. Su ponderación se imponía en un control de las circunstancias después de la catástrofe. Siempre rehacer lo más imposible. Ya tenía el gesto inscrito en la cara, el de ser reflejo de un alma endurecida que solo ofrece la buena paz del gozo a todos. Y la estúpida respuesta también para los estúpidos, pues se debe insultarles con su mismo lenguaje, insinuarles meramente algo superior, pues si no a uno no le comprenden. Si la persona posee cierta categoría de comprensión se puede ir subiendo el tono para conseguir nuestro mejor divertimento. ¡Cuántas veces se divertía así Andrés con sus víctimas! Con ese lenguaje que le forjó Dios.

Decidieron ir a tomar las cervezas al bar de estilo donde se escuchaba el ambiente deseado. Con una decoración de maderas y sillerías de antes y de ahora, el equilibrio lo daba la modernidad bien compuesta del mobiliario. Lo añejo nunca será cutre si la calidad máxima forjó aquel bar. El cuidado y remozado de todos los objetos es el mimo necesario que debe disciplinar las almas superiores. Aquí, con un tango de GARDEL de fondo, el futuro tiene la mejor de las esperanzas para Andrés. ¿Dónde estará su amor cristalino? Él al menos piensa en ella, la mitad del camino está allanado.

Toman dos buenas cervezas.

- ¿Por qué eres siempre tan humilde, Andrés? ¿Por qué no valoras todo lo que eres, desde esa belleza distinguida hasta ese amplio conocimiento que te permite tanto sonreír?

- Porque soy lo que soy ahora, un conserje y ya está.

- Sabes que no importa el trabajo, que es un mero trasunto de las circunstancias y que tú con poco que te propongas imperarás sobre el excelso de la gente que aquí nos encontramos.

- Tú sí que llegarás pronto, por el conocimiento científico, a encontrar tu base de operaciones desde la que gobernarás toda tu futura vida. Me permitirás llevarte la cartera.

- Con todo el gusto. Andrés, Andrés, sabes que estás fingiendo. Afronta definitivamente lo que tú sabes que vas a hacer.

- Enrique, debes darte cuenta ya, que lo tengo todo calculado desde el punto de vista de mi lógica. Yo no puedo aguantar más de 5 minutos preparando una estrategia, me aburre, me arruina mi libertad, me asfixia, me retira de ser mi propia imagen. Debo, como siempre, aprender con el error, con ese caer y decaer y volver a ponerme en pie, para que con una sierra, cada vez más elevada, llegue a abarcar el máximo que puedan mis brazos. Será entonces, cuando tenga las ideas suficientemente fuertes, el momento de intentarlo, y en ese momento Enrique, no temas, haré todo lo posible para obtener lo que este mundo me permita y se deje quitar.

Enrique se calmaba con ese modo de responder de Andrés. Aún no se conocían de hace mucho tiempo, pero debía dejarle aún libre para ver si obtenía de él el paso siguiente y decisivo. De ese modo sabría si Andrés sería un nuevo conocido, mucho más dinámico y original, de mucho mayor saber, pero como una más de las tantas y tantas amistades que él ya tenía; o un amigo de verdad. Un amigo necesario para las fatigas que su modo de ser necesitaba, una persona con ganas y valor de realizar las más altas locuras para cualquier mente oscura. Él precisaba de un músico, de un pintor o de un escritor capaz de autorreconocerse la suficiente fuerza interior para poder realizar obras auténticas. Tener acción para intentar conseguir un público que le apreciara y le adorase. -Malo, esto de los honores-. El triunfo llegaría con el profesionalismo, y las experiencias, siempre en ambos amigos muy rebosantes, les permitirían crear mundos con los que seguir alimentando otros nuevos futuros. En esto había un matiz diferencial entre Enrique y Andrés. Mientras aquél muchas experiencias las obtuvo de lo propuesto: *«a los 17 años me propuse viajar para conocer...»*, Andrés adquirió la experiencia sin buscarla. Fue el dolor el que le enseñó a vivir.

## CAPÍTULO VI

Andrés estaba muy fogoso esta mañana. Todos le notaban sobreexcitado por un motivo que no acertaban pero que apuntaban a la más común de las trivialidades dichas en estos casos:

- Andrés está enamorado.

Y efectivamente así era. Había quedado con aquella chica frágil de corazón tan fuerte.

El tiempo sirve de ejemplo para nuestros hechos futuros, pero Andrés cada vez que ampliaba su horizonte más aviejaba su corazón. Era torpe para las cosas de la vida, en la que se debe ser muy práctico si queremos obtener buenos resultados. Él continuaba haciendo trabajar mortalmente su ánimo y su sentimiento. Lo que el narrador no comprende es que a pesar de llevar la destrucción en sí mismo, cada día el tiempo le beneficiaba con una belleza más encantadora. Los rasgos se componían de detalles suficientemente infantiles y suficientemente adultos para decirme que era un joven experimentado en las facetas más altas del amor, aquellas que tan tontamente describen los poetas como arrebató y desilusión, y que contra más desengañan a los prendados, más continúan auto engañándose éstos con seguir amando más y más a la persona que les ofreció algo del amor, que tan ingenuamente han tomado para toda la vida.

Lleva tres días seguidos llamando a su casa por teléfono y siempre recoge sus palabras su madre, simpática y educada; no le extraña esta combinación, cada día más inexistente. Por algo él quiere a su hija. Pero nada, no está y ella también tiene su teléfono. ... Desde uno de los bares llamó ayer Andrés, delante de Juan, otro amigo suyo, y las únicas ganas que tuvo de hacerlo delante del público fueron las de gozar en común de su felicidad. Él no necesita fanfarronear, él solamente presume del amor.

- 3 días llamándola y no te contesta; a las mujeres no les gusta que vayan detrás de ellas.

Estas palabras, paradójicas con otros tantos consejos que siempre le han dado y a los que nunca hace el menor caso para su mal, en otro instante le habrían acibillado el alma. Tras el primer pinchazo, resurgió sobre el ambiente del bar la simpatía con que le había tratado su madre. Tenía bien claro que no por la familia entraría en el umbral. Pero fue tan benéfica su expresión, qué cómo va a comprender Juan estos sentimientos si siempre ha sido un chico práctico, a pesar de que tenga también en sus ojos esos recuerdos y esperanzas de tangos y rancheras que tanto le gustan.

Andrés tenía guardado desde hace dos semanas en su cuarto, aquel borrador original de sus palabras de amor hecho libro. Con una carta. Con un álbum, cuya portada eran dos niños enamorados montados en una moto. Ella rubia, adorando a su conductor moreno. Qué casualidades hacen las tiendas; qué tendencias, asimismo pervertidas, mecen sobre los infantes. Se apoyaba ya durante 2 semanas sobre el armario de los miles de discos y cientos de libros y vídeos. Continuaría allí eternamente, porque Andrés nunca aprende. Aunque relejera mil veces aquella nota que Isabel dejó despistadamente detrás de la contraportada del libro que Andrés hacía meses le dio para leer, mil veces encontraría “razones” para sacar lógicas conclusiones de que el único y verdadero destinatario de la misma era él.

¿Es que era incapaz de sacar un mínimo provecho de uno de los epigramas, dichos y sentidos, con los que tan bien **prefacia** STENDHAL los capítulos de su *Rojo y Negro*?:

*“Para un hombre de imaginación, a poco ardiente de corazón que sea, palabras sueltas, coincidencias casuales se transforman en pruebas de absoluta evidencia.”*

SCHILLER

Así también yo voy rellenando el libro con las palabras que provienen de la cultura.

Sí, Andrés era ese romántico fuera de su tiempo y que creo yo que se confunde con un enfermo, pues es bastante evidente que sufre la enfermedad del corazón.

Bien se expresaba la nota de un día de julio, en que las cosas iban del todo mal con su novio: no la llamaba, no era atento últimamente con ella, no se preocupaba de su estar. Con lo tanto que necesitan de los hombres las verdaderas mujeres. Era muy fácil para Andrés confundir la evidencia para su propio interés. *«Claro, en ese tiempo yo aparecí, un nuevo aire fresco la rodeó. Pero yo dejé escapar la oportunidad como el mayor de los cobardes. Pero yo hice todo lo que debía, ¿no estaba aún saliendo con él? Quedamos para agosto, la llamo, y tan inexpresiva fue su conversación, que me dio el golpe definitivo.»*

Pero allá por este noviembre último, fue una mañana tan hermosa aquella para realizar la llamada. Después quedaron, y a continuación de los pendientes regalados y las siempre cintas de música, encontró la nota. Todo cuadraba, pero únicamente para mentes tan rediles y tan oscuras de planteamiento. Realmente, de personajes así salen la mayoría de líderes y dictadores, creyendo en su única idea.

Pero al narrador se le escapa que Andrés bien feliz es para el amor y que del odio pronto surge la esperanza. Tras perderla toda, queda el sonido mágico de una canción de OLIVIA NEWTON JOHN. *«Está bien este LP que me he comprado: “Totally Hoot”. Realmente me puede servir para enamorarme.»*

## CAPÍTULO VII

Andrés hablaba tan musicalmente esta mañana con Enrique, que el único detalle que le faltaba a aquel café tan típico de Barcelona era el amor. Ese sueño rubio, de aquellas tierras altas del Pirineo, iba a trascender durante tiempo en los sentimientos de Andrés. Puede que incluso le marcara otra zona de su corazón.

Como es muy típico en las novelas, y no menos en la mía y en el cine, como un nuevo espejo de la vida, aquí el narrador debe justificar los diferentes estadios provocados por la tensión del amor con los de una purificación de la misma, gracias a las conversaciones que sobre la cultura intenta trivializar una de las parejas protagonistas.

Enrique le volvía a achacar a Andrés su gran impulsividad hacia la humildad. Dudaba en ocasiones sobre si el origen real de ello fuese pura y simplemente la enfermedad. Cuántas veces se ha leído sobre los más admirados genios que la locura les forzó a su obra, que la obscuridad pura que creíase esconder dentro de sus magníficas almas, era simplemente el falso reflejo de la destrucción y de lo horrible. Incluso la misma impotencia de sus caracteres forzaba a justificar los hechos en la vida. Pero Enrique no era tan estúpido para creer en breviaros del más insípido de los universitarios, y contra más experimentaba en la vida, más lógicamente veía reflejado en los libros las dificultades y los amores de sus héroes. «*El drama les hizo hombres y con ellos gozamos*» -le repetía tantas veces Andrés. Y es que desde sus ojos almendrados descendía todo el dolor hecho melancolía. Esos ojos achinados que eran un síntoma de épocas pasadas en situaciones de angustiosa vitalidad, y que el futuro le continuaría reafirmando.

- Andrés, siempre el amor atormentándote, pero ya has conseguido amarrar bien el caballo...

- ... para que la suficiente luz de sus correas le dejen el vigor suficiente para no poderse escapar. Pero dejemos el tema.

- Sí, porque a mí lo que ahora me interesa decirte, ya que el amor no te lo puedo regalar, es continuar insistiéndote en la faceta que deberías seguir para perder la humildad y lanzarte hacia al éxito.

- Ya comenzamos de nuevo el drama de mis oídos de siempre ante tu deslenguada vergüenza. Enrique, todo llegará a mi manera.

A su manera podría significar todo menos el autocontrol del sentimiento. Su arrebatada pasión no es que le forzase a realizar proezas de tan mal gusto como la de encaramarse con una cuerda hasta la habitación de su amada o la de pegarse un pistoletazo en cualquier amago de locura.

Pero sí dejaba de ser un cobarde para convertirse en un enajenado exaltado, nada más lejos de la valentía, y liarse a puñetazos con sus enemigos en el amor o para morir paso a paso en el transcurso imperecedero de los segundos que marca el reloj de pesas. Realmente, cada vez estaba más seguro que Andrés era un muerto en vida, no le desanimaba el futuro, pasaban los años y él continuaba casi tan joven, pero mejor favorecido, por los rasgos que le iba marcando la experiencia.

Y el café permanecía tan romántico para el insigne espectáculo. Las mesas, tan curiosamente repletas de tazas y cucharillas, de ceniceros y cigarros. Y una pareja besándose al lado de ellos y que hacía poco tiempo que habían llenado de amor el ambiente y puesto muy nervioso a Andrés.

## CAPÍTULO VIII

El tiempo es el elemento básico para curar las heridas provocadas por los contratiempos. Frases así, en los momentos más complicados de los sentimientos de Andrés, le eran de lo más estúpidas. Solamente después de que las características de la realidad le impusieran el autodomínio, llegaba a comprender que callando y esperando el sedimento del tiempo, las cosas del amor se vieran de otra manera. El resultado siempre era el mismo, cuando los días le dejaban el halo de la melancolía. La desesperanza arrebatada se sustituía por ese carácter estoico tan propio de su tierra. Y en él era constante terminar así: su nueva musa era cada vez más querida a pesar de que ella no se dignara telefonarle siquiera.

Los sonidos de las canciones de siempre rumorean a su alrededor para establecer la calma necesaria, y lo que las notas musicales le hacían era devolverle ese fuego del amor en forma de esperanza. Curados el odio y el enfado, veía a su amada como la persona de mayor alma blanca. Sus sentimientos y acciones en absoluto eran impíos y únicamente era él el culpable. Las cosas debían de hablarse y sentirse día a día, paso a paso en el amor; llegaría la ocasión de explicarse y de comprenderla, y seguro que conseguiría su aprecio. Es estúpido continuar enamorado sin tener una mínima posibilidad. El problema es siempre creerse con esa nueva partida. “*Pero nuestro héroe*”, por más que lea a Newton, a Bacon y a Hume, menos comprende la exactitud de sus pensamientos, al contrario, llega hasta iluminarse en su ánimo como si hubiese tomado cualquiera de los clásicos alcaloides, transformando las ideas originales de sus autores en el mayor de los contrasentidos científicos.

El cielo penetra sus luces sobre el ánimo del amante para hacerle ver más claro que su enamoramiento es verdadero. Y avanzando poco a poco la tarde con sus lecturas del s. XIX, continúa drogándose de los aires envolventes de la pasión. Y la locura sigue en él, permanece a su lado como la sombra más cierta. Se acuesta con ella para sentir simplemente el dolor de los sentimientos. Pobre loco enamorado en el s. XX con el corazón del pasado. -Deja de ser estúpido para convertirte en uno más de nosotros. Al menos dormirás caliente.

Estas representaciones del horror solamente las realizaban espíritus inmorales y aburridos. Los antiguos emparentaban inmoralidad a ignorancia. Éstas eran sus ideas al respecto y Andrés, por mucho que le hagamos sufrir, no va a cambiar. Es un pobre enfermo de amor.

Continúa cayendo la tarde en la habitación de Andrés, y asimismo, continúa subiendo el ánimo de Andrés. Cada vez está más seguro de acertar



lo que piensa. Isabel comprenderá, por fin, que ella y él han nacido para un único destino. Se escuchan los últimos compases de un disco mientras el tráfico se hace cada vez más apagado. La ciudad comienza a dormir bajo la luna más blanca del mes. Los corazones están de nuevo dispuestos para soñar sus fantasías; las esperanzas aún, hasta que se hagan realidad. Que placentero es conciliar el sueño para muchas personas enamoradas. Las primeras estrellas del sueño comienzan a asomar sobre el cuerpo de Andrés.

## CAPÍTULO IX

De nuevo se hace el impasse en los momentos vitales de Andrés. De nuevo necesita pasear y hablar para controlar el fuego desbocado de su interior. De nuevo se ve forzado a aguantar la realidad de las cosas y qué mejor sonido que GARDEL acompañándole. Aún quedan 2 horas para ir al parque con Enrique y para comenzar a hablar con alguien que comprende su locura. Recuerda, oyendo las notas y los versos de sentimientos, el mismo ambiente que esta música, de allá los mares, siempre le produjo desde la niñez. Su formidable dominio de los escenarios le creaba imágenes fotográficas de espacios y colores, de sonidos y gustos. Su poder alternaba con el énfasis de su carácter enfermizo, que en ocasiones le aprisionaba en la repetición. Pero por fin las imágenes sencillas del amor, que son la base de la pasión y del éxito, volvían libres en la mejor época de su vida. Él no podría conseguirla, estrecharla entre sus brazos hasta reducirla de amor, pero ¡ay!, si ella supiera de su arrojo: el de siempre suspirar sobre un pasado fondo de canciones.

Enrique volvía a llamarle por el interfono y la real tranquilidad de nuevo se le apoderó. El tiempo pasaba triste y melancólico, al menos cada vez estaba más lejos de la desesperación. Existían puntos lógicos a su alrededor de que otra volvería a ocupar su lugar. ¿Otra rubita tan pasional por sus ideas, capaz de extraviarse en el tiempo por su ideal? No, se aburriría para siempre su eternidad. Pero al menos dormiría amargamente caliente y la soledad no le destruiría. Y su alocada mente tendría espacios y momentos de los que ocuparse. Todo podría ser plausible, y ser prácticos implica supervivencia. Pero estos pensamientos del raciocinio son fáciles de entablar en mentes que únicamente creen en la esperanza. Ese margen, siempre dispuesto a recordar y a imaginar, arruina las grandes empresas de las naciones: fábricas y puentes son imposibles. Déjese el camino transitable a los espíritus puros.

«Enrique sí que posee ese espíritu por muy elevados que sean sus sentimientos. Sabe tirar de las riendas a tiempo para evitar las catástrofes ocasionadas por la locura».

- ¡Qué! ¿Todo bien?
- Sí, Andrés; tú, como siempre, impecable.
- Para lo que me sirve.
- Ya estamos.
- Ya estamos paseando de nuevo el tiempo para conseguirmos un porvenir. ¿Mejor así?

- Siempre tan risueño. Tendremos una muy buena tarde para tratar de hilvanar todos nuestros pensamientos sueltos.

- Todos nuestros sueltos pensamientos.

Llegaron a la media hora de salir y el parque tenía cromado el césped del verde oscuro de las primeras tardes primaverales. Los niños estaban llenando poco a poco el parque de chillidos y gritos. Tan emocionalmente gráciles para el interior de Andrés. Andrés recordaba sus tardes infantiles de aquella extraña paz. Del derredor violento surgía la libertad del juego. Sus enemigos, compañeros de clase y ciertos profesores, le infligieron la disculpa futura que él no iba nunca a emplear. Allí libre, con sus verdaderos amigos, escondía su cuerpo de quién le tocara parar en el juego del escondite. Mientras buscaban y buscaban los del equipo contrario, él se iba a imaginar sus mundos con su mejor compañero de clase, David. David poseía un pelo muy rizado sobre tez blanca que siempre le pareció natural y necesario. La amistad crea los principios de la vida. De esos sueños de pasados futuros siempre se compuso Andrés y así aún continúa para su error. David no es el mismo aunque siempre digamos lo mismo del amigo que nos ha traicionado. Esta vulgaridad, tal sería, si fuese incierto el hecho. No, David era casi el mismo, pero la edad adulta imprime los portes rectos que la infancia difumina en la esperanza. David continuaba igual, tacaño, menos por su decente posición; inestabilizado por su madre posesiva, pero también animoso para seguir tras los pasos del saber: su continuo comprar libros y la persistencia de sus ideas generales sobre la vida, aun a Andrés le satisfacían para frecuentar su amistad. Su asco común a todo ser trepador, desde la más fantástica idea revolucionaria, le unía fielmente a Andrés. Ellos, que habían mamado desde tan bajo, qué bajos les eran los actos de políticos y sindicalistas que habían surgido desde la nada.

Andrés tenía ahora, en una mente superior a la suya, en la de Enrique, la verdadera retaguardia, siempre dispuesta a facilitarle la defensa de su andar sobre la vida. Sus grandes conocimientos le convertían en el sabio que siempre necesitaba para frenar sus inexplicables impulsos y sus muchas veces ignorante verborrea. Él solo poseía la belleza y el genio, que poco a poco iban sedimentándose para adquirir la sabiduría que pretendía. Pero siempre esa pretensión fue a posteriori, solo tras el error y el sufrimiento de sus deseos conseguía ir domando su carácter. Su personalidad iba adquiriendo con el paso del tiempo ese aire estoico que Enrique le aborrecía muchas veces: «*Deja de ser humilde*». Nunca fue su gran enseñanza religiosa la causante de tal movimiento, sino la de relacionar directamente tal enseñanza con los actos. Las ideas que su familia le había inculcado demostraban el origen llano de su sangre. Y si existen predicamentos y refranes ¿no son para cumplirlos? A David, sin

embargo, bien le habían enseñado a guardar la ropa. Y a Enrique a aprender con la buscada experiencia. Andrés continuaba, sin embargo, esperando con la esperanza.

Aún no les habían encontrado, estaban muy bien agazapados tras un seto flanqueado por varios chopos.

- No, Enrique, no cogerán a aquellos niños, son muy listos y de paso se podrán permitir soñar. Realmente creo que juegan al escondite para esconderse de la vida que les espera.

## CAPÍTULO X

Andrés desde siempre había sufrido pesadillas terribles en las que los volúmenes se apoderaban de su vitalidad hasta ahogarlo. Las paredes se alargaban hacia el infinito desequilibrio tanto como el suelo se abría a sus pies y el techo era sustituido por la bóveda celestial. Cientos de veces eran formas las que le aprisionaban y le palpaban. Querer despertar y no conseguirlo, saberse con los ojos abiertos y no poder dominar su voluntad. Gritar madre y madre hasta alcanzar el súbito despertar que le dejaba tranquilo tras el agotamiento. Como Andrés poseía una poderosa imaginación, digna de su personalidad, el sueño era habitual en él. Extraños desasosiegos y niveles atemporales le acostumbraban pronto a no darle la importancia que otra mente inferior siempre le habría dado en cualquier conversación de amigos. Él sabía que esas cosas eran lógicas que le ocurriesen ¡y nada más! Pero últimamente el incremento de sus devaneos somnolientos le hicieron estar más atento a su estado. Y cierto temor se iba apoderando de él en el último mes. Nunca se había preocupado en la vigilia antes de dormirse. Dominaba la situación perfectamente, pero la mayor repetición última le hizo más precavido. Sin embargo, a la sexta semana los sueños recobraron la variable habitual y Andrés se reconfortó de nuevo consigo mismo.

Unido a ese mal soñar de algunas ocasiones, su mente era propensa en otros momentos a un desequilibrio más preocupante. Dos o tres veces al año caía en estados de inacción durante varios días, que se podían prolongar en varias semanas. En esos accesos de desahucio psíquico, a duras penas conseguía mantener el nivel personal suficiente para realizar sus tareas diarias. Al contrario, debía abandonar sus lecturas y programas informáticos, que después del trabajo de recepcionista gustaba de hacer por las tardes en su casa: sus mayores *hobbies* al tiempo que se hacían los sonos de la música. Ésta luchaba a su lado frente al enemigo común y no sabía qué hubiese trascendido de su vida de no haberse agarrado a ella en aquellos momentos terribles. Imágenes sobre sus desapariciones en esta vida le eran entonces habituales y sin ningún descanso de horrenda visión. Aunque la justa solución era aceptada tranquilamente. Su característica sangre fría se alimentaba, como nunca, de instantes como aquellos. Quién sabe si de aquí emanaba todo su temple.

En el trabajo resultaba irritante y estúpido y debía de conjurarse con la mayor de sus fuerzas para evitar males mayores. Gracias a su propio reconocimiento, y al hecho de que los ataques desaparecieran pronto,

evitaba disgustos mayores con sus compañeros. «*Realmente, casi siempre Andrés era adorable*», en palabras de todos sus amigos y enemigos.

Los días aquellos le impedían soñar pesadillas, quizá como consecuencia del agotamiento con que llegaba a la hora de dormir. Era cuando despertaba, el instante en que realmente comenzaban las pesadillas. Unas extrañas imágenes relacionadas, a las que le era imposible substraerse, le arrastraban todo el día sus inocuos pensamientos. El único resultado era el dolor profundo, la pérdida de la concentración tan necesaria en él para recrearse en sus fantasías; éstas que le daban el aire para poder respirar los aromas de la vida. Se ahogaba, se ahogaba hasta la desesperación.

Pasados los periodos de crisis, cada vez, por cierto, mejor llevados por él, retornaban en pocos días la calma y el orden; su cara desencajada volvía a adquirir la belleza natural y la envidia volvía a ser su compañera. Era de nuevo el triunfador y únicamente los pájaros, el viento y los niños le comprendían. ¿Cuándo aquella chica rubia? Isabel, Isabel.

## CAPÍTULO XI

En el trabajo ya hemos visto como nuestro héroe se envalentonaba en cualquier momento que él desease. Dominaba la situación a su antojo, pero como lógica consecuencia de su personalidad, no aprovechaba sus habilidades para hacerse un pedante. Si lo hubiese pretendido ya no caería simpático, ya no le permitirían sus socarronas opiniones que llegaban casi hasta el escándalo. La pedantería es hija de la incapacidad, por muchos datos que acumulen las nerviaciones cerebrales. Andrés lo único que buscaba es que transcurriese su tiempo laboral lo más rápidamente posible, aprovechando los buenos momentos que la buena gente le regalaba. Y en cualquier momento estanco, volver a incrustarse en las lecturas que le alejaban de todo lo vil y bajo. Los pensamientos, que en otro tiempo le mortificaban, bien fuera de él ya permanecían, alejados del alma blanca que la tenacidad había creado. No odiaba la mera ignorancia, odiaba la mente que no quería permanecer en su lugar y que burdamente aparentaba el ridículo. Pero hasta con ellos, su ánimo apenas traspasaba el inocente ultraje que únicamente a Andrés le era permitido.

Gisela era una compañera de trabajo que apenas hacía dos años que se había casado. Tenía una hermosa niña de 2 años apenas, una niña que la madre naturaleza había creado con la perfección. Gisela era rubia, bien proporcionada a media altura, toda guapa, y sobre todo, en el vestir, una bola en su juventud, con todo el buen corazón que Andrés deseaba y con la mente calculadora que era capaz de soportar. Les costó a ambos entenderse y más de una vez se enzarzaron en abiertas reyertas laborales delante de sus compañeros. Nunca llegaban al desprecio, al contrario, se mortificaban en lo más hondo contra su enemigo; realmente, odiaban esa manera de ser ajena, pero simplemente era una falta de entendimiento, porque aprecio comenzaba a haber entre ellos: *«encima de que intento hacer lo mejor posible por él, que me preocupo de informarle de todas las cosas importantes...»* -pensaban uno del otro. Estaban comenzando a conocerse y continuaron discutiendo, pero cada vez el énfasis era más de juego que de verdadera discusión. Pronto se convirtieron en buenos conocidos. Y es que Andrés reconoció, a la manera que podía, que tiene periodos de crisis y que no le gustaba que le chinchasen con tontadas, a lo que ciertamente era ella muy habitual, dejando al margen su papel de mujer. *«Soy bruto y suave a la vez»*. *«Eres muy duro a veces»*. Ella le abrió su corazón comentándole sus cambios de personalidad, pero que comprendiera que muchas cosas estaba aguantando, el carácter de su marido, su etapa de trabajo anterior. *«Y sí, mi carácter también es especial...»*

Y esa tarde quedaron para comprar cosas a la pequeña. «*Así Andrés podría practicar*», en palabras de Gisela. Andrés era perfecto casi en todo y la debilidad que sentía por los niños se traducía de la mejor de las maneras posibles: jamás se aburrían con él.

La pequeña también era rubita, sus rasgos ya adivinaban una faz más concreta, bien proporcionada. La carita no era ni alargada ni redonda, era perfectamente el algodoncito larguito y rechonchito. Los ojitos claritos, y la naricita, la peladilla más pequeña para comerla mejor. Ya iba perdiendo la gordura de los bebés, pero en el baño que se dio aquella tarde tenía aún buenos hombros y buena barriguita. Estar al lado de semejante juguete, gozar con el calor que produce su inocente divertimento, rozar su piel para contactar la superior cremosidad del ser pequeñito que se inicia en la vida, fueron sucesos que vivificaron el ánimo de Andrés. Y sin ganarse su favor forzosamente, consiguió en la despedida el adiós que los niños jamás regalan a esta edad, pues todavía no comprenden del todo el poder de la manipulación que tienen entre sus manos. Y al enfado de la pequeña contestaba Andrés con otro enfado, y al mayor enfado de la estrella, el «nene» se caía en una pirueta y la niña reía y reía. Y pronto el juego fue mutuamente comprendido, porque la única respuesta con una pequeña niña era el mismo comportamiento de aquel pequeño Andresito. Juntitos, de la mano o no, jugando con los cochecitos y la pelota, riñéndose y quitándose las cosas, haciéndose la burla y buscando nuevos asuntillos y pedorretas, comiendo y descansando, Gloria y Andrés fueron grandes amigos desde aquella tarde.

- Adiós Gloria.
- Adó Ne né.



## CAPÍTULO XII

Volvió a llamarle Enrique para salir una vez más por la tarde. En esta ocasión le aconsejó que usase de todas sus habilidades para frenar sus accesos de cólera e ira frente a los elementos de la sociedad. Le iba a presentar a mucha gente influyente y no tan influyente de una porción de la gran ciudad. A Andrés no le entró ni frío ni calor. Ya lo sabía Enrique. Si éste deseaba que fuese, era para que viera el ambiente normal en el que se tendría que mover durante toda su vida. Su trabajo liberal le obligaba hacia el mundo de la estrategia y del rodeo, hacia la insignificancia que realmente posee la palabra. Poseer la carrera de abogado, unos amplísimos conocimientos culturales, saber a nivel literario 5 idiomas y disponer de un don de gentes increíble, le predisponían a lanzarse a la carrera de la diplomacia. Comenzaría como técnico en una embajada lejana para terminar en la última etapa de su vida como posible embajador. Enrique bien capacitado estaba del aguante de soportar el engaño, bien le había demostrado a Andrés las buenas maneras que a éste le resultaron muchas veces pedantes y artificiales, pero cada vez entendía mejor Andrés que el mundo de Enrique necesitaba de la máscara para sobrevivir. En este mundo donde la falsedad y la bribonería aun no han desaparecido por mucho en que se empeñen muchos jóvenes de nuestra época. Siempre creen ingenuamente, y otros hipócritamente, que su tiempo es el mejor de todos y el que nos llevará hacia la solución de sus problemas. Aunque de este «sus» tengo dudas serias en cuanto a su naturaleza. ¡Ah! no olvidemos que también en nuestro tiempo las mentes más precarias se las dan del mejor conocimiento y derecho; más aún, son los tiempos en que cualquier alfeñique se cree solamente con el deber, de ahí a opinar de la manera más estúpida cualquier irracional. Asimismo, está la mala costumbre de valorar, por parte de los críticos, de que sus tiempos son los de la más vil naturaleza en un mar de bajezas inigualables.

Así con éstas, quedaron a las 7 de la tarde, algo pronto hasta la recepción, que sería sobre las 9. Previamente Enrique le pondría en antecedentes de todos los hechos y circunstancias extrañas que podían sucederle a Andrés, a esa alma de tan llana simpleza. En un bar se prepararon de buena armonía con 4 cervezas y un montón de bellas ideas y de grandes bromas con las que tener el mejor de los futuros. A Enrique no le importaba el cómo actuase Andrés, pues le conocía bien para no confundir socarronería con basteza, ironía con incultura.

Entraron, pues, a la gran casa con jardines de un barrio alto de la ciudad. Y Enrique saludaba fluidamente a cuantos le asaltaban por el

camino. Pensaba Andrés, y no envidiaba, que era perfecta la palabra de su amigo, aderezada del gesto y el conocimiento. Alcanzaría el éxito por aquel camino. A él mismo, sin embargo, los ecos del pasado parecían llamarle cada vez más, y en momentos como aquellos las suaves sombras del anochecer, las templadas y grises de cualquier atardecer, le alentaban sobre el regreso a su esencia. ¿Y dónde estaría aquella musa para perderse por los laberintos conocidos?

- ¡Ah! Os presento a Andrés, trabaja donde realizo la prestación.

- Encantado.

Aquel ser imperfecto e inexpresivo era miembro de un comité juvenil de uno de los partidos que nos van a dar la solución a todos nuestros problemas.

- Son tan falsas e inocuas sus palabras como el tono que emplea para decirlas. No es peligroso porque se le ve venir enseguida. Le falta estilo.

- Pero la puñalada y la traición te la puede dar cuando llegue a mandar.

- Sí, estamos en un mundo cada vez más artificial. Antes eran igual en sus objetivos los políticos, pero ahora se ha perdido el estilo, el buen hablar y el bien ocultar, la buena estratagema que se hacía creíble. Había cultura, se leía de todo, se hablaba de todo. Antes el rico se gastaba el dinero en un canapé del siglo anterior, ahora en una raya de cocaína; antes en una querida a la que se agasajaba con toda caballerosidad durante un buen tiempo, ahora el coche ultima un momento. Es que se les ve venir tan de pronto que toda la sociedad acoge el cansancio como algo inevitable.

- Y todo es tan aburrido, la televisión, la radio y los periódicos. Todos ocultando su hipocresía, la de regocijarse con la sangre y el parabrisas estallado, con las grandes mansiones ajenas, con las grandes desgracias también ajenas. ¿Y las nuestras? ¿Evita ello la revuelta?

- Divide las mentes y vivirás a tus anchas.

- Pero así se van creando fieras que algún día se lanzarán indiscriminadamente sobre cualquiera.

- Se vive al día, las generaciones futuras ¿qué importan? Por muchos anhelos ecologistas de la población...

- Realmente, antes la gente no tenía conciencia de ello, pero el campo estaba tan limpio...

- Me parece que estamos en un mundo de palabras.

Enrique y Andrés hablan tan igual porque creen en lo mismo. ¿Qué importa entonces lo que dice cada cual?

- Hola Enrique -le dijo una chica esbelta y guapa, pero del todo banal también. Tan bien vestida y compuesta para la acción. Pero como a Andrés,

le ponen tirrio los espíritus insustanciales. El defecto es no saber cómo diferenciar y relacionar el placer del valor.- ¿Cómo tu carrera? Ayer Chuli me dijo que llegó de Madrid sin verte y que las pruebas de Internacional fueron muy duras. Yo creo que Chuli no estudia bastante. ¡Claro! su padre posee una flota aérea, ¿qué le importa ya hacerse un futuro? Con que sepa llevarla para ganar dinero, ya le basta. Es que Enrique, hay gente con suerte.

- ¿Y tú Chuli? ¿Todo bien? ¿Tu familia? ¿Tus estudios? ¿Tu novio?

- Muy bien, muy bien, Jean está de nuevo con sus negocios en el extranjero. Ya sabes, a aguantar una, pero no me pierdo ninguna fiesta.

- ¿Dónde vamos a llegar Enrique con esta gente? Esto se hunde; el mundo se nos va.

- Cada vez menos preparados y con más pretensiones.

- Será necesaria, para nuestra desgracia, una nueva crisis que nos dará el nuevo y válido valor de las cosas.

- Se puede evitar Andrés, se puede; debemos enseñar a la gente, animarla; la cultura es la respuesta.

Y Andrés se alejaba cada vez más de sus pasados pensamientos, donde la destrucción se unía a su incapacidad también, donde las razones poseían una consecuencia mecánica y pesimista de los sucesos e ideas. Andrés en un tiempo estuvo perdido y volvió a recuperar con Enrique, con su amor y con su experiencia, el sentido infantil de la vida, donde el futuro se ve perfectamente realizable. Andrés quería amar y tener hijos, quería crear vida, pero para ello necesitaba de paz.

La mesa donde estaba el ponche, y el resto de variadísimas bebidas, fue captada por las miradas libidinosas de los dos amigos, y mientras Enrique entretenía su tiempo protocolario con otra amistad, se lanzaban mutuamente irónicas miradas.

- Bien, Norberto, me alegro de tu ascenso en la *conselleria*.

- Vamos directos a la mesa, Andrés, no miraré a nadie sino hacia el frente de nuestra misión.

Pasado el tiempo estúpido en la fiesta y el tiempo lúdico en sus necesidades, Andrés y Enrique estaban más compenetrados que nunca. Sus ideales y sentimientos, sus goces y vivires, sus contemplaciones sobre el mundo adonde habían sido arrojados y del que no querían huir con todo su pesar, convergían cada vez más en el fuego ígneo de las cosas. Y eso no hacía paradoja de sus caracteres, que diferentes enfoques poseían también sobre los diversos hechos y esencias. Así Andrés se podría consumir en sus pensamientos enajenables y sobrevivir en un universo de fantasías, bien

palpables y bien bellas de extraños y sencillos mundos, ciertamente complicados para el desconocimiento. Y Enrique, por mucha fuerza individual que tuviese, él mismo era consciente de que necesitaba de la sociedad para respirar, siempre rodeado de gente y de una continua novia. En apariencia más nervioso e impulsivo (también tenía menos edad), pero con la superior capacidad de razonamiento para continuar soportando y viviendo de las estructuras. Andrés hacía tiempo que había dejado de desesperar; desde siempre estaba acostumbrado a luchar y a crear solo, no le importaba el dolor y nunca se quejaba a nadie, más que de las nimiedades profundas de las que toda persona protesta. Andrés, siempre cerrado hacia sus adentros, con el aire alegre y melancólico que todo el mundo admiraba, no necesitaba engañar a nadie con la poesía; él mismo era un libro de poemas.

Pasado más el tiempo, el humo y las burbujas creaban la aureola humorística que los dos amigos bien necesitaban y que a Andrés siempre le era imprescindible. La ironía, el sarcasmo, el humor, ¡qué ahogo sin ellos!

No era incompatible en Andrés la valoración del mundo desde una perspectiva más seria, ¿pero es que nadie era capaz de entender que seriedad y ligereza son inseparables para evitar la locura? Él ya hace tiempo, a pesar de sus inevitables ataques, que poseía la solución de las cosas y que era feliz a pesar de los desengaños, pues ¿quién separaba felicidad de sufrimiento?: las mentes de capacidad inferior y que muchas se correspondían con la gente acomodada y mimada. Pero el peor de los espíritus era el pobre que volaba hacia la estupidez desde el nido de los tormentos. Qué poco estilo hacer el ridículo en un mundo rodeado de dinero.

Y todo este tipo de gente que estaba alrededor de Enrique y de Andrés, y que mayormente solo decía frases del mayor tartufo, debía ser la elite que llevase de frente las naciones y el mundo. Todo con dinero sabían hacerlo, hasta la filantropía. Pero es ésta la ciencia de la mayor mentira, pues se ejecuta cuando sobra lo que no pueden tragar más los leones, por ese sentido de culpa, tan innato en ellos. ¿Qué religión mamaron de pequeños; de qué obispo? Y cómo perdían la dignidad, que tanto abanderaban, lanzándose sobre cualquier raquítica, y única croqueta, sin el menor reparo y con la mayor de las desvergüenzas. Daba gusto verles, para reírnos un momento, pero qué pena que toda esta pléyade de la economía nos tenga que redirigir cada vez más. El futuro el narrador lo ve negro, como tantas veces se vio en el pasado, pero siempre existía algún partido, algún iluminado, ideas alternativas, escuelas literarias, mecenas de

diferente idiosincrasia, según las épocas, y hasta románticos del mayor ejemplo a seguir, pues sabían morir de amor.

Antes podíamos luchar contra nuestros enemigos, sabíamos quién nos explotaba; actualmente criticamos el pasado, sí, fue muy imperfecto, pero lo peor de hoy en día es que no critiquemos nuestro entorno más que para exigir todos los derechos que jamás merecen los que están durante toda la jornada voceando como cuervos. Llegados y desunidos están los humanos, afectados y unidos, en gremios, están los humanos. Nunca el aire fresco sobre la cara de Andrés como allá en su única imaginación. La noche, a pesar del ambiente, le era cada vez más plácida porque iba encerrándose paulatinamente en su mundo. Las estrellas le recordaban su existencia y los ojos almendrados las miraban con su acostumbrado aire lánguido, casi vencido. Las casas rústicas dejaban el marco del fondo, propicio para que el barro de las calles alargase la esperanza hacia los caminos. Y los jinetes de la noche cabalgaban hacia sus destinos, buscando la traición y la justicia, encontrando la senda que les dirija hacia sus amadas, saltando frenéticamente sobre charcos y baches, agotándose los riñones, sufriendo anodinamente el frío también, pasando las vidas aburridas y atormentadas, muriendo de la manera más vacía. El pasado era la imagen de la vida para Andrés en este presente que continuamente recreaba, pues en la ciudad no se pueden contemplar nunca las estrellas.

Llegado a casa, continuó con su espíritu ideal y su amor continuaba siendo platónico porque las palabras no se habían encontrado. Ésta era su explicación y ésta su esperanza.

## CAPÍTULO XIII

Al día siguiente en el trabajo, Andrés esperaba la llegada de Enrique muy ávidamente. Dado su carácter efusivo, impulsivo, viviente, ígneo, se apadrinaban minuto a minuto, sobre sus espaldas, todos los deseos y nervios del mundo. Por fin llegó y la llama en absoluto se disipó de pronto, como en tiempos de la enfermedad, sino que retomando inmediata y calculadamente su parte de temperamento frío, fue articulando sobre Enrique una perfecta cadencia de enunciados y preguntas que maravillaron a éste una vez más; realmente Andrés era admirable por su tesitura amable, ingenua y clara. No le importaban las consecuencias; estaba habituado a sufrir. Se bastaba a sí mismo a pesar de sus deseos. Realmente era un león entre los hielos, frío y calculador, compartiendo perfectamente sus sentimientos. Cuando su infantilismo le podía y le hacía errar, encontraba la perfecta réplica que todo el mundo agradecía. Había aprendido de la vida, y por ello su mirada continuaba siendo tan melancólica. La calle, llena de gente, proseguía su ritmo en infinitos mundos, cada cual a su paso, los niños enredando y las palomas caminando. Bajo ese tapiz romántico Andrés volvía a resurgir y su pasado tenía verdadero sentido.

Enrique aprobaba con la graciosa sonrisa, tan digna de un buen corazón, la fuente de Andrés:

- Ya te dije que esas fiestas de alta sociedad son aburridas y que lo mejor lo realizamos tú y yo. Nuestra presencia desequilibró la habitual estupidez y tú, Andrés, como siempre, dejaste tu mejor impronta. No saber hacer otra cosa. Dar y dar. Te tenían que pagar ese arte...

- que desarrollo -interrumpiéndole -por puro y simple placer. Es la mejor manera que tengo para no ahogarme, así puedo sobrevivir en este mundo tan aburrido en que me han convertido mi bonita ciudad. Toda la gente queriendo destacar con lo que no sabe, y con lo que sabe fanfarronea en vez de tertuliar. Dan ganas de huir como un buhonero, pero no tengo calefacción allá en mi rincón, entre los pinos al lado del Duero. Pero claro, soy un tiquismiquis y me cuesta ir a por la leña al bosque. Bien sabes que puedo quedarme allá, tengo el aplomo, no cuesta, ahora con estos coches vas y vienes raudo y libre, trabajando, descansando y viviendo en ambos sitios, en comunión perfecta con la vida. Pero mi amor está aquí...

- ¡Ay Andrés, Andrés! Que tranquila imagen das en este mundo de mediocres.

Y mientras atendían al teléfono, hacían esperar las visitas, buscaban la información que les habían pedido, reían con los trabajadores, calmaban los ánimos de alguna mente seriamente alterada y que necesitaba su reparo

con el cariño, iban dejando caer intermitentemente esas palabras mutuas que les hacían cada vez más amigos y comprensibles entre sí.

Los sucesivos días futuros se acostumbraron a esa atmósfera perfecta del mejor entendimiento. Los días eran suaves y lluviosos, unos días más fríos, otros más calurosos, pero ello no era lo importante. Salvo del tiempo repentino, tenían mejores temas de que hablar. Había individuos que eran capaces de notar el mero matiz variable de la humedad ambiental, con las analogías diferenciales en relación a los días del último mes. Enrique y Andrés, en cambio, conocían los conceptos básicos de la meteorología y sabían disertar sobre más temas, precisamente, hoy que hace un bello resol que caldea suavemente el fondo de todas estas calles húmedas. Era visible y anticiclónica la relación de Enrique y Andrés.

## CAPÍTULO XIV

Las copas de cerveza circulaban regularmente sobre la barra del bar, los quintos y medianas con sus vasos, y las botellas de las mentes libres también. Asimismo las de las mentes regulares y artificiales. Los peores, los fingidores, como siempre. El ruido nada insonoro de la máquina sacaperras proseguía en su bárbara misión de reciclar la misma información de su víctima. Esta sociedad, que hace más débiles de los que existen en realidad, necesita de un baño benéfico y que no manipule ninguna asociación. El fútbol del fondo, allá en aquella lejana y pequeña televisión, de sonido imperceptible y que hacía que el dueño del bar pidiese silencio a su público habitual, expulsaba ligeros retazos de interés. Uno sirvió para avivar aún más la conversación que llevaban desde el primer momento Juan y Andrés sobre temas de la siempre buena cháchara. Desde que habían salido a dar una vuelta, los ideales, la situación del país, la preocupación de la sociedad por los grandes temas de la diversión, el sentir de la gente, el valor y la palabra, el cine y la música de todos los tiempos y todo en cuanto a todos los tiempos, borbotaban por ambas bocas que había conjuntado Dios. Y siempre sorbo tras sorbo, mirada tras mirada, carcajada tras carcajada, se resolvían pacíficamente sus pasiones, violentadas por la cada vez más burda e ignorante sociedad. Lo más insoportable para ellos era que ni el cine, ni los periodistas, ni los escritores parecían darse cuenta del filón que tenían en sus manos, pero bien comprendían que una sociedad hipócrita no desea que nadie le pellizque y le haga daño, lo que busca es que se la bese. Será por ello todo este crecimiento exagerado de cualquier tipo de relaciones **interpersonales**. Antaño los escritores criticaban su tiempo, sus clases sociales, sin dejar tampoco, si obedecía, de colorear lo positivo que tuviesen. Ahora **inexisten** más que meros criticones institucionalizados que aceptan las prerrogativas de los informativos.

Así iba derivando la conversación, más desordenada para Andrés cuanto que su resistencia para el alcohol era mucho menor que la de Juan. Juan era un chico entre pelirrojo y rubio, más rubio que otra cosa, con un espolvoreado de pecas rosadas, como corresponde, digno a su piel también blanquecina. Hizo la legión en la mili, voluntario, lo que puede indicar fanatismo o idealismo, pero nunca mediocridad. Aunque el fanatismo... Fuego o Hielos profundos por los que la humanidad ha caminado siempre para tener cariz y no sucumbir en la rutinaria animal. Pero he aquí que Juan se había empañado de lecturas, de películas y de experiencias no buscadas, que lo apartaban del verdadero animal humano. Sin buscar justificaciones que no me importan, como mucha gente tampoco me importa (aunque a



Dios todas las personas le importan), diré que Juan tenía las ideas muy claras porque poseía cultura, conocimientos, y de cualquier tema podría dar un mínimo de respuesta necesario para no llamarle ignorante. Leer lo que apetece, y si deriva del arte, dar una seguridad para el mundo tertuliano. Los documentales científicos suplen la parte correspondiente. Pero lo que a Andrés le atraía de la conversación de Juan es que hablaba y dejaba hablar, te interrumpía y no estaba de acuerdo contigo de una manera fogosa pero nunca humillante; con él se podía aprender y daba gusto ofrecerle todos los errores propios sin miedo más que a su sana risotada. Y cada vez Andrés se abría más hacia él y el temor que arrastraba en esta vida iba cediendo como la nieve al Sol de primavera. Pocos defectos de sus adentros eran cada vez menos ocultos. Y el mismo Juan era un mundo frágil en sus puntos flacos.

- ¿Pero qué es la vida Andrés, sino una lucha nuestra contra nosotros y los demás en la que construimos nuestro ser? -decía.- Debemos aprender frente al destino y los problemas, contra nuestro entorno y a favor de él. De él, más que nada, pues cada día nos estamos quedando con menos naturaleza y comemos todo más antinatural. Usamos ahora la ciencia para recrear la naturaleza. Todos esos potingues dietéticos, todas esas medicinas... ¡Asco! La naturaleza lo posee todo, hay que aprenderlo.

Realmente era un verdadero legionario, un buhonero, un trampero. Y se explayaba para el asombro de Andrés en cuestiones que éste no veía nada claras, pero que escuchaba con ese asombro esclavizado, propio de las mentes menos sabias.

- Yo solo me lavo el pelo una vez al mes, y mira, lo llevo bien limpio y sin apenas entradas. Tú, como mi hermano, os laváis a diario, y así está él; y tú cada vez menos espesura tienes por delante.

- Yo me lavo un día sí otro no.

- Es igual. Yo, después de lavarme el pelo  
- al mes

- sí, al mes, me doy una fricción de huevo que repito de vez en cuando sin apenas agua. El agua, me contó un peluquero cuando me caía mucho cabello: «¡Oye! ¿Tú te lavas cada día, no?» «Sí» «Ya veo, pues es lo peor que hay». Y me recomendó las friegas con huevo y un solo lavado mensual. Recuerda las películas de antes, ¿cómo se metían al baño?, con una redcilla a la cabeza. Eran más listos que nosotros. Ahora mucha propaganda y tontería.

Andrés le miraba con esa extraña expresión suya que indica una estupefacción que llega a la fina hipocresía. Le tenía alto valor por las opiniones, verdades y equivocaciones que Juan le esgrimía, pero en muchas ocasiones le parecían tan asombrosas que expresaba con media sonrisa la ironía de la exageración. Sin embargo, el efecto era mal interpretado por

Andrés. Hasta que no le tuvo plena confianza a Juan, hasta que consigo mismo no logró escapar de los más detestables efluvios del atrasado pensamiento, no pudo coordinar su opinión natural en la formación de sus gestos. Cada vez más se auto-felicitaba cuando conseguía dar a Juan una respuesta sana y libre con respecto a cualquier ocurrencia suya, y sobre todo, cuando tenía una respuesta completamente libre de todo lastre propio o ajeno. Contestaba con la soltura con la que pensaban todos sus adentros siempre que estaba solo en su cuarto escuchando música, siempre que moría largos ratos en el trabajo, siempre que podía hablarse. Siempre estaba en sí mismo.

**[No leáis el enrojido siguiente si tenéis gatos o si sois muy sensibles a los animales]**

Recordaba una vez Juan como en la guerra y después y antes, el gato había sido un buen alimento entre la gente hambrienta, que era casi toda en España, y proporcional en cuanto a lo del gato. *«Yo mismo en la mili; un cabo se encargaba de preparar un guiso que te rechupabas los dedos del asado de carne que hacía, y no me mires así -reía sin malicia y sí con gracia-, que es peor el hambre, ja, ja. ... Y qué salsa, con patatitas. Que estamos acostumbrados ahora a la vida ñoña. Mira allí el cabo y en tiempos modernos. Pues era un bicho el cabo aquel. Se quedaba fijo y sin hacer ningún movimiento, impertérrito, mirándole fijo al gato que pasaba, lo llamaba con un leve silbido, y una vez engatusado el gato frente a él, en un tris tras le dejaba seco de un mangazo. Generalmente lo cogía con su fuerte mano izquierda y lo remataba después. Una fiera, una joya, no pasábamos hambre, no. Al principio te sabe extraño, como todo lo que se prueba la primera vez, pero le vas pillando el tranquilo poco a poco. ¡Y aquella salsa con sus patatitas, que hacía tan bien el cabrón del cabo aquel! ¡Qué tiempos!»*

En eso le interrumpió el camarero echado en años, pero que no había engordado. Como un sorbete, larguirucho como *el Flaco* en sus “peores tiempos”, con un compás en la conversación y que interrumpía por las noticias que cambiaban en la televisión, nos lanzó uno de esos retos tan populares en los bares, a modo de pregunta, y de los cuales aprendes, tan bien como en una biblioteca, cuestiones necesarias para la supervivencia. *«¿Sabéis lo que es mejor para quitarle el mal sabor a la carne de gato y después comerla como el bocado más exquisito?»* -después de todas nuestras miradas vagas y sonrisas, y ante las no acertadas respuestas de Juan, pues él sí poseía toda la efusividad de luchar, (Andrés apenas emitía algún gemido), nos contestó-: *«Pues cogéis el gato muerto, lo colgáis de una cuerda por la cabeza con la boca abierta, le echáis sal por ella y lo dejáis una noche así. Al día siguiente, oye, todo el mal sabor fuera. Lo*

*arrastra la sal hasta el ano». «Pues claro, jefe, hay que saber». «Todo lo malo, oye, fuera».*

«Y así el camarero, sin ningún gesto exagerado, nos concedió un saber preciado para desenvolvemos por este mundo. Con un timbre conciso y sobrio nos convenció fácilmente el maestro y nuestras miradas eran todas de respeto hacia él. Esas personas que cada vez ya son menos en nuestro mundo.»

El camarero había mirado más veces a Juan, pues por las expresiones de éste, su modo de vestir y su torso, bien le decían que estaba más ducho en esos lares. A Andrés menos, pues su fino rostro infantil, a pesar de haber hecho la mili, le habría llevado por los mundos del estudio, pero con los suficientes, porque por algo iban juntos, por algo Andrés se mostraba educado y por algo aún las buenas maneras quedan en algunos lugares.

En otros momentos, la conversación de Juan versaba sobre malas mujeres, hechos de guerra e Historia, héroes, cine y temas etcétera de los que se podían bien hablar. En cuanto al tema primero, Andrés miraba sonriente y le agradaba su desenvoltura natural y nada fanfarrona. *«Pues claro, las mujeres son para disfrutar, como nosotros para ellas».*

- Pues a ver, Juan, cuando disfrutaremos de una buena chica para siempre.

- Ya veremos. Esperemos que llegue... Por cierto, aquella chica, ¿qué?

- Nada, te hice caso, no la he vuelto a llamar, no me he atrevido, no respondía como tú dijiste y eso significa que no hay que molestarla. -Y tan tranquilo le seguía diciendo- Soy un desastre, pero buen ánimo y a seguir.

- Eso está bien -con una facción de la verdadera amistad-. La penúltima, que es lo que ahora interesa, a tomar la penúltima.

Y el bar, los bares, con todos sus rincones imaginados e intuitos, se reflejaban frente a Andrés como contándole todas las historias y conversaciones de que habían sido testigos.

## CAPÍTULO XV

Al día siguiente, Andrés volvió a esperar ávidamente la llegada de Enrique. Tenía un cuerpo pesado y ligero a la vez, efusivo y volátil, y que momentáneamente llenaba toda su cabeza de agudísimos pinchazos debidos al alcohol abusado por la noche. Se emocionaba después de quedar tranquilo de la manera más relajante, pues su cabeza se libraba de toda idea y pensamiento remanente. Realizaba el trabajo habitual más despacio, pero al poner todas sus energías en la faena de una manera continuada, acabó más pronto que nunca, lo que le permitió reposar, estado que le iba a favorecer en su recuperación. Pensaba lo que deseaba, contestaba convenientemente, pero recordemos que todo ello era practicado con el letargo producido por la resaca, con lo que no recomendamos el uso del alcohol para la solución de los aspectos de la vida. Además, esos pinchazos puntuales, donde se arremolinaba toda la sangre de su cuerpo, ya avisaban de los posibles riesgos. Sin embargo, pasados ellos, que buena velada la de ayer noche con Juan, hablando y platicando, platicando y filosofando, filosofando y soñando, soñando y volviendo a beber, la vida pasa y nosotros deberemos recoger la arena de nuestros actos, cayéndose nuestras penas por las calles de cualquier buen fondo. ¡Cuántas tonterías y cuántas cosas dichas ayer! Con Juan todo adquiere un aire guerrero, el cual también necesita Andrés añadir a su delicado mundo, y que una vez entusiasmado en este éxtasis, de nuevo precisa del reposo con las ninfas y serafines.

Cuando llegó Enrique y lo vio, soltó enseguida una sonrisa y un comentario correspondientes:

- Andrés, Andrés, buena juerga ayer.
- ¡Bluf! ¡Fluff!

Tenía Andrés el buen aspecto de cada día, pero sus ojos siempre le delataban en todos sus actos y no iba a ser menos en el brillo del alcohol. Tras poner a Enrique en el precedente de las consecuencias, con el relato siempre particular de los hechos, Andrés se quedaba cada vez más tranquilo y sosegado. Poseía una pareja de amigos siempre dispuesta para hablar, para discutir una conversación y no enmarañarse, para tomar las copas necesarias y deseadas sin ningún rubor y para pasar bien el rato relativizando la vida de una forma suficiente, sin caer en el aburrimiento y en la violencia. Eran distintos y parecidos de formas; Enrique, con esa pintura de la que se embadurnan las buenas personas distinguidas; Juan, con una pintura de estar por casa, pero no menos peligrosa, porque sabía en todo momento qué decir y qué contestar con las mejores palabras; pero ambos poseían el fondo que siempre Andrés había buscado en las personas

y en las que solo había encontrado su violencia interna; siempre los problemas para ridiculizar y para exponer una vida de calvario, de los mismos esquemas y gustos, de nunca reírse del mal propio más que en los momentos de ebria alma; y aún así, una mirada fría y una contestación estúpida para asustar más el alma de Andrés; él que siempre ha buscado el humor y el amor en esta vida.

Hoy, aunque lloviese o hiciese sol, sería un día de esplendor donde los pájaros, que aquí son palomos, caminarían aún más grácilmente. Las personas serían Hércules buscando sus Afroditas y las Venus dejarían su aroma sembrado en el ambiente hasta después del estío. Y a Andrés le daba igual el tiempo, la gente, la ciudad, el transporte, el sueldo y cualquier otra patraña con las que se prueban el valor humano. Andrés era feliz y solo deseaba que su Diana ejerciera prontamente.

## CAPÍTULO XVI

Los días prosiguieron durante el último mes tranquilos, radiantes, impulsivos también, pero nunca anodinos. Cada momento tenía su explicación y cada acto poseía el tono o la posterior conclusión de los buenos deseos. Andrés parecía cada vez más joven a pesar de sus 34; le insinuaban y le envidiaban, le piropeaban y no dudaban en comentarle las mujeres mayores que a pesar de su sueldo cualquier joven desearía acompañarle. Toda esta segunda primavera, sin embargo, bien sabía que era la continuación de la flor de un almendro al que el tiempo le había hecho un guiño. Pero también la especial constitución de Andrés le imaginaba instantes de un raudal y fatal desenlace de las cosas, y creía mesiánicamente que en un segundo podría quedarse sin pelo, arrugarse como una pasa de Corinto o trascender al espacio de los ángeles, donde al menos encontraría esa paz infantil que siempre le atraía.

En ese especial pensar, nunca se dejaba arrastrar por el amargamiento y la fatalidad, pues siempre era optimista y la esperanza es lo último que se pierde, empleando la vulgar expresión. Las frases se hacen vulgares cuando las proclama un ser vulgar porque no le pone el corazón al tempo de su entonación. No siente las palabras, las escupe para decir algo en su desnutrida conversación. Pero Andrés era, junto a sus dos amigos, un ser indistinto que podía emplear los tópicos con toda la libertad de opinión ajena.

Recordaba, con el sabor aromático que produce el placer de ver superadas las desgracias, aquellos tiempos de hondo dolor y que todavía algún coletazo remanente se obstinaba en hacerle memoraciones. Pero cuán diferente los actuales momentos de total libertad para leer, para hablar y para amar. Incluso en ocasiones forzaba el asomo al pasado para referirse a sí mismo, una vez más, el gozo del triunfo.

Así prosiguieron y prosiguieron los días durante el último mes, cercanos ya a los primeros colores de la primavera, cuando los tonos dejaban mayor paso a los brillos de la tarde. Era la época en que conseguía Andrés un mejor aplomo de sus sentimientos, a pesar de sufrir una cada vez más que incisiva alergia. Pero era el tiempo también, en que previo a su enamoramiento anual, a la fijación de una imagen que le llevaría como siempre a la nada, debía de sufrir sus convulsiones, sus pensamientos extraños y los últimos ataques físicos de los últimos años. En éstos, como nunca anteriormente, comenzaba a sufrir una extraña mezcla de urticarias y costipados que alargaban su agonía interna. Pero este año, con su medicación, y con Enrique y Juan, Andrés apenas iba a sufrir.

## CAPÍTULO XVII

Era comienzos de abril y las sensaciones taladraban el corazón de Andrés en vez de elevarlo. Se había enturbiado la guía de sus pensamientos y bullían todo tipo de ideas raras e imágenes impropias que forzaban su sufrimiento. Evidentemente más nervioso, saltaba con ataques ariscos en la faena mucho antes de lo normal; no poseía apenas elasticidad. Su gesto y expresividad habían sufrido el terrible cambio de la primavera y las mañanas poseían una tonalidad gris que dejaba entrever un extraño vacío. Pegado inevitablemente a sus pensamientos durante largos espacios de tiempo, sabía que se le escapaba la vida en estúpidas imágenes. Guardaba las formas, realizaba bien su responsabilidad, tenía el aire ligeramente enajenado, pero cuidaba de responder a las atenciones sociales de la manera más correcta que le permitían sus actuales posibilidades. Aunque le notaban cierta preocupación y cierto cansancio, en absoluto sus amigos y compañeros de trabajo consideraron que su problema fuese más allá de una típica alergia primaveral. Y con lo romántico y sensible que Andrés les parecía, características en él compatibles con su energía, llegaban a reducir su problema a una crisis emocional de amor muy típica de la época. Además, querían casarlo, un chico tan guapo y simpático, tan inteligente y estilista, debía encontrar su gran mujer; y él por su edad era el único que merecía aquel apelativo tan joven.

Pero el dolor era muy profundo en algunos momentos, se hendían sobre sus sienes las más terribles de las imágenes que le hacían tomar la vida en toda la gloria de las circunstancias. El cielo y el infierno estaban junto a él y los aspectos más nobles y viles de la vida, la propia muerte y su consecuencia, la eternidad, eran estadios paralelos a él mismo, que lejos de permanecer en áreas metafísicas eran realidades bien sólidas de las que ningún pánico ni locura mística lo distanciaban. Podía decirse muy bien que era una mente superior por la calidad de sus pensamientos, pero esa superioridad era mayor cuanto que caminaba siempre tranquilo. Sabía de los grandes valores, continuamente desde la infancia, se los habían predicado. Entonces, ¿por qué esa alarma de la sociedad actual que enaltece la más baja nimiedad para conseguir un inexcusable cheque bancario? Le afligía tanto su época, que era uno de los principales medios de los que se servía para matar el aburrimiento. La ironía, el sarcasmo, la mordacidad y la crítica feroz, y también sin compasión, eran herramientas empleadas por su genio para deshacer el tiempo y su entorno. Su vida adquiriría en esos momentos utilidad pública y privada, y sus bocanadas de argumentos no solamente espantaban los perros de las calles, sino que también los

roedores apenas alzaban el hocico más allá del ras del suelo. Y Enrique y Juan eran tal, como él, en muchos aspectos, aunque más comedidos, que su felicidad superaba este año, mejor que nunca, la enfermedad. Andrés poseía esa dulce personalidad que nunca llegaba a la paradoja, pues sabía mezclar tan bien la expresividad con la poesía, el insulto con el halago, el odio con el amor, la bravura con la finura, que todos bajaban los ojos al verlo y todas envidiaban su ser inalcanzable, tan lejos de ellas, quizá por su tristeza también; Andrés, siempre tan solo por ello, tan incomprendido por la ignorancia y la cobardía. Pero su edad bien decía que él nunca iba a cambiar, a fingir y a mentir; seguiría así solo hasta la tumba si fuera preciso.

Pero esto aun se puede decir a los 30 y con esa planta. ¿Y a los 40?

«¿Qué pagas?», en lugar de decirle: «¿Qué piensas?» Cuando esta doctrina haya pasado de la burguesía al pueblo, ¿qué será del país?»...» - decía una frase de HONORÉ DE BALZAC en su *Eugénie Grandet*. Cuando Andrés leía, se topaba ante escritos semejantes, comprendía por qué estos escritores se hacen clásicos e inmortales. Pasan sin tiempo, se hacen atemporales para la vida, se convierten en nuestros aforismos necesarios. Ahora aquella frase de Balzac ya se había cumplido. Los genios poseen presentimientos, en sus tiempos son acusados de brujería y masonería, pero únicamente la ignorancia y sus enemigos sabían creérselo. Hoy aquí Andrés, en un mundo tan artificial y tan hipócrita, como cualquier personaje del teatro clásico.

Y las noches las pasaba como siempre soñando, pero en estos tiempos de desaceleración se hacían más profundas de espacios negros y alejados. Las sensaciones se impregnaban en las sábanas como el sudor al despertarse llenaba su pijama. En muchas ocasiones eran situaciones conocidas, espacios y personas de siempre, pero que al tornar de otra vida paralela, llevaban en sí mismos unas formas inextricables de los lugares en los que habitualmente no habían estado. Hoy, cualquier entendido de sueños, es decir, cualquier ser humano diría que la mente humana juega al azar y a la carta con nuestro mundo vivido; que son normales las recurrencias, la mezcla de situaciones y las impregnaciones. Pero es que en Andrés los sueños ya no pasaban de decirle cosas nuevas, más aún, no le asombraban para animar una reunión de amigos. Se sentía tan superior en ocasiones, que las cosas naturales no tenían importancia para él. Formaban parte de su vida, eran carne propia, se hacían normales. Como normales esos avatares de abril y marzo. La superioridad en él no era contra los demás, sino por las extrañas vivencias a las que estaba acostumbrado ya desde niño.



Este año, ayudado por su tratamiento, ya no veía el abismo en su vida y fácilmente evitaba la tempestad; incluso se enfrentaba a ella frontalmente, sin ningún estupor, y lo mejor, es que sus lecturas, sus músicas, sus salidas, en absoluto se desviaban de la línea deseada y por fin alcanzada. En algún instante existía un mero retroceso que se convertía de inmediato en triunfal rodeo de la Maginot. A Andrés se le presentaba, por fin, la verdadera primavera y sabía que este año debía ser el definitivo.

## CAPÍTULO XVIII

Una tarde, a mediados de abril, cogió el teléfono para informarse de que a su padre ya le iban a operar en dos días por fin. Había estado en lista de espera solo 9 meses y por fin los deseos ya se hicieron. No era nada del otro mundo su intervención en estos tiempos de adelantos técnicos, pues una próstata, un arreglo de riñón o de estómago, según les habían planteado, no produciría más que las normales tensiones de la espera. Por fin su padre se quitaría el peso de encima tras una convalecencia larga, pero nada delicada. Únicamente había de tenerse paciencia, la cual, en una persona sana de toda la vida, brillaba por su ausencia. Cuando su padre conoció la noticia, la flaqueza infantil asomó por todos los rasgos de su rostro y Andrés no pudo evitar contentarlo con el humor negro y sano que poseen las familias humildes:

- Ves haciendo testamento.

- ¡Ahhh, mal hijo!

- ¡Ja, ja! No deseabas ya la operación, pues aquí llega. Mañana ya debes ingresar a las 7 de la tarde, llevarte cierta ropa y ducharte bien antes.

No es que el padre de Andrés (también con el mismo nombre de pila, como marca la tradición), estuviese muy nervioso, pero de vez en cuando asomaba una duda en su expresión que decía, muy a las claras, que la cosa empezaba a complicarse. Su madre, Irene, era joven en todos los aspectos, tuviese la edad que tuviese. Era «*el motor de la casa*» en palabras de todos los miembros de la familia. El trabajo no era para ella ninguna disciplina, sino todo un sentido de la vida. La casa poseía el gusto de las personas de su posición, que dentro de sus posibilidades se preocupan de que sea un escaparate. Cómoda para vivir, ostentaba el equilibrio que dan la limpieza y los objetos colocados por gusto. Aunque hubiesen elementos del pasado decorativo, fuera de moda, con otros atemporales, y con los nuevos correspondientes, nunca daba su mezcla la sensación de un mal tono. Y la buena comida de siempre, con todo el sabor ganado a los alimentos sin libros, proveniente del conocimiento popular, sin tantas complicaciones; el estilo en el servir hasta abusar del servicio de la vajilla; las maneras dignas y graciosas en ese disponer de la mesa y en las palabras que lo acompañan; todos estos elementos para crear en Andrés una mente ordenada y atenta. Su padre aportaba la locura humorística. Gracias a esos padres sabía gozar Andrés de la vida y veía lógico que después de trabajar se disfrutase del ocio necesario. Así la vida adquiriría el sentido.

Correspondiendo a esta filosofía, su madre preparó inmediatamente, y en un momento, los mejores pijamas y la mejor ropa interior de su marido.

Los utensilios de limpieza, una radio, dinero, pañuelos, las zapatillas, una buena ropa de calle y todos los papeles médicos que se necesitaban, acompañaron el equipaje. Y su marido la seguía por todas partes a un ritmo desordenado y balbuceando alguna vez. «*Quita, no molestes, déjame a mí.*» -recibía por contestación.

Los años pasaban y los hechos y recuerdos conformaban una vida. Sus padres eran más mayores pero aun poseían la firmeza física para imponer sus dominios. Hay familias humildes a las que aún les corresponde la definición. No han forzado la evolución, no han terminado convirtiendo el hecho en un concepto vacío e inexpresivo que degenera su naturaleza. La familia de Andrés, para su suerte, heredaba las costumbres posibles de padres a hijos en su marco urbano; lo rural se entremezclaba sin problemas con éste último porque las condiciones eran esas y los obreros de verdad se adecuan a las circunstancias para continuar superviviendo. Así sí pueden seguir ciertas tradiciones y el cambio se hace evolución. Estaba tan cansado de ver a su alrededor desprestigiadores de la tradición, todos fingiendo, todos opinando con la mayoría, todos calculando y pensando hasta por qué interés hacer el amor; él, al que siempre le hundía su sinceridad. ¿También ésta le había alejado de aquella chica rubia tan bien plantada? ¿También ella, a pesar de su sonrisa, era una mujer fría y calculadora, que acabaría deshonorando su matrimonio Bobary por no haber dado antes libertad a su pasión? No, Andrés estaba tan enamorado, que su chica era como a él le gustaba, libre y juguetona como las águilas del cielo. A ella no le gustaban también los clásicos, es decir, los buenos escritores, por el fatuo hecho de fardar, de atraer vulgarmente las miradas; no, ella era como él y esas miradas las atraían por la admiración que suscitaban sus gustos. Él deseaba de ella su voz, su mirada, su roce y su corazón.

“*Sólo la inocencia se atreve a tales audacias. La Virtud, instruida, calcula tan bien como el Vicio. ... Su vida de ignorancia había terminado de golpe, se puso a razonar, se hizo mil reproches. «¿Qué idea va a formarse de mí? Creerá que lo amo.» Eso era precisamente lo que más deseaba que creyese. ... ¡Qué acontecimiento para esta muchacha solitaria haber entrado así furtivamente en la habitación de un joven! ¿No hay pensamientos, acciones que en amor equivalen, para ciertas almas, a santos esponsales?»* decía una vez BALZAC en *Eugenia Grandet*. ¿No era lo más maravilloso del mundo verse reflejadas las almas de él e Isabel en palabras sagradas? Ya podía Andrés dudar, desfallecer, que pronto el ánimo alcanzaría los estadios superiores de una vida sencilla.

Y así pasaron las horas hasta que salieron hacia el Hospital General donde iban a operar al mayor de los Andrés. ¿Y qué mejor marco para todo que un hospital antiguo, en pleno centro de la ciudad, donde las almas sueñan a amar?

Fueron en metro y las seis en él son de movimiento estudiantil, laboral, de mujeres jóvenes que van de compras, de aquellas y aquellos que han quedado para amarse o para suponerlo; son momentos también del gran abigarramiento escolar. Para Andrés, el instante no dejaba de mostrarles la fluidez de la vida, sacábale el lado bueno para mostrar la vitalidad que siempre necesitaba junto a él; y como culminación de ella, el sano humor que hacían con su padre la familia, y que el mayor de los Andrés aunaba con ellos mismos:

- ¡Ay! ya no volveré a ver mi calle... ¡Ay! ya no cenaré más en mi mesa...

- ¡Qué bobo este hombre! -decía su mujer.

Y Andrés se daba cuenta de la verdad de la situación, y las miradas admiradas y sorprendidas de la gente que había captado el diálogo, le indicaban la simpleza y el aburrimiento de gran parte de las modernas ciudades que han perdido el sentido trágico y venerable de la vida. La trascendencia de mucha gente de ciudad no abarca más allá de su coche ni de su hipoteca, y es un hecho amargo que se está difundiendo allá en el campo también. Aunque en las provincias el tono artificial de las cosas se desplegaba como el agua de un río que desemboca en un gran estuario y donde la propia naturaleza hace de filtrador; los colores poseen los mil tonos. Alegría le producía a Andrés el disfrutar de esta riqueza inmaterial por fuerza; la concienciación les hacían sabios a él y su familia.

La salida al exterior fue un estrépito de luz para Andrés de las luminarias que también a él le producían un gran sosiego. La tarde muriendo hacía nacer las linternas azules de las farolas de las calles; los coches rechinaban sus blancos faros encendidos en comunión a su ruido. Era ese equilibrio entre el día y la noche el que a Andrés le rememoraba tiempos profundos desde su infancia, la ciudad tan llena de curiosidades que un día le contentarán su ser en este tiempo que le ha tocado vivir; sabiendo de todas las épocas pasadas; esperando y pasando el semáforo hacia la acera del Hospital. El Hospital está en la zona nueva de la ciudad que fue la última de la buena estética. Conservaba todavía el barrio ese sabor bueno y añejo que producen los edificios banales construidos aún con gusto. Eran muchos los bloques que tenían un remate, un aderezo o una estructura decorativa que avivaba los tiempos de esplendor en el recuerdo. Donde no existía una cornisa, embellecida por los juegos arquitectónicos de sus molduras, destacaba el lugar la balaustrada corintia de sus balcones. O

una puerta con un impresionante arco de medio punto, que se sustentaba en dos jambas de inextricables estilos. Lo normal era jugar con un conjunto reposado de formas y volúmenes en toda su estructura, que alejaba a las casas del barrio de la vulgaridad de los edificios cotidianos. Antes existía tiempo para el divertimento, ahora sobra tiempo para novelar. Y en cada manzana no faltaba el edificio que sobresaliese sobre los demás por sus espectaculares balcones, ventanas, puerta y excesos que no dañaban la vista; por sus incluso juegos de volúmenes que imaginaban el despertar de la criatura. Andrés, en este barrio, se sentía bien a pesar del tráfico; éste no le incomodaba, pues era capaz de abstraerse completamente con la belleza de sus pensamientos. Los héroes, los romances, los terrores y el humor le acompañaban musicalmente en sus paseos y compras. Él nunca se aburría por llegar antes de tiempo a una cita; le bastaba su imaginación para dorar de color la ciudad; le bastaba esta parte de la urbe para pintar sus tristes momentos, para dulcificar aún más los más sublimes. Ciudad que aún conservas el aspecto del pasado, ¿qué hará de ti el tiempo de los hombres y mujeres?

El hospital ocupaba 4 manzanas con un bloque obscurecido por la contaminación, que entristecía aun más el ánimo de todos los que allí sufrían. Antiguo, sin mayores pretensiones, cara al exterior, que ciertas molduras y cornisas en sus ventanas, realizaba una mayor labor a la humanidad, pues no mentía sobre lo que allí reposaba. La puerta de entrada concentraba el resumen común de todos los hospitales: gente ansiosa, gente triste, gente esperando, gente alegre, gente llorando. Sin poder evidenciar, mínimamente con tiempo, todos los hechos, se dirigieron hacia información; solo pudieron dignarlos fotografiándolos. La señorita les informó muy atentamente adonde debían dirigirse para llegar a la habitación que iba a ocupar su padre. El acceso a las diferentes áreas sanitarias se realizaba por un corredor totalmente acristalado a su izquierda. La luz provenía de un gran patio interior de donde también emergían más edificios sanitarios. La luz natural es la mejor para la especie humana, que todavía no ha dejado del todo su provenir animal. Sin gustarle a Andrés el automatismo de sus congéneres, veía claramente como el hombre buscaba su conversión maquinal, que siempre le había diferenciado con respecto a aquellos. Pero para empeorar, como muchas veces también hace el progreso, la naturalidad repetitiva la iban a sustituir por la estupidez continuada. Y Andrés no quiso continuar en más comparaciones obvias para evitarse conclusiones claras.

Acelerados por llegar, iban consultando todos los carteles de información. Al fin encuentran, evidentemente a mano derecha, la escalera que les llevará a la primera planta, en donde por un estrecho y no muy largo

corredor, alcanzan a su mitad la habitación de cuatro camas y techo bajo. Era formidable de contemplar a cuatro señores dispuestos para la operación y el postoperatorio en un espacio mínimo donde las visitas debían desplazar las sillas para moverse; formidable por disponer de todos los accesorios necesarios, médicos y de bienestar: aire acondicionado, calefacción, televisión, lavabo conjunto; formidable por encontrar una amabilidad en la mayoría de las enfermeras que explican el porqué de su vocación; formidable por haber dos ventanas semicirculares más bajas de lo normal para el nivel de la habitación, fruto seguro de antiguas remodelaciones, fruto de una arquitectura que hacía surgir, como siempre mejor, la tenue melancolía de Andrés mientras contemplaba la vista de la hermosa plaza que tenían enfrente.

Pasadas dos horas, ya después de cenar, deben irse y dejarle allí solo acompañado. Alegre se despiden, pero las comisuras de los labios, los ojos y el gesto dejan entrever en los tres una delicada pesadumbre. El ánimo del padre «*adiós amigos*» ahuyenta ese terrible sentimiento que inunda todo hospital. Las luces fluorescentes del corredor y de la escalera son las mismas, pero se nota en ellas el negror de la noche; el ambiente se hace más metalizado. Ya en el corredor, con las ventanas a la derecha y el movimiento fluido de visitas, enfermeras y médicos que marchan, se anuncia la despedida del día. La noche está obscuramente brillante hoy con el aire que sopló esta mañana. El metro está ligero de pasaporte hasta el destino de la familia de Andrés. Las calles que cruzan dejan un espacio silencioso hasta el amanecer. La cena y la televisión se ven tranquilamente y sin ningún asomo de interés. El sueño se concilia atemperando los sentidos. La conversación ha versado únicamente sobre lo sencillo que resultan hoy en día este tipo de operaciones con los adelantos que hay. Se loan las características del hospital y del personal. El padre es muy fuerte.

## CAPÍTULO XIX

Al día siguiente fue la operación y el sol lucía radiante. No había preocupación en la familia más que la que produce este hecho natural; y la mañana no alcanzó la primera tonalidad dorada cuando llegaron al hospital y el padre, tan tranquilo, ya estaba preparado. «*Que sea lo que Dios quiera.*» Y todo el mundo a su alrededor riendo. Y las tonalidades grises que entraban por la ventana le recordaban a Andrés aquellos momentos de siempre en la ciudad aquella del trabajo; por sus calles ensanchadas por robustos edificios del pasado donde el amor y la verdad debían de estar aún; los momentos musicales que le indicarían la razón de la existencia en un mar absoluto de lágrimas. Hay romanticismo. Todavía Andrés podría llevar la insignia de la esperanza de un amor bien realizado, de algo palpable desde la imaginación, donde los grises agarrasen los dorados cabellos.

Después de que le bajaran al quirófano con esa nueva seguridad que alcanzan las operaciones posibles, yéronse a desayunar con el ánimo propio de estos momentos. Un regusto no colmado yacía en sus gargantas, pero todo debía marchar según la técnica, y aceleraron algo el paso hacia un bar de fuera del hospital; había que ver la calle, la libertad. Cerca de 3 horas debían tardar los médicos. Y en ese bar que hacía «*esquinazo*» según su madre, enfrente de la boca del metro, estuvieron tomando el café con leche y una pasta; era un bar acorde también con los tiempos, diligente de personal y vivo de clientela entre gente del hospital y gente de otras partes; la vida en esta ciudad del trabajo a las 8 y media. Recordando bien el pasado, que es quién siempre dibujará los tonos y colores de fondo: los rasgos. Al salir del bar, la madre se dedicó a esperar frente al quirófano y Andrés fue a relajar los nervios yéndose a comprar un buen libro. Y eligió un clásico que tanto le había hecho soñar por la televisión y del que necesitaba leerse su manuscrito: *Huckleberry Finn* de MARK TWAIN, para que los tonos blanquecinos, de la cada vez más mañana, le acompañasen con el relato. Y además, el retrato de portada, de tonos pasteles, se superponía a un suave tacto de color blanco; la buena calidad del papel y de la impresión no denotaban exceso de vacío por un aplicado decorado; poseía el equilibrio entre un libro de bolsillo y el clásico sabor. El frenético movimiento diario no le ahuyentaba a Andrés las ideas; continuaba tan bien concentrado desde su nuevo tratamiento y tras la mayor experiencia. Era un periodo en su vida de dominio absoluto sobre las terribles ideas y los problemas de la existencia. Podía elegir, y detallaba en un momento, la perfecta personalidad de las gentes. Había elegido la mejor chica de

siempre, como acostumbraba, pero las amenazas de la perturbación estaban muy lejos por fin. El amor era intenso, más profundo incluso, sin esa violencia pasional que se confunde con el frenesí que le impiden a uno razonar el amor: y el razonamiento mínimo es tan importante en éste para alcanzar la alegría y la pasión. El amor por fin tenía su guión y caminaba Andrés seguro en sus planteamientos para conseguir su felicidad. Él solo la deseaba; era humilde también en este sentido.

De vuelta hacia el hospital, iba rememorando imágenes sincrónicas que se formaron en el pasado para siempre. El tono lánguido le ayudaba a mantener todo el conjunto de experiencias de las que Andrés era capaz de imaginar. Seguro que sin ellas sería incapaz de sobrevivir los arrebatos de su locura y desaparecería, sin fastos de ningún tipo, de este horrible mundo que le ha dado su espalda. ...Los volúmenes unívocos de la ciencia, que daban el triunfo y el éxito, la vanagloria del sacrificio recompensado hacia la eternidad; de una ciencia alemana, de unas letras francesas de repulsa contra la injusticia y que ejecuta la ironía de sus buenos vividores escritores; de los grandes médicos en su propia ciudad, bajo el tono musical de su España; su viva poesía enlazando allende los mares, devolviéndonos el compás del sentimiento que hemos mandado desde el pasado... *«Pasado pasado que me enseñas a caminar solo por culpa de los acontecimientos.»*

Una vez más en el corredor acristalado que le iba a acompañar durante días; jugaba en su imaginación con todo el conjunto de su ser; hoy a estas horas fuera del umbral del trabajo; todo tan cambiado de tono y oficio. Y la enfermedad se hacía explicación, su única salida había estado en hacerse consciente de su mal, y ya sin ningún problema de tan nefasta timidez, se hizo resuelto hasta donde podía y tímido hasta donde le era imposible. No podía cambiar las circunstancias a su gusto, él que le gustaba jugar a dios, pensar sin pensar sin maldad; inevitable era su valor de acción mientras las relaciones de sus pensamientos eran carne de su sangre, sangre única y para siempre, huesos que apuntalaban una incambiable personalidad. Él podía ser un enfermo, arrastrándose sobre sus pies, perdiendo el tiempo en fútiles banalidades que le hacían tanto daño, y peor, dándose cuenta de ello y de que perdía el tiempo cuanto más sabía y qué no debía hacer para gozar. Testigo mudo de su propia hecatombe, teniendo todo entre sus manos y sin poder moverlas para moldear su orden. Así únicamente obtenía el desequilibrio. Pero volvía a ser dueño de sí mismo tras la infancia; ya sabía qué hacer, y al pasar por el área mental del hospital no quiso ocultar una irónica mirada. Él nunca perdía el humor; desde pequeño sabía que la vida tiene como uno de sus objetivos el placer. El placer en él es su novia correspondiéndole con sus palabras y sus besos.



El placer en él es un libro, una música, su familia y una buena comida con su buen vino y su buen puro. Después Andrés ya podría desaparecer, que siempre quedaría el aroma en los pensamientos.

Y así estaba en sus pensamientos, llegando ya donde su madre, que le dijo que aún no sabía nada; apenas había pasado una hora. ¡Y cómo nunca! estaba de equilibrado en la mejor de las techumbres posibles, allí en un marco remodelado por unas capas de pintura y los equipos modernos, entre la impresión de hechos pasados, luctuosos y felices.

## CAPÍTULO XX

Pasaron horas y horas de ver salir enfermos ya operados, de volver a entrar nuevos a intervenir, de enfermeras y médicos entrando y saliendo con el trote normal de los hospitales. El sonido rumor discurría tenuemente, de manera desesperante cada vez más. «*Pregunten, pregunten*» -nos decían los familiares de enfermos que ya se habían reencontrado, pero el respeto, la vergüenza, el estoicismo nato de la palabra, que moldeó una antigua educación, volvían a impedir a Andrés y a su madre cualquier interrupción. A las 4 horas recibieron de un camillero la respuesta general de que «*todos ya estaban operados y de que todos ya estaban bien, descansando*». Pero volvieron a pasar 3 horas más y los únicos ya esperando eran ellos. No hubo más remedio que interrumpir por fin, y fue por casualidad la propia cirujano que le operó quién nos contestó: “*¿Todavía no les han dicho nada? Bueno, está bien, pero se complicó porque era muy grande, perdió mucha sangre, hubo que hacerle una transfusión, y como la enfermera es muy recta en el postoperatorio, hasta que no se les ve bien perfectos no les deja salir. ¿Y no sabían nada? Pues el doctor comentó que ya les diría hacia la 1. Bueno, tranquilos ya, todo va bien. Saldrá pronto.*”» Aún esperaron una hora más y ahí salió bien gracioso y despierto, cansado pero sonriendo, tranquilizando a la familia. «*¡Ufff! He perdido una de sangre. Horas y horas esperando, pues la operación tardó lo que menos*». Él recibió sus besos y las sonrisas del reencuentro. El tono tranquilo del hombre, este momento, las nuevas circunstancias ya, las palabras de la doctora, bajaron toda la tensión que había llegado a ser angustiada en algunos instantes, y eso que confiaban totalmente en los hechos lógicos. La tarde iba acaparando su lugar y el sol iba desapareciendo lentamente. «*Hombre, señor Andrés, decíamos, ¿dónde está este hombre? Bueno, se ha alargado un poco la cosa.*» «*Sí, mira chico, la cosa se ha complicado.*» «*¡Bah! nada, nada.*» Y al poco se durmió y más tarde cenó y después se quedó su mujer a velar y Andrés tuvo que marchar a casa; ya debía trabajar mañana y todo retornaba, entonces, a la normalidad. Las luces de la noche fluctuaban suavemente por los ojos de la esperanza. El metro a las 9 y media era palpable ya en su sobriedad. Los huecos grandes en el andén y en el convoy discernían los minutos tranquilos y necesarios de la maltratada jornada. La calle paseaba los últimos individuos que volvían de la fábrica, del taller y de la oficina, de cualquier puesto rutinario. Algunos gozaban en la faena, pero para otros era un día indistinto para darse cuenta, todavía más, de lo que realmente vale en la vida. La cena solitaria y la disposición de la libertad de acción y temporal disponían aun más los momentos

diferentes. La escuela televisión fue rápidamente apagada tras el ligero bocado, y recogidos y fregados los platos, Andrés se acostó con cansancio; había que madrugar mucho mañana.

Los días siguientes fueron la monotonía diferente. Después del trabajo, comer enseguida para llevar agua y compañía a su padre, tabaco, dinero y ropa. Tras la visita graciosa y acalorada «*a ver cuando heredo*», el paseo por la zona y la compra de un libro; la vuelta inmediata a casa, la cena, la llegada más tardía de su madre y el reposo ya tranquilo de las jornadas.

El hospital volvía a refulgir los tonos de pasados otoños que hincaban la responsabilidad de los estudios sobre las espaldas de Andrés. El miedo al fracaso y el trastorno de la vida eran una realidad ineludible en los instantes de inseguridad. Qué diferentes ahora los momentos para disponer y arrebatar los hechos. La personalidad y la acción motora se habían enderezado para cumplir sus deseos. Pero continuaban allí aquellos tonos grises y oscuros, también aquellos tonos mates y brillantes del entorno cuando atardecía, la gente moviéndose en su labor, las tiendas terminando el día, sí, continuaban y era natural. Andrés, ahora lúcido, comprendía que todo no era miedo y desfallecimiento, sino que a sus cosas de siempre él bien correspondía con la explicación lógica: la vida poseía todos los elementos necesarios para evitar también la desesperación. Eran los instantes del terrible infierno, cuando acechaban, los que le causaban aquella cruel confusión y desorientación. Pero tan normales le fueron desde siempre, que su especialidad no le asombraba. Era natural en él algo que le dejaba totalmente incólume salvo en los días de mayor desesperación: no había más salida que la de ponerle remedio. Pero ¿cuántos años así? La solución ya se hizo consciente, por fin, hace algún tiempo, por lo que ahora ya puede caminar tranquilo y seguro. Pensar que un enfermo más va a ver a otro enfermo... pero uno es fuerte, la vida bien le curtió y la música siempre irá con él.

Todos los amigos, familiares y conocidos del trabajo le preguntaron por su padre, y vio una vez más, para sus adentros, que bien se había ganado un lugar a pesar de tanta ruina vivida. Tan preparado estaba ya Andrés para la vida, que la muerte no le producía ningún estremecimiento, pues la tenía muy lejos en su conciencia. Ese innato vivir que también yacía en él a pesar de su fuego ígneo.

## CAPÍTULO XXI

Pasada una semana, el padre retornó a casa y comenzó una convalecencia digna y propia de un hombre que había sido siempre bien cuidado por su mujer; se quejó mucho, con todo tipo de mimos, e incluso su genio puso en guardia a su hijo y a ella misma. Más de una severa retahíla de disposiciones de comportamiento recibió, con razón, de ambos.

E Isabel tan lejos de su corazón, que la mirada, siempre lánguida en Andrés, se reforzó para aumentarle su hermosura. Cuando incluso reía, le notaban las personas superiores un último guiño triste que decía mucho de su sufrimiento de toda la vida. Tan estoico era en su interior, «*Tan humilde*» le decía Enrique, «*Tan poco te valoras*» le comentaba una compañera de trabajo que llegaba casi a enfadarse «*¡Qué poco te estimas, Andrés!*». Casi nada sabían de su orgullo, salvo en ocasiones de su rotundo genio; que no comprendían que los hechos consumados ya eran y que no debía artificiarse ninguna acción. Cualquier chica no le bastaba; él se aburría al hablar a las jóvenes que le venían a consultar cuestiones banales, sobre la actividad para sus prácticas en el propio albergue, y solo el juego y la tontería de temas, fuera de las rosas de los jardines, le incitaban a intimar con ellas en el humor. Enrique siempre tan metido en esos momentos para chincharle suavemente. No comprendían, ni el mismo Enrique, que él buscaba su amor y que no se iba a conformar con cualquiera; antes morir. Tan lejos estaba de su lugar y tiempo, que algunos analfabetos confundían su actitud con otros motivos que no merecen ni comentarse. ¿Por qué siempre el mundo tan lleno de torpes y malasombras?

Era muy aficionado a los temas extraños que actualmente el mundo ha convertido en asuntos circenses increíbles. Las premoniciones, bien intuitas por su ser, experimentaban un buen acierto generalmente, lo que denotaba una base vital que bien deducía los aspectos del comportamiento humano. Debía añadirse a esa estampa, más digna del impulso intuitivo, automático, que de una larga reflexión de la que siempre salía cansado y aburrido, la forma que todos vulgarmente llaman mágica, pero que obedece a las fuerzas sobrenaturales que siempre protegían a Andrés. El desconocimiento fuerza a anteponer aquel prefijo. Y tan sencillo con todo fenómeno, que era extraordinario para el resto de la población.

Los escritores y adivinos del mundo actual, los actores y cómicos de este fin de siglo, le reflejaban, generalmente, el mundo de la irreflexión, pues su contraria estaba vendida por Judas. Irreflexión era producir

solamente por dinero, y nunca se encontraba la acción tan estrechamente relacionada con el Capitalismo, del cual todos renegaban bajando los ojos. Los mejores tartufos son los de la literatura de siempre, la única verdadera; pero eran tipos, reflejos de la realidad, moldeados y vueltos a moldear por la pluma del artista, pero siempre externos, formas posibles para criticar; ahora son los mismos *Des Grassins*, *Cruchot*, los *Valenood* y el mismo amigo de *Orgon* en persona, los que toman el lápiz para relatar. Fieles a su naturaleza, no emplean la tinta por si acaso, el líquido corrector cuesta más y se hace obvio.

En este mundo que le ha tocado vivir se abre su propia personalidad, y son diversos factores y efectos los que caracterizan una vida. Aunque no creemos que hubiese cambiado mucho su actitud ante burgueses del pasado. Lo que más le desazonaba era que lo que antes fueron ideas de un grupo, de una clase, de un sector cerrado, se hayan convertido hoy en ideas a las que aspiran todos, incluso los más desgraciados. Las clases han desaparecido, pero las diferencias existen aún, impertérritas; los economistas del pasado se equivocaban uniendo meramente economía y política. Algunos se dieron cuenta antes de morir, en sus últimos escritos, cuando la vejez les hace románticos. Pero los verdaderos hombres lo tenían muy claro desde siempre. Es así que les gustaba vivir como burgueses aunque fueran éstos mismos los mejores cómicos de sus comedias. Aquellos malignos también vivían como burgueses pero no reconocían el placer. Es así como estos nuevos curas son casi siempre esqueléticas imágenes o seres que sufren una bulimia o anorexia enfermiza. No gozan con lo que nos ha dado Dios. Lo saben muy bien los verdaderos curas y que siempre están bien rollizos, con tan buen color; pero cuidado asimismo con estos, cuando culpabilizan a los demás, mientras ellos se sacian con las mismas viandas y con los mejores pescados. Son los peores hipócritas, los obispos y cardenales que venden a nuestra Iglesia. ¿Saben, sabemos lo que realmente significa Iglesia o quieren ocultarnos la verdadera Palabra del propio Dueño?

## CAPÍTULO XXII

Todo el mundo habla de las memoraciones, de los hechos que vuelven a vivirse y que ya se habían vivido o revelado, de las acciones futuras que ya conocían, que ya sabían que iban a producirse, de los presentimientos y de las premoniciones. Todo el mundo juega a saber, pero para Andrés existen sucesos que le producían respeto y ningún asomo de ansiedad y miedo. Así, cuando le dijeron que su tío había muerto, en absoluto quedó atravesado por el rayo, sino que algo lógico se le movía en el ambiente desde hace días. Y ahí estaba el hecho para explicarse.

Su tío no era de sangre, pero en absoluto estaba diciendo que ello tenga algo que ver con el hecho de que nunca le hubiese caído muy bien. Había coincidido, sin duda, que los tíos extraños fuesen criticados en toda su familia por sus acciones propias, pero ha de tenerse en cuenta que antes la sangre tiraba, por fuerza impuesta o no, y no era aquel el mismo sentimiento negativo que le tenía Andrés a sus verdaderos tíos. Actualmente, hay alguno de aquellos tíos en su familia con el que se ha acercado más, pero la mayor relación no le impide discernir ese hecho de las circunstancias contemporáneas en que todos se desenvuelven.

Aquellos hechos del pasado ya habían ocurrido, pero su personalidad, aminorada, continuó siendo la misma. Poco hizo la experiencia con él para reorientarlo hacia los sentimientos benéficos que hemos de perseguir en este mundo. Andrés cada día estaba más convencido de que algunos caracteres pueden pulirse y conducirse mejor, pero en absoluto cambiar; ello le creaba cierto pesimismo para alcanzar el bien moral; pero también cierto optimismo, porque se encontraba en un mundo de tipos con los que también aprender, diferenciarse y burlarse. Cuando su tía le dijo fríamente que su tío había muerto, comprendió mejor que nunca sus propias valoraciones y aquella persona no merecía realmente más que el respeto por sus primos. ...Con más años, es el narrador quien quiere olvidar para perdonarlo todo y así sublimarse en una nueva vida con sus tíos, con sus congéneres y amigos, hasta con los desconocidos, hayan sido todos, mejores o peores...

La muerte comenzaba poco a poco a llamar a su familia y el tiempo le evidenciaba cada vez más su realidad. En los momentos apurados, a Andrés le habían quitado de repente la máscara de la infancia, que hace del futuro, motivo de despreocupación. Y los momentos apurados de Andrés son aquellos que desde siempre ven pasar el tiempo sin remisión y más oficio que el de perderlo todo en ideas de la sinrazón, pues solo obtiene el dolor como pago. La muerte es diferente en sus aspectos de desarrollo. Hoy

más que nunca la vemos en forma violenta día a día, gracias a los avances de los medios audiovisuales. Antes se mataba igual, pero la literatura y el dibujo al carboncillo idealizaban sus efectos en forma de hazañas e injusticias. Hoy es tan vulgar y anodina. Por otro lugar, en Andrés la muerte siempre es divina y motivo de los espacios de la noche. Cuando muere un familiar o un allegado o cualquier conocido, un respeto soberano se impone a todo su alrededor y los instantes pasan calmosamente para adivinarlos, para captar toda la reacción humana que se produce. Cuando los monstruos salen a hacer de las suyas, la película le inflige un terror profundo, quebrantándole todos sus nervios.

Llegaron a pompas fúnebres. Andrés ya tenía el ánimo de estos momentos y un azul claro matizaba el cielo de esta tarde. Aunque el instante del día fuese otro, aunque la mañana fuese la más lluviosa y la tarde la más rotunda del verano, él poseía siempre para ciertos acontecimientos las mismas sensaciones. El clima y el lugar, la hora, solo embadurnaban tímidamente, y el disfraz no engañaba a nadie. En ocasiones, y por la naturaleza diferente de las cosas, podía parecerse que los hechos fuesen distintos, pero era extraño que le alejasen de la realidad. Quizás esto ocurría en sus accesos, cuando el resultado era totalmente confuso y de los que no se podría sacar ninguna conclusión.

La misa fue en sus comienzos escandalosamente neutra. Sólo una cadena de una fábrica parecía darle a las cosas tal importancia. Las palabras del sacerdote estaban vacías, pecaban del sentimiento más inocuo y el pobre decorado de la capilla amargaba aún más. El religioso le producía a Andrés una verdadera desgana y veía como la vida de alguien pasaba por sus manos sin ningún reparo ni consideración; *«Así predicán estos hipócritas, vendiendo sus palabras al negocio de la muerte»*. Solamente el fervor de los hijos y el respeto considerado de los familiares y amigos daban a la fría escena la conjunción necesaria. Todo cambió, sin embargo, en el sermón, y las previsibles palabras que siempre eran en estos discursos un puro trámite, se convirtieron en una explosión repentina de amor y amabilidad. Caían las frases por la sala con el tono más fervoroso jamás escuchado por Andrés; diríase que el cura había sido poseído por la pasión y los sentimientos de las Escrituras; y los ojos desatinados y sin ánimo de todos los presentes, adquirieron la imagen santa del momento. Diríase que eran las palabras que siempre se repiten en todo acto litúrgico, y que por ello mismo adquieren el pleno vacío del que debieran huir, las que al mismo sacerdote le horrorizaban, siendo en el discurso, en la ofrenda libre, donde únicamente podía él expresar todo su fervor y orgullo de hombre de Dios. Poco a poco el público fue ganado y las lágrimas de todos los que lloraban se hicieron más sinceras. Sin haber conocido al tío de Andrés,

demostraba la mejor de las intimidades para con la familia. Hasta la persona más aséptica y desconsiderada fue atraída al verdadero reclamo de la palabra. Y el cielo se hacía más claro a todos y la esperanza alcanzó la completa realidad; el miedo y el más agudo de los escepticismos, aquel que ahogaba la mejor respiración, fueron desapareciendo por un compás ambiental, que ni el mejor de los vientos para limpiar la atmósfera. Después del sermón, el cura fue rápido en las palabras banales y la despedida se convirtió en un pequeño sermón más que revitalizó los ánimos que ya volvían a decaer. En los momentos de espera hacia el cementerio, en aquellos instantes en que todo el mundo debe de hablar del fallecido de un modo forzado o sentido, las conversaciones tuvieron la mejor de las excusas con las palabras libres del cura. Aquel hombre mayor, uno más entre todos los religiosos, *«uno más entre todos los humanos que estábamos allí, se irguió por encima de nosotros para darnos un toque de atención con el que pudiéramos despertar de nuestro posible letargo.»* Y el cielo se abrió en el corazón de Andrés verdaderamente. Podía ir a aquella oración con todas sus ganas y deseos, pero él también necesitaba de una mano en alguna ocasión y el cura le había abierto un poco el camino. Le había dado un empujón. Incluso su tío, tampoco debía decirse que fue tan mezquino; tenía, como todo el mundo, sus cosas, más exagerado por el amargamiento que produce el fracaso en la vida, por preocuparse más del primero que de ésta, pero también perdonable con el tiempo y las palabras.

El cortejo fúnebre alcanzó rápidamente la carretera hacia el cementerio, pues el hospital estaba cerca. Le pareció increíble la soledad del tráfico tan cerca de aquella ciudad, y más aún conforme iban ascendiendo y descendiendo por las lomas de la montaña en la que se alzaban. Las casas y los edificios iban apareciendo y desapareciendo cada vez más, hasta perderse definitivamente los coches hacia una grandiosa hondonada donde se refugiaban los muertos y los espíritus en el silencio. El pozo amargo asemejaba una especie de campo de concentración, pero con los sentimientos que allí yacían, ¡claro está! Los nichos se anidaban en bloques de 5 pisos en forma de ele y donde podían haber de 300 a 400 seres. Cada bloque se agrupaba en la correspondiente agrupación de 6 a 8 bloques, ¡y había tantas agrupaciones! El cementerio poseía el espacio más que suficiente para expandirse para siempre por aquel valle artificial, el cual se iba creando con la excavación de la tierra de la montaña. Los árboles, que circundaban todo el silencioso lugar, apaciguaban los ánimos. Apenas habían cipreses que diesen el verdadero sentido al lugar, y el amontonamiento deshacía el verdadero calor que necesitamos los humanos. Poseía un extraño aspecto, entre civil y religioso, aquella ciudad de los muertos. La asepsia solamente era superada con la intención de los



asistentes, y nunca mejor podía haber sido aquel cura la esperanza contra la crueldad que lo ateos querían imponer. Ahora se explicaba Andrés por qué los ateos no tenían ningún fervor en sus ideas. Son los más descreídos de sus principios cuando asoma la realidad detrás de la tapia. Todos allí concentrados, delante del nicho numerado, para percibir la despedida y el ataúd mansamente; pero con un estruendo que indignaba el momento, fue deslizándose hacia el fondo. De pronto, los más afectados saltaron en gemidos y más lágrimas, y el cielo obscurecía rápidamente hacia la noche. Los ramos y las coronas de flores tapiaron de vegetal manto la abertura que los obreros cimentaron provisionalmente hasta que días después se pusiera la lápida. Pero las flores también se irían marchitando con el tiempo. Y algunos ateos, los verdaderamente conscientes, elevaban su espíritu por encima del cementerio, sin creen más allá, pero tendiendo amor sobre sus semejantes. ¡Ay!, esos otros ateos, también de etiqueta y postín.

Y los recuerdos ya han llegado a su fin para no caminar más por ahora, y los espíritus jamás comprenderán este mundo en que vivimos si así continuamos terminando. El respeto se lleva con nosotros y solamente así Andrés asimilaba bien el momento, porque tan vulgar le parecía el lugar, todos allí apiñados a pesar de la limpieza y la separación. Pero algunos de otras ideas, más o menos elevadas, según se mire, verían el presentimiento de aquel día cuando la explosión espiritual lanzase a todas las gentes hacia el cielo. Todos juntos siempre en comunión. Andrés, sin embargo, prefería los parajes apartados donde le dejasen solo con su soledad. Le gustaba tan poco el amontonamiento más que en aquellos instantes en que la ciudad se convertía en un mero decoro de su felicidad, solo con su lectura y su amor, solo con la música celestial.

## CAPÍTULO XXIII

Y en estos últimos 3 meses desde enero, Andrés había encontrado la amistad, se había afianzado su candor con el recuerdo de la infancia, y más que un toque de atención, la operación de su padre y la muerte de su tío le habían explicado una vez más las facetas trágicas de la vida. El amor no llegaba porque este mundo no le estaba predestinado al parecer. Era demasiado claro para el orbe camaleónico que le tocó vivir. Las mujeres, con todos los defectos de los hombres, ya habían alcanzado casi sus mismos derechos en ciertos aspectos; en otros, se comportaban como su pareja y la superaban. Tal escándalo de valores no le impedía ver claro y sabía que había chicas como él, tan preocupadas y tontas para no gozar siempre, pero que estaban deseando encontrar el fuego clamoroso que los abrasase a todos por fin, en un entusiasmo en el cual todo no fuese continuo placer sino cruenta pasión de la vida. De esa madera, de este metal, de arrastrarse por el desierto cual diamante que rechaza los oasis fáciles, estaban hechos algunos y algunas. Y generalmente no eran religiosos ni profesaban cualquier deísmo científico, simplemente la vida les hacía ajenos a toda vulgaridad epicúrea y los apartaba a sus habitaciones para que soñasen con la carne del amor. Disfrutaban en ocasiones un instante, pero acababan en el amargo desengaño al ver la cruda realidad. Y volvían a quedar solos y solas para comenzar de nuevo.

## **IIª PARTE: Un par de enamorados.**

## CAPÍTULO I

Los días continuaban pasando cada día mejor para la habitual personalidad alterada de Andrés. No recordaba desde la infancia aquel transcurrir que le procuraba la tranquilidad suficiente de ver pasar su tiempo sin ningún asomo de desconcierto y dolor. Más aún, pensaba que la madurez había ocupado el lugar que le faltaba; en la infancia ya estaban los sufrimientos que después alterarían su principio motor, pero sus síntomas eran más bien sordos. Suerte de poseer Andrés aquel carácter indómito, expresivo y voluntarioso, totalmente necesario para la reconducción y solución de todos los problemas que le aquejaban. El amor no le hacía padecer artificialmente, podía controlar las causas y el propio desarrollo, a pesar de fracasar siempre en los efectos; pero aquellos fantasmas que continuamente le adolecían, con todas las imágenes inevitables, eran el verdadero proceder de su ruina. Ahora desaparecían durante largas semanas, incluso meses, y cuando asomaban tras su espalda, era para hacerle sufrir no lo suficiente. Dominaba los aros y las mazas, como todo malabarista que se puede permitir un error de vez en cuando, el suficiente para continuar actuando en el circo y apartarle de la mediocridad de la calle. Sonreía enérgicamente, lloraba como antes, pensaba y leía vorazmente. Todos sus sentimientos podían demostrarse sinceramente, un derecho que había perdido desde su adolescencia y que solo alcanzaba ahora, tras cruentos esfuerzos que terminaban agotándolo.

Sí, por fin Andrés había recuperado el deseo de leer. Pero si antes las líneas se amontonaban y mezclaban para obligarle a una enfermiza relectura, que le ralentizaba el tiempo y la inteligencia, para perder el contexto del conocimiento, ahora su deseo había alcanzado el escalón superior del fervor. Y el fervor auténtico es la creencia sincera en las ideas que causan asomo y placer en la concentración. Es la inteligencia de la religión, la racionalización de su misma sustancia, de cómo los sentimientos, y la palabra dada al ser querido, se transmiten y apoyan por la naturaleza del propio adjetivo. Andrés poseía el ardor -el fervor, una vez más repito- de la lectura por fin. Ni en los mejores momentos de la infancia, ni tan siquiera en aquellos bellos y vírgenes asomos de la adolescencia, había conseguido mecerse dentro de la cadencia de las frases y las palabras, del maravilloso vocabulario. Los cambios en la personalidad afectan a todas las propiedades, positivas en este caso; y consiguió sacar del fondo de su mente aquellas imágenes del pasado que él creía haber perdido para siempre. Pero el cerebro sí que es la más maravillosa maquinaria universal, por mucho que se empeñe en decir lo mismo todo el

mundo de hoy en día, desde estudiantes hasta los pochinelis de cualquier teatrillo público. Sí, el cerebro humano era lo más importante para Andrés después del amor que sentía por Isabel. Bueno, esta frase es una tontería. Estaban al mismo nivel; no se rechazaban el uno del otro. Y los jardines y caminos recónditos, perdidos, los también públicos y tumultuosos de los márgenes de las ciudades, las mansiones de los buenos barrios y las chabolas y puentes de los viles arrabales, los rostros de las bellas y cariñosas mujeres, los de las mediocres y mundanas, sus expresiones de odio y conspiración las de las malvadas, por ello inteligentes, eran rememorados, al antojo que produce la libertad, por parte de Andrés. Del gran fondo profundo de su mente elegía la esencia, el cómo y el cuándo la quería. No se le había aparecido Dios y ni una curandera le había inducido con sus ojos al demonio que llevaba dentro, pues era el instante de desaparecer del interior de aquel ser. Simplemente estaba realizando un tratamiento médico que su complicada estructura necesitaba. Simplemente, la vida que había construido el Señor caminaba lógicamente según sus presupuestos, y los teólogos, filósofos y científicos se habían esforzado en desentrañarla, muchas veces, peleándose estúpidamente entre sí. Parecían no saber que el hombre está formado, de manera inextricable, por la esperanza, la pasión y la necesidad.

Y los días se hicieron monótonamente lúcidos y gozosos para Andrés por fin. Con la base cromática del pasado, pudo vivir la vida que todo buen hombre siempre desea. El Sol le acompañaba desde la mañana hasta la noche en una cadencia de tonalidades que atardecían el amor en su corazón. Las tardes de abril, mayo y junio son para Andrés, desde siempre, las de la renovación en el querer. Siempre había escuchado, y así del mal uso de las cosas al repetir las sin experimentarlas, que *“La primavera la sangre altera”*, pero aparte de maldecirle su salud, los tiempos previos al verano se le aparecían con el posible deseo consumado. Y cualquier mirada y figura podía relampaguear definitivamente su deseo. En abril, el arco iris generalmente es frío tras la lluvia y gusta ese suave tono que el sol comienza a regalarnos. Las parejas comienzan a salir a los parques permanentemente y los críos se ríen de ellos porque parecen acertar lo que el futuro les hará sufrir; así que continúan tirándoles piedrecillas que no hacen daño. Los ancianos hablan de sus enfermedades y de su pensión, de los precios de cada día y de sus benéficos servicios recibidos por fin; pero el menos simple contempla la esperanza del pasado con decisión y el estúpido diálogo se convierte en sollozo. El cielo se llena de los graznidos y del buen canto de muchos pájaros. No le era necesario a Andrés que su tono se hiciese arte. Apreciaba la modulación musical de sus trinos como el trueno salvaje de la naturaleza. Y los vehículos adquirían el tono más vivo

para mejor también apreciarlos; y su ruido podía perdonársele; más aún, siempre tan necesarios como el rumor de la cascada tras la montaña. La gente se hacía más amable, al menos así lo creía Andrés, pues les consentía casi todo tipo de simplezas: sus estupideces eran bellamente adornadas por sus comentarios. Caía mejor que nunca en el trabajo y su atracción era deseada como la del mejor adonis. Tan equilibrado en mente y aspecto como nunca, para encanto y contemplación de los hombres y mujeres de este mundo. Los niños veían en sus ojos el juego que necesitaban para las tardes, por lo que sonreían felizmente con él. Se divertían tanto, que lloraba por el hecho de cuándo y por fin sus propios hijos de aquella su propia mujer.

Era su placer variar por estas fechas, ya más cálidas, su vuelta a casa desde el trabajo. Al acto cotidiano de subir en metro, mientras se asombraba de la lectura de sus libros, le seguía el del gusto por ir alguna vez andando hacia casa: perdiéndose por los tonos soleados que ya doraban más vivamente los espacios urbanos. La acción de la naturaleza se dejaba sentir en la cada vez más efusiva primavera. Los ángulos de las sombras eran diferentes a los del invierno y cada día agrandaban más su dominio. Y aquellos pájaros de antes estampan definitivamente el sello de la estación avisándonos de la época que está llegando. Se preparaban a explotar su polen los plataneros de la ciudad, que dejarían alfombradas las calles de aquel enemigo de Andrés. Los tonos azulados de las tardes alargaban sus alas para que Andrés tuviese más tiempo para pensar y enamorarse tontamente. Siempre igual, cada año la misma alternancia de hechos e ideas; tan necesaria en él esta temporalidad, que la naturaleza se incrustaba hasta el fondo de su corazón. La saeta nunca se la tiraban bien y volvía a creer que Isabel sería por fin la mujer de su vida. Reaparecían los sueños; adquirían el color de su tiempo; el gusto casi intelectual, al que sabían durante el invierno, se convertía en el deseo de un infante, en el deseo primitivo y tremendo de conseguir las primeras cosas de nuevo, ese fénix del deseo que solamente se adquiere en los comienzos de la vida. Y los tonos y las sensaciones de los volúmenes, de las figuras de la gente que muchas veces reconocía, del argumento y de la sensación resolutive, alcanzaban al éxtasis del recuerdo y del sentimiento. Su combinación formaba el mundo perdido que sabía de su existencia, la utopía del deseo, el mejor tesoro que un día tomaría. Veía la vida después de la vida, sentía la verdadera continuación, y el dolor y el desengaño, que Andrés mes a mes sufría, se reconvertirían en la respuesta a su sacrificio. Allá en aquellos valles, ocres de vivos colores, de suaves pendientes y planicies que guardan el reposo del cálido lago. Solo sin gente, solo con el volumen y el color,

pues todo el conjunto era la conformación de su mujer. La felicidad se correspondía con espacios y contornos: su amada formaba a su lado el paisaje mismo. Para que reposen en paz dos almas gemelas que tanto se quieren. La tristeza del sueño siempre la daba el despertar, cuando se escabullía de sus brazos todo el argumento. Entonces se levantaba, se duchaba, se vestía y desayunaba, mientras el halo de la melancolía le acompañaba como el amigo que se apiada de su desgracia. Se ponía su chaqueta, cogía su libro y se marchaba de nuevo a trabajar. La primavera amanecía las ideas románticas tras el desahogo de la angustia: el sueño se trasladaba a las páginas impresas. Metido ya plenamente en su lectura, le devolvían los argumentos la solución a su problema, y ésta era el sobrellevarlo. Sobrellevar la cruel desgracia sobre sus hombros, la de los pensamientos que podían darle un zarpazo fatal al menor descuido. La medicina tiene su límite y el poder de la persona cataliza mucho mejor sus resultados. Si a este innato mal, añadimos su peculiar personalidad, Andrés bien podía sentirse desgraciado. Pero es la desgracia quién verdaderamente prueba a los grandes hombres y él era uno de los escogidos para alzarse con el triunfo. Sabía que este año sería el definitivo, lo sentía en la manera de hacer de sus pensamientos, en la gesticulación única que había alcanzado su conversación, en las ganas inauditas de hacer cosas, pues hasta ahora su genio había sucumbido ante el cansancio y la inacción que le provocaban su enfermedad. Y el orden nervioso de su estado se correspondía con la base de su personalidad. Él mismo había sido la clave de su éxito: la **atemperanza** para saber esperar. Su genio, sus compañeros de trabajo, sus amigos y algún amor bien sabían que podía ser explosivo en la cresta del tiempo. En algún instante hasta se le podían cruzar los cables para arrojar y hacer las mayores estupideces que luego lamentaría días y días, meses y meses, quedando en tiempos de la enfermedad, dentro de su mente, las sombras siempre dispuestas a hacerle recordar el sufrimiento. Pero a la excepción, que era la explosión del aguante, se le oponía la fría mente calculadora para ordenar sus objetivos, los que deberían cumplirse. Otra mente cualquiera, que tuviese como metas los bienes materiales y prácticos, siempre normales en las personas con dos dedos de frente, le habrían convertido en un líder de empresa y en el aburrimento de ganar dinero para siempre hablar de lo mismo. Pero él empleaba su mente científica, lógica y matemática para el desarrollo de su sentimiento. Él poseía los más que suficientes conocimientos del cálculo y la lógica algebraicos, la capacidad para el desarrollo de los problemas de trigonometría, probabilidad y estadística, e incluso la desfachatez de aprender las demostraciones de las derivadas e integrales, que nunca vio aplicar en la práctica y que se le convirtieron en un juego más para su

mente. Aplicando esta razón clara de la lógica a su romanticismo, y éste a la primera, se coadyuvó un poderoso instrumento intelectual en su interior que producía miedo, y su consecuencia, la envidia. Pero el resultado continuaba siendo en él una forma de vida y no un fin. De ahí su error. Él creía en ellos como en unos ideales, no deseaba desarrollar sus habilidades más que para gozarlas, y de paso, para vivir como un rey. Pero no quería unívocamente alcanzar el trono, debía vivir del medio, que era al mismo tiempo su fin y objetivo. La buena vida sería un justo premio a su compromiso y fundamento.

Es tan maravilloso no poseer un único fin más que el de su amor. Le era tan artístico adquirir el ritmo cíclico de las cosas, no saber de dónde y hacia dónde venía e iba el viento, pero gozando de su roce simplemente, porque era su esencia lo que le importaba. La dinámica sin límites quería alcanzar para espantar el aburrimiento, pero qué lejos estaba del actual libertinaje que ha aceptado la nueva juventud. Ella opta por viajar por todos los lugares, pero sin contemplarlos. Contemplar es interesarse por su origen, desarrollo y final; por su renovación, no por el simple efecto de contarle al volver a su siniestro lugar de trabajo; no por el ímprobo placer de la presunción, que se convierte en humillación para con los demás. Acumulados una serie de conceptos, que cualquier semanario mejor los dispone, se bastan orgullosos de sus objetivos y la cultura continúa así siendo tan ramplona. Peor incluso, pues la humanidad ha desaparecido, y lo que antes reconocían las generaciones pasadas, su falta de cultura, su imposibilidad por el estudio, a la falta de haber saciado las necesidades vitales, ahora se torna en la autocomplacencia y en el reconocimiento propio de cierta inteligencia. Siempre ha ocurrido, que cuando las sociedades más se bastan, más suficientes y capacitadas se consideran, más cerradas y reaccionarias son en realidad. Anulan la excepción, la supremacía y el arte, y para todo lo que supere el nivel de la vulgaridad, pronto le encuentran el método más eficaz con el que ahogarlo; no pueden soportar cuando contemplan las miserias de su propio aburrimiento. Siempre convirtiendo la naturaleza de las cosas en simples y vulgares frases hechas.

Andrés sufría de esas consecuencias, y ya desde la escuela era para muchos el bicho raro a aplastar, aunque también para muchos se convirtió en el ejemplo y el consejo. Y él, que lo único que buscaba era la pasión del compañerismo, la amistad que fácilmente se le escapaba de las manos como la arena de la playa desaparecía entre sus palmas. Pero la vida enseña con el dolor y con él la amistad alcanza el estadio del amor. Así, solamente quería alcanzar la compañera de su vida. Lo tenía bien claro, bien aprendido tras años de dudas, de desconocimiento, de traición y de alegrías



falsas, de caminos desperdigados, de ideas intolerantes que ahogaban su placer. Sólo podría ser feliz con alguien que le entendiera, con alguien que estuviese cerca de sus pensamientos y dominios, con una mujer cuyo indómito corazón también hubiese sido herido continuamente. Con una preciosidad como creía ver en Isabel, cuya mirada triste, y alegre a la vez, le reflejaba su deseo, el deseo de ir y volver desde el pasado, de repetir cíclicamente los mismos apetitos e ideas, los mismos placeres y viajes, alternando el gusto, la dirección del viento, pero nunca sus esencias. Él y ella tendrían su propia y única personalidad, querrían entablar nuevos acontecimientos y sucesos, buscarían en el argumento de la vida los hechos necesarios y diferentes, los hijos que prolongarían su existencia. Bajo el mismo ideal y pensamiento lograrían llevar una vida dinámica que les impediría el aburrimiento. El artificio actual es hijo de éste y la gente no sabe a dónde ir. Da pasos en falso que le producen a Andrés el mayor de los ridículos y la mayor de las risas al respecto de esas mentes inferiores. Ser inferior también coincide con el no auto-reconocimiento de los límites. Los límites de Andrés eran anchos y muy lejanos, pero también los poseía. Y qué mejor contención de ellos que otra amplia mente a su lado. Con las ideas claras y concretas de su personalidad, sencillas como el aroma que concede la naturaleza, definibles como sus colores, palpables como las suaves pieles de las frutas recién maduras, así gozaría él de la variedad que Dios le concedió al Mundo. Sin buscar extrañas posiciones y nuevas teorías del pensamiento, que lo único que buscan y otorgan es la mera diferencia y novedad, muy lejos de la experiencia del placer y del dolor, Andrés querrá vivir la tradición consustancial y la renovación espiritual. Sin nada en su corazón que quedase hueco y anodino, más que la falta de su amor, caminaría bien andante buscando la respuesta a su congoja. Mientras, iría acumulando la experiencia de una vida que no fuerza las consecuencias, sino de las que precisamente, y de manera natural, se nutre y justifica. Bien orgulloso estaba de todo ello en esos momentos de su vida, en una época en que su mente bien respondía a los ataques y sufrimientos que le herían desde fuera, desde ese conjunto miriádico que conforma la naturaleza humana y que desde cualquier punto de vista llamamos sociedad. Todo entra, todo vale en ella, todo lo bueno y malo encuentra hasta su explicación moral, pero ya Andrés estaba bastante harto de la que le había tocado vivir. Era más probable que cualquier sociedad en su tiempo ahogase a los hombres y mujeres que buscaban respirar diferente. Pero ese concepto distinto se usa tan fácilmente hoy en día, que define la sociedad esnob en la que él se encontraba sufriendo. En todas las épocas el hombre ha buscado situarse sobre los demás por algo que él creía superior; ello le daba placer y el aire con el que respirar. Hoy no iba a ser diferente,

pero lo que más detestaba es que cualquier personaje e idea tonta fuesen justificación de una superioridad contra el otro, contra el hermano. La mediocridad se alzaba toda odiosa a su alrededor. Antes, el honor del alma más pobre y despreciable podía servirle para **supervivir**. Continuaría él mismo siendo pobre, sufriría el helor y las consecuencias del cruel frío de invierno, soportaría el hambre que se agudizaba en sus entrañas antes de la próxima cosecha, y el desprecio y los latigazos de quienes no sabían corresponder a sus súbditos; pero si aguantaba su honra, si el amor a sus hijos era válido y sincero, su alma sí era la de un ente superior. Hoy en día, cuando las posesiones dignan meramente la esencia, se puebla la faz de la sociedad con las mentalidades más mínimas. La palabra ya no es firma, porque únicamente vales lo que tienes. Y Andrés solo poseía un coche, sus libros, discos y vídeos, su bicicleta, su equipo de música, su ropa y su corazón. ¿Quién cuidará de las lágrimas de ese espíritu cuyo único tormento es la búsqueda?

Andrés volvió a pensar, mientras leía el mensaje póstumo de OSCAR WILDE: *Epístola: In Carcere et Vinculis (“De Profundis”)*, que las rememoraciones existen como el poder oculto que las forja. Y si a esos pensamientos suyos, se unía de inmediato la confirmación, sin causarle ningún enfermizo acceso “*adleriano*”, bien orgulloso de sí mismo estaba; al menos no caminaba solo, pues los desarraigados estaban con él. Tampoco quería gozar con el acceso que le producen a otros seres enfermos el hecho de sentirse diferentes. Pero él era bien terco de ser y hacer lo que le apetecía y solamente así de a gusto se encontraba.

*“Como todas las naturalezas poéticas, Cristo amaba a los ignorantes. Sabía que el alma de quien ignora dispone de sitio para una gran idea. Pero era incapaz de soportar a los imbéciles, sobre todo a aquellos que se volvieron imbéciles gracias a la instrucción: gente llena de opiniones que no entiende, tipo característicamente moderno...”*

(De Óscar Wilde: “*Epístola...*”. Ed. de José Emilio Pacheco (1975). Ed. Seix Barral.)

Qué mejores palabras podía encontrar aquella nueva mañana de primavera, yendo al trabajo en el subterráneo, mientras de las alturas le venían las frases más bellas. No conoce el aprecio hacia él más que por sus hechos o frases, pues no tenía dinero, y si a más, sus muchas veces censuradas opiniones o alocadas puestas en escena, tenían la comprensión del genio y del Dios Natural, bien podía continuar sólo. El caminante solitario puede estarlo por tres claros motivos: por un rechazo inmerecido, por uno merecido o por un deseo de aislarse de todo lo que considera malo

y perverso. Para la mejor opinión que de Andrés cada vez más tenemos, él no se alineaba en una única opinión, pues su rostro se endurecería, sus gestos articularían cada vez más la rudeza del imbécil que nos apuntó Óscar, y de una ocasión tras otra se serviría, cada vez más, para obtener el beneficio. Él había sufrido, había hecho sufrir y se había aislado; pero no había una única dirección, puesto que de su entorno aprendió el dolor, lo aplicó a su vez a los demás, se lo devolvieron de nuevo, continuó aprendiendo y cada vez se fue quedando más solo, pues nadie quería aguantar su ritmo de sufrimiento en este mundo de satisfacciones agradables. Le diferenciaba de los demás su temperamento terco e indomable, indómito, que llegaba hasta la exageración, hasta la indolencia a veces, pues Andrés en absoluto era un joven perfecto. Y tenía carácter con el que justificar cualquier error: estaba articulado y conformado tras la experiencia, no con las “*opiniones que no entiende*”. Él no había construido su persona en una noche para alcanzar los frutos del árbol prohibido. Era fruto de muchas noches, de muchas mañanas y tardes de gozo y aflicción, era fruto de la mejor naturaleza, y los pájaros y animales de compañía agradecían su presencia; los niños seguían siendo sus mejores criaturas.

Y así, con estas constituciones que el narrador escribe, Andrés caminaría por siempre, ajustando y aminorando sus paradojas y su irascibilidad, para obtener día a día un mayor apego a la vida verdadera y un filtro cada vez más fino, el cual le permitiría llegar a encontrar la verdadera amistad, que ya creía tener con Enrique y también con Juan, y el verdadero amor, y que aún seguía en el costado platónico.

Este año apenas había tenido resfriados, se hallaba en un momento culminante en el que su poderío interior triunfaba tanto en el conocimiento como en la física. Y sin confundirse con las ideas banales de la autohipnosis y de la inducción personal, era bien cierto que el mejoramiento de su estado anímico provocaba una mejor defensa de su sistema inmunológico. Los estadios de bonanza favorecen la mejor evolución de las cosas como cualquier catalizador aumenta la velocidad de la reacción química donde se le aplica. La mejor defensa es el mejor ataque y Andrés ya estaba por fin capacitado para hacerse con el mundo. ...¡Hum!... Y la serenidad y el conocimiento aumentaban asimismo la potencia física frente a la enfermedad. Si desde antaño siempre había sido el círculo vicioso de la patología su argumento, actualmente eran las ganas de vivir el círculo vicioso de su ímpetu. Y la medicina química, bajo ese poderoso personalismo de Andrés, siempre luchador e invencible a pesar de las mayores catástrofes y decepciones, había trastocado el fondo estructural

que derrumbaba su verdadero carácter. Usando el verso de Guillén “*Bien quieta queda su intención de ir lejano*”: el carácter siempre interno de Andrés, reposado y frío, trascendiendo por el fondo y las raíces de las cosas para alzarse triunfante y expansivo en el momento decisorio, y que adquiriría todo su pleno sentido en estos momentos. Y el reflejo positivo de todo ello trascendía cara al exterior con toda su potencia mientras las naturalezas de las cosas eran comprendidas y sentidas en su plena esencia y sin ningún atisbo remanente. El pasado no estaba olvidado completamente; era estúpido pensar que la experiencia puede desaparecer. Al contrario, es necesaria para nuestra evolución profunda. Es cierto que recordar puede causarnos dolor y la tentación de la recaída, pero con el velo necesario delante de los ojos del horror, podemos seguir el buen camino con aquel fantasma oculto tras la puerta. Se hace forzoso tener bajo nuestra cama los monstruos, y así bien los tenía Andrés en su cuarto, y por ello, estando bien amarrados y controlados, ya no les volvió a temer.

La primavera se asemejó a las mejores de su vida. Volvió a recordar, con la misma esencia y categoría, imágenes y sensaciones que creía haber perdido para siempre. Caminaba en Barcelona por diferentes barrios y espacios, e iba variando, al antojo de las circunstancias, las placenteras y melancólicas sensaciones que en buena relación iba sacudiéndose desde su interior. Jugaba con ellas, la habilidad se había hecho norma y el placer correspondía con el sentido de la razón. El equilibrio homogeneizó las mayores posibilidades que se abrían ante él, que en tiempos le hubiesen resultado imposibles, y la reacción en cadena que se estaba produciendo, de manera silenciosa, avistó los mejores resultados. En ningún momento la euforia se le apoderó para anular o mermar los efectos del éxito. El sentido frío de nuestro héroe, del que antes hablábamos, adquirió una dinámica tan contenida, que Enrique le comentaba, más que nunca, lo maravillado que quedaba ante sus habilidades. Cada día veía algo nuevo en él, siempre digno de aplaudir y envidiar. «*No aprovechas lo que vales*» «*Valórate más, alcanza realmente tu pertenencia*». Seguía así Enrique con él y más que nunca. Y contra más le atizaba, para provocar la reacción que deseaba de él, Andrés le respondía con un tono candoroso que abrumaba el exterior de la más bella tranquilidad; y Enrique quedaba así aún más extasiado. Dejó de luchar por él, contra él, para convertirse en la buena subordinación que necesitaba Andrés. El encanto tiñó perpetuamente la mirada de Enrique y vio cada vez más en su amigo la encarnación de todos sus conocimientos, pasiones y deseos. Con él había obtenido la posibilidad de alcanzar sus objetivos, y la lucha inútil, que hacen los solitarios, se había convertido en efectiva. Subordinado Enrique a las cualidades de Andrés, pudo éste también subordinarse a su amigo. La subordinación debe ser la forma de

respeto que necesitan dos amigos para relacionarse y respetarse, para entender el fondo de sus deseos y de sus acciones; para comprender la personalidad mutua, aunque no se entienda. Conociéndose día a día sus diferencias, sus matices, sus orgullos, en medio de ese mundo común que les ha acercado, lograban el éxito que necesitan las empresas. Qué diferentes habían sido para Andrés algunas relaciones en el pasado en las que solo existía una única subordinación. El camino unívoco solo puede dar sufrimiento o aburrimiento.

Juan no poseía una calidad de espíritu tan profunda y tierna como la que necesitaba Andrés, pero sus conocimientos y el respeto que tenía por cualquier opinión, o acto suyo, se los agradecía con la mayor amistad posible, y con las invitaciones que tanto demostraba Andrés con aquellos que le apreciaban y le trataban bien. Los verdaderos amigos convierten sus propios fallos en ironía y comprensión, e intentan ayudar a pulir las posibilidades.

En esta primavera, el perfecto planteamiento del rompecabezas conllevaba en Andrés un ánimo casi exento de los defectos que hacen a los seres humanos. Pero la distancia era la necesaria aún para que su perfección humana fuese completa; hasta en los obligados defectos poseía aquellos que le ocasionarían mínimo dolor, y más, el alarde estético ante sus semejantes. En el trabajo depuró asperezas y consiguió, con su genio, adaptar mejor que nunca su diferente conversación y comportamiento frente a los diversos tipos humanos, que buscaban simplemente comportarse como verdaderos imbéciles, sin ellos mismos saberlo. El diálogo que tenía Andrés con los subtipos de la especie humana nunca podía quedarse en el frío y vacío fondo de la simpleza. Si no, no podría comprometerse con ninguno de ellos en nada que jugase con la honra, el honor y la palabra. Era imposible, y el aspecto camaleónico que adquiría a veces con ellos quedaba plenamente justificado por el instinto de supervivencia.

Con la gente de la calle y la sociedad con la quién compartía su espacio y tiempo naturales, se hizo más amable incluso que antes. Sin llegar al manierismo de formas y actos que atisban más un carácter hipócrita que el placer que produce la buena educación, consiguió también mejorar en este campo la manera de su actuación. Ya por su físico y maneras naturales, impresionaba a la persona que tenía la suerte de recibir el favor suyo. Pero la enfermedad le había hecho mucho daño y a veces no podía ofrecer todo lo que poseía en potencia. Su rostro y sus gestos muchas veces se quedaron a medias ante actos evidentes que sí hubiese completado en momentos de fluidez. Incluso le falló en ocasiones la capacidad de reacción que precisa una situación delicada, dejando alguna vez, así

también, su mala imagen. Su corazón quedaba destrozado en esos sucesos y era peor el recuerdo posterior que le iba a amargar durante mucho tiempo.

En las categorías distintas del ocio, su capacidad de asiento y atención adquirió los mismos éxitos. Sabía enseguida adonde debía ir un fin de semana a contemplar la naturaleza, qué hacer una vez allí; iba con sus padres o sus amigos, o con unos conocidos circunstanciales. Podía elegir un restaurante y después equivocarse y no justificar inútilmente el hecho. Sacaba conclusiones para mejorar el entorno con el que necesitaba vivir cada día más profundamente. Había adquirido un mayor poder de la conversación para compartir y discutir, sin agravios, todos los temas que suscita el mundo. Escuchaba cada vez más y mejor porque se había dado cuenta de que él no poseía la verdad, y más aún, era estúpido poseerla cuando la única razón de este mundo era la de respetar para que te respeten; ahí radicaba todo sencillamente. En la música se habían desarrollado sus horizontes y ya no se circunscribía a unas décadas concretas y a unas excepcionalidades manifiestas que indicaban terquedad. Muchos sentimientos había ahogado por ello. Ahora, la teoría que había mantenido y nunca cumplido: «*gustar toda la buena música* », tenía valor; y libremente compraba lo que le marcaba su corazón. Y lo mismo pasaba con los libros, los países y los ámbitos. No se había desarrollado el libertinaje actual en su interior, ese que Óscar denomina patrimonio de los imbéciles, los seres que adoptan las ideas sin entenderlas, sino que un gran poder de lógica y razonamiento, desde el punto de vista del sentimiento, hacía opinión, placer y rechazo. Muchas formas sociales y muchas acciones de pueblos y países, a las que los antropólogos apelan con el mal uso de la palabra origen “*cultura*”, eran censurados, y ejemplo de lo que no se debía hacer, por Andrés. La libertad necesita un orden para no convertirse en libertinaje. Y desde el origen del hombre, la búsqueda de ese orden ha sido su fruto y su calvario.

Y asegurada su personalidad para el futuro, únicamente le faltaba la media naranja para compartir su aburrimiento y así convertirlo en diversión. Jugando con las palabras el narrador, para conseguir lo que él considera arte, diremos que existen en Andrés muchas soluciones para pasar bien el tiempo. Pero el hombre necesita hablar con sus semejantes sobre sus hechos y conocimientos, y qué mejor que sea una mujer la que ocupe ese puesto, pues por razones naturales, y que al tiempo mantienen la especie, una mujer culmina perfectamente la amistad de un hombre, y Andrés, siempre resuelto a encontrar su tesoro, esperaba por fin la perfecta definición en este tiempo de bonanza.

Y cuando su madre le dijo que le llamaba al teléfono una chica que no conoció, no pudo más que temblar y encontrarse gozoso, a la vez, por el

hecho de que fuera o no fuera Isabel. El Cielo a veces se acuerda de nosotros, y el destino prefijado, que nos merecemos en ocasiones, da su resultado.

- ¿Diga?
- Hola, soy Isabel.

## CAPÍTULO II

Isabel poseía la edad predilecta de Andrés, pues él la había perdido. Veintiún años bajo treintaicuatro, veintiún años de la mejor mezcla femenina. Era una chica rubia, pero con un tono de cabello tostado que la hacía cenicienta. Con la altura suficientemente inferior, el futuro amor sobresalía sobre los hombros de Andrés. «*No soy tan baja, estoy a tu altura*» le había replicado ya varias veces. Sus grandes ojos verdes, rasgados como los de una especie de gato callejero y juguetón, resaltaban sobre su cara pequeña. Si las cejas y pestañas rubias conjuntaban estos soles, tenemos en ellos las claves del enamoramiento de Andrés: ellos emanaban las acciones hermosas que esa niña había realizado. La nariz, algo reluciente, no le gustaba nada a su dueña. No hacía el preciso juego, pero Isabel no debía haberse mirado bien al espejo, pues la naturaleza hace más bellos los rostros cuando hay el justo desentono de las cosas. Una belleza pulida de formas y distancias crea la personalidad aséptica de una mujer; no posee el color ni la fuerza interior que Andrés necesita, y su mirada se hace entonces totalmente intrascendente y vacía. Quizá son los destellos los que producen la superación proporcional de formas y la grandeza de un corazón; quizá unas formas proporcionadas atisban también la posibilidad de sensaciones diferentes como las de un mal carácter.

Seguro que entonces la mirada de Isabel volvería a ser imperante dentro de la proporción. Jugando a ser lo que fuese, veía Andrés también en Isabel unos labios rabiosamente hermosos y grandes. Volvían a desentonarle las orejas, que aleteaban su melena, más las armas de mujer escondían precisamente sus defectos. Pero lo que a Andrés le agradaba más de esa hermosa chica, que ya es mujer para él, era que un día venía toda resuelta con las orejas al aire; y no era un día de desidia, de despreocupación en las formas de vestir, pues si no ya podía irse por donde había venido; era un día de desempolvase sus defectitos que tanto gustaban a su futuro amor. Tan superados ya los tenía. El uso de cierto humor y de ciertas formas molestan en la imaginación de Andrés, y situaciones y comparaciones se le hacían odiosas; realmente, Andrés estaba enamorado de la esencia dinámica que representaba todo el cuerpo y carácter de Isabel, un cuerpo fino de extremidades y de amplia cadera «*no tendré problemas para tener hijos*», -encima el comentario real que fantaseaba y preocupaba a su pretendiente-. Sus pechos eran la proporción perfecta para el deseo del enamorado. La perfección justa había llegado desde el paraíso para llevárselo al edén de la vida, en el que subiendo y bajando las colinas del dolor y del placer conseguirían una verdadera vida



conjunta. Y el resumen se hace entre el fino cuerpo, que proporciona las formas y los gustos, y que unos ojos sinceros ofrecen al amante.

Isabel estaba terminando su diplomatura de temas sociales e individuales para la ayuda de los seres pervertidos por el olvido y el desprecio. Nos referimos a las personas que dan pasos en falso continuamente, y que cayendo y recayendo en todos los elixires que ocultan el miedo y el fracaso, vuelven a quitarse el futuro y la vida. También ayudaría a mucha gente con cara, pero qué desgraciados los seres que necesitan depender de otros; la desgracia puede forzarte a pedir ayuda, pero desear sin ninguna vergüenza ni sollozo, crea el tipo de los hombres banales de aquel submundo. En la mente de Andrés se le ocurrían siempre las más elucubrantes y lógicas relaciones, característica también de su forma de ser y enfermedad, y ¡cómo no!, Isabel podría convertirse en una perfecta consejera, con métodos de auto-ayuda, y con tratamientos incluidos.

De Isabel emanaba esa profundidad, no intelectual, que realmente era la causa de la terrible pasión de Andrés. La lucha y la búsqueda en esta vida las hacía ella con las maneras y formas más sinceras. Así lo indicaban sus finas y preciosas manos que han nacido para unirse a las de ese chico tan suave y tierno. Hablaba, comentaba, gozaba de sus temas preferidos. De sus libros, de sus músicas, de su teatro, de su Shakespheard, de su vena tenue para la pasión; era una muchacha que teñía de categoría las emociones. Adquirían éstas el tono pacífico y contenido que las expresiones previas del amor necesitan en una mujer fina y educada como Isabel. (La basteza para el prostíbulo y la cantina. Aunque habría que ayudarles tanto a estas criaturas de dios tan descarriado). Qué efusión de amor habría en el momento adecuado, cuando el tiempo argumental de la relación conllevara la lógica que ambos necesitan.

Isabel era una chica de profundo nervio y pensamiento, esculpida mirando al cielo y a la tierra, a sus montañas y a sus valles, allá en su pueblo del Pirineo. El hecho de ser hija única tiene mucho que ver para que el temperamento adquiriera presteza y fuerza. La variante era lo suficientemente enfermiza en Isabel para que el hecho se convirtiera en genio y curiosidad. «*Los Escorpio todos somos neuróticos*» le decía a Andrés riendo y con poca confianza, pues no quería evidenciar en los comienzos de la relación creencias profundas que la mente científica actual no justifica y que la fanática fe de todos los tiempos dogmatiza. La justa personalidad contenida de Isabel era lo que aún más le atraía hacia ella. Intuía que ninguna creencia ni afirmación superaría nunca su amor.

Siempre al margen de sus vidas las elucubraciones intelectuales. La posesión solo adquirirá sentido con ellos mismos.

El juego del placer se acentuaba aún más en esta fase del **preamor**. Ella le obsesionaba con su tic. De vez en cuando, y coincidiendo con su concentrada timidez, en los momentos en que las palabras se hacían inseguras por su contenido o porque la discusión no adquiría la dinámica expresiva, Isabel movía su cabeza con una mínima convulsión que solamente las mentes preparadas comprendían y agradecían. Los ojos en esos momentos eran llamaradas cristalinas, que también podría decirse que surgían de dentro de su corazón. Sí, tal vez lo que más Isabel demostraba al tiempo era un cálido deseo, inseparable de su temeroso temperamento, desde aquellos tiempos pasados, de jornadas y jornadas de mirar tras la ventana desde su solitaria habitación, de compartir sola sus infantiles pensamientos sin hermanos. La enfermedad no se hizo con ella porque sus padres bien se preocuparon; pero esa soledad hacen un carácter y un temperamento. Mientras Andrés volvía a casa después del trabajo, pensaba por qué la enfermedad se había cebado en él como la hiedra en la pared. En ella todo el problema se hacía personalidad, era injusto, pero Isabel no tenía la culpa, ¡qué culpa! Era éste el problema que más le alejaba de ella, era éste el lastre que podía destruir toda la relación, toda la efusión pasional que ambos estaban deseándose. Andrés andaba perdido mientras le atacaban estas ideas. Sufría, y sencillamente llegaba a imaginar en ocasiones que nada había que hacer; como siempre, el monstruo se apoderaría de él como su inseparable novia negra. Pero también era más fácil recuperar la confianza en estos buenos tiempos de Andrés, y si no inmediatamente, poco después le daba todo el sentido a la situación con las ideas de lucha y superación que mejoran una mente realmente comprometida y que necesita de un espíritu animoso, nervioso y soñador a su lado.

La naturaleza humana posee un porcentaje innato. Ya estaba harto de comprobar en sí mismo la desautorización e irrespeto que le producían todas las teorías sociales. Los teóricos siempre hablan desde su propio punto de vista y nunca desde el de los demás. Como generalmente no alcanzaban la era crítica en sus economías, se saltaban a la torera todas las reglas disciplinarias que hacen sufrir a todo obrero. Y como Isabel y él eran hijos de humildes trabajadores, que únicamente se preocupan para el bien de la sociedad de poder seguir adelante ellos mismos, dejan la teorización para el resto. Y lo innato en Andrés era la reverberación de la multiplicidad; calmada su ansia en esta primavera, había encontrado el camino práctico y recto, por fin, para poder desarrollar sus teorías. Su manto del saber poseía todos los elementos especulativos e intuitivos que esperanzaban todos los

proyectos. Poseído por una inteligencia también innata, era capaz de artificar de un modo inmediato, en la explosión de un relámpago, la idea deducida o el sentimiento presentido sobre cualquier presupuesto. Los objetos y personas nunca pasaban delante de él sin el fuerte color de un tiempo y un espacio, que desde su vívido pasado les diese el tono correspondiente o el nuevo matiz que ha sido mezclado con los óleos de su actual experiencia. Todas las personas dan un tono a su mundo exterior según sus manifestaciones personales, pero igual que en todo arte hay artistas y artesanos, en el de la vida se encuentran también aquellos hombres y mujeres que les mueve y fuerza el deseo de vivir para el color. En Andrés e Isabel ambos instintos eran iguales, personalmente propios, pero indiscutiblemente no les movía la fuerza del dinero y del amiguismo para buscar en este mundo su resolución. Si Andrés podía variar el ambiente psíquico que le rodeaba durante el día, al apego de un libro, de una conversación, de un paseo, la rememoración también era posible en Isabel. Ella, solitaria en muchos momentos de su vida, había tenido el tiempo y la justificación necesarios que fuerzan los más profundos pensamientos, y como en él, los impulsos máximos y finales, en ocasiones exagerados, eran el guión de su vida. No entendía Isabel cómo podía haberse enamorado de ese chico de su edad con el que salía actualmente. Su pelo largo, su estatura y su belleza eran correspondientes. Era atento, la llamaba por teléfono, pero como las últimas juventudes de las últimas generaciones, no sobresalía en los instantes de explosión romántica que ella había aprendido en tantas novelas y poesías. Quizá no habían existido tantos buenos y sinceros amantes, que no esperan a cambio más que el favor de su amada. Puede que todo fueran embustes y escritos enfermizos. Pero como su error era como aquél de Andrés, el de seguir fiel a una literatura clásica que vive de alardes románticos, pero reales, de impulsos valientes y de tragedias últimas, su desbordada imaginación, pasados los meses, llegó al aburrimiento con Nacho.

Cuando conoció a Andrés en su puesto de trabajo, lo vio como un precioso joven de treintaicuatro años. Simpático, ingenioso, lector incansable, observó en él el pecado que pueden cometer los valientes e ingenuos hombres que aún hoy siguen mostrándose sinceros. Dinámico en el hablar y el humor, se apartaba de la vulgaridad que entrona desde hace mucho tiempo al mundo, un tiempo muy anterior, incluso, a los siglos desde los que se fue instaurando la burguesía en la sociedad. No ocultaba su verdadero ánimo, y la fresca vitalidad, que a Isabel le aportaba, incitaba más sus brillantes ojos. Y la amistad fue surgiendo en el principio. Isabel reía las ocurrencias de este chico movido, que en realidad tenía muchos más años y que se podía mostrar, a la vez, como el más impertérrito de los

hombres si la situación lo necesitaba. Aguantar el ánimo insidioso de los compañeros de trabajo requiere el ingenio y el amor a la vida necesarios, para hacer callar a la vez que reír, a aquellos personajes del mal. Isabel se sentía en un mundo de superación en esos momentos, pues la inteligencia de Andrés solamente se basaba en sí mismo, en preocuparse de continuar caminando. Sabía disponer de las herramientas que necesita toda persona para no ser soez en la contestación y poder a la vez decorar, con las mayores flores del esperpento, los ánimos ajenos; éstos las recibían con las más benéficas sonrisas de la primavera. «¿De dónde ha surgido este chico tan guapo y encantador?». Estaba cometiendo el error de su vida, al arder ese algo en su interior que la podría llevar a consecuencias inesperadas que sólo la pasión incontrolable puede ofrecer. Isabel, no obstante, poseía en su interior, como toda mujer que se precie, ese instinto de supervivencia más pacífico de formas, pero más efectivo en las soluciones, y en absoluto esa descabellada actitud, que a veces la desorientaba, y con la que Andrés, en un juego que no podía ni quería evitar, la obsequiaba. Su humor era incorregible y pasaba mañanas a su lado en las que las frases serias, con las que la perdonaba, eran necesarias para el descanso de la respiración. Pero realmente, qué a gusto se encontraba riendo y riendo: una de las acciones simples que mantienen aún rodando al mundo con algo de sentido. No sabía qué iba a ocurrir, pero cuando las cosas se mueven en un interior, resultan luego imparables si la persona posee imaginación. Y la imaginación solamente la tienen personas de frágil corazón. Las otras confunden imaginación con cálculo ¡qué duras le resultaban las cuentas a Andrés! Por muchas buenas notas que sacase, el estudio siempre le provocó a Andrés dolor de cabeza. La disciplina y la obediencia, la espera y el aguante, las risas y las burlas hicieron mucho a favor de su enfermedad, pero nunca le abrumó el espanto habiendo esperanza e imaginación a su alrededor.

En resumidas cuentas, tenemos un pobre muchacho romántico sin novia y una soñadora chica con un novio mediano. Como buena mujer, posee el mínimo de asentamiento para no estar sola. La capacidad sentimental no le quita de trazar las suficientes argucias para obtener un plan y un resultado, uno de los puntos flacos de Andrés, el cual traga inmediatamente todo lo que le entra por los ojos. La cuestión está predecible en el sentido del amor, pero esa esencia exagerada de Andrés y ese lógico proceder de Isabel comienzan a poner sus trabas. De todas formas, les deseamos los mejores augurios. Queremos ver los mejores resultados.

Isabel estaba recostada en su cama, de nuevo liada en sus pensamientos de amor. Vivía en la ciudad de lunes a viernes, en un piso con otras dos compañeras. Estudiaba su deseo y desde aquel pueblecito de montañas y valles descendió para aprender más de la vida. El día es claro desde la ventana y la tarde supera el color que necesitan sus pensamientos. Atada, dicen, a una vida de hombres, ella no comprende más que el amor. Ya está resuelta en sus ideas a independizarse, pero ella quiere esclavizar su vida cada vez más a Andrés. El nudo gordiano cede de manera natural y nada violenta, sin la fácil y previsible espada, así aburrida; cada día que pasa, cada pensamiento que transmuta sus instintos, cada día al verle lo ve tan guapo y resuelto, que día tras día se acicala mejor para él. Recuerda su hecho de mujer y su vergüenza, **neurotizada** desde pequeña; ve que desaparece con hechos de la vida como los de la resolución de Andrés. Está loco, pero es la locura que ella necesita para continuar verdaderamente cuerda. ¿Va a continuar tan previsiblemente feliz con Nacho mientras los atisbos de la inacción comienzan a surgir ya en los primeros meses de relación? No, no puede continuar su alma pegada a las palabras forzadas y a explicar toda la película en el cine. No puede ocultar ya más: no pueden ya frenarle sus impulsos y pasiones, sus actos resueltos y sinceros, sus deseos y necesidades; ella no quiere que su vida sea más así; está ya harta y no se había dado cuenta hasta esta tarde. Son momentos como éste, un instante donde se amontona toda la experiencia acumulada, cuando se exagera todo el interior y que más ya no se puede contener, los que deciden los mejores hechos de las historias, que no de la Historia, en la que son tan cerebrales y cobardes. Las grandes personas son sus autores y es por ello que personajes así siempre mueren pobres; recordemos, para que esta historia recobre su sentido, que el éxito solo se consigue tras el cálculo preciso. Y el verdadero amor se le apareció ante ella esta tarde. Siempre solemos decir esto con el último, pero en una joven de apenas experiencia, el concepto adquiere toda su pureza y los pájaros de esta tarde cantan de otra manera. A este hallazgo de Isabel no le debemos llamar éxito sino felicidad. Ahora todo concuerda. Para vosotros los denarios.

Sus delicadas manos no pueden evitar el placer que produce su contemplación y pegadas se las lleva junto a su pecho mientras aún continúa recostada. El rumor del tráfico la avisa del movimiento de la vida. La ventana entreabierta, y con las rejillas de las persianas a la mitad, le anuncian la luz de aquella. Su suave mirada enamorada le regala el recuerdo.

Hacía días que sufría de mareos y tos, se encontraba con desgana y sed; podría ser de nuevo el problema del riñón, causa familiar de un sufrimiento que alternaba con los años. Sudaba angustiosamente por las

noches, se despertaba muchas veces; en algunas ya no conciliaba el sueño hasta volver a levantarse. Entraba día a día en una mala dinámica que «*me va a matar*». Dando vueltas en su cama, noche tras noche, acercándose los exámenes, adquirirían sus pensamientos momentos de incertidumbre, lógicos por los acontecimientos por los que estaba pasando. Era clara la nueva pasión que se había cruzado en su vida y cómo aumentaba la certeza sobre Andrés cuando iba a realizar las prácticas a su trabajo. Sin embargo, aún salía con Nacho y los recuerdos aún eran fuertes cuando quedaban. Sí, los recuerdos bonitos de toda relación pasada y dejada cuando un nuevo nivel de experiencia y de deseo aparece en nuestras vidas cambiándolo todo. Y lo que siempre consideramos cambios, renovación, evolución en estas situaciones, no está bien entendido desde el aspecto intelectual de los sentimientos. Isabel, si cada vez sudaba menos y se destrozaba apenas en sus divagaciones sobre la elección del consorte que poseería su amor, era clara circunstancia de una adecuación de su carácter a sus verdaderas necesidades. Isabel había encontrado por fin su príncipe azul, y como a ella no le interesaba el dinero impunemente, era fácil agarrarlo para que no se escapase. Sería la vida que siempre había soñado desde su niñez, ella bien enamorada, vestida y alimentada suficientemente, nada de joyas y de grandes bailes que ya no se llevan, pero enamorados hasta el fin en las pequeñas pistas. La evolución era un encuentro; fue el viento el que hizo caer el velo desde sus ojos. Pensaba en un tono ciertamente asustadizo, que si Andrés no hubiese pasado por delante suyo, ¡qué triste vida! La suerte existe. Pero en el mundo actual en que es posible el mucho trato con tantas personas, y más en su juventud, era cuestión de que la oferta del mejor de los novios se le ofreciese también. Aunque son mayoría, los imbéciles y aburridos no iban a ser los únicos que conocería.

Las ideas claras estaban ya ordenadas en la cabeza de Isabel, y cuando esto ocurre no hay consejos, fuerzas ni explicaciones que eviten el envite del mayor de los ejércitos. Toda contenta y espléndida pasó las próximas tardes en su casa, vuelta a recostar en su cama, volviendo a oír el mismo rumor del tráfico tras las rendijas de las persianas que imaginaban su recuerdo. Muy concentrada, iba desarrollando bellamente el mejor argumento de historias de amor que su imaginación jamás había soñado. Los dulces diálogos y las dulces caricias; las carantoñas y ocurrencias de su futuro amor, su encendida mirada; la voluptuosidad compuso las mejores imágenes que el cine y la literatura actual han destrozado y escondido tras las alcobas y los lugares ocultos. Es una extraña época la de la represión actual. Hoy en día parece que tienen el único derecho “*del amor*” el obsceno, la yegua Catalina y el camello de enfrente; se ocultan los dulces diálogos y las intuitas miradas tras el color mate de todas las presunciones.

Perdida la intimidad, cuesta que el amor se haga verdadero, llegándose a plantear, encima de la mesa, todas las posiciones que a nadie le deben importar, sino más que con su mujer; pero la tertulia se hace conferencia, mientras la risa y la bella indirecta de algunos, menos mal, se transforma en el tercer punto del debate. Hay cosas que solamente son arte de la imaginación, y artificar el mundo no era cosa ni de Andrés ni de Isabel. En ello coincidían, y parece que es su claro deseo el que les va a hacer triunfar y vivir, por fin, una verdadera historia de amor.

Ella continuaba rozándose, de forma suave y sentida, su pecho.

Dejada la lógica divagación, que todo narrador expone porque sufre, volvamos a la habitación de Isabel, porque ella se encuentra en el mejor de los momentos de su vida. Creemos, cien por cien, que es donde mejor podemos estar ahora. Toda tan frágil y exponiendo fuerte su amor a la vez. Su *«pelo de loca»* lo tiene siempre bien peinado, caído sin forzar, sobre su ojo izquierdo, produce un efecto de deseo inevitable. Se aprecia a la vez esa inocencia para creer que la caída de su cabello es natural; tiene la mínima expresión para que pensemos que le gusta ese hecho; sabe convertirlo en un elemento más de atracción. Isabel, recordemos que es hija única, bien mimada y cuidada, idea *«que me pena a veces»*, no engañaba a nadie. Cuando Andrés le espetaba *«que tú te encontrarás afligida por ello, pero a la vez bien se te ve que te gusta que estén por ti, y mira mira como se ve en tu sonrisa»*, no dejaba de sentir ese extraño sentido que hacía coincidir deber y placer, y que solamente un carácter único, como el de Andrés, le era capaz de acusar tan de buenas a primeras, sin apenas conocerse aún. Las mejores mujeres inocentes poseen esa habilidad para ver desde lejos los aspectos de su gozo, y gustan de jugar con las armas de la culpa y del perdón, que solo ellas se imponen. El justo equilibrio y la verdad final, en el momento decisivo, definen la mejor mujer para Andrés. Y ese juguete estaba allí para él. Sabía vestirse con aquellos pantalones que se mecían entre sus piernas con el justo talle que aleja la provocación y acerca el deseo. Toda modosita y acicalada con el mejor jersey y la chaqueta mona, para con sus zapatitos, caminar así de chula delante de él. Y sacándole la lengua o guiñándole un ojo. No, ya saben ya saben...

Allá en aquellos años profundos de adolescencia donde las brumas ocultan conscientemente el futuro, imaginó Isabel la mejor vida. Le gustaba que la salvaran y que la recogieran en unos brazos suficientes, al tiempo que estudiaba y apreciaba el mundo de alrededor, aquellas sensaciones, gustos e intereses que iba adquiriendo desde su casa, en un pueblo en paz donde la vida normal no le creaba un mínimo problema. Disponía de una existencia material sin dificultades y en el justo punto que evitaba el mimo sin orden que la hubiesen convertido en una estúpida. Aquí arrancaba una

de las cuestiones que matizaba la relación entre Isabel y Andrés, pues él sí había conocido necesidades en su casa. Con un hermano más y un único sueldo digno, y otro, el de su madre, del color preferido en España, el negro, más de un fin de mes conoció la frugalidad de la necesidad. Y los juguetes llegaban en la excepcionalidad vital de los grandes acontecimientos, allá por Reyes y la paga de Julio. Todo este mundo del equilibrio, bien enseñado por unos padres que vivían en la nueva economía, pero no por la nueva economía, hicieron de Andrés un soñador. Por ello mismo llegó muchas veces a la irresponsabilidad, pues creía irrefutablemente en sus deseos. Tuvo muchos disgustos y desengaños, pero nunca se le endureció el corazón. Si acaso, pasó épocas de diálogos irascibles y violentos, en los que quería siempre llevar la razón, pero sus argumentos fluían por las ajenas actitudes calladas. El tiempo, en personas así, suaviza los ánimos y los vuelve más bellos. Andrés, en el mejor momento de su vida, conoció a Isabel, y sus fuertes diálogos eran mero juego humorístico. La actitud afable y lógica se hizo guardiana de los imprevistos inevitables que nos trae la vida, y así su mirada veía pasar los hechos con secas lágrimas.

Isabel creció con esa ventaja material que procuran unos pobres más jóvenes y de mayor instrucción. La educación de la conversación le producía ese sano enfado hacia la graciosa verborrea de Andrés. Pero ahí es como quedan, en los rasgos menos generales, las mayores diferencias de la personalidad: la economía en Isabel no fue suficiente. Lo innato de su imaginación y padecimiento le forzó a pensar, y sus buenos padres le ayudaron en la evolución natural de sus sentimientos. Comprendía, desde una ideología sentida, el verdadero significado de la vida. Le habían enseñado y ello no bastaba, pero sus ojos se entristecían tras la ventana viendo los valles y los ríos. El paisaje dibujaba los más hermosos y terribles presagios. Las estruendosas tormentas sobre las montañas aterrizaron muchos momentos de soledad. La introspección y el sueño no llegaron a convertirse en enfermedad, pero el camino trazado era ya inevitable andar. Y así siempre sola en sus pensamientos, a pesar de su mundo, de sus muchas amigas y amigos, se hizo una persona radiante de esplendor físico y propia de un fuerte carácter. A las ofensas no podía responder a veces más que con profundas deliberaciones y que lo único que hacían era aumentarle la pasión por todo lo que estuviese en el interior, en la sombra y en la espera.

Como una buena mujer, ella representaría el mejor cálculo, pero jamás alejado del mejor sentimiento. Como un buen hombre, él llevaría la fuerza y el vigor por delante, defendiendo la casa. Como la especial mujer, ella volaría a su lado, siempre soñando. Como el especial hombre, él



mostraría sin ningún rubor todas sus pasiones e ideas. Como la mejor pareja, serían los más felices.

Pero Andrés bien sabía que su enfermedad podría derrotarle, y aunque estuviese en la mejor **atemperanza** que su carácter había conseguido nunca, sabía que Isabel, de forma inevitable, debería acompañarle en los momentos duros que también llegarían. Controlada su innata patología por el mejor amor, la vida sería posible. Él era como ella, romántico, alegre, profundo, sencillo, gracioso, todo sincero y sin forzar, con ganas de vivir y bailar, pero el mal lo llevaba en la sangre y en la cabeza, mientras, que como la misma Isabel se decía, «*yo estoy muy loca*».

Los espacios, tiempos y sensaciones, que en estos días reflejaba Isabel en cualquier lugar donde se encontrase, eran los propios del más vibrante de los amores. Las calles adquirirían el color de sus novelas, los transeúntes la estampa crítica de los caracteres, y todos los rumores del espacio se tornaban aliados de su ilusión. Se volvió más sencilla de pensamientos. Dejó toda la malicia que había ido adquiriendo en esta vida para defensa y ataque frente al mundo que la rodeaba. Retornó a su era primera y ello significaba desligarse de todas las vestiduras que artificiosamente forman un atuendo; ella ya no necesitaba ninguna máscara, pues su deseo la podía y estaba completamente entregada a su amor. Las formalidades y la educación eran el mayor de los estorbos en estos momentos. Isabel estaba demostrando, sin quererlo quizá de forma consciente, que su objetivo era lo que la mataba y dominaba, dejando atrás todos los convencionalismos y toda la decoración que su sinceridad ya no podía fingir. Su inteligencia sabía cuando actuar y con qué elementos enfrentarse a cualquier imprevisto, pero llegada la hora de la verdad del corazón, la convertían en un perfecto modelo de la mejor mujer; tornábase la verdadera sombra de su deseo, y sus ojos ¡ay, tan bonitos! miraban realmente. No engañaban a nadie. En cambio, Andrés, era tan rudo desde sus adentros, que no había encontrado hasta hace poco las formas más puras para su mejor defensa. Después de sufrir tantos hechos y motivos adversos, y que le infligieron media sociedad, supo al fin replegarse para después contraatacar con la mayor experiencia; acertó emplear el arma del ataque para frenar desde el inicio a los estúpidos. Y todo ello con el mejor arte de la palabra. Después de la mili, su aislamiento, que muchas veces no estaba lejos de la cobardía (aquel terror infantil), se transformó en el rudo comportamiento que siempre dejaba entrever la extrañeza. ¿Por qué un carácter tan fino y suave se comportaba así muchas veces? Era muy primitivo, muy adolescente, muy propio de las mentes imperfectas que llegan a la edad madura solamente con su edad. Sin embargo, la inteligencia de una gran persona supo al fin imponerse, y si creció tarde fue

ello favorable, para que llegado a los límites de la vida, adquiriera los conocimientos del mundo aparte; lejos de la normalidad, se formó de las fuentes de los extremos, acontecimientos que hacen fuertes a los hombres supuestamente superiores. La enfermedad crea muchas veces la mejor cordura, por lo que el temperamento observó, desde ese día, los hechos con la mejor dignidad y valentía. Sus ojos se llenaron a partir de entonces de estoicas lágrimas.

Isabel creció linealmente, se hizo mujer en su justo tiempo y aunque nadie pudo concretar nada, se podía intuir una gran convulsión interior. Sus zig zags eran muy bien llevados y para eso estaban las noches y los viajes en tren desde y hacia la gran ciudad, ambos para pensar y las primeras para llorar. Así los triunfos son posibles sin perder ninguna de las categorías de la dignidad. Pero aquel tonto de Andrés...

Habían quedado para un sábado por la mañana, y mientras, los días restantes habían transcurrido, para ambos, como un deseo combinado. Sus trabajos y actividades tuvieron la suficiente presión a que la espera fuerza estos acontecimientos. En Andrés, la contención recibía la necesaria fuerza exterior y sus lecturas imaginaban las más apasionantes victorias. La ironía conseguía ocultar cualquier temor. A Isabel le causaba menos espanto la relación, por su sincera condición de mujer, y porque la diferencia de edad ya no representaba ningún problema. Realmente, nunca lo había sido, pues era imposible aquella edad real en un “*joven*” tan bien conservado y tan guapo, tan expansivo y sincero como las olas del mar embravecido cuando chocan contra las rocas, y que en Bécquer sustentaban el faro que guía a los barcos.

Desde la ventana fumaba con su aire aún infantil un cigarrillo. La espera y el tiempo la ponen nerviosa; es así que los últimos instantes se hacen los peores. El humo surgía suavemente para que la mirada lo acompañase. La calle se mostraba tranquila como cualquier sábado por la mañana y la trepidación había dejado paso a la calma necesaria. Se había puesto toda bien guapa, sus armas bien las sabía emplear y solo era una cuestión de mínima preocupación para que la hermosura sobresaliese. Su estrecho pantalón negro acompañaría sus más sinceros movimientos y el arqueado de sus piernas iban a incidir en la magia visual que necesitaba Andrés. Su camisa dejaría un mínimo escote triangular que la primavera acompañaría con su fina chaqueta. Sus suficientes y bellos endulzarían el aire de la mañana y los ojos de Andrés se convertirían en suaves miradas de amor. Aquel pelo revoltoso, convenientemente peinado, caería sobre su deseo. La mano debería apartar, varias veces, su tupida mata.

Y la mañana de finales de abril apareció con las nubes suficientes para llenar de romanticismo Barcelona. Se abrían claros y volvían a cubrirse los cielos. El ambiente variable podía, en dos personas tan sensibles, crear cualquier animosidad posible; el aburrimiento no podría trascender desde ellos. Isabel llevaba un bolso completo, especie de mochila que las mujeres de hoy en día llevan para resultar completas, y cuyo contenido se debe convertir en la mejor sonrisa cuando buscan algo que nunca van a encontrar. Las hace más voluptuosas y más mayores aunque sus facciones dicten lo contrario. Siempre juegan tan a despistar, que en Andrés estas acciones le provocaban gracia y deseo, y sin ellas él mismo se encontraría incompleto y poco a gusto.

Ya ve Isabel a Andrés y éste se mueve ligero y resuelto hacia ella para darle los dos besos correspondientes.

- ¿Qué hay?
- Bien, ¿y tú?
- Bien también.

En este diálogo, como faltan los piropos, pongan ustedes los pronombres personales de 3ª persona. Andrés debe esperar unos momentos para decirle suelto, libre, sin las ataduras que conlleva toda presentación, y que fuerzan un comportamiento hipócrita, ese «*Huy, qué guapa*» que le dijo de buenas a primeras ya dentro, en el bar al que entraron para que Isabel fuese al lavabo. Venía en tren y los nuevos convoyes no disponen de los servicios necesarios. Debemos habernos convertido en una nueva especie, no te j...

### CAPÍTULO III

El camino hacia el bar donde decidieron tomar el vermut se hizo con la imprescindible alegría que dos enamorados guardan en sus corazones. Las calles alcanzaban poco a poco un tono más acorde a la antigüedad que se necesita en los momentos dulces y románticos. El cielo, como se acaba de decir en el capítulo anterior, adquiriría las propiedades características de un día de entretiempo, lo que era un elemento coadyuvante más en la situación. La gente que forma esta población parecía ofrecer todo lo mejor guardado de su carácter hacia una pareja inofensiva para todo mal y deseosa de dar a conocer sus íntimos deseos. Los perros que llevan amo no les parecían en absoluto esos estúpidos animales cuyo mohíno expresa toda la libertad perdida. Los perros callejeros conservaban, sin embargo, todo su cariño, pues ellos son los valientes y sinceros seres que buscan en la vida, como ellos siempre habían intentado hallar en las personas que en el pasado quisieron. Cuán diferente es el afecto adquirido, del innato. El primero es una mercancía; según vaya cambiando su valor, por las reglas de la economía, se hace deseosa, apetecible, admirada hasta que se nos transforma en la más mísera de las materias por culpa de una acción de guante blanco, y que en economía recibe el nombre de especulación, pero cuya acto avergonzaría al mayor de los criminales por no haberlo sabido aplicar nunca en la práctica. Es entonces cuando nos damos cuenta de nuestro autoengaño y cuando le pegamos la peor de las patadas al maldito perro pelota que nos lame. El afecto innato es el verdadero y es el que nos hace ver claro de nuevo. ¿Cuándo aprenderemos? «*Isabel tiene su novio y puede que juegue a salir, como siempre ha sido muy típico en las mujeres*» (Andrés). «*Andrés cuánto habrá hecho a su edad, tan guapo; los hombres no pueden dejar su lado golfo*» (Isabel). Estos son los instantes de duda que dos mentes emplean, no por desconfianza, sino por poseer un temperamento demasiado sufrido. A veces está tan cerca el padecimiento de la enfermedad, que las mentes que llegan a confundirlos, sin ninguna preocupación, admiten de forma natural su verdad; ¿serán estos seres los que de motu propio toman la posición más juiciosa? La inevitabilidad de los hechos es signo de cultura y su sinceridad no les obsequiará con los beneficios y placeres del mundo, pero los situará, con o sin honores, en los niveles superiores de la dignidad humana. ¿Les servirá de algo? Así de confundidos caminaban ambos, con lo que podrían perder la tranquilidad tan necesaria en estos instantes claves de sus vidas. Pero los hombres y mujeres son también tan iguales en muchas de sus acciones, de las que se consideran encima tan juiciosos para recrearse en la excusa, que dan

muchas veces las alas al narrador para abandonar la historia en favor de una “nueva historia” de Ciencia Ficción, al estilo de “*Ultimátum a la Tierra*”.

Sin embargo, también el narrador debe mesurarse y dejar de lado sus posibles problemas y accesos de pasión, para tener la paciencia necesaria, que al tiempo le corresponde, pues no hace ni veinte minutos que Andrés e Isabel están saliendo y todos los pensamientos, ni por asomo, han versado sobre las dudas ajenas. Un ejemplo de ello es que la realidad de sus presencias apartaba de inmediato sus dudas *«pues Isabel estaba tan guapa hoy, tan llena de esa espontaneidad que realmente aparenta y que siempre he estado buscando; tan suelta y afable para mi pobre y tierno corazón, que la esperanza es una categoría de la vida que tiene esencia y cuerpo propios»*. *«Este Andrés no puede tener tantos años, ¡qué importa los que posea si es tan majo y simpático!; no busca el atajo o la circunvalación que tanto odio, me dice lo que piensa y sin más. Y juega tanto las palabras que el aburrimiento ahuyenta. Sí, un juego, un niño pasando el tiempo, y no un estratega, es lo que necesito»*.

En este nuevo párrafo las cosas del amor han puesto orden a todos los extraños acontecimientos que se hacían presagiar y que el diccionario define con la palabra malentendidos. El sentido común de Cupido es en ocasiones el extraño malabarismo de un joven caprichoso y mimado, al que por su evidencia, le agrada presumir por la inestabilidad que ofrece a su alrededor. Y no nos debemos creer la historia de que llevaba una venda en los ojos. El tedio lo mataría. Circunstantialmente, la vida adquiere sentido y pasión con el movimiento de las naturalezas que se creen diferentes; así el tiempo transcurre con el sentido necesario para narrar en el futuro los recuerdos. Isabel y Andrés seguro que habían nacido para amarse y conocerse, y el niño del arco estaba bien seguro de hacia dónde disparaba sus flechas. Tan iguales para que los matices distorsionasen suficientemente su gemela personalidad. Los elementos clónicos no entretienen.

Llegados a la avenida que surcaba el antiguo barrio con los nuevos edificios, fuéronse con sus sueños y conversaciones sencillas hacia la calle que les llevaría a una zona más clásica. Recordaba Andrés su vida en este barrio, al lado de la bonita iglesia gótica que divisaban al fondo, la gran mole vertical que cosquilleaba el cielo. Ya no estigmatizaba con los peores artificios sus recuerdos y la situación presente; otro de los éxitos que su tratamiento había conseguido era el de recordar los recuerdos con el respeto natural que merecen las personas que quiere. *«No haberse dado cuenta antes de lo maravilloso que es vivir con los diálogos que incorporan las mejores miradas y opiniones de una Isabel»*. Ella misma fue meciéndose cada vez más entre sus brazos imaginarios para la

**reconfortación** de Andrés. Y la mañana continuaba abierta a la espontaneidad que precisa el amor; los pájaros siempre cantan cuando se dan cuenta de ello, como cuando nuestros oídos se hacen más perceptibles. El tráfico más tranquilo de hoy incorpora todo su mejor ruido. Los diálogos de las personas que pasan a su lado se hacen casi nítidos, y su eco conciso, seco, como el producido en un local cerrado, deja las frases suficientes para que su conversación no interese. La propia es la única con sentido.

Unos futuros enamorados pueden provocar la mayor de las risas burlonas por sus actos ingenuos e infantiles, pero sería de lo más estúpido que yo arrojase la primera piedra. Lo cierto es que se les ve tan guapos y alegres, que mirarlos causa la mayor envidia a la contemplación. Sí, en realidad caminan muy graciosamente juntos, como dos boliches que han sido desequilibrados, no lo suficiente para caer, y que buscan desesperadamente su posición lógica. Los pochinelis no serían nunca la mejor metáfora, ya que incorporan sus ropas, sus rostros y sus opiniones una franqueza tan malintencionada, que yo creo que llega a la calumnia. Pero es verdad, que vistos a cierta distancia, allá a lo lejos, muy por detrás de ambos mejor, como que caminan dos personas que diríanse que sufren de algún problema de pies, y que cualquier imprevisto los llevará al suelo de un momento a otro. Yo, mientras tanto, admiro una nueva mañana de sábado para el buen descanso de mis mejores ideas.

Al llegar enfrente mismo del templo santificado, no pueden impedir la admiración que su imagen les produce, y empiezan con un diálogo sobre el arte y la belleza y la extraña configuración de sus gustos. Omitiendo con la mayor educación sus palabras, son los maullidos de un hermoso gato los que proclaman la desesperación del arte por encontrar su respuesta. En los tiempos de hoy, cualquier mente felina pretende alzarse con el éxito de haber hallado una nueva gama de grises impecable. Cuando los elementos del nuevo arte contemporáneo se dignan aparecer por los aledaños de un monumento gótico, tienen siempre la suerte de pasar a cierta distancia prudencial de sus obras de restauración. Lo cierto es que la iglesia de Nuestra Señora provoca la mejor envidia. Sus macizas paredes externas engañan el interior. Es en él donde podemos apreciar la realidad de su maravilla. Dentro yace la magia que necesitan dos enamorados para darse definitivamente su mano. Las altísimas columnas alcanzan los esqueléticos cruceros que flotan como grandiosas telas de araña. Las vacías capillas, pues apenas conservan ya sus retablos, producen con su paralela elevación un fervor diferente. Diríase que es la misma piedra la que nos proyecta el espíritu verdadero, tan ligero de ropaje para su mejor caminar. Sus espacios vacíos son los santos fantasmas que deben mimetizar a las mejores almas para que sea su imaginación la que eleve las creencias. La interminable luz

solar, que se proyecta desde las grandes y elevadas vidrieras, afirma definitivamente el acto de fe y los turistas deben, los menos, buscar en sus más variopintas filosofías la excusa que les libere. Andrés e Isabel andan embobados en la admiración externa del edificio y no han querido entrar a mirar su profundidad porque no se les ha ocurrido; tan embobados andan dentro de sus corazones. Qué bello marco para este barrio gris que lucha por conseguir el color que las nubes parecen empeñadas últimamente en no ofrecer a nuestros héroes.

Las mañanas parecen hechas para ver el albor de los mejores sentimientos, pero las tardes tienden desde el tópico a precipitar las mayores pasiones. Lo cierto, es que un sentimiento de común admiración salía de los dos enamorados hacia el templo y Andrés se acompañaba del mejor orgullo. Lo cierto, es que Isabel se volvía con el tiempo y la mañana más preciosa para las miradas del amado, tan acostumbradas al dolor y la melancolía. Lo cierto también para el amor, es que Andrés se encontraba tan atractivamente dispuesto, que los impulsos de Isabel ya no podrían refrenarse mucho más. Y la magia del mayor y mejor sentimiento hace confundir el propio clima que emana de la mejor obra de arte, a la que se adhieren todas las externas pasiones del hombre y de la mujer. Resulta muy difícil al contemplador separar su propia singladura de la realidad que forjó la ofrenda. Cuando transitan por sus frentes y laterales las acostumbradas personas, sus vecinos y también visitantes, no se pueden dejar de lado los amores y los fracasos, los duelos y las amarguras, los actos valientes y sus cobardías, la vida y la muerte de la confianza en lo que el hombre y la mujer deben siempre hacer para diferenciarse de las especies que viven al margen. Al margen viven los imbéciles y gracias a ellos reciben el gozo nuestros protagonistas: son encumbrados fácilmente en la idea por semejante especie. Pero tan hartos ya están del dolor, que la literatura debe ya aportarles también sus estadios de ingenio y sensación. Los pájaros de la primavera vuelan alegremente porque dos jóvenes se quieren, y hacen señas con sus píos de que el amor vuelve a llegar de nuevo por las mismas fechas.

Un vagabundo camina enfrente de ellos con todas sus miserias encima. El pelo y su barba son blancos como el nácar que necesitan sus dientes sucios. Pero la metáfora puede convertirse en un planteamiento falso si agudizamos la vista para ver el tono amarillo de su cabello y el negro color que el vino le da a su querada boca. Seguir su descripción es continuar definiendo un tiempo humano que ha dejado de funcionar. Pregunta la hora para buscar su comida en el convento o para comprar su acostumbrada botella. La sincronía de sus actos es diferente al futuro que asoma en las mentes jóvenes. Al menos entre Isabel y Andrés vuela la

esperanza. ¿Qué recuerdos puede tener una personalidad como aquélla que vaga su vida sin fin? Los recuerdos áridos siempre ganan la partida a sus instantes de ebrio placer. Por mucho que artistas y nuevos directores de cine se empeñen en ensalzarlos, ellos siempre duermen su fría alma en el duro suelo. Y déjalos a su aire, porque solamente podríamos ayudarles dándoles unas cuantas botellas más. ... ¿Pero es que no se puede recuperar un ser humano así? ¡Dios!, tiene que haber una última oportunidad.

La mente humana en Andrés e Isabel alcanza elevadas formas de introspección y comprenden mejor la existencia de las formas de vida sin el fin concreto que les puede afligir. Ellos transforman los hechos y las personas a sus necesidades y la única necesidad que tienen hoy ambos es la de ellos mismos. El cielo no debe tener el mensaje nefasto y apocalíptico que pretenden imponernos ciertas mentes, que por cuyo poder o por la incapacidad de admitir su problema, nos lo regalan en forma de enfermedad. E incapacidad es egoísmo y cobardía a la vez. Los verdaderos héroes aman con todo su dolor y continúan amando por más que les sigan rechazando e incluso maltratando. Tanto Andrés como Isabel se habían imaginado mutuamente las peores consideraciones. El amor a medio camino produce dudas, calumnias y odios, se representan las peores historias, se sospechan las más vergonzosas acciones, y si el amado supiese de todas estas maneras de hacer de su amante, enseguida las correspondientes definiciones cambiarían su vocablo.

*«Era estúpido -pensaba Andrés- desear un amor que había tardado tanto tiempo en olvidar a un ser como Nacho. En el fondo, ¿qué ocurre siempre en esta vida?, el interés actúa sobre los hechos cuando se ven bien claros todos los objetivos, pues antes la pasión no es motivo de ningún riesgo. El amor es una horrible utopía y todas son iguales». «Mucha cara de inocencia, muy dulces son sus palabras para que pensemos en la pureza de su ánima, bien trenzados todos sus relatos con los que engañar hasta al más experimentado instigador; ¡vaya con la buena chica!, la pobrecita hija única; ¡la hija de los mil demonios de tres cabezas con cuatro ojos!».* «¿Qué es en el fondo una joven, una mujer de hoy? Pues todo un disfraz de buena ropa y del mejor maquillaje...» Isabel -interrumpe el relator- lo utiliza poco este último porque apenas necesita estampar hacia el exterior su belleza y su interior. No los necesita para argumentar. «...Con ellos consiguen, y con sus mejores vocablos y artimañas, el único fin material que siempre desean o la posición de un hombre que al menos las colme de cierto prestigio. ¿Y ellas qué ofrecen? ¿Qué ofrecéis?» Estos eran los actos de contrición de Andrés.

*«¿Pero cómo puede ser tan inconsciente semejante hombre?, me trata como una niña aún. Es verdad, soy muy joven para los tiempos que*



*corren, pero el cuerpo es una mera carcasa para todo lo que podemos llevar dentro. Continuamente ese aire de superioridad sobre mi posible fragilidad e inocencia. ¡Claro, él como habrá tenido todas!» «¿Pero qué se habrá creído este chaval? Por muchos años que tenga, posee un aspecto tan infantil en el modo de actuar que confundiría a cualquier adolescente. Y además se toma todo a chiste. ¡Ridículo!» «Habla muy bien cuando quiere, observa mis mejores deseos cuando se le antoja pretenderlos, se le ocurren las más extraordinarias ideas cuando quiere divertirme (y no deja de conseguirlo siempre), pero ¿qué se habrá creído?»* Estos eran los actos de contrición de Isabel.

Pero este sábado de finales de abril apartaba toda duda sobre los verdaderos deseos de estos dos amantes, que de tan enamorados que se encontraban, cualquier duda ajena o flaqueza propia la transformaban en el más cruel de los pensamientos. Y deben aprovechar la maravillosa mañana para alcanzar el objetivo de su mayor felicidad, pues las personas que son como ellas no pueden bastarse solas. Sí, son capaces de estar solitarios mucho tiempo, de aguantar las peores inclemencias del corazón, de llorar continuamente sin lágrimas porque ya las han empleado todas; tan duros les están haciendo los acontecimientos y las personas. Pero ése no es su destino, el cual es afrontado por sus esperanzas. Sin ellas están consumiendo inútilmente su tiempo, y cuando las arrugas de su piel y de todas sus ideas consigan dominar la realidad, no tendrán más remedio que desaparecer, como los anacoretas, llevando una vida de amarga soledad. Adquirirán mal genio y es posible que mentes tan altivas e impresionantes alcancen ciertos estadios de estupidez. Pero están muy lejos hoy de aquellos primeros desvaríos y de estas segundas consecuencias. Van ambos muy felices esperando el uno del otro. Y ellos son dos “jóvenes” cuya inteligencia no es posible confundir con ciertas rememoraciones.

Aquí el narrador se ve obligado a realizar una nueva pausa para explicar, que no justificar, una rememoración propia que no debe proyectarse con la circunstancia anterior, y que ni de lejos ha de llevarnos a ninguna superioridad intelectual. Iba yo leyendo, al mismo tiempo que hago uso de otros ocios como el presente de escribano sobre amores vecinos, una nueva obra de STENDHAL: *La Cartuja de Parma*. (Versión de Consuelo Berges. Alianza Editorial. Madrid. 1978), cuando no me asusté sobre el hecho verídico que se describía ante mí. Debió ser el atrevimiento amable de algún duendecillo durante los sueños de mis últimas noches, o la terrible casualidad que aducirían los aburridos de izquierdas, que por algo se diferencian de nosotros, estos hombres racionales, que poseen por ello mismo la suficiencia de autodefinirse así, y que no son ni de derechas ni de centro, si este existe. El hecho era que en

una serie de párrafos Isabel fuese el fiel reflejo de la hermosa y querida Clelia Conti: “Esta idea resultaba desesperante para aquella muchacha de alma noble.” “No disimularemos que, según las reglas de la belleza griega, se habría podido reprochar a aquella cara rasgos un poco marcados: por ejemplo, los labios, llenos de una gracia impresionante, eran ligeramente gruesos.” “Todo lo que la duquesa tenía de vivacidad, de ingenio chispeante y de malicia, de apasionamiento para entregarse -si así puede decirse- a todos los temas que la conversación le ponía ante los ojos del alma, lo tenía Clelia de calmosa y lenta en conmovearse, fuese por menosprecio de lo que la rodeaba, fuera por añoranza de una quimera ausente.” “A los veinte años, mostraba repugnancia a ir al baile...” (Isabel últimamente parecía más animada al respecto, tras saber de las aficiones musicales de Andrés). “El cabello de Clelia, de un rubio ceniciento, se destacaba en un contraste muy suave, sobre las mejillas de colorido fino, pero en general un poco demasiado pálido. Sólo la forma de la frente habría podido revelar a un observador atento que aquel aire tan noble, aquel ademán tan por encima de los atractivos corrientes, se debían a una profunda indiferencia por todo lo vulgar. era ausencia y no imposibilidad de un interés por algo.” “Pero, ¿qué ocurre? -se preguntaba la duquesa-; nunca estuvo Clelia tan hermosa y tan expresiva, ¿habrá por fin hablado su corazón?... Pero si es así, se trata de un amor desgraciado: en el fondo de esa animación tan nueva se ve una sombra de dolor.. Pero el amor desgraciado se calla.” “¡Oh!, ignorancia y timidez, cómo os parecéis a veces a la más negra ingratitud! ¡Y soy así a los veinte años cumplidos!... Tenía razón en pensar en el claustro: realmente no sirvo más que para vivir encerrada.” “Pero, siguiendo las instrucciones mil veces repetidas de su padre, respondió en un tono de ignorancia claramente desmentido por el lenguaje de sus ojos: -No sé nada, monseñor.” “Se preguntaba si sería un pecado no decir aquello a su padre. Era muy piadosa, muy timorata, y su corazón, generalmente tan sereno, palpitaba con celeridad inhabitual.”

No es que Isabel fuese ya tan reconcentrada en sus pensamientos ni que adoptase una postura que la abstrajese completamente de sus verdaderos deseos. Lo cierto es que cada día su humor salía más a relucir hacia el exterior, se encontraba cada vez más suelta y opinaba ya muy abiertamente, pero que cuadraba el concepto de “rubio ceniciento”, y que por ello hemos subrayado antes, situaba la rememoración propia en sospecha y en una solícita atención a lo que ocurría a mi alrededor. Háganme caso cuando les cuento esto a posteriori, aunque no debo explicarme más, pues mi nobleza de carácter es herida por la más mínima insinuación.

Ambas almas son, pues, muy susceptibles y muy imaginativas, características propias de personas que aman muy profundamente. Dan todo por la persona que desean como el odio que al tiempo le profesarían si las circunstancias se torciesen. ¿Llegarían a la violencia y al asesinato? No creemos, más bien volverían a encerrarse muy dentro de sí para desaparecer definitivamente del Mundo. Ensoñarían arte y situaciones, pero sin concretar nada. Pasearían, porque el hombre y la mujer necesitan respirar; sin embargo, volverían a casa simplemente para cenar. Dirán ustedes que este tipo de personas no cejan nunca de dañarse con sus ardores, pero llega una época en sus vidas que la imposibilidad motiva ya tirar la toalla, y lo único que contará desde entonces para ellos es vivir artificialmente una existencia para su simple mantenimiento. Se pueden coleccionar sellos, cromos y piedras marinas.

Muy lejos están ellos hoy de estos planteamientos. Aunque son todas propiedades suyas, acciones en potencia para realizarse en el futuro, hoy solo se les pasa por la cabeza el hecho de besarse para sellar con el amor sus compromisos de futuro. Pero también este hecho es bastante inconsciente.

Llegaron al bar que había sugerido Andrés, y estas dos personas, por su posición en la vida, gustaban de gozarla en lo posible. Estaban lejos de aquellos seres asépticos que ven en todo el pecado, al poseer un carácter perfectamente amargado (ejemplos los hay en diversos predicadores, estudiantes y elementos raros supuestamente inclasificables). Ellos podrán perder en el futuro, pero saben pedir un buen vermú negro para saborearse esos bellos placeres que les da la vida. La especie del bar bodega, en la que se reencontraron sus proyectos, respondía teóricamente a la especie de antiguas tiendas de vino, cuyos ancianos dueños y jóvenes hijos habían sabido adaptarse a los tiempos; y éstos últimos se correspondían con la hipótesis de plantear, de forma intelectual, lo que siempre había sido un hecho natural. No queremos decir que no tengan ni deban tener derecho a **supervivir** en los híbridos instantes actuales -por los que se nos hace correr a las personas de digna mentalidad-, pero las bodegas ya no son el refugio de un ocio obrero, de barrio. Ahora éstas poseen una completa limpieza que escama hasta al más tonto y no dejan de verse en las antiguas mesas personajes de indistinto relieve, que mejor estarían en sus barrios elevados. Estudiantes y parados siempre hallaréis, y el comentario estúpido sobre cualquier tontería también lo encontraréis calmado con las más verídicas payasadas. Cuando Andrés volvía a su barrio no adquiría el falso aire de superioridad que adopta las posiciones más inverosímiles para disculpar las cosas. A él se lo habían llevado de allí porque pudieron huir de la humedad y de las sombras perpetuas. Los grises es bonito apreciarlos un momento,

pero convivir con ellos te regalan la enfermedad. Es muy bello una vez al año tomar la bandera de la solidaridad. Isabel comprendía todo este discurso de Andrés porque ella era del mismo partido, del partido de los pobres, a pesar de que ella misma ya tuviera coche sin poseer aún el carné de conducir. Los nuevos jóvenes han perdido gran parte de la presión. Isabel apenas había sentido esta porción mortal que había deshecho muchos ocios de la infancia de Andrés. Los momentos de dolor eran seguidos por un extraño sentido de las cosas y de los ambientes que provocaron su dilatada visión de pensamientos. Sus mundos creados le permitieron aprobar las etapas de felicidad de su vida y ésta pudo dar respuesta a Dios de un conseguido equilibrio. Llegó pronto la configuración de su personalidad a alcanzar los niveles perfectos de la sabia sustitución, donde los cromos ocuparon el lugar de los juguetes sofisticados y los recortes de papel las innumerables formas de volumen y color. Volvemos a recordar al lector que Andrés llegó al dominio del dolor por una injusta herencia biológica, por una vida que llenaba la frugalidad siempre presente, y por ello solo sofocante cuando faltaba el mínimo que la renovaba, por la perfecta conjunción de unos caracteres alegres como los de sus padres y por unos abigarrados elementos sociales que Andrés solo vio en la escuela, en la televisión y en el vecindario. Isabel llegó a ese dominio por su especial ser innato, proveniente de esas profundidades que desconocemos, por unos padres deseosos del mejor retoño que querían formar y por una soledad que aireaba todos sus anteriores presupuestos hacia un rodar definitivo. Todas estas características, dichas con algunas distintas palabras y con muy parecidos preceptos, acercan dos personas a un proyecto común que debe terminar en el más maravilloso de los éxitos. Y después de esta evolución ordenada de las ideas propias, puntualizar, que aparte de los vermús negros, aparecieron el sifón y una variada gama de tapas: berberechos, anchoas, mejillones, olivas, jamón y queso.

Sus miradas se encontraban, sonreían sus labios y oían mal los oídos de Andrés. Olían muy bien sus perfumados rostros. Los corazones consiguieron evitar las palpitaciones que provocan el fracaso y la conversación adquirió pronto la plena confianza de sus opiniones. Era mucho ya el amor, y se hizo tan claro, que ambos sabían lo que el otro suponía alegremente. Pero en ello el querer continúa atrasado con respecto a la ciencia y las evidencias, plenamente comprobables, no aseguran la ejecución del proceso químico con plena fiabilidad y certeza. Es así que estuvieron hablando rato y rato sobre cualquier tema. Sí, conseguían una concomitancia de opiniones y sensaciones que adivinaban sus verdaderos propósitos, pero ya llevaban cerca de dos horas en esta dialéctica y deberían pasar a la plena acción, al menos por parte del enamorado. Las

mujeres, teóricamente, se han lanzado en estos tiempos a una mayor apertura en el inicio de la estrategia amorosa, pero ella ha perdido mucho de aquel romanticismo que apenas encendía la hembra para hacerle creer al hombre único actor del drama. Siempre la humanidad copia mal, y peor cuando pretende crear nuevas esencias a partir de la naturaleza. (Culpa de cierto tipo de razonamiento: el que pretende inadaptarse a las evidencias). El pobre amante había caído nuevamente en la malla pegajosa de Ariadna. Pasadas ya las dos horas, Andrés quedó tranquilo de una vez por todas de que el único camino para conseguir a Isabel era el empleo de las tácticas más típicamente románticas. Ella ya había dejado claros sus deseos: sólo se encontraba abierto su corazón para él. Nacho era un novio mediano y no merecía ya ninguna oportunidad más. Las personas ganan a pulso sus consecuencias. Y si éstas se encuentran en la senda de un carácter elevado, no obtienen ningún momento de respiro hasta que definitivamente se ahogan.

Salieron hacia la despedida, y la excusa que pone el narrador en esta falta de valentía para el hecho más maravilloso, no encuentra justificación. Ardor y gallardía sobaban en Andrés, había dado puñetazos y le habían dado puñetazos, se había encarado y no retrocedido, y si a todo ello se incorpora la inteligencia perfectamente calculada, los momentos más angustiosos son los del triunfo más impresionante y bello. Había ya perdido gran parte del carácter que le impulsaba a los errores más descabellados por la falta de un espíritu atemperado. Ahora, guiando sabiamente su innata intuición y su aprendida deducción, era capaz de calmar los ánimos, para al tiempo acometer todos sus deseos sin miramientos. Últimamente, incluso había alcanzado los más altos grados de perfección, porque a todo el juego de lucha y defensa incorporaba el sentido del humor como objetivo, con lo que en vez de parecernos en esos hechos un chico gracioso, nos debe resultar un ser que sabe vivir de las alegrías de la vida. Pero con todas estas excusas, el pobre Andrés seguía como en sus peores tiempos de la infancia y de la adolescencia para diversos terrenos del amor, y que siempre coincidían con los comienzos. En ellos demostraba el más espantoso de los ridículos. Miedos infundados para continuar aterrorizándose. Noches perpetuas de los más variopintos malentendidos, que claman por el calvario también más sarcástico. Días de nocturnidades que menguan cada vez más el ánimo. Si a todo ello, el peor de los desequilibrios aparece como consejo, aquel de su profunda enfermedad, Andrés no podía hacer otra cosa que llorar amargamente en alguna ocasión; en el resto de oportunidades, su carácter era contrariado, pero él debía seguir adelante; no iba a emplear la cruel salida que a veces imaginó. No era cuestión de valentías y cobardías, de responder a una filosofía y a una religión, ¡no!, debía mucho a sus

padres que habían trabajado tanto por él. Intuía que el punto central de la existencia, aquel de su explicación, debía aparecérselo ante a él algún día, para abrirle las puertas de la felicidad, que desde pequeño se había imaginado con las más maravillosas y concretas imágenes. Isabel le insinuaba unos parecidos arrebatos, pero bien se imaginaba Andrés que eran más normales, aunque terminasen también en hechos terribles. El caso particular de Andrés no le resultaba, a sí mismo, digno de orgullo; no era estúpido, ¿qué placer produce un dolor irracional como aquél? Solo tras la larga tempestad de su primera vida, el dolor, como algo en sí, le podía justificar para gozar de un mayor placer, y sobre todo, para alcanzar una gran cordura y paciencia. Aparte, y retomando el punto inicial del presente párrafo, con el otro sujeto, Isabel se mostraba como una mujer maravillosa, activa, alegre, sencilla, profunda, romántica, sacrificada y enamorada, esperando con el mayor ardor la declaración que calmará, con el mejor sentido, su sexo. Y Andrés llegó a la conclusión de que solamente con una carta podría declarársele; la próxima vez que salieran él se la daría, y aunque el efecto sería inmediato, allí mismo, delante de él y de ella, el hecho de evitarse hablar, le catalizaría con el mayor valor para poder deslizársela entre sus manos. Y el milagro debería así obrarse.

Fue toda la verdad, aquella que quedó en la elevada alegría de ambos cuando y después de despedirse. Se puede decir, sin locura, que ambos querían marcharse cuanto antes, pues presentían claramente que el próximo encuentro sería el definitivo. Las almas tímidas son propensas a las ideas y actos más irracionales y que sólo ellos aprecian como las únicas soluciones lógicas a los problemas que tanto les afectan. Se caracterizan por los extremos más abigarrados y por los planteamientos mejor preparados; después, los primeros los ejecutarán con el orden que les llevará al fracaso y los segundos tomarán la anarquía plena, que impedirá toda acción ya desde el comienzo. Su inconsciencia está en sentirse poseedores de una fuerza frenética e interminable, que más que hacerles pensar en la posesión de la verdad, les causa más daño por continuar dándoles la plena confianza y justificación para seguir intentándolo, a pesar de las más evidentes frustraciones. Contra más yerran, más fuerza adquieren para seguir haciendo el ridículo. En esto Andrés e Isabel se asemejaban muchísimo; por ello creemos evitar daños a terceros si deciden culminarse su amor, donde mutuamente se comprenderán esas bellas almas de Dios. Las nubes terminaron por dominar finalmente el cielo y le dieron a la ciudad el carácter de la pesadumbre. La gente comenzaba a divagar con las habituales excusas que nos aburren. El tráfico se diluía suavemente y sus conductores procuraban llegar a la hora de comer entre indistintos mundos de pensamientos. Los últimos críos que quedaban en las calles parecían

imaginar una última chiquillada con la que hacerse gamberros. Y Andrés e Isabel se fueron también a comer, separados, pues de esa manera debían de atender sus estúpidos compromisos. ¡La cobardía busca las mayores excusas! Y ellos ya estaban hartos de hacerlas. Andrés se propuso definitivamente llevar a cabo su acción la próxima vez, es decir, el siguiente sábado para el que habían quedado.

Cuando Andrés llegó a casa, cerca de las dos y media, aprovechó que aún no estaba lista la comida, para escribir la carta. Su forma de ser siempre había sido la del mayor estilo. Las cosas muchas veces costaban de empezar. Más bien eran los prolegómenos que realizaba su mente los culpables de su autoengaño, pues casi siempre, nada más que iniciaba un proyecto, fluía desde dentro de su ser la más espesa sustancia de originalidad y que hasta él mismo asombraba. Este modo de hacer y de ser puede que lo heredara de la constancia y del trabajo de su madre, de su siempre dicho sobre la responsabilidad, pues «*la palabra era lo máspreciado. ¿Qué personas seríamos sin ella.*» El dinero no servía de nada, éste llegaba de aquella confianza dada y que el salario sabría agradecer. El padre era un hombre de la misma teoría, más «*vago*» para los quehaceres de la casa, que nada apetecen de hacer después de llegar a casa, desmontado física y psíquicamente, desde la cadena de montaje. Con los años seguían unidos, pues era lógico que tuvieran los mismos caracteres que definen una época mucho más concreta que otras. Otros tiempos se caracterizan por la riqueza de rasgos personales, y que los intelectuales definen como los elementos que nos hacen disfrutar de la vida; las personas son más variopintas, opinan más y de muchas cosas que ni siquiera es preciso que conozcan, pues todo el mundo tiene derecho; todo se duplica, se abigarra en el mayor arco iris y el barroco aparece como su mejor sinónimo. Pero éste no deja de ser un tópico, pues si el barroco a mi me produce pasión y arrojó, el manierismo debería ser su mejor definición. En el actual mundo de amaneramientos, continúan siendo las fuerzas del mal las que crean más variedad y multiplicidad, pero mientras en las grandes épocas los caracteres eran tipos claros y bien definidos, que pronto adquirirían por ello mismo el concepto de clásicos, hoy parece haberse dignado el destino regalarnos con un único subtipo, el del peor de los tartufos, pues por no tener no adquiere ni la decencia del humor.

Continuemos si podemos... Débese añadir a este carácter adquirido de Andrés, aquel enfermizo y maravilloso a la vez, y que resulta de su propia inmanencia, porque proviene, al parecer, de cierta herencia de su padre, no culpable de ciertos tics, y que la maldita genética mutó de manera alocada en nuestro personaje. De los profundos y oscuros espacios, del

tiempo inmemorial parecen resurgir de sus cenizas las formas que siempre imponen el respeto que necesitan ciertos hombres para seguir continuando la vida; esperanzados, todos los mejores deberíamos estar, para el mundo idílico que nunca llegará como objetivo físico, pero que unas inteligencias como las de Andrés e Isabel pueden sincronizar en sus espacios imaginarios. De forma rauda y precisa, violenta y pasional, comenzó a escribir sus mejores palabras de amor para el mayor amor del mundo. Siempre se dice así... Su estilo predicho le impuso un nuevo impulso intuitivo que volvía a ejemplificar su genio. Las palabras de Dios necesitan el soporte divino que lo secunde. Y aquel cartón blanco, apergaminado en la textura, le volvió a otorgar otra mejor oportunidad con la que colmar más el momento. Las palabras corrían flexibles por la ligera escabrosidad de su soporte y la pluma acababa de dar el tono definitivo de las cosas. El amor merece un gusto y este gusto debe devolverle a aquél toda su sinceridad.



## CAPÍTULO IV

Llegó el día, y en las personas tímidas que han encontrado la solución adecuada, según su personalidad, se muestra el mayor arrojo para las cosas que al resto nos resultan de lo más ridículas. Ningún atisbo de nervios asomó por su fino y bello cuerpo. Los días previos fueron dueños de la felicidad de un ser al que nos costaría mucho discernir entre maquiavélico e irracional. Puede que la síntesis de las dos pasiones correspondiera mejor a su verdadero comportamiento; estas mentes pueden resultar peligrosas por su impenetrabilidad y total confianza para cumplir sus propósitos. Les cuesta mucho adoptar una resolución precisa, pasan semanas y meses en un atontamiento general que les impide ver la realidad. Llegado el caso, de haber concluido una resolución, ésta surge del instante genial y es verdaderamente bella y perfecta para una comedia o una tragedia, pero aplicada a la realidad, o resulta antinatural, por realizarse ya fuera de tiempo y lugar, o resulta ridícula, por no haberse percatado el autor aún de la verdadera situación. Andrés evidenciaba su total éxito después de que su amada Isabel leyera la breve epístola. Y se ha de añadir que el éxito lo tenía asegurado, a pesar de la extravagante idea, pues se había cruzado en su camino una mujer que padecía el mismo mal, y que por tanto, le adoraba. Puestos a esperar el desenlace, revisemos el estado actual del tiempo y el previo de las cosas. Surgió un imponente sol en este sábado de primeros de mayo para mayor decoro del bello cuento. Se hizo tan impresionante su luz, máxime cuando fue uno de los primeros grandes días soleados que hizo este año después de un largo invierno. Un viento del norte, que había soplado en días anteriores, alejó toda nube y contaminación con que aún se obstinaban algunos en matizar el ambiente urbano. A todo este fragor de fondo, con que nos regala la naturaleza, bien pronto se une la explosión del color y brillo de sus flores y del verde de sus árboles. Los pájaros revolotean muy alegres y nerviosos, y los críos sienten con sus perros y palomas principios del instinto natural. El norte ya no soplaba. Andrés, bien guapo y con todo detalle, sale de casa hacia el punto culminante de la cita. Es la fina solución que adorna la ciudad a su paso, con su sencilla alma y el suficiente tono tímido, leyendo tan tranquilamente en el metro a la espera y visión de los transeúntes. La naturaleza es cierto que se cebó en él para regalarle sus más angélicas y voluptuosas propiedades que él no sabe aprovechar. Cualquiera otra persona cruel y vil aprovecha los frutos que aquella reparte sin orden ni guión, con el más puro desconcierto. Puede que sea consciente su forma de actuar, la de Andrés, que del paradigma de la mera belleza surja la culminación de Adonis hacia

una mentalidad que decide no alejarle, pero sí encontrar la conclusión, fuera de su propia fisonomía. La naturaleza puede aburrirse de su esencia y a ciertos seres les obliga a pensar. Iba vestido Andrés con un conjunto donde el negro imperaba. Pero era un negro suave y equilibrado, totalmente alejado de la provocación en que se obstinan en caer, con su uso, ciertos grupos que se auto-consideran marginales. Sabiendo de música, más que todos ellos juntos y más, él sí que provocaba, sin decidirlo, la incompreensión y el mal entendimiento en este mundo de clichés y modas. Una sociedad, basada al máximo en estas características, muestra un alto nivel de incultura. Y es que su aspecto es tan natural con un pantalón negro, suficientemente ajustado, y con un jersey lleno de alegres y finas filigranas por el que asoma un cuello de camisa de pequeños topos marinos. Los zapatos negros, con un delicado detalle dorado, escondían, junto con el pantalón, los calcetines de color gris azulado con los que pretendía regalar el ligero contraste cuando estuviese sentado. Su cazadora negra era rematada por botones tenuemente plateados, cuyos tonos tiraban a los grises de varias grecas del jersey. El gran cabello negro, que caía lacio con su raya, la frente despejada, sus grandes cejas negras, sus ojos castaños y su tez blanca impresionaban de equilibrio el exterior. Debían de bajarse las miradas y nadie maliciosamente le odiaba, porque su bello rostro muestra tanta bondad e ingenuidad que a nadie puede hacer mal. Él es así y hay que respetarlo.

Mientras tanto, Isabel, que aparte de mujer, era muy fina y «*elegante*», en palabras ajenas y en la realidad, esperaba pacientemente el momento de la cita para que le abrieran el corazón. Ella no se iba a decidir, era muy tímida, y como la mujer más fiel a su sexo, deseaba que la cortejaran hasta el infinito. Iba muy guapa, hermosa y grácil en sus ademanes y movimientos. Con un vestido de falda larga oscura, de esas que se llevaban aquel año, ligeramente plisada, abriendo sus formas hasta los pies desde su fina cintura, elevaba bien los ánimos. La parte de arriba servía para resaltar su bonita figura del modo más delicado. Una contenida voluptuosidad insinuaba el deseo. Los graciosos movimientos de brazos y piernas, de sus pies y manos, y de su cabeza, añadían el gozo infantil a la perfección ideal que sobre una mujer tenía Andrés y que hasta hace poco no se concretó en la mejor imagen. El pelo de rubio ceniciento, el verdor de sus grandes ojos y sus especiales facciones, bien contrastadas sobre su pequeño rostro, completaban el bello panorama femenino de la primera y mejor mañana de aquella primavera. El cielo azulaba cristal sobre las calles, los pájaros querían acompañar a Isabel y los críos llenaban el fondo necesario de la infantil picaresca que ella también merecía. Dos corazones contentos, dos corazones entusiasmados de la más “*sana*” pasión, pues era

incomprensible que solamente amasen sus mutuos cuerpos, gestos y palabras en unos tiempos como los de hoy. Sinceramente, creo que han elegido la mejor opción para los momentos de crisis económica, tan actuales en nuestra sociedad occidental desde hace 24 años. Si anteponen sus besos a los mármoles y la caoba, es más fácil que continúen juntos. Aunque hay gente que vive separada con todo el lujo de la repartición de bienes. ¿?

Ya se han visto donde el otro día y vuelven a marchar a un bar del mismo barrio. La música brota de sus ojos al compás de su humor y de sus palabras. Caminan hacia un futuro previsto por el destino, que también debe ser benéfico. Los detalles en Andrés por fin son precisos, se perfilan todas sus formas y colores y se agradece su existencia con la mejor contemplación. ¿Cuánto hace que no sentía éstas cosas, las esencias naturales de la vida? ¿Realmente él era de este mundo? ¿Se encontraba bien? ¿Era normal? Bien sabía lo que había ocurrido y ya era hora de que su tiempo llegase a dirigir los acontecimientos. No podía ser que todo lo imaginado desde siempre quedase continuamente estancado en meros ideales: esperando siempre de la esperanza. Por más dura que fuese su enfermedad, él bien concebía su objetivo. Tenía bien claras las ideas, contaba con un número cuasi infinito de sanas imágenes y proyectos, portaba una vida evidente de respuestas, ¡pero qué lejos de aquél engaño se encontraba ahora! En un nuevo estadio de las cosas, en un nuevo avance, escalón, peldaño, el pasado glorioso nos parece tan pobre e inservible, que llegamos de nuevo a exagerar las cosas; ello proviene del nuevo impulso encontrado, de la nueva vitalidad que nos mueve en este mundo y que nos hace preferir el avance geométrico frente al aritmético de las matemáticas. Una revolución en lugar de la evolución. Bien podría deberse a un mal control de los nervios, el cual artificia todos los sentimientos y acciones. Andrés, en el actual periodo de su vida, se encontraba tranquilo, no sedado, con la suficiente capacidad de razonamiento para llevar a buen término, bien cumplidamente y con los mayores esfuerzos y sacrificios, los proyectos más ambiciosos desde su punto de vista. No cejaba ningún empeño en su cometido, y su fuerza en ningún momento trascendía del arrebató o de la inconstancia vital. Los objetivos se encontraban bien precisados y la realización mostraba su eficacia desde la constancia. Llegó finalmente a imaginar, día a día, que el tiempo suyo había sido muy mal empleado por los motivos que tantas veces se han ido comentando en esta obra. Arribado este nuevo nivel de madurez, el pasado solamente le sirve como mero ejemplo del dolor y así el cambio de rumbo justifica todos los errores anteriores. Vista la senda desde su cima, podremos al fin continuar seguros nuestro camino por el otro lado de la montaña, y con nuestro paso

firme, los escollos definitivamente adquieren la verdadera denominación. La muerte puede ser un muro demasiado elevado, pero con este nuevo punto de vista se hace más esquivada y natural. Si no llega Andrés a conseguir los placeres de esta vida, y que parecen estarle vedados, no se dirá que el intento no provino desde el rincón más profundo de su palabra y corazón. Su dignidad y honor están muy por encima de las cuestiones meramente materiales de esta vida; y por ello no ha podido triunfar. En este mundo, cada día los conceptos toman un nuevo valor en vez de un nuevo adjetivo. Es así como “*triunfar*” era para Andrés como amar, como desear y como disfrutar. El narrador debe de nuevo caer en el tópico, en las ideas prefijadas y en los conceptos reestructurados por el nuevo vacío, pero no deja de ser cierto aún, incluso para mi desgracia, con una mayor autoridad de las causas y consecuencias que los mueven, que la asepsia de la teoría continúa pretendiendo sustituir toda práctica y experiencia. Todo ser humano y ente indefinido, de estos nuevos tiempos modernos, clama por los ideales y por las preferencias éticas que requieren un deber, pero casi nadie intenta ni logra introducirlos dentro de su esencia, pues requieren mucho esfuerzo y hasta una porción, más o menos indefinida, de sufrimiento. Qué lejos están todos del mensaje de OSCAR WILDE en su *Epístola: In Carcere et Vinculis (“De Profundis”)*, cuando tan cerca creen estarlo:

#### Un objetivo:

*“De hoy en adelante, la única gente cuya compañía buscaré serán artistas y hombres que han sufrido: quienes saben lo que es la Belleza y quienes saben lo que es el Dolor: nadie más me importa. No exijo nada de la Vida.” (Pg. 114)*

#### Un pasado:

*“El dolor, y todo lo que nos enseña, es mi nuevo mundo. Solía vivir nada más para el placer. Evitaba toda clase de sufrimientos y dolores. Los odiaba. Había resuelto ignorarlos en lo posible: es decir, tratarlos como formas de imperfección.” (Pg. 117)*

#### Una experiencia:

*“Hace unas seis semanas el médico me autorizó a tomar pan blanco en vez del áspero pan negro o moreno del régimen carcelario. Es un auténtico manjar. Te parecerá extraño que un simple pan pueda ser un manjar para alguien. Para mí lo es al punto de que cuando termino cada alimento me como una por una las migajas que sobran en mi plato de estaño o han caído en la tosca servilleta que usamos de mantel para no ensuciar nuestra*

*mesa. Y no lo hago por hambre -ahora me proporcionan bastante comida:-  
Lo hago simplemente a fin de que no se desperdicie nada de lo que me dan.  
Así debíamos estimar el amor.” (Pg. 141)*

*“...cuando digo que si me hubieran puesto en libertad en mayo pasado,  
como lo intenté, habría salido de la cárcel odiándola y odiando a cada uno  
de sus oficiales con un amargo encarnizamiento capaz de emponzoñar mi  
vida. He tenido que sufrir otro largo año de reclusión pero la humanidad  
nos ha acompañado en nuestro cautiverio, y cuando salga recordaré  
siempre las gentilezas que he recibido aquí de casi todos, y el día de mi  
liberación daré las gracias a mucha gente y le pediré que a su vez me  
recuerde...*

*...No necesito decirte que las Reformas Morales son para mí vulgares y  
carentes de sentido como las Reformas Teológicas. Pero si proponerse ser  
un hombre mejor es una muestra de hipocresía anticientífica, llegar a ser  
un hombre más profundo es el privilegio de quienes han sufrido. Y creo que  
adquirí este privilegio. Tú puedes juzgarlo.*

*Si cuando salga libre un amigo ofrece una fiesta y no me invita, no me  
importará en absoluto. A solas puedo ser perfectamente feliz. ¿Quién no  
puede serlo si tiene libertad, flores, libros, la luna? Por lo demás las fiestas  
ya no son para mí. He dado muchas y ya no me preocupan. (Pgs. 150 y  
151)*

*“Pero en alguna forma que aún no entiende el mundo, consideró el pecado  
y el sufrimiento como maneras de perfección hermosas y sagradas. ...*

*... Naturalmente el pecador debe arrepentirse. ¿Por qué? Porque de otro  
modo sería incapaz de darse cuenta de lo que ha hecho. El instante del  
arrepentimiento es también el instante de la iniciación. Más aún: es el  
medio por el cual podemos alterar nuestro pasado. Los griegos pensaron  
que era imposible.” (Pgs. 146 y 147)*

#### Y un ideal:

*“Para mí una de las cosas más lamentables de la historia es que el  
Renacimiento de Cristo que produjo la Catedral de Chartres, el ciclo de las  
leyendas del Rey Arturo, la vida de San Francisco de Asís, el arte de Giotto  
y la Divina Comedia no pudiera seguir desarrollándose en sus propias  
líneas sino que fuese interrumpido y malogrado por el lúgubre  
Renacimiento clásico que nos dio los poemas de Petrarca, los frescos de  
Rafael, la arquitectura de Palladio, la solemne tragedia francesa, la  
catedral de san Pablo, la poesía de Pope y todo lo que está hecho desde  
fuera y según muertos cánones, en vez de brotar desde adentro mediante el*

*espíritu que le da forma. Dondequiera que surja un movimiento romántico en el Arte, de algún modo, bajo alguna forma, estará Cristo o el alma de Cristo. Lo hallamos en Romeo y Julieta, en el Cuento de invierno, en la poesía provenzal, en El viejo marinero, en La bella dama sin piedad y en la Balada de caridad de Chatterton.*

*A Él le debemos la gente y las cosas más diversas. Los miserables de Hugo, Las flores del mal de Baudelaire, la nota de piedad en las novelas rusas, los vitrales, los tapices y las obras cuatrocentistas de Burne-Jones y Morris; Verlaine y los poemas de Verlaine pertenecen a Cristo no menos que la torre de Giotto, Lanzarote y Ginevra, Tannhauser, los atormentados mármoles románticos de Miguel Ángel, la arquitectura gótica, el amor a los niños y a las flores. Por cierto, el arte clásico no concede mucho espacio a niños ni a flores, a penas el suficiente para que crezcan y jueguen; pero desde el siglo XII hasta nuestros días aparecen continuamente en el arte; bajo varias formas y en diversas épocas surgen irregular y caprichosamente como suelen hacerlo los niños y las flores.”*  
(Pgs. 136 y 137)

*“Los hombres señalan la cárcel de Reading y dicen: «Miren adónde lleva a un hombre la vida artística.» Bueno, puede llevar a sitios peores. La gente más mecanizada, para quien la vida es una astuta especulación que depende de un atento cálculo de medios y métodos, sabe siempre hacia dónde va, y logra sus objetivos. Comienza con el anhelo de ser el bedel de la parroquia y sea cual fuere la esfera en que se sitúa consigue lo que se propone: ser el bedel de la parroquia, y nada más. Un hombre que aspira a ser algo separado de sí mismo -miembro del Parlamento, comerciante rico, juez o abogado célebre o algo igualmente aburrido- siempre logra lo que se propone. Éste es su castigo. Quien codicia una máscara termina por vivir oculto tras ella.”* (Pg. 148)

*“Como todas las naturalezas poéticas, Cristo amaba a los ignorantes. Sabía que el alma de quien ignora dispone de sitio para una gran idea. Pero era incapaz de soportar a los imbéciles, sobre todo a aquellos que se volvieron imbéciles gracias a la instrucción: gente llena de opiniones que no entiende, tipo característicamente moderno, ...”*  
(Pg. 144)

*“Crees que uno puede obtener gratuitamente sus emociones. Es falso: hasta las mejores y más abnegadas emociones tienen un precio. Por extraño que parezca es lo que las hace valiosas. La vida emotiva e intelectual de la gente común es algo despreciable. Así como piden*

*prestadas sus ideas a una especie de biblioteca circulante del pensamiento -el Zeitgeist de una época sin alma- y las devuelven estropeadas a fin de semana, también tratan de obtener a crédito sus emociones y cuando las reciben se niegan a pagar la factura.*  
(Pgs. 173 y 174)

Para evitar malentendidos:

*“tengo un extraño anhelo por las cosas grandes, simples, elementales como la mar, que para mí es una madre como la tierra. Me parece que contemplamos demasiado a la naturaleza pero casi nunca estamos con ella. Encuentro de una gran sensatez la actitud griega. Nunca conversaron acerca de los crepúsculos ni discutieron si las sombras en la hierba eran o no de color malva. Pero entendieron que el mar estaba hecho para el nadador y la arena para los pies del corredor. Amaron a los árboles por la sombra que proyectan y al bosque por su silencio a mediodía.”* (Pg. 190)

*(De la Edición de José Emilio Pacheco. Biblioteca Breve de Bolsillo. Ed. Seix Barral. Barcelona.)*

Es decir, el simple placer es paralelo a la simple contemplación, y la lucha inextricable, indisolublemente relacionada, entre placer y dolor (gozo, belleza, amor / sufrir, fealdad, desamor) es paralela al sentir humano que justifican los 6 sentidos. Así de perfectamente identificado se encontraba Andrés; las palabras de un genio ahorran mucho tiempo y dinero y dan encima la mayor satisfacción y sosiego. Sí, el podía identificarse con sus maravillosas palabras a cierto nivel, al nivel de las posibilidades que permitió un gracioso y extraño cúmulo de circunstancias. Su disfrute fue en la infancia; sin embargo, el dolor y el estrago que se le apoderaron totalmente desde su adolescencia siempre ya habían estado a su lado. Ahora, fuerte y eterno, con el verdadero conocimiento, podía con su mejor aire valiente y decidido, irónico y contenido, mecerse entre la vida que por fin había llegado a comprender. Dentro de ella, llorando y riendo, podía esperar todo sin temor. Solamente le quedaba alcanzar la culminación de todo hombre superior: concretar en el amor correspondido las “pasiones” que sentía por su musa. E Isabel era su definitivo numen y únicamente la muerte serviría para eternizar su sentimiento. En estos extraños tiempos de tanta frugalidad mental, esta desavenencia de Andrés debe considerarse la estupidez de un memo. Suerte tenía Andrés, para su mal, que Isabel resultase ser de su misma calaña. Y la envidia puede comenzar a florecer a su alrededor, pues estamos en los tiempos en que lo

singular produce la única emoción, aunque ésta no sea un nuevo pendiente en la nariz o un nuevo tono malva en el cabello de las personas. Aunque en España, Cataluña o donde sea en esta piel de toro, la envidia viene ya de muy antiguo. Los verdaderos pobres continúan comiendo las migas sobrantes y guardan el pan duro para las sopas y los barbos del lago termal. Les horroriza la gente que deja sin ningún ánimo ni pesadumbre carnes y pescado, verduras y frutas en sus platos. La comida ha dejado de ser sagrada y los tiempos parece que deberán volverse a comportar mal para que comiencen de nuevo a aprender. ¿Por qué el respeto se olvida tan pronto cuando existe la abundancia? Andrés y su familia solamente necesitaron aprender una vez y hoy en día no les sigue sobrando la comida.

El paseo que realizan hasta su bar, hoy, es más íntimo, más lleno de profundidad y conocimiento, del verdadero sentido que les debe consumir. Se comprenden mejor, su aroma mutuamente les identifica como si ya fuesen el amor. Las palabras y las expresiones razonan su amistad y entendimiento. Las risas y miradas son naturales. Es cierto que se quieren. Y vuelve a pensar Andrés, ya en el bar, sentados frente a frente, que la carta será un éxito y que no importa que su noviazgo comience con este atisbo de cobardía. Al contrario, una chica como Isabel sí comprende que su pureza deba atacársele de esta forma, de la forma cuya esencia romántica demande con el mayor respeto su entrada. Que se alboree el entusiasmo hacia ella con su suficiente miedo y respeto, con el dolor que las circunstancias de un pasado imponen. Alcanzado el estadio de Gracia suprema, el amor sí puede ser llamado superior y único, sin ambages ni circunloquios que intuyan cualquier freno natural y psicológico. Con este tipo de amor sí pueden estar seguros para siempre y la boda toma su sentido definitivo. Desnudos frente a frente, con sus bellas ropas de hoy y que expresan su personalidad, sus corazones abiertos solo desean la sinceridad que tienen enfrente. El dinero, el trabajo, los gustos, los proyectos, es decir, todo lo que en este mundo nos hace fingir, queda muy lejos de ellos, pues Andrés e Isabel ya se ven muy guapos, inteligentes, graciosos y con ganas de trabajar. Los cuatro puntos cardinales que llevan sus almas son vividos y no se abanderan para la propaganda. Ya se conocen y esto fue alcanzado con sus miradas y sus palabras. Llegaron al último punto que la utopía rellena desde la infancia, que continúa creciendo en la adolescencia -donde la atracción se concreta en las formas- y que se expande con las virtudes por todos sus lugares de esa juventud que todos pretenden, pero que únicamente entienden unos pocos. A partir de ahí toman sus diferentes caminos los dominantes, los egoístas, los inocuos y los seres sin ningún escrúpulo. El resto lo forman



meros eslabones perdidos del amor, en esta sociedad que nos lleva más que nunca a la sinrazón.

Qué lejos ya queda una canción como el *Where are you?* de FRANKIE AVALON. Pasó ya el triste momento de saber dónde estaría el pensamiento de Isabel cuando él se encontraba tan desoladamente enamorado. La siempre duda cruel de comprender qué veía en aquel novio mediano. Si realmente él mismo ya le atraía, ¡pues decisión y ambición! ¡Pero no!, la seguridad y el miedo parecían caracterizar una personalidad igual que todas. Llegada la hora de la verdad, la poesía y el arte suyos se convertían en palabras vacías. Inevitablemente, le volvían a Andrés en un instante las comparaciones y las memoraciones. Lo que bien llevado, hubiese sido una habilidad y un beneficio, se convertía en él en el mayor de los sufrimientos. No podía impedir que la lógica de la vida le atacase con sus leyes concluyentes. Andrés poseía mucha imaginación, sentía, amaba las más bonitas pasiones, pero en él ya había entrado desde muy temprano la lógica y la inteligencia. Comenzó a comprender los sentimientos y ello ya le hizo sufrir muy pronto. El velo sobre los ojos era la mayor de las estupideces para Andrés, pues detrás de la tela le esperaba el horror. La rapidez de su imaginación le hacía pagar con la evidencia. «¿Por qué no había sido más tonto?» -se preguntaba muchas veces. No pudo evitar entonces cómo la falta de su amor le forzó a recordar aquellas palabras que modeló Balzac en la crítica de la obra de STENDHAL *La Cartuja de Parma*: “*En realidad el sentimiento es igual que el talento. Sentir es el rival de Comprender, como Actuar es el antónimo de Pensar. El amigo de un hombre de gran talento puede elevarse hasta él por el afecto, por la comprensión. En el terreno del corazón, un hombre mediocre puede superar al artista más grande. Aquí radica la justificación de las mujeres que aman a imbéciles. Así resulta que, en un drama, uno de los recursos más ingeniosos del artista es (en el caso en que suponemos a monsieur Beyle) hacer superior por el sentimiento a un héroe que no puede luchar por la inteligencia con los personajes que le rodean.*”

(Pg.608 de la Ed. de *La Cartuja de Parma* de Consuelo Berges. Alianza Ed. Madrid. 1978)

¿También Isabel sería así de mediocre? O peor aún, ¿así de práctica? El amor continuaba, sin embargo, luchando dentro de él, y la falta del diálogo que hubiese proporcionado su suficiente alivio y esperanza le enajenaba en las más absurdas teorías. Qué bien ya Juan le puso los pies sobre la tierra: «*Sino contesta una chica las llamadas, está claro; no les gusta que anden detrás de ellas.*» “*Por ellas, cuando quieran y deseen*” -

mientras chocaban las copas de cerveza.- Pero Andrés estaba realmente enamorado y es cuando la ilógica produce el mayor dolor al contacto con la verdad.

Bien lejos quedaban estas ideas irregulares de Andrés para Isabel. Salir con Nacho había sido un ideal que había culminado en la simpleza. ¿Por qué los chicos de hoy son tan arrebatados en el comienzo para terminar en el más preciso de los aburrimientos tras las primeras semanas? Ella había insistido con él, buscaba los modos de la mejor realización, pero ¿qué había recibido como respuesta?: unas palabras forzadas y unos besos y caricias que cada vez más ella detestaba. *«La fuerza de la pasión es una adherencia en él, no posee el fuego ni la sublime arrogancia de Andrés para defender lo increíble. ¡Cuántas tonterías me dice!, ¡pero con qué ardor las defiende! Lo cierto es que yo no comprendo muchas cosas; él me lleva más de diez años, y eso en un chico con tanta personalidad es demasiado; me falta a mí tanta experiencia. Le quiero tanto. ¿Por qué he tardado en decidirme? Como siempre, llego tarde a la cita.»* Así se encontraba Isabel los últimos días, las últimas semanas. Lo que también en cierta manera nos diferencia a los humanos de las máquinas, es que éstas se dan cuenta inmediatamente de sus errores y plantean las respuestas según el correspondiente plan predeterminado. Únicamente las voluntades cobardes y utilitarias parecen percatarse mucho antes de los problemas. Nunca son capaces de arriesgar. Por tanto, no sufren, adquieren menor experiencia y viven agarrotados y sin ánimo en sus burbujas, en sus espacios recónditos que siempre conducen a la misma idea y chiste estúpidos. El 99% de los que rigen el mundo surgen de este ámbito para martirio nuestro y no necesariamente hay que pertenecer a cierto estrato social; esto facilita su triunfo: todo el mundo tiene hoy la oportunidad de trepar. Isabel y Andrés creen a pie juntillas en la completa y arriesgada libertad, mientras el narrador, siempre más comedido, más cobarde y más práctico, da su aquiescencia para temer especialmente a los segundos. Suelen ser los peores los que provienen de un ámbito extraño: el peor nazi tenía alguna ascendencia judía que le avergonzaba, el más fanático independentista es de padres charnegos y el ministro más centralista proviene de alguna provincia en la que no le han dejado robar bastante. Siempre horroriza la propia sombra, ese sentimiento de culpa que la mala iglesia enseña para su dominio particular. Ese dolor y arrepentimiento verdaderos, que hacen rodar el mundo por los pasos del arte, y que Oscar Wilde nos regala con sus dulces palabras, ¿dónde los encontraremos?

Como la forma y su sombra, como dos espejos frente a frente, como dos almas gemelas, se encontraban mirándose Isabel y Andrés. Y la conversación fue singular, ligera y profunda cuando debía, enaltecedora de

los adjetivos ajenos, constructiva para su porvenir. Apenas el vermú fue necesario para que Andrés le dijera a Isabel que le tenía que decir una cosa que con palabras no podía. El tono jocosos empleado por el héroe despistó la evidencia e Isabel pronunció un ¡Ah! de sonriente admiración, bastante alejado del tema que más le interesaba. Dejando suavemente junto a su mano la nota que debía darles un porvenir, ella empezó a leerla cada vez con más estremecimiento, hasta que las palabras “*te quiero*” iluminaron su esperanza del mayor hecho concreto. Fue un segundo que doró, con el color, toda su vida. Por fin sus sueños hechos realidad y la verdad comenzó a loarla. Qué diferentes unos amores del amor. La propia palabra amorío le resultaba ahora inmoral. «*¿Por qué amamos forzosamente, si nuestro deseo es encontrar nuestro destino en el superior sentimiento, en la persona que está por ahí, que debe de aparecer, por fin, ante nosotras. Aquí tengo por fin a Andrés.*» Estas conclusiones las ha deducido el narrador tras contemplar la mirada que asomó en Isabel y que fue el Sí que Andrés necesitaba. Un leve gesto y un pequeño e invisible movimiento de sus labios animaron al novio a colocarse a su lado. El movimiento fue espontáneo, casi convulsivo, sincero e indicó el mejor deseo. Ella no podía articular frase ni palabra y fueron sus ojos y sus rasgos los que hablaron. No puede sentirse mayor maravilla que la expresión que da el beso entregado por fin a la persona amada. Se le permite tomar nuestra alma y cuerpo pues es lo único que quiere de nosotros. Existen cada día menos amores de este tipo conforme van aumentando las leyes que amparan las relaciones de pareja. En las sociedades del origen llega un momento donde la complicación de la vida necesita del apoyo legal para evitar los abusos, pero pasado el ecuador máximo de desarrollo de las mismas, éstas entran en el reflejo de una sociedad cuyos individuos van perdiendo su palabra y dignidad, dadas en favor de la tasa de sus monedas, joyas y valores, del precio que vale su caballo y del beneficio que podrán sacar de su contrato.

Así estuvieron dos horas más, besándose y acariciándose, hablando y tomándose unas copas más para sellar su definitivo amor. Ese pelo rubio ceniciento que por fin se podía tocar, esos ojos tan cerca y la nariz que nada le agradaba a ella, tan suave y bonita. La cintura era inimaginable con respecto a lo que únicamente concede la imaginación en las fases previas al verdadero amor. Sus piernas y caderas, decorosamente palpadas como corresponde a los inicios de dos caracteres tan respetuosos y deseosos. Esas orejas aleteadas «*¡tonta!, si son preciosas*», «*y esos labios que absorben mi dolor.*» Su cabeza tan fina, y tan correctamente dibujada, es la admiración. Los dedos de Andrés la recorren por todos sus contornos, como sus labios y el mismo roce de su cara comprueban la posesión de la maravilla. Mutuamente se intuyen entre sus ropas las voluptuosidades más hermosas

para el goce del amor. Ese calor que despiden sus cuerpos a través de las mismas, denota la vida que existe en las personas entregadas a la pasión. Se comprueban lo que tanto desearon y la intuición se erige en juez de los instantes actuales. El futuro no se plantea, pues las cosas naturales deben seguir su curso propio. Isabel se encuentra tan bien entregada, tocando el cabello tan negro de Andrés, mirando sus pequeños ojos almendrados, los que dejan siempre en el ambiente *«esta expresión melancólica que tanto me gusta y que por fin es mía.»* Veía en su novio esa mezcla de fuerza y belleza que siempre han pretendido los tontos separar; ¿o serán los que carecen y envidian? Es necesario disminuir el poder con la palabrería. Isabel bien contenta estaba en abrazar a su novio, con esa corpulencia algo más que justa para ella y que el carácter de Andrés le daba sentido. *«¿Por qué tan fino y bello de formas: labios, orejas pequeñas y perfecta pincelada de nariz? Tan bien formado el ideal para mí, tan gracioso e inteligente, tan ardorosamente irónico para cometer el más tonto error y no importarle la vida más que el juego que produce, pues es su sentimiento la comprensión. Lo demás le horroriza, es el artificio de la vida que a nada nos conduce. Solamente él y yo, puros, es lo único que queremos en este mundo»* *«Y nuestros libros y nuestra música, y tantas otras cosas bellas que son un reflejo y una búsqueda de nosotros mismos.»*

Andrés, al regresar a casa, llevaba escrita la dirección completa de Isabel y una nueva citación. Eso fue después de “comer” y hacia bien entrada la noche. Por fin sólo, pero lleno de un gran amor: se cruzó finalmente, en su camino, la estrella que hizo estallar toda su energía por el espacio. Desde aquel pasado infantil, cuyas memoraciones sobre el futuro podrían ser ciertas, retornan las sensaciones, cumplidas, regresando muy pronto hacia el pretérito; y el orgullo queda bien asentado. Existen amores y amores, a parte de los amoríos a los que antes también se hacían referencia. Es por ello mismo que Andrés ya trazaba el plan futuro de su vida y desde su punto de vista en absoluto era exagerado. De la misma manera imaginarán nuestros lectores el ánimo de Isabel al respecto. Es posible que discutan pronto, que se peleen, que se acusen, pero sus enfrentamientos serán los de un matrimonio y la ruptura solo existirá en dejarse de hablar cinco minutos. Ambos, seres impulsivos, encontraban desagradable el silencio. Cuanto más se mirasen así, con odio, más ganas cogerían para reír. No podrán evitar andar juntos siempre este tipo de enamorados. No entienden de experiencias, de cambios, de lugares, de posiciones; ellos solo comprenden la fuerza, el fuego, la tierra y sus rotaciones.

## CAPÍTULO V

Y los prados eran tan verdes aquella mañana, que el rocío se encantaba dejándose caer por ellos. Del río surgían los algodones que el fresco de muchas madrugadas regala a la vista de los hombres. Los niños que a ciertas horas se levantan es por obligación, y aquél iba acompañado de sus padres y de su pequeño hermano porque todos iban a ver la pequeña ciudad vecina. Desde el pueblo donde veranea, ir en tren a ver lo nuevo es un acontecimiento iniciático. Las calles recién despiertas están húmedas. El frescor del verano baña las tierras sanas. En el campo aún puede ver aquel muchacho los momentos puros. El desayuno, a las ocho y cuarto, es el acontecimiento extraño que es bien recibido a pesar de su hora. Las iglesias comienzan a guardar los sueños nocturnos que regresan del viaje mágico. Empiezan a despertarse las imágenes que van a dorar la mañana. Las plazas, las callejas y los paseos reflejan el espíritu curioso del niño y de su hermano. Juegan cada cual a su manera, y el mayor desde su profundo pensamiento. Todas las ideas que siempre rememora en los momentos culminantes caracterizarán una personalidad. Y el viaje en tren es la magia que siempre él necesita para complimentar su corazón. Bellos instantes que amenizan una vida tan diferente y acorde con el poético entorno. Las sensaciones puras de la primera vida deben marcar el sendero.

El autobús es un envoltorio escaso para estas tierras tan frías. Asientos poco mullidos con patas de gallo metálico para que la vista pueda ver bien todo el interior. Las cristaleras son amplias y se pueden abrir sus ventanas sin poderse sacar las cabezas curiosas como en el tren. El tren. Estos autobuses son muy convencionales porque emplean únicamente lo necesario. Y llevan más chapa en su exterior. El autobús atraviesa por una leve loma toda repleta de altos pinos, y va tan despacio y tan bronco, que todos los detalles se aprecian. El bosque adquiere el perfecto tono de la mañana; desde ese cielo único llueven los cristales que reflejan su luz; la mejor fotografía para el color y los detalles siempre la memorizó aquí. Y el silencio que rumorea el alrededor grabó su corazón. Puede que todas estas sensaciones sean un presentimiento y él tranquilamente aguardará los acontecimientos porque la infancia ha aprendido a saber esperar.

Las mañanas en una gran ciudad pueden ser diferentes un sábado a muy temprana hora. Los elementos, tan impunemente maltratados por los ruidos estúpidos de personas y vehículos, despiertan para hacerse oír por fin. Y solamente los hombres de sentimiento se percatan de su presencia para retener esos nuevos mundos que por siempre les acompañarán. Al fondo, un silbido de tren que saluda a un alma hermosa; un revoloteo de

alas de cualquier pájaro, que se hace único en matices y sonidos, posee su propia esencia porque aprendió a cantar con el mismo lenguaje para decir diferentes palabras; y el único rumor presente ahí a su alrededor: todos ellos dando ejemplo de su gloria. Y las cosas que a la gente vana y despreocupada le parecen vacías y rutinarias, el pequeño las encuentra dignas de su memoria. Posee el poder, que el futuro le premiará o castigará con su beneficio, de relacionar todos los argumentos existentes en un inextricable argumento de ilusiones que solamente él comprende. El infeliz continuará siéndolo hasta que no cambie de actitud. Pero este adjetivo únicamente mudará de sujeto y será entonces cuando se encuentre desesperado porque él no puede ser otro. ¡No!, por más que se empeñe en el artificio, su ser continuará ensoñándose con su imaginación. Todos le arrojan en sus creencias y utopías, pero todos consiguen elevarse en la pirámide social de la seguridad mucho antes. ¡Como siempre en todo! Debo ser un exagerado, se dice a sí mismo, pero él vuelve a hacerlo porque la razón del amor está de su parte. No puede evitar seguir rememorando las bellas imágenes que siempre le acompañarán hasta el fin. En él los momentos iniciáticos bajarán su ardor, en él volverán a recuperarse, se volverán a perder y se volverán a ganar, así siempre y en angustiosa lucha que desconcierta cualquier ánimo recto; pero él ha sido modelado para contemplarse propiamente y a los demás, en este mundo del que sólo busca la explicación en la pura felicidad.

Y en cualquier mañana superior, toma la esencia de aquellos momentos de inicio un chaval, ya mayor, como Andrés, pues las rememoraciones son los mensajeros de aquella naturaleza inquieta. Ellas hoy aparecían, como siempre, por instinto; llenaban su habitación del ambiente necesario, pero aparte de que tomaban la forma conveniente para que fuesen un placer, hoy se hacían aún más elevadas porque el amor había entrado definitivamente en Andrés. Y todo su ser y su mágico entorno conquistaban la forma que solo en los momentos cruciales del pasado se puede adquirir. Estos podían provenir de un cambio de idea, de edad, pero en él había sido, sobre todo, por la contemplación de los nuevos espacios y ambientes; esta fue la acción culminante para el desarrollo de su más íntima personalidad. Le acompañaban hoy al despertar, al día siguiente del éxito, como bello cortejo del sentido de las cosas. Un corazón y un alma estaban ya unidos a él. Por fin alguien piensa en su persona como siempre ha deseado. Se colma de razón la vida para no ser una mera lucha. La batalla necesita alguna vez la victoria para ganar la guerra, la tierra la lluvia para hacer florecer las flores, el tiempo despejado el permiso del arco iris y el sol la Tierra para hacerse creíble la expresión astro rey. Solo un rey con sus vasallos tiene sentido como solo desde ayer, Andrés, adquirió la

verdadera razón de la existencia. Y todo, es entonces, cuando toma su papel y sentido: la mañana avanza hacia la eclosión del mediodía para que la tarde imponga su mayor poder romántico desde las tres; la noche abrazará, mucho más con sus brazos, el lento fenecer de aquélla para que un nuevo amanecer le regale con otra vida.

En la casa mágica en que se había convertido aquel edificio, se contemplaban unos cuadros que únicamente una sensibilidad sincera podía agradecer con la impresión de sus ojos. Los paisajes, rostros, cuerpos, escenas y sueños tenían una representación moderna, pero cuando decimos moderna podemos hablar de principios de este siglo y de dibujos y colores bella y perfectamente realizados, con un tema profundo, muy posibles para el que los contempla, con la seguridad de atraerle, pues incorporan la estética de formas precisas que todo hombre cuerdo necesita. Causaban placer el verlos y eso les digna. Cualquier mensajero actual nos engaña con la idea general de que todos tienen derecho pero ninguna obligación de saber pintar ni de saber trazar los contornos ni las sombras. Estos mundos del gran timo contemporáneo no engañaban a una gran alma sincera como la de la pequeña imaginación. Las ideas son escasas, pero va abarcando su mente cada vez más grandes espacios, introduciéndose más y más hacia el fondo de lo desconocido. En aquella casa fantástica existían muchos rincones oscuros y continuamente los espacios muertos predisponían a la rememoración. Si en una de ellas aparecía la rústica ventana por la que entraba el sol, y los rayos iluminaban un cuadro único y solitario que estaba de espaldas a la puerta, para que nadie se diese cuenta de su presencia, era clara alusión de que solamente una mente suficientemente curiosa podría verlo. Una vez allí, el apego al espacio unificado lo realizaba un talento y de él se desprendían los simples chafarderos. Ella era atraída a la tela de araña, pero la tentación valía bien la pena, pues la comprensión llenaba el deseo. Y las figuras y los sueños del cuadro reflejaban su propio rostro. Menos mal que había alguien que la entendía, que expresaba sus mismos sentimientos y dudas, que su desvarío era el despiste existente cuando la cordura busca sus sendas. De ella, la única locura que mana es la de los nervios provocados por la búsqueda y la incompreensión. Sin resultar maleducados, sino realistas, los entes vulgares se burlaban de ella con la envidia. Pero «¿qué importa?», se decía con los años menores, si le regalaban de brillo y pasión casas encantadas como la de aquel lugar, repleto de todos los ornamentos estéticos que el genio estructura en el mejor ambiente.

Con un trasunto de imágenes se rodeaba siempre en aquellas lecturas. Una imaginación despierta puede producir trastornos en una

mente como la de Andrés, pero en Isabel, cuando su adolescencia representa el rebrote de la vida, surgen las más hermosas visiones que llenan una época única. Y no es que el paso entrecortado del futuro novio no dispusiese de cualquier bello aderezo con el que adornar su lectura, más bien al contrario, fueron el exceso de imaginación, la falta del suficiente autocontrol, para la obtención de la felicidad, y la mengua de su seguridad personal quienes le aceleraron hacia la desesperación; pero no podemos olvidar los puntos innatos que el cielo le regaló para probarla y que con una resolución positiva de los hechos agradecería para ejemplo de la mayor experiencia. Isabel, sin tanta complicación y con la simple ley de sufrimiento-respuesta, atinó con las más bellas circunstancias para que su vida consiguiese el beneplácito de los simples artistas. Esta era la opinión que tienen sus amigos de siempre: un bello cuerpo soñador, enajenado en múltiples instantes, pero correctamente encarrilado en la mente de este mundo. En ella representaban los trágicos, y los dramas adquirían el cenit de la estética del corazón. El drama de la vida asomando simplemente desde un libro y que la fantasía llena con su fundamento. Pero al quedarse sola no sabía si llamarse con todas sus fuerzas hipócrita, y además niña mimada, o romper a llorar por su probada impotencia. La única excusa que disponía es que si la conocieran de verdad no la mirarían igual. Incluso la irían apartando hasta dejarla como amiga poco a poco, como hacen los espíritus que dicen las verdades a medias y que resultan ser los peores mentirosos, los verdaderos traidores. ¿Cómo iban a volverle a hablar cuando ella creía, de pie juntillas, en los espíritus dispersos del bosque, en los sueños infantiles que advierten de la verdadera personalidad y que inextricablemente van a formar su destino, de los amores imposibles, y que son tan necesarios para hacer un alma fuerte y que solamente por medio del excesivo dolor y de la suprema lágrima pueden conseguirse? «¿Para qué sangrar? Es estúpido curarse; no necesitamos conocer la medicina si el accidente no existe.» -le dirían en un lenguaje menos poético. ¿Pero qué vida sería ésta, para ella, si hubiesen nacido con el instinto animal del amor? En su interior, las palabras aquellas, que le dijo Andrés y que escribió Oscar Wilde, ya poseían todo el sentido antes de conocerle y antes de haber leído a Óscar, salvo en sus cuentos de color resumidos en la infancia. Ella no era la rubia que no conocía el amor, y que formaba parte del rebaño de la película “*El Tiempo en sus manos*”, hasta que la pudo secuestrar un lobo benéfico. Su gélido cabello adquirió entonces el tostado de los trigales. Aquella película, que por las casualidades del destino **cintaron** el otro día por la tele, para confirmación de los deseos que tanto se imaginan y comparan en tiempos del amor. Ella era muy diferente a solas. A solas era cuando deberíamos de haberla contemplado en sus años



mozos. Pero ahora, con Andrés, la compañía no le preocupaba, pues por fin su sinceridad encontraba su cauce.

Y la mañana fue perfecta, levantarse con el verdadero amor a su lado, aunque él aún no se encontrase allí. Lo importante es la seguridad en las palabras, y aquellas no empleaban las frases de poetas y novelistas para robar el fruto del árbol. Él no podía dejar de hablar de lo evidente y era tan natural la conversación de Andrés sobre las cosas, y que la estúpida mente humana había convertido en competición, que los ojos de Isabel le abrieron todo su amor porque por fin ella podía pronunciarse sin hacer el ridículo. Solo se pueden entender dos locos, como dos tontos y como dos enamorados. Su sensual baño hubiera privado del conocimiento a Andrés y las esencias supremas del placer cualquier día le regalarán, porque un alma está completamente entregada. Y los deseos son tan puros que los pájaros la oyen sin cantar, el viento le mueve su cabello sin soplar y los espíritus del bosque le aconsejan sin sentir miedo. Ella tiene *«ese pelo de loca»* que tanto gusta a Andrés y que una buena bruja debe poseer. *«Pero los únicos pactos que voy a hacer son con mi Andrés»* -se decía la pequeña hechicera.

Los días futuros fueron la confirmación de un amor recién nacido. El sol era la estrella rey de la vigilia, la luna impuso su ley nocturna en la ciudad por donde nunca asomaba y las estrellas esperaban verse, de por vida, en el pueblo de ella. La intensidad de aquella primavera no alteró la patología alérgica de nuestro héroe masculino, sino al contrario, le regaló con la serenidad que los momentos importantes de la vida merecen, y todos sus hechos y pensamientos fueron de lo más acertados para el gozo de nuestra heroína. Ella recibía sin agobios -y con el talante natural que una personalidad única, como la de Andrés, sabía ofrecer- todo tipo de reclamos y halagos en forma de flores, regalos y besos; sus libros iban dedicados con frases enamoradas, y que el desgarró en ocasiones entrecortaba; sus cintas de música eran la variedad que necesitaba una mujer y que la sabiduría sabía hacer: la buena música es muy amplia. La ropa era acertada por su elección y nunca más iba a recibir tantos pendientes y anillos, collares y pañuelos al cuello, de colores y formas que finalmente se combinaban para el mayor goce del blanco y limpio deseo del amor: Andrés le pagaba simplemente con su calor; y el dinero que meramente le reclamaba Isabel, eran sus ganas de trabajar. Ella, más joven, hacía poco que trabajaba, pero en absoluto le incomodaba regalarle a Andrés con el dinero de una hija única y que los padres disponían con cierto doquier. Dos personas, que verdaderamente se aman, es que se conocen bien a fondo sus defectos y habilidades, y superadas sus diferencias por las mayores semejanzas, hacen

inaguantable la opinión del menor pesimista. Y la envidia decoraba a su alrededor para ejemplo de las mejores parejas.

Cuando iban a comer o a cenar juntos, a desayunar o a merendar, a tomar copas o un café, sus encuentros alejaban el vulgar aburrimiento de los locales. Las miradas, si antes habéis comprendido, pronto superaban el estadio insidioso. Sus naturalezas honestas e ingenuas, que solamente respiraban para el nuevo arrebato de amor, generaban el mayor gesto de admiración, incluso en las personas más negativas. Debía ser un perfecto ataque estomacal, o la reverberación de una muy concienciada voluntad demoníaca, los que impidieran el asentimiento de los actos de los enamorados. Y la mejor aprobación eran las sorprendidas y tiernas miradas de los niños que los contemplaban. El tiempo ya había transcurrido y podían ellos estar pronto en disposición. ¿Quiénes y en qué? Da igual el sujeto y el predicado, pues todas son mentes tan inocentes que el paraíso debe abrirles sus puertas para premio de los que aman. Qué cierto es que los seres blancos y transparentes albergan el mejor sentido común, aquel que unos corazones limpios de pecado saben vivir al margen de los hechos ajenos. Y sin buscar la igualdad de sus semejantes, solo se sentirán contentos con la gran razón de su instinto. Esta impresión de los sentidos es de naturaleza superior en los humanos que se bastan con tan poco. Y añadida a esta explicación científica el rechazo del ciclo predeterminado de las cosas, por su naturaleza meramente reproductiva, obtenemos el mejor y más bonito de los resultados. Nunca se cansará el narrador de contar, de las mil maneras posibles, el hecho trascendental que hacen ofrecer el cuerpo y alma de un enamorado al cuerpo y alma del otro enamorado. Y no le importa ser repetitivo si las imágenes y las formas crean todas las artes posibles y diferentes sobre un mismo fondo. Las mentes pobres siempre anteponen la superioridad de la idea a cualquier belleza y gozo; por eso después son tan sanguinarios cuando la pueden aplicar tras la revuelta. Los poseedores de algo precioso y sereno tienen realmente las puertas del verdadero poder. Sin armas establecen el orgullo de Dios y el aprecio por la vida: en las nuevas sociedades cada vez hay menos gusto por ella, pero mucho más por las cosas: el gran poder las ha engañado: ¡compra, imbécil!, aunque no sepas por qué. A Andrés e Isabel bien feos les resultan los tipos bellos que la hipocresía pretende imponer. A ver si por fin las mentes inferiores comienzan a desembarazarse de sus ideas de molde, las que tan fácil resulta defender porque la mayoría abandera al supuesto débil y al cobarde disfrazado. ¿Y quién forma esa mayoría sino los mismos aduladores? Únicamente los valientes y los inconscientes quedan solos para vilmente ser apedreados. Y pensar que esa masa busca su idea diferente, en cada individuo, para hacerse sobresalir por encima de la multitud. ¡Pero

cómo se atreven a ser importantes con un par de simples ideas! Algunos creen que con el dolor que el ridículo les comporta por llevar un pelo rojo o por la defensa de la idea estúpida, y que jamás entenderán porque es precisamente estúpida, ya han conseguido cobrar la vergüenza que vendieron por treinta monedas. ¡Son tan bonitos los niños que ríen todas las sinceras carantoñas! Aunque también he sido muy duro ahora. Habrá que ayudar a estos nuevos enfermos. Esta sí que es una gran idea que debe mover mucho más el mundo: ayudar, ayudar, ayudar.

Un baile de dos enamorados puede ser el más bello espectáculo si sinceramente se entregan al ritmo. Su atrevimiento es prueba de su inteligencia. La música engancha sus cuerpos entrelazados, los pasos se hacen uniformes y las piezas enaltecen sus miradas cristalinas. Recuerdan muchos sus mejores momentos y realmente agradecen las almas buenas el espectáculo. Tan raro es hoy en día ver unos buenos amantes. Tan fácil resulta ver hoy el vestido de la nadería como la muerte por televisión tan ligeramente expone sus mejores terciopelos rojos. Un tango resulta espléndido y natural con la intensidad del cariño mejor movido; aunque no se lleven los pasos. Pero era la mejor canción aquélla que merece los pasos disciplinados de la balada. ¿Y qué movimientos la componen más que los de una pareja entrelazada en cuerpo y alma? En las calles donde baila la multitud, en cualquier fiesta artificiosa o dispuesta, incluso en los actos del estúpido mundo, podrían formar la mejor pareja de concursantes por el simple juego que hizo estallar Cupido. Y enaltecidos sus ardores por la fina disposición de sus extremidades y movimientos, crean la admiración de los más educados a la manera de las artes antiguas. Los modernos indiscretos miran envidiosos porque ellos mismos han aburrido el amor, porque le han hecho perder a la pasión toda lucha y obstáculo que lo hacen grande y aventurero. El amor postmoderno resulta muerto e inerte. ¿Cómo ellos no van a desear tantas formas y modos de la nueva pasión natural que acaban de contemplar? Y el talle finamente recogido y vuelto a disponer por las dulces manos de unos enamorados que vuelven a pegarse al ritmo de la música. Una parada en el acto de tocar les lleva a tomar sus copas con las miradas dulcemente deseosas. Cuando comienza de nuevo el baile, continúan sentados para el disfrute más descansado de sus ansias. Y sus ojos contemplan, desde otro punto de vista, la evolución del resto de parejas, y que a pesar de todo, también existen a su alrededor. Apoyados mutuamente, recostado el cuerpo de Isabel junto al de Andrés, imponiendo por fin el buen chico todo su poderío para el mejor deleite y protección de su musa, se inicia un periodo nuevo en la concepción de su amor donde la bella práctica ha sustituido por fin a la hermosa teoría. El aliento y el calor,

que dos cuerpos cercanos se producen en la libertad de su gozo, muestran la mejor cara de la luna en cualquier fecha. El mundo se convierte en el más pequeño de los lugares. El mundo se hace accesible y de lo desconocido se aleja todo lo terrible. Los miedos y los horrores, los sueños ininteligibles que dejan su sombra de angustia durante el resto del día, los crueles pensamientos y las voraces rememoraciones que más consumen a Andrés, todos los males que sus mentes particulares formaron y que el mundo les ayudó a padecer, están por fin bien lejos de ellos. Y el placer ocupa su lugar como premio de su paciencia y pacto. Salen de nuevo para bailar, y moverse graciosa o alocadamente por todo el espacio de su pista, las piezas incluso más movidas. Todo debe ocupar su tiempo y espacio para el alejamiento natural de las frustraciones y perjuicios. También para no hacer lo que no se desea, lo que ninguna mente forzada nos haga más sufrir. Ellos por fin saben que un baile argumenta su ejemplo. Bailan fuera de la vana costumbre y del necio comportamiento de miméticas acciones. Su espacio es sincero y vuelven a diferenciar en otra categoría la distinción de su amor. Y este hecho natural es el que les hace triunfar sobre las hipócritas actitudes que este bello mundo no merece.

Los paseos por las calles y parques de la ciudad fueron aquella primavera un regalo divino, pues junto a las sensaciones habituales que dos mentes imaginativas disponen en su universo, la propia estación inicia la renovación de las primeras y naturales emociones. Por las tardes, la literatura encuentra el punto romántico indispensable y los mejores poetas y novelistas tienden sus mejores frases para el disfrute de las mentalidades dispuestas. Las mañanas eran la cara preciosa de la inteligencia; recién despiertos sus sentidos, iban colmando el tiempo de ingeniosas elucubraciones las mentes equilibradas. Y la perfección es aquella que une sentimiento y supervivencia sin ningún reparo, pues los hijos del mundo humilde son los que mejor comprenden la relación de azar y necesidad. Ven tan natural su simbiosis que son los más hermosamente felices para envidia de los verdaderos locos: los chalados. Las calles disponen de cientos y cientos de rincones abandonados y solitarios para la sublimación del intelecto. En Andrés e Isabel el intelecto empareja todas las características que precisan su lógica romántica y práctica. Existen zonas vacías en pleno centro y en sus inmediatas estribaciones. No es increíble su subsistencia. Es lo que las hace más atrayentes dentro de esta ciudad del cada vez mayor sinsabor. Deben dejarse ciertas zonas de Barcelona, olvidadas, para que sigan agarrando en su sub-clima tiempos pasados que nos sirvan de ejemplo. Las ideas prácticas de los dos enamorados pactarían un acuerdo para la edificación ordenada en el lugar y desordenada en otros lugares. Una pareja que se da la mano en su paseo puede adoptar varias maneras,

pero las mismas diferencian en su esencia la personalidad de su amor. Era así como estos chicos protagonistas podían perderse eternamente en los recuerdos que su futuro les dispone. Quedaban en el estado sincrónico y con la mejor compenetración para la reverberación de sus elevadas dotes. Entre ese nivel de imaginación y la locura quedaba un estrecho pasillo de confusión y bonitas ideas. Podían entonces abanderar una causa perdida y morir por un montón de estúpidos discursos y dogmas. La fanatización se describía en ellos con el suicidio ideológico, porque no comprendían que los tiempos presentes, mucho más de los que vieron eclosionar el ideal burgués durante el siglo pasado, compendiaban los más hermosos disfraces de carnaval que nunca antes se habían confeccionado. Y sin saber mentir para la ganancia, sin engañar con premeditación, alevosía y diariamente, no iban a llevar a cabo su plan de vida sin dificultades graves. Su punto práctico no consistía en la transfiguración, sino en la posesión de las ideas claras que formaban su ideología. Sus actuaciones irradiaban difusión, diversidad, diferencia, serenidad, sobriedad, complacencia, placer, pero jamás confusión. Procedían frenéticamente y con sus mayores energías, no cejaban en ninguno de sus empeños, que ellos consideraban dignos, y la lucha y la pasión formaban el ejemplo. El adjetivo inconsciencia les asaltaba continuamente, pero los cobardes solo tienen el propio nombre como calificativo. Recuérdese que Andrés e Isabel eran admirados también por los mayores envidiosos. Emanaban tanta claridad sus almas, que la vergüenza asoma también en estos momentos extremos y asimismo en mentes como aquellas. Y los rutinarios paseos del amor nunca adquirieron la aquiescencia de sus complementos. Poseían tantos recursos, para ser felices, que el éxito estaba garantizado. No entendían como pueden estropearse después los más hermosos sentimientos. Había que ser vago y vaga para no lavar unos platos, fregar unos suelos y hacer unas camas, sobre todo, antes y después de los mejores momentos de la noche, de la mañana y de la tarde.

Los instantes íntimos en la mesa apartada de un bar o en el banco alejado de aquel parque, enmarcan muy definitivamente los lazos de la unión. Dos personas que están juntas, y que expresan la mejor ternura, parecen tan pegados como los cromos al álbum. Los colores dan la vida que le faltaba a las páginas, llenan de la mejor concreción lo que las palabras solas jamás pueden explicar; los cromos solitarios, reunidos en montones si queréis, jamás obtendrán el cuerpo que necesitan y que exclusivamente les otorga su amigo inseparable; el álbum los ordena, les señala el camino y les dispone para la mejor observación. Entonces sí pueden adquirir el estadio de la contemplación. Los enamorados enmarcan la mejor estampa del local y del espacio, orientan con sus contornos,

formas y movimientos, una fecunda visión para la buena envidia de las personas que los miran. Unos recuerdan el origen, la esperanza completa, culminante de vida por las situaciones que se desean; por ello se espera el mejor brillo de aquellos ojos jóvenes. Otros desean el imposible en sus vidas, que ahora y siempre estarán vacías sin la mejor compañía; ¿qué han hecho y no realizado? ¿Les ha faltado valor y sobrado toda su torpeza? En ocasiones es la mala suerte la que guía las mentes que parten de los planteamientos pesimistas. Otros individuos ya han alcanzado hace un instante, o en un tiempo relativamente más largo, las mieles que ya no ansían con el pecado capital; ahora miran un nuevo ejemplo por el que aplaudir y sentirse solidarios. Qué mejor apoyo el que viene de alguien entendido. Por último, pueden estar revueltos los indeseables, los necios, los aduladores, los desengañados, los que han sufrido todas las rabias del mundo, aquellos también para los que el amor ya no significa nada, todos en su terrible maldad o en su horroroso sufrimiento, juntos vuelvo a decir, forman esa masa indefinible, y en si misma tan diversa, que caracteriza un inmenso grupo de seres que vagan sin ninguna dirección. Cuando abraza con todo el ardor permitido, Andrés a Isabel, muestra la mejor categoría y distinción de un placer que debe ser realizado con el mayor respeto del entorno. No por ello dejan de darse ciertos besos, ni de permitirse ciertos abrazos que se pueden llamar achuchones, pero forma parte de su carácter la intimidad mejor equilibrada y que obliga a otras partes hechos más profundos. A nadie, aparte de ellos mismos, interesa sus asuntos, y la multitud obliga un respeto. Existen personas, tan nimias, que vulgarizan lo más bello, convirtiendo en un espectáculo algo tan natural, hoy día, en estos tiempos del sentimiento único: el exhibicionismo. Isabel acaricia aquel pelo negro y suave que la calma con tanto cariño. Todo le viene dado en varios instantes, esperando la prueba del amor, recibiendo las mejores caricias y besos; en otras ocasiones se alza en un juego de variedades hacia su «*querido chico*». No puede ser que los tiempos aún defiendan las esencias más puras. Creo sinceramente, que aunque estemos en una época de mayor variedad, supuestamente, de caracteres y categorías, la falta de definición en la mayoría de ellas, su pérdida de todo verdadero color y carácter, provocan un mundo híbrido en el que la pasión ha depravado toda su potencia para convertirse en un hecho fatuo.

La libertad, que sienten hoy, es el sello definitivo a su relación. Íntimamente se encuentran solos para entregarse al definitivo conocimiento. El miedo no lo conservan, porque se quieren y se apoyan mutuamente; las cosas naturales, en las personas que bien se desean y comprenden, alcanzan el perfecto hecho culminante. Los sentidos intervienen con todo su ánimo; los ojos observan las mejores formas y

colores, los volúmenes y gestos profundos; los oídos se alegran de las palabras que expresan amor; sienten así su mejor expresión; el aroma no es de incienso ni de la mirra de aquellos exóticos países, simplemente, un bien mezclado perfume produce los mejores apetitos; el gusto continúa apreciando el manjar, pero hoy más que nunca pueden ser entendidos sibaritas; el tacto reúne los cuatro sentidos anteriores para conformarse y el pacto se hace entonces casi de sangre. Deben ya ir juntas sus vidas por siempre. En naturalezas, como las de Andrés e Isabel, los hechos culminantes divinizan su posición en el cosmos, santificando su mejor inclinación para formar la eterna categoría que les hará plenamente identificables. El sello lo llevarán sobre las piedras que coronaron las mejores palabras que no se suelen decir jamás y que por ello casi nadie se ha atrevido a cumplir (¡cobardes!). Firmado el acontecimiento con su noviazgo, deberá darse la definitiva fiesta. «*Dar de beber y comer para que todos disfruten con nosotros.*» Esas intimidades que se guardaron para su gozo supremo y que hoy por fin se obsequian con el mejor egoísmo. Intentando entrelazar sus fuerzas para ofrecer lo mejor a su pareja. Transcurridos los más hermosos momentos de sus vidas, donde se han conjuntado todas sus miradas y todos los hechos anteriores -los instantes en que las palabras se han hecho verso-, yacen el uno junto al otro en la mejor admiración. Saben que por fin han entrado en el camino que no les devolverá hacia atrás, donde ya no queda más remedio que seguir y seguir caminando para afirmar el sentimiento.

El noviazgo siguió avanzando por los mejores caminos que ambos habían deseado desde su imaginación y fantasía. Plenamente compenetrados iban a comer y cenar juntos, a hacer un vermú durante su paseo de mañana al sol. Quedaban después de su trabajo, de sus estudios también para Isabel, de aquellos cursillos que querían reforzarla en su instinto, siempre perfilado para la necesaria y responsable mejora. Cualquier lugar y acto mínimo alcanzaba la suprema esencia que certifica el mejor amor. Los días transcurrían como años y su relación llegó a ser pronto inseparable. Las palabras y diálogos arribaron al estadio de la rutina y ésta adquirió el adjetivo de la variedad; la variedad en ellos no busca el esnob justificativo. Odian las modas que no compenetran los cinco sentidos, los que comprobaban a diario la buena calidad de la que estaban hechos el uno para el otro. Eran el cosmos continuamente activo pero siempre reconocido. Llamémosle evolución cíclica o evolución histórica lineal, que proviene de un pasado necesario y nunca vergonzoso, el que les enseñó a avanzar por las nuevas dificultades. Andrés se encontraba definitivamente asentado. La sedimentación, que desde tiempos pretéritos

había resultado en muchas ocasiones desordenada, y aún más, negativa, logró sus buenos frutos al fin gracias al decisivo guión de este último año. Su inteligencia básica, la medicina e Isabel formaron la fuerza ternaria que le ofreció los éxitos, que el placer necesita saborear, para poder decir después que se ha vivido. Y vivir era en él tan sacrificado a un ideal, que solamente un poderoso afecto como el de su musa le podía hacer feliz. Ahora ya podría el tiempo descorrer sus velos ante él, y a la velocidad que deseara; por fin podría morir justificado. La seguridad interior se hizo incólume, si hacía poco ya era hercúlea. Jamás había conseguido antes, salvo en los bellos sueños que en la infancia explicaban los presentimientos, este equilibrio que produce una capacitación interior sobre la felicidad; ésta última pasión aumentaba, por sí misma, la buena situación presente. Allá en aquel lago rodeado de colinas áridas y donde el silencio únicamente testificaba su presencia; por las calles, de buena mañana, libre y acompañado en el mundo perfecto que empezaban ellos a vivir desde su profunda fantasía; y si toda aquella preciosa conjunción de nuevo se deshiciese, ¿sabría él de nuevo recuperar el timón y buscar otro rumbo seguro? La literatura era su gran cobertura y una vez dentro de ella Andrés sí que comprendía la vida: las fantasías, los desamores, las injusticias y las esperanzas adquirirían el verdadero argumento; y los avatares y distracciones eran sus libros. Isabel estaba orgullosa de «*su príncipe azul*», lo que demostraba que ella no había sufrido ningún grave complejo. Con su cuerpo hermosamente lozano lograba conquistar el mejor cariño. Una vida como la de ella no sabía ser feliz sin el hombre que la hablase de amor con ternura; el sustantivo necesita del adjetivo. Y bajando desde las montañas con su excelente preparación, necesitaba del mejor microcosmos en una ciudad tan grande y cada vez más engañosa. ¡Qué mejor desenvoltura que la de su autocontrol y su deseo! Ella era sencilla de formas y carácter; libre de falsos churriguerescos, no precisaba de extrañas experiencias, pues lo único que quería contar debía quedarse dentro de sí misma. Ella era su mejor oyente, aquella chica rubia cenicienta de cara tan pálida. Tan coherente con sus anhelos de la infancia: sirviéndose de su buena educación y que a veces la incomodaba; como cuando se irritaba también en sus momentos fuera de control y que no tenían porque estar justificados. El dolor, lógicamente experimentado, abre el mejor camino del gozo, por lo que las sensaciones se hacen entonces sinceras. Ella debía de amar a Andrés y Nacho le ofrecía una edad y una posición solamente. Con su fuerte carácter no podían aceptarse estas cosas. No era fácil la elección, era un deber. Y la felicidad fue su premio. Las personas cuyas acciones las guía el sentimiento nunca son hipócritas; por la lógica de la expresión. Y no confundamos, en esta obra, razón es intención y las intenciones pueden ser



diversas: tanto en Isabel como en Andrés la ternura y las caricias son, con diferencia, el motor de toda la acción. Por ello, cuando el sufrimiento se les agolpa a su puerta, van adquiriendo cada vez mayor firmeza, y la experiencia les ampara todo su dolor. Cuando éste último alcanza los niveles del tormento y de la angustiada tortura, la muerte podría resultarles una terrible pero real aparición. Sin embargo, este no era el caso, ni en estas circunstancias actuales, de Isabel y de Andrés. En ambos *muerte* no se corresponde necesariamente con su fatal desestructura, sino más bien con la vida alternativa que deberían de llevar de ahí en adelante, y que apartados del mundo y de su mundo, vivirían el mero hecho metafísico, ¿y por qué no de nuevo biológico?, para no auto-consumirse. Tienen muy arraigadas las pautas de la vida. ¿Pero eso sería vivir, establecidos en otra dimensión donde ambos serían los verdaderos protagonistas de todas las novelas que arrollan a sus propios héroes?

## **IIIª Parte: Hijos del corazón e hijos de las circunstancias.**

## CAPÍTULO I

Cuando Enrique se enteró del asunto de Andrés, cuando Enrique supo que Andrés tenía novia, cuando Enrique conoció a Isabel, vio el reflejo del Sol desde el cielo. Éste es el sentido verdadero y la evolución de los acontecimientos claros y precisos. Las ideas del pasado por fin han dado el mejor fruto, el horizonte se reconforta de ello y el tiempo puede decirse que transcurre con cierto sentido a veces. La muerte no será un accidente y se esperará con la mayor naturalidad. Así era la perspectiva de Enrique con los nuevos acontecimientos y la amistad con Andrés adquirió el estadio definitivo. La comprensión de un genio solitario es incomparable a los fuegos que irradia su ser cuando está acompañado. La descripción visual que hizo de Isabel, cuando Andrés se la presentó, fue instantánea. Parece que no era necesario tal preámbulo para imaginar la esencia que animaba el corazón de aquella mujer que había encandilado a todo un hombre, pero las cosas nunca se aparecen mejor hasta que no se concretan en imágenes y sensaciones. La envidia asomó en su persona como cuando comenzó a conocer a Andrés; y es que la envidia en Enrique es el deseo de admirar lo inalcanzable; bien se valía a sí mismo, a sus buenas formas y educación, conocía sus propios límites, pero siempre animaba a su amigo para alcanzar mayores éxitos; las frutas del paraíso ¡cómo no se iban a alabar con sus ojos! Qué diferente envidia esta de Enrique. Sus miradas e intenciones no eran la insidia romana, no proclamaban ninguna acechanza. Eran la exageración de sus sentidos durante el ciclo contemplativo. Los mejores apoyos y sus mayores piropos trascendieron de sus labios aquella tarde tomando unas copas. Representaron su estética al presentársela por primera vez. De vuelta hacia casa iba tomando cuerpo la corazonada de que sus ideas y hechos importantes iban paralelos, y en ascendencia, conforme a los acontecimientos grandes que la vida solamente les deparaba. Una chica tan fina y simpática solo podría otorgar el mayor placer al elegido. *“Dios los cría y ellos se juntan”*, tan cierto es el refrán que únicamente los estúpidos creen que sus enseñanzas proceden de la filosofía. La experiencia no suele escribirse; la teorización eleva, muchas veces y por eso mismo, las más crueles mentiras, por lo que su enseñanza impone sus peores dogmas. Es por eso que la falacia necesita de muchas páginas en los libros y de ninguna práctica. Qué orgulloso se sentía de experimentar con sus tertulias y con sus libros de literatura, tal como hacían Andrés e Isabel, desde hoy sus dos mejores amigos. Qué contento se sentía: tan encarrilado veía el camino de su amigo.

Juan no pudo ser más exultante. «*Enhorabuena, ¿es buena chica, guapa, enrollada, de dónde, ya...?*» Poniendo orden a toda la retahíla propugnada por una persona tan directa, contestó convenientemente Andrés, con las mejores y más indefinibles ironías que le caracterizaban. Puesto en orden su amigo, y desde el terreno tan bien marcado por él, se hizo oír por fin las esperadas conclusiones: «*Será como tú, bien plantada, rocera, ¿de aquí? Bien bien. Y vaya con la chica, debe existir mucho amor.*» La respuesta la transformó en la más elevada de las nociones cuando le fue presentada. Las metáforas no adoptaban la figura irreal, falsa o alegórica; eran un apoyo, el adorno, el mejor calificativo que se dice a las cosas realmente bellas de este mundo. Del cielo tranquilo caen gotas de rocío, rayos de sol que no confunden el estado material de las sustancias y estrellas, y que deben imaginarse para tener la mejor noche poética. Los trigos son zarandeados por los suaves vientos cuando comienzan a granar desde sus verdes espigas y cuando están a punto, tan hermosamente pajizos, para recoger su fruto. El color del buen vino tinto en España es tan fácil, que la copa cada día es un orgullo para ellos, este par de amigos. Pasean ya menos animosos, sintiendo mayor placer con la tranquilidad de la tarde, fumándose voluptuosamente el mejor puro para el deseo de los más elevados momentos. *Magic Moments* decía PERRY COMO en su canción y oírla define la relación expresiva de los mayores enamorados. Juan era solo un tunante en las formas de ironizar a su víctima; le gustaba a Andrés hablarle claro y tenerlo contra las cuerdas si la ocasión lo requería. La sinceridad podía entonces herir al volverse tan palpable, tan penetrante. Pero escuchándole, acostumbrándose a su tono y forma de dicción, las aguas no eran tan revueltas y en poco tiempo se hacía amable y necesaria su conversación. Llegábanse, por fin, a desear sus censuras, tan solo por el humor con que las acompañaba. Únicamente un amigo sabe hablar de los temas más duros, de la manera más bella.

Los conocidos del trabajo y de sus otros lugares aplaudieron con los ojos la nueva relación, y enseguida encumbraron el hecho evidente con la imposibilidad de negar las cosas. La envidia que regalaban a Andrés alcanzó más que nunca la admiración. Aquella preciosidad rubia y cenicienta, que tal día trataron, les aseguró su posición definitiva. Los hechos tan evidentes no pueden torturarse, pues enseguida se estrellan contra los ojos. Es mejor avivar, con la mayor alegoría, los sucesos tan vívidos y dejar los instintos negativos para los seres intermedios. Si aquella mujer correspondía con la mejor estética, y con su superior ánimo, al criterio de su compañero, era signo de inteligencia no negar la verdad que Dios les hacía sufrir. No todos sus compañeros eran tan rotundos, los había más inteligentes y con mayor compañerismo; alentaron mucho a Andrés y

se sintieron contentos. La concomitancia de tales reacciones iba en relación directa a la bonanza de sus respectivas vidas. Únicamente en situaciones de adversos acontecimientos podría haber encontrado Andrés la respuesta verdadera. Y aún así, también los inteligentes fingían tan bien. Confiaba al menos en dos personas para que el mundo no se le hiciera tan intolerable, aunque hacía ya tiempo que se bastaba sólo para caminar. Y ahora era tan bien acompañada su soledad con aquel ser tan puro y fino, que verlos caminar juntos hacían revivir los mejores presagios de los tiempos primeros. Los inicios del utópico mundo que siempre imaginamos para engañarnos tan estúpidamente. La diferencia está en el profundo y distinto sentimiento que cada grupo social le da a la historia. Tan individuales eran Isabel y Andrés que por primera vez se escribía esta nueva versión.

Las familias de Andrés e Isabel eran tan paralelas en sus caracteres, que lo primero que admiraron de su nuera y yerno fueron su presencia y saber estar. A partir de ahí, la resolución de sus ademanes y conversaciones inquirieron la mejor esperanza cuando palparon, ya muy lejos de sus ciernes, el mejor futuro para sus hijos. Se correspondían con el hermano y la hermana que faltaban y su valentía bien indicaba el mejor amor que les haría felices. Deseando sus visitas para el mayor regocijo que necesitan las mejores familias humildes, el sol y la luna significaban su puesto durante el día y durante la noche. Viéndolos tan dicharacheros en sus respuestas y apuntes, apenas pensados para evitar la temerosa precipitación en un comienzo, sus diálogos pronto se hicieron fluidos del mejor deseo: ¡cómo que únicamente pretendían poseer la preciosa desnudez de su amante! Tan poco y tanto se pedían en esta vida. Una relación tan inextricable solo podía acarrear el sacrificio frente a los deberes e infortunios. El visto bueno, tan obligado en estos tiempos que no nos ha dado Dios, se transformó pronto, e inmediatamente, en el supremo apoyo de la propaganda. Y ésta es tan buena cuando pregona la verdad, que debemos mejor emplear el raro sinónimo llamado *apoyo*. Tan felices se hicieron los días en aquellos extraños padres, que su felicidad debemos aplaudirla para que las mentalidades posean aún la mayor consideración. El bello paisaje de la naturaleza se alía con semejantes sentimientos para rimar la más bella poesía; la ceguera propone alcanzar con las mejores maniobras de la táctica, y que se resumen en la pericia, los más entretenidos paisajes de costumbres y que el escritor reúne en los capítulos que forman la novela.

Coincidió que el enamoramiento y su éxito progresaron con los primeros azotes de la primavera. Esos tiempos primeros, del profundo cambio, afectan muy maliciosamente a Andrés. Eso ya se ha dicho, comentado, apuntado. Pero la parte positiva de los hechos es también

aquella que siempre imagina Andrés en estas épocas estacionales. La atmósfera suele duplicarse, sobre todo desde la mañana, más bien desde que se asoma al mundo tras el sueño. Su mente suele adoptar formas y sensaciones pasadas, pero sin la separación del aspecto práctico y temporal que vive en esos momentos. Ello nos aleja de la enfermedad más psicótica. Aquella que realmente sufre es concomitante pero no su efecto. Trasladado a las sensaciones del mundo pasado, dispone a su antojo de todo el material que necesita para ser feliz. Rememorando se encuentra solícito, amable y gozoso. Todo el mundo puede girar a su alrededor, y nos referimos evidentemente a sus compañeros de trabajo y amigos. Con los primeros juega; con los segundos juega y se sincera. Ese conjunto de inteligencia y de dominio superior sobre el gran marco de su pasado, lo expone delante suyo para el mayor placer que nos pudiéramos imaginar; y es que pensar los actuales acontecimientos con el trasfondo de las bellas sensaciones pretéritas, aunque sea con las extrañas, eleva el conocimiento a cierto, pues las percepciones primerizas son las que establecen el carácter natural, y no cambiante, de la persona. Los insólitos pensamientos y momentos vividos los transforma Andrés en singulares, pero es demasiada la potencia para la comprensión del ignorante. Rebajar el verbo y el calificativo alteran su esencia. Los rayos del sol pueden dar color, brillo y sentimiento, pero solamente las tres categorías pueden combinarse en personas como las de Andrés. Es tan difícil siempre, que lo bonito se haga grato, que por ello existen tan pocas personas decentes en nuestro mundo. La selección es muy fuerte y no perdona ningún error; ninguna contemplación se alza para la defensa. El placer y la belleza nacen y crecen casi siempre sin conciencia; se convierten así en los estúpidos modelos de la ignorancia. ¿Por qué le era tan fácil a Andrés ser tan sencillo? Él, que tanto había sufrido y que tenía toda la justificación del mundo. Fenómenos como el suyo conciben aún carácter a la esperanza para que las ideas no queden en la utopía. Los hechos la hacen creíble y lo bello toma y ejecuta toda su potencia. Coincidió también que Isabel adquirió el cosquilleo de Cupido cuando aquella estación de las flores y de los nervios comenzaba a imponer su ley. Y su hermosura y suficiente palidez se hicieron en aquella etapa dignos de la mayor fascinación. El asombro era recurrido por los torpes y los envidiosos. Andrés bien tenía merecida aquella suerte que surgió de un paraíso tan alto; después descendió para florear sus pasos sobre la urbe, y el cielo tuvo por fin compasión y recuerdo por los pobres de corazón. Cuando los acontecimientos van bien siempre, nos acordamos de los presentimientos y de los símbolos que cotidianamente nos hacían prever. Pero es tan cierto también que los sueños de Isabel y Andrés se hicieron tan coincidentes, antes incluso de la mayor eclosión de estos últimos tiempos,

que el juego escatológico podría indicar los periodos previsibles desde tan lejanas épocas, desde épocas tan remotas donde la recurrencia a los tiempos de Yuggoth esboza un juego tan creativo que el alma se reconoce a sí misma. Tan lejos de la vulgaridad... Isabel fue definitivamente libre y aquellos impulsos que había ido cercando, frenando e incluso cercenado, se volvieron a cortar de raíz para dejar totalmente libre a su espíritu verdadero. Ella era una musa violenta de amor y sus golpes creaban los mayores besos; su amante los recibía y devolvía con su mejor ternura. Los ojos azuzaban la pasión de Andrés, el cual se lanzaba sobre ella con el frenesí que se debe a toda una mujer. No existían intermedios entre gentes de mundos bien conocidos. Los astros y las estrellas correspondían a su propio ámbito y el riesgo en ellos simplemente significaba la aceleración de las cosas. Pero tan listos eran para controlar los viejos problemas, que hubiera sido deseable el accidente que pinta de estridentes colores los sucesos espontáneos.

Isabel soñaba aquellos días, aquellas semanas y aquellos meses de amor como el perfume que impregna eternamente, aquel que desde nuestro nacimiento tan bien nos identifica. Con el paso del tiempo, de las diferentes etapas de nuestra vida, se puede transformar, puede cambiar su matiz aromático, su grado de intensidad, pero nunca su olor se altera, la esencia que lo convierte en categoría y concepto. La existencia envejece, amortigua los impulsos, frena hasta cierto punto la excitación, la hace más consciente incluso, pasa al maná de la metáfora cada día más. Pero la energía de su materia es incólume, y como el buen vino, hasta que los años impiden los mayores y los mejores alardes, todo lo bueno que de él trasciende permanece y evoluciona en la mejor copa. Así, aquella chica de tan fino y pequeño rostro, y de tan grandes y bellos ojos, se daba entera al mejor de los muchachos. Puros, era ir juntos siempre en las condiciones que fueran, y la vida, con semejantes así, podría regenerarse a sí misma del mejor modo. Las nubes yacen llanas en los altos de las onduladas planicies. Impregnadas de toda la tranquilidad posible, el silencio las aplaca aún más para nuestra contemplación. Los ríos allanan su caudal con el más espléndido rumor que de tan lejos traen. Los árboles ondean sus hojas al viento formando las más bellas copas de libertad. Los pájaros y las ardillas, los insectos y las ranas, cualquiera de los beneficiosos animales, incorporaban otro estadio de vitalidad al ambiente general. Y la pareja de novios no podría encontrar jamás mejor entorno.

Los mundos que iniciaron desde su primer conocimiento, y que selló el primer beso, fueron la aplicación de todos sus mejores ensueños y que la práctica les enseñó a adoptar; desde hacía tiempo ambos habían coincidido en mitigar los estúpidos impulsos que conllevan hacia el fracaso, y el

sentimiento, sabiamente guiado, logró imponer su ley. Cualquier circunstancia y acción era acompañada por el suficiente cariz literario que debieran poseer todos los actos humanos. La esperanza se traducía, se convertía desde todas las implicaciones, que caracterizaban de sufrimiento, la vida. Dos personalidades de tan sutil y profunda frialdad para tratar, conllevar y reafirmar sus mayores problemas y dudas, los endurece cada día más y la experiencia se hace rima de aquella virtud. Llega un momento en que alcanzan un dominio tan elevado de los sentimientos, que no cometen ya cara al exterior -cara al público que atenta y muy alegremente aprovecha cualquier desfallecimiento ajeno para poder reírse y humillar, para poderse compadecer de sus propios fracasos asimismo-, ninguna extravagancia que les delate. Sus impulsos se han hecho acordes con sus mejores pensamientos. Y la verdadera razón se lleva por dentro, se sufren desde el más profundo rincón todas las características que sobre el dolor alcanzan a sus sensibilidades. Sus bellos rostros no se muestran inertes, gélidos, y por ello mismo, fácilmente identificables con el encubrimiento. Aparecen con una calmosa interpretación de los hechos, en donde sus gestos adquieren la delicadeza más tranquilizadora. Los ángeles pueden corresponderse con su mejor metáfora. El pánico es conllevado, la ira se hace pensamiento y la esperanza da una nueva oportunidad. Las pocas acciones y los incesantes razonamientos profundizan en el superior dominio del futuro más o menos inmediato. A ellos ya les ha llegado por fin la fuerza que regala la práctica de sus más elevados deseos, y el haber entrado tan perfectamente en su dinámica les está otorgando la seguridad determinante para su desarrollo futuro. El emblema de este axioma se puede traducir en un profuso acceso pasional de los que ambos eran tan partícipes. Y es que dos amantes que tanto se quieren, plenamente se encuentran conformados para todos sus actos e ideas. Si una tarde le correspondía a ella dibujar con los bellos colores del mejor teatro, el único y el de siempre, todo un encuentro, aquellos paseos y palabras compartidos mostraban el mejor escenario sobre la ciudad. Si era él el que con su turno se hacían perder por las mejores tonalidades del último atardecer, todas sus sombras y abrazos podían relacionarse con los mejores episodios de aquellos románticos, tan realistas para sus sentimientos. Tantos desde la comedia también, la poesía y sus preferidos cuentos y novelas. Prefería Andrés el teatro leído al interpretado; era su mente la que mejor escenificaba; eran los besos y los toques lo preferido de todas las actuaciones. Tan solícito para comprender los gustos diversos, pero tan resueltamente entendido con las explicaciones de Isabel. Eran inexistentes los inaguantables gustos que solamente un ajeno podría provocar. La gente del actual sentido común parte de la teoría para forzar la experiencia y así



explotar los problemas, sacando de ellos hasta un burdo beneficio económico, o peor aún, hasta honorífico, como gran deudor de la soberbia. Pero Andrés e Isabel, si se comprendían, era porque unas personas normales, con sus deseos sinceros, se habían enamorado.

El público que los contemplaba en su relación miraba de la misma manera, independientemente del propio carácter, por más que este correspondiese al de celosos y fracasados, mediocres y medianos o educados y hasta felices con su indiscutible sentido del humor. Todos expresaban el efecto benéfico que la pareja emanaba; la causa innata de todas las personas quedaba ahogada por la superior exhalación de un digno dúo. El mal intenta y muchas veces consigue deshacer finalmente lo que envidia, pero ante el bien absoluto muestra miedo y respeto, reconoce cual es su lugar y se sitúa en el lado que le corresponde. Nunca va a aprender, a desligarse de la pura naturaleza que lo define y hace su esencia, pero la evidencia le recuerda que jamás conseguirá ahogar a su enemigo absoluto, como jamás tampoco a ella misma le podrán quitar su papel sobre la Tierra. Más bien son los religiosos, los filósofos y los moralistas, y aún no los primeros, los que entienden que la humanidad es arreada y alentada en su evolución por el dinamismo dual de la especie humana. Muchos científicos continúan enredados en su bola de cristal con el nuevo dogmatismo que domina desde hace dos siglos; únicamente de éstos podemos salvar, y se convierten en nuestro futuro, a aquellos que han experimentado en su propia carne el sufrimiento humano. Los doctores que han situado el dolor más allá de las simples estribaciones neuronales se han dedicado al mismo tiempo a completar la mejor biblioteca literaria. Algunos hasta pintan, mientras otros reconocen su mala voz para la canción. Allá donde iban el par de enamorados, enseguida recogían su papel de anfitriones. La conversación se les hacía aliada, las sonrisas decoraban sus acciones y el mundo comprendía el papel importante que estaban desarrollando. Los niños muestran su más terrible personalidad porque no han aprendido aún a amortiguar la realidad. Se muestran feroces entonces; se mostraban tan solícitos con ambos, tan divertidos y complacidos, que definieron mejor que nadie el éxito de aquella relación.

La viva familia adyacente era muy viva y expresiva en Andrés. Con su lenguaje socarrón y bien pronunciado, con el suficiente conocimiento que dan los lugares originarios, explayaron en acertados comentarios sus opiniones. El aplauso fue unánime y la aprobación de aquella señorita, tan modosita y tan elegante, se anunció sin la menor hipocresía. Las personas que son de tierras altas son brutas y la brutalidad se sufre y agradece para saber lo que piensan los enemigos. De todas maneras, ya habían quedado atrás aquellas efusiones que la envidia y la mala idea doran en los tiempos

medios donde se construyen aún las infraestructuras básicas y no básicas. A veces, con el tiempo, la posesión y el cansancio se colma de entendimiento su carácter; también con el tiempo se acepta lo inevitable. El suplicio de las formas de existencia puede crear en ciertos caracteres un final digno. En la familia de Isabel, un mayor ambiente cultural había contenido mejor los incesantes asomos de la espontaneidad; pero en las familias humildes, que no intentan traicionar su posición, un ejemplo natural, como el tomar copas, no significa ningún dogmatismo postular. Saben muy bien beber para el placer, y la cantidad que éste necesita para continuar siéndolo. Cuidan muy delicadamente a la mejor chica, atendiéndola de manera especial, incluso, para sus diversiones.

La expresión de una canción como la del *Sharin The Night Together* de DR. HOOK afirma los amores verdaderos. No se expresan las melosas expresiones que siempre se dicen y que a ningún sentimiento corresponden, como en las películas malas y las músicas sin tonalidad. Un grupo digno y sencillo debe mantener una presencia sincera, y los meros aderezos deben corresponderse con el mínimo tono de los tiempos. El fondo sincrónico es el que debe imponerse. La estética debe ser sencilla y ha de estar pletórica de entusiasmo. La propia composición e interpretación acerca mucho el camino hacia la meta suprema de la calidad: el humor que sabe imponerse, por fin, a todas las penalidades que infligen la vida y el corazón. Andrés e Isabel se encuentran irresistiblemente entrelazados por las cuerdas de la ironía, y el amor suyo es el perfecto ejemplo del éxito. Conocen sus más mínimos relieves corporales, sus más bellos defectos y todas sus diferentes matizaciones estéticas. Sus inconfundibles fragancias juegan, junto a sus voces, en el conocimiento mutuo y en su irresistible necesidad. El oído se afina y se conjunta, y las canciones sellan el pacto con sus armoniosas melodías. Cada vez el espacio cultural se hace más grande y universal, pero cada vez también el apego se hace más cerrado y comprensible. Cada vez menos necesitan de la gente, sino es para engalanar su amor con las amistades que los corroboren. Las anotaciones musicales ondean mejor a su alrededor para confirmar su predestinación. Los temas han nacido para asegurar el destino; toda rememoración anterior preveía el porvenir. Existen también los buenos resultados para justificar no se qué estupideces como que el delincuente siempre es considerado un enfermo. Los ricos son los únicos malos por naturaleza. Los pobres son los que se han buscado su propia ruina. Recogiendo esta deprimente cadena de causas y consecuencias, nuestros enamorados deben ser efecto de precisas circunstancias. ¡Qué triste predicar por el partido que siempre nos interesa! ¿Cuándo se pondrán todas las cartas de todos los jugadores sobre la mesa? Ellos ya han sido muy claros: Isabel aguanta la enfermedad de Andrés; no

la entiende, no está dentro de su pensamiento, pero sabe comprender porque le ama. Andrés acarreará cualquier obstáculo, podrá ella desgarrarle incluso, pero su potente maquinaria continuará funcionando para ella; él ya se cobra demasiado con su amor. Las canciones ejemplifican el deseo inherente y natural.

Cuando Andrés iba sin chica al cine, no podía concebir todos los motivos que fuerzan a las parejas a ir juntos para perderse la película. El guión debe tener un mínimo de interés pero ningún máximo de complicación. Las caricias, mimos y carantoñas se corresponden con un tiempo incomprensible. Las mejores tramas llevan la digna expresividad y el espontáneo diálogo. La fuerza literaria surge desde el fondo de las páginas hacia la pantalla. Y sin buscar ningún remilgo, suave y eternamente todos se están besando, continuando, se supone, el argumento sin ningún problema. Tan sencillos son tantos directores y tantos escritores que emocionan verdaderamente el ánimo. No pueden amedrentar con recursos que innecesariamente esconden la ignorancia que solo engaña a los bobos. El amor se hace tan sencillo cuando es cierto, que Andrés e Isabel bien siguen la película de CORMAN, tan básico con su Poe para recrear todos los mejores ánimos de cierta juventud. Las escenas oscuras confieren la mejor excusa. Se saben aprovechar todos esos instantes en los que crece el suspense. Quizá han perdido la escena del grito; también ellos se han espantado; igual no han podido captar toda la expresividad de aquella aparición; pero tan tierno es el abrazo y la compenetración, que fácilmente ayuda el director a recoger el hilo del argumento.

La música de fondo que suena en un bar se une perfectamente a la degustación de las bebidas que en los mismos tan alegremente les sirven. Tan bellos están donde siempre van. Volvemos a repetir, y nunca nos parecerá superflua nuestra bella opinión, que ellos emanaban hacia sí mismos toda admiración de su alrededor, hasta la de los más envidiosos - volvemos a repetir por enésima vez-. Los más indignos corazones volvíanse unos minutos artífices de la mayor honradez; la grosería de los más brutos caracteres desaparecía por el más preciado tacto de la ternura; los torpes y lentos de mente, agravada aún más su inexpresividad por la propia desconsideración, aunaban todas sus inexistentes dotes hacia el más perfecto ensayo de la locuacidad. Quedaban impresionados, en su descuidado desarrollo de la vida, los camareros y amigotes que les conocían tan bien. La mujer, que muchas veces también les servía, la hija adulta y la madre ya ajada por la vida de taberna, aunque la modernidad quiera imponer su velo, los atendían y defendían como antiguas matronas que cuidan de la futura descendencia. Las almas de gran sentimiento -

decían conceptualmente- deben protegerse, promoverse para la esperanza nuestra. Las buenas personas de hondo temperamento y noble deseo, aquellos también de las francas y apreciadas palabras, como asimismo sus mejores cantores, edulcoraban la escena con suaves terciopelos. Cuando ensimismados estaban en sus juegos de amor, podían evadirse suavemente de aquel mundo contemplativo. Con ligera y maestra constancia se retiraban a sus profundos asombros y deseos sin causar el más mínimo desprecio en sus halagadores. Dejados amar y les comprenderéis. La inevitable combinación de sorbos, besos y caladas de la apreciada nicotina resumían sus miradas anhelantes. Siempre quedarán impregnados para siempre de la atmósfera especial que tienen los bares. Fue en uno de ellos donde concretaron su amor. Juntos y apartaditos deciden aún continuar un instante más. Minuto tras minuto consumen sentados su tiempo. Visten de la mayor intuición el claro reclamo. Un día serán tan inseparables en su piso que los días colmarán de monotonía todos sus momentos. La monotonía en las mentes superiores es el transcurrir del tiempo lógico. Las mentes superiores son tan sencillas por eso mismo, que ningún pretencioso jamás les comprenderá. No sufren a su lado, sino al contrario, los supuestos inferiores. De Isabel y Andrés no emana la soberbia sino el corazón.

No necesitan velas si no las hay en la mesa de aquel restaurante, pero si estuvieran puestas, con gusto obligarían al típico deseo. Los tostados y naturales escorzos de sus rostros entonan con sus matices cuando la luz les hace pálidos; siempre vivos y dulces de aspecto en la naturalidad que Dios les ha dado. Isabel fuma con aquella posición con que tuerce el torso la mujer de estilo y de insinuante aspecto; es una de las que más excita el ánimo de Andrés. Y con un violento movimiento la hace suya entre sus brazos para darle el fervoroso beso. El humo lo mezcla el novio con las olivas y la cerveza que siempre impulsivamente toma en los aperitivos. Los jugos, la gente, el envoltorio a su alrededor, precisan la mejor respuesta. Él dispone de ese tino que equilibra buen estilo y recato en el vestir. Impresiona en sus formas con las ropas más sencillas, mejor puestas y combinadas. Acercando la vista y la inteligencia, apreciamos un jersey como muy pocos, unos matices en la camisa que aciertan toda la composición. Esos zapatos sencillos pero de tan buen vestir. Sí, Andrés impresionaba por su coherencia y sinceridad. Él no afectaba ningún gesto y la estética volvía a aplaudirle su sinceridad. Los ojos que le miran demuestran el asombro por un mundo que se creía inexistente y arcaico. No se puede ocultar la realidad. Todos le miran encantados comprendiendo como el equilibrio es el dueño de la esfera; la ponderación suya, que emana de su sobrio sentimiento. Isabel come delicadamente, con esos brazos delgados al aire, con media manga, llenos de finos anillos de oro sus dedos

y con una cadenita al cuello que lo hace apetecible. Tan frágil y tan fogosa para el amor de Andrés. Así son los seres queridos. Se hace imperturbable en el tiempo su cariño. Les sirven su vino blanco con su *exqueixada*, comienzan los mejores momentos cuando el fresco vino acompaña los suaves bocados hacia sus cuerpos. Las chiribitas de amor se confunden mejor entre las confundidas burbujas. Los postres dulces mejoran el mutuo sabor. El café y su carajillo, la copa y sus cigarros estilizan la cena. Cuando después de pagar salen a la calle, tras entretenerse en los comentarios que hacen reír al más natural de los camareros, se apasionan en un fuerte enfrentamiento de amor. Así toda la noche. La copa de después, bailable, y ya asentados, se hacen eternamente sensuales, de amor completamente llenos. La noche es entonces nítida en todo su negror deseado. Los espacios y ambientes se intuyen en el perfecto futuro. Sus premoniciones infantiles ya les advirtieron de lo bello. En aquellos oscuros tiempos apenas era intuido, mezclándose muchas veces con enfermizos ensueños cuyo dolor penetraba toda su vergüenza. Otras veces eran atisbos impulsivos que fulguraban en escasos segundos la imagen más deseada y que se desvanecía como un fantasma al despertar. «¿Dónde estará mi amor?» Las tonalidades difusas eran las únicas que quedaban de aquel mágico rostro nocturno.

Las salidas de fin de semana elevaban un nuevo peldaño a la confianza. No es que debieran huir de formas intransigentes que suelen darse en aquellas familias que pretenden una disciplina extraña y que provoca los verdaderos estragos. Dejando aparte los tiempos, sus respectivas familias aseguraban en sus ojos la tranquila libertad con la que podían dejarles irse solos. No es cuestión de alcanzar la mayoría de edad en el tiempo legal, ni la exigencia de los derechos lícitos que nunca se han conseguido con la necesaria experiencia; es cuestión pura de que ambos se demuestren el mayor cariño y futuro para que unos padres queden tranquilos. Estos han trabajado mucho, sufrido y aguantado para que un viento intempestivo arrasara la cosecha como un tornado. Los experimentos, para la gente codiciosa. Los novios marchaban de forma natural y con toda la atención que merecen quienes bien siempre les han considerado. En su camino de libertad, es decir, cuando por fin quedaban solos frente a los terribles agentes de la naturaleza, entendían que su nueva familia iba tomando forma. Las compras, la preparación resolutiva de todas sus necesidades, los placeres y cualquier determinación a adoptar frente al imprevisto, daban orgullo, buenas sensaciones y dolores de cabeza, pero nunca planteaban un problema de enfrentamiento con respecto a las arcaicas instituciones familiares y sociales. Semejante idea estúpida provenía de los seres vacíos cuyos problemas de ámbito particular camuflan la belleza del aprendizaje heredado, el que verdaderamente hace

caminar a los niños pequeños con su graciosa sonrisa. Lo siento por muchos de ellos, que sí han sufrido. Las formas totalmente nuevas conllevan totalmente al fracaso al no partir de ninguna experiencia. Las utopías falansterianas duraron meses y pocos años, mientras que los pensamientos que se cercioran en la evolución pronto adoptan la expresión del dogma. Y desde ahí se puede comenzar un nuevo sendero. Cíclica, o en ascendiente sierra, la historia entera debe sernos de la mejor pedagogía. El adjetivo útil así se hace hermoso.

Cuando sus cuerpos se encuentran en una mejor disposición física, se demuestran su amor más impulsivo. Sin apenas tiempo para la reflexión, sobre la marcha, se va haciendo una puesta en escena que se intuye décima a décima. Poco se puede hablar, pero todos sus actos y posibles pensamientos confirman la perfecta armonía y compenetración. Llegada la dispuesta convicción, se renuevan todos sus futuros deseos. Los deseos en personas semejantes se confunden con los instantes gozosos con los que la vida premia a los que vitalmente se instalan con todo su verdadero recorrido. Aquellos quienes no artifician ni afectan su naturaleza son los elegidos para el mayor disfrute. No existe ni un asomo vacío en el camino; saben qué hacer a cada minuto, sin aburrirse en este medio tan variado y que únicamente resulta complicado para los seres mediocres y desocupados.

Sus cuerpos desnudos dan esta respuesta. Cuando se responden vestidos, intuyen las mayores fuerzas futuras; pero poseen más tiempo para pensar. Ambas caras de la misma moneda adquieren un valor estable creciente. Día a día se hace más imperturbable su cariño, a diferencia de los tiempos que transcurren a su alrededor. La sensualidad es un adjetivo de su hondo conocimiento, el cual define a su pareja como desea que la describa también su contraria. Han hallado por fin su pasión. Su próximo objetivo es confundir su mutuo camino. La nueva experiencia les va a llenar el tiempo de interesantes y profundos momentos.

Andrés e Isabel forman una pareja perfecta. Se quieren y se entienden; y encima son guapos, sabiéndose llenar con incesantes ideas sus conversaciones. Todas estas inseparables características forman un cuerpo homogéneo que representa uno de los mayores éxitos de la naturaleza elevada; aquella que se sabe explicar a sí misma. Por encima de la economía, pero utilizándola con conocimiento, superviviendo con la dignidad irónica que muestran los entes principales ante las adversas posturas humanas, y divirtiendo su maravillosa dualidad en juegos triviales y en modos extraordinarios, logran, como ya se ha visto (admirado, odiado y obviado de varias maneras) una utopía de éxito verdaderamente real.

## CAPÍTULO II

Pasaron tres años y continuaron sus excelentes relaciones. Desde hacía año y medio vivían ya juntos y únicamente había evitado su boda el no disponer del suficiente dinero para dar el banquete. Andrés se empeñaba en ofrecer un gran día a toda su familia y amigos, pues creía fervientemente en el acto sagrado. «¿Cómo un amor así, nuestro, singular e irrepetible, no va a celebrarse de la manera más solemne, donde todos coman, bailen y beban, canten y ríen nuestra felicidad?» Andrés odiaba sus tiempos. Las modas eran una de las caras de la hipocresía. Él era siempre un hombre de ideas, cerradas para muchos; esa sincronía suya sobre las creencias le fijaba todo su ideario y le hacía creíble. Podría ser dogmático, pero sus palabras mostraban el hálito de la verdad. Isabel comprendió pronto su parecer, asintiéndole en su idea. Era una chica moderna, pero razonable. Cedió por amor. Sabía que la emoción que sentía Andrés por el día de la boda era una proyección exagerada de su devoción por ella misma. Le conocía y le amaba, todo ello estaba por encima de su propia ideología. Ésta nunca alcanzaba el nivel de la convicción, nunca se hacía creencia, por lo que fácilmente se persuadía Isabel. Se sentía tan gozosa de servir a su novio como éste de colmar sus mayores deseos. El amor es compenetración, significa cesión, y lo contrario es crear un nuevo espejo para nuestra imagen. Ésta debe verse distorsionada, poseer las mismas ideas fundamentales, pero su color y su aroma deben ser bien distintos. Únicamente el fondo tan cambiado de forma puede excitar y resultar atractivo. Si después existen los suficientes matices de la mente para hacerlos variados, sin forzarlos al enfrentamiento, los ardores de la pasión llenarán toda la casa.

Llegó pues el día y la exclamación se hace indescriptible. Toda la finura de su cuerpo vestía un blanco nítido que estrechaba más aún su figura; Isabel, sin hacer ningún estúpido juego de palabras, semejava la aparición de una virgen. Una cinta de pálido amarillo equilibraba desde su cintura. Con su pelo rubio ceniciento caían todas las impresiones a sus pies. La sencillez del traje de Andrés engañaba, como siempre, a primera vista; una segunda le devolvía el cetro de la hegemonía. Tan sencilla combinación guardaba la perfecta organización de formas y colores. Después de verle su camisa, su corbata, sus calcetines y el resto de prendas de su indumentaria, se llegaba a la suprema conclusión. La calidad de la ropa sencilla, perfectamente conjuntada, era un mero pretexto para exaltar su figura. Los

juegos de la estética elemental iban con su carácter. Sus sentimientos eran profundos, se enardecían como la llama cuando fuese preciso; pero el anonimato de la soledad era su fin necesario. El día fue espumoso y efervescente, pleno de todo candor personal, ahuyentador del aburrimiento y expresión de las pasiones más claras de este país. La familia de Andrés ahuyentó los negros marasmos de ciertos caracteres. Su locura genética fue resolutiva para el éxito de la boda, y todas las canciones, dichos y ocurrencias salían del corazón. Lo primero que llegaba a los labios se decía y se cantaba. Era dudoso que pasaran por sus cabezas previamente. No existía la reflexión previa ni la más mínima represión; el peor tipo de represión es la que sirve a la simulación y al plan preconcebido. La familia de Isabel, más educada y formada, dejó pronto su contención infantil para hacer homenaje a la verdadera clase obrera, aquella que nunca abandera estandarte alguno.

La comida, el baile y la noche de bodas sellaron definitivamente la alianza. Los pájaros cantaron de otra forma a la mañana siguiente. «*Solos definitivamente*», le dijo Andrés a Isabel. Ella le mencionó que ya llevaban año y medio así. «*Tú sabes que es distinto, llevamos los anillos, echarnos atrás ahora es pecado, la magia se ha apoderado de nosotros por fin. El sello de nuestros besos posee definitivamente el ósculo sagrado.*» Sabía bien lo que quería decir Andrés. Ella vivió con él, previamente, porque los tiempos modernos han ralentizado los actos superiores. Su empeño en el retraso se debió simplemente al cumplimiento de la tradición. «*No íbamos a dar jamón dulce y olivas.*» «*¿Y tú trabajo?*» Qué estúpida época que aligera las más altas pasiones. A pesar de todo, su decisión se hizo clara desde el primer día y solo tardaron dos años desde que se conocieron.

El viaje de bodas fue otra pincelada de belleza. ¿París, Roma, Venecia, Grecia, Egipto, Jerusalén, Babilonia? ¡Qué más daba! El típico encanto continuará siéndolo porque es inherente a su sustancia. Las premoniciones infantiles encontraron una ilusión en la adolescencia para apoderarse de la madurez. Los paisajes cálidos descansan sus momentos agobiantes con las intempestivas tormentas y con largos ciclos de lluvias. La delicadeza necesita de un suficiente contraste agreste como aquella se hace descanso de éste mismo. Trajeron regalos, recuerdos y una mente bien matizada con sus impresiones; pero se encontraban desde ya hace tanto tiempo equilibrados en el submundo del amor, que el viaje fue un placer más, plenamente satisfecho de todos los recursos vitales que necesitan las personas como Dios manda. Los acontecimientos daban ejemplo de su relación, sin embargo, era su día a día quién mejor les discernía el ánimo. La vida que llaman monótona era la realidad latente de todos sus grandes hechos. Las compras, la comida, el sueño, los invitados, las salidas y la



familia poseían la fuerza creadora de los nuevos actos. La lucha diaria, que en ellos se hacía pugna -no contra ellos; no equivocaban jamás su objetivo; eran inteligentes y maduros- era quien les enmarcaba hacia el perfecto mundo siempre deseado. Con el esfuerzo y el amor conseguían su virtud y entidad. La lucha se transformaba en sufrimiento hacia los internos pensamientos. La especial naturaleza podía disponer extrañas consecuencias para ellos. La sensibilidad, no por ser superior, aporta beneficio. Más bien es su contraria, la irracionalidad, la cualidad que en ocasiones se les manifiesta. Alcanzan momentos de iluminación incomparable, pero el resultado no merece la inversión. Y si pudieran desligarse de sus más cruentos impulsos, apartarlos hacia otros caminos, huir mejor de todo su amparo, de todo el arco que dispone su carácter, lograrían vivir la perfección que desde hace bastante tiempo vienen intuyendo. Andrés apenas había tenido pesadillas y actos que le refrenasen en el hacedor sentimiento y en la correcta conducta. Isabel estaba más lejos de tan mañas locuras.

Los tres años siguientes transcurrieron con toda la suavidad que desean las personas normales del género humano. No fueron violentos del desquiciamiento descomunal en que se sumergen los tiempos actuales, ni dejaron la impronta vulgar de las personas de necias ideas y que continuarán siéndolo porque nunca arriesgan nada. Sin embargo, ellos no están en el justo punto medio, pues mientras su diestra es personalmente elogiada, su siniestra les produce pánico ya que puede impedirles continuar viviendo felices. Ellos han leído muchas novelas del siglo pasado. Es propio que alguna vez el suceso se interponga ante ellos. Los nubarrones se ven a lo lejos acercarse. Refugiarse no sirve de nada porque el viento sopla muy fuerte. El tornado es el meteoro del temporal; la violencia interna que les consume, sobre todo a Andrés, es el efecto de la herencia. La hostilidad del mundo, que a la vez les hizo crecer en alguna de sus singularidades, les cinceló una porción de su temperamento. El miedo se apoderó de sus adentros, la melancolía vislumbró la esperanza y la ironía los enamoró de todo lo bello que existe en su universo. A pesar de todo ello, las rutinas materiales se desarrollaron con normalidad. Sus trabajos eran bastante edificantes, sus sueldos decentes, y los gastos, en personas de su lógica, donde la cordura se adueña del afecto ajeno, prudentes y decididos. Andrés, debido a su exacerbada pasión, tendía a impresionar; era demasiado generoso, pero en esta cualidad se confundían su orgullo y su dominio. Isabel solucionaba y coordinaba todos sus posibles disparates. La mujer continúa poseyendo esa superior habilidad para llevar las cosas de casa. El desamparo de la fuerza obliga a desarrollar la inteligencia. Ello es positivo para su adelanto en las artes, en el sentimiento y en el aguante; ello

es negativo, porque a la vez surge un reflujo en contra de este predominio de la estética. Finalmente, aparecen artistas enajenados por su enfermiza soledad y neuróticas que descomponen mi animosidad. Contamos por fin con dos seres cargados de nervios, pero pletóricos de la viveza que les obliga a la atracción; tienen sueños sobre el arte, saben reírse de sí mismos y cada día saben mejor apreciarse.

Las familias estaban recibiendo todas las compensaciones que merecieron sus sacrificios. Los sucesores han sabido recibir el mensaje para que la vida se renueve. Aún permanecen conciencias que saben heredar las enseñanzas antiguas. Cada vez más, la vida fácil sustituye a la fuerza ambiciosa que creaba las grandes hazañas y que el dolor reconducía. Es así que el castillo de naipes llega a su fin. Caerá fácilmente a la mínima batida exterior. Nadie sabrá ni tendrá el valor de defenderlo. Después, meramente retornaremos a la absoluta banalidad. El fin habrá llegado sin necesidad de cataclismos y terremotos, sin guerras atómicas y sin las factibles bombas de neutrones; los marcianos podrán permanecer por fin junto a nosotros y la peste y otras razas, de más allá de las estrellas, ocuparán el poderío por fin. ¡Qué importa! Estaremos muertos de alma entre los cuerpos vivos. Sin embargo, Andrés tenía todavía la Esperanza. Ésta no ofrecía un muestrario común y vulgar de vacías palabras de paz, amor y fraternidad, pues conocía bastante bien a la especie humana. De la actual, por el pequeño mundo que tan bien percibía y por el grande que se lo ofrecían a través de los llamados medios de comunicación, los cuales no se corresponden únicamente con los medios de prensa. El pasado era mucho más inteligible y veraz. Bueno... Grandes hombres cultos dejaron su impronta con la mejor pluma. Entonces ésta imaginaba pequeños mundos que se sumirían en la defensa voraz de las ideas elevadas por medio de la fuerza necesaria. Existirían muy latentes pequeños ámbitos de esperanza bien armada. La única pérdida sería la última posibilidad. Valdría la pena intentarlo. Pero de seguro que los vendedores de armas, los intereses del petróleo o del cobre volverían a estar por medio. La violencia no resolvería nada. «*La lucha contra esos zombis será dura, pero resistiremos hasta el final.*» Ojalá fuesen eso solo, zombis. Andrés se enardecía de valor y temperamento porque el sentimiento por las cosas fue heredado. La sangre del pensamiento es la que puede aún salvar el mundo. ¡Esta Tierra de ideas desmanteladas en la que todo vale menos la dignidad y el esfuerzo! Sí, valdrá la pena convertirse en caballero de la muerte. ... ¡Peligro! ... Pero recuerde el lector que esta nueva época debe tener capacidad, cultura, poder de superación y el máximo espíritu de sacrificio, por lo que pocos ejemplos del último pasado también nos valen. ¡No! Alcanzaban sus ideas el nivel de la utopía. El fracaso sería su conclusión, el desmantelamiento su acción y la dispersión el barroquismo

acostumbrado. ¡Sí! Debía él de tener todas las armas y todos los botones para imperar sus fundamentos. «*Andrés -le decía Isabel sonriente- no nos des la paliza. Vamos todos a bailar.*» Y Enrique y su mujer le idolatraban con el mayor asentimiento de las personas sabias, aquel que proviene de la inteligencia y que la sapiencia sabe transformar en ironía. ¡No, no!, Andrés no se va a convertir en un nuevo salvador de las patrias.

Fue hacia el cuarto año de su consagración cuando Isabel quedó embarazada, lo que es todo un símbolo de aquel refrán cuyo herrero confunde la madera de su casa con el hierro del ajeno. Antes no había contemplaciones en echar hijos al mundo para que fuesen unos desgraciados. Todos debían probar la realidad. El bello rostro de Isabel poco a poco iba adquiriendo los pesados rasgos de una bonita matrona. Su cara se hacía más redondeada y regordeta; las pinceladas sonrosadas teñían su expresión, como la palidez se elevaba en los momentos en que la azotaban los mareos. Las mañanas se llenaron de la estricta atención nerviosa de Andrés. Se volvió el más mimoso de los hombres. Le gustaba ensimismarse en su hecho protector, llegando a un fino envanecimiento. Ella lo notaba y le quería así, dispuesto a la defensa y a todas sus atenciones. Le premiaba acariciándole entre el rostro y su cara. Isabel, cansada encima de la cama, arropada con las nuevas sábanas, extasiada en la contemplación de su amante, reposaba unos bellos instantes de su vida para que toda la presencia de su hombre la protegiera. Ella, como mujer, le iba a dar lo mejor de sus vidas y el marido sería el padre del maravilloso reflejo mutuo. Continuaba acariciándole mientras recibía besos y suaves, suficientemente separados, de Andrés. Hoy deseaba cenar poco y allí mismo; estaba exhausta tras el último vómito de la cruel jornada. Él se empecinaba al comienzo en que comiese un bocado más, pero cada vez el instante que pasaban se trastocaba en inútil esfuerzo. Quedó Andrés, por fin, suficientemente convencido para reconciliar el sueño. Realmente estaba en carnes como nunca, con sus pechos de futura ama de cría que el placer debían olvidar. Más formada en general, sus gruesos brazos y caderas habían transformado aquella frágil constitución en su Cibeles particular. La noche era atenta y vigilante en sueños, mientras la confortable vigilia se hacía momentánea. Con los primeros rayos de sol los mimos y el bálsamo de la noche encandilaban la feliz animosidad de la aurora. «*Un día más, corazón mío.*»

Esperaban una niña según la adelantada ciencia y que después se confirmó en la realidad. El mimo de Andrés llegó a una perdonable afectación de sus memoraciones. Iba a ser una bella emanación de Isabel, su viva imagen diminuta para la apreciación de todos sus sentidos. Isabel

no le tuvo que convencer que sería una preciosa mezcla de ambos; el asentía para volver a entercarse como un niño en su idea panteísta. El corazón solo estaba por ella. «*Bueno, bueno, será una pequeña Isabelita con mis suficientes matices.*» Aunque no le iban a poner aquel nombre. Tenían bien claro que el ser iba a ser diferente. Y el nombre la iba a identificar. No creían tampoco en la idea radical de no **homonizar** a los hijos. Para él y ella era todo un respeto y honor poner los mismos nombres de los abuelos. Pero aquel bien deseado retoño iba a llamarse de otra manera. El marido de Isabel creía en las ideas largamente desarrolladas para que el tiempo, con su experiencia, las moldease poco a poco y así alcanzasen el estadio de la perfección filosófica. Una vez más, son sus creencias simples planteamientos aprendidos, donde la certeza ocupa la parte central de unos hechos probables pero que no llegan a convencerle. Es el acto impulsivo, el repente relampagueo, que hace su imaginación, del propio conocimiento, el que verdaderamente merece nuestra atención para comprender la naturaleza de su volición. Fue una tarde, leyendo una de aquellas novelas que le exacerban (o atontan) la imaginación desde su calma flemática, en el momento único en que su total dominio intelectual se alinea con el instante mágico de la clarividencia, cuando se le ocurrió el nombre de su hija. Y aparece tan clara y brillante la solución que su único destino es el cumplimiento. Por ello la bonita y graciosa hija de Isabel y Andrés se debería llamar Lidia. Lidia fue una antigua compañera de colegio. El nombre le recordaba sencillamente aquellos iniciáticos tiempos de la adolescencia, cuando los libros le imaginaban mejor que nunca. Su infancia convergió toda su esencia en unos años, cuando las memoraciones toman toda la libertad que necesitan para formar al hombre libre. Las tardes de sol, desde el autobús, placen el sosiego del observador. Verdes árboles que caminan hacia la primavera. En su último libro, Lidia aparece como la pureza que comienza a andar por los senderos que Andrés e Isabel le van a indicar. Con unos graciosos calcetines correteará por las enseñanzas que ellos siempre han deseado. En este preciso momento se encuentran preparados para iniciar una nueva aventura.

Sobre el sexto mes de embarazo, Andrés tuvo durante unos días las suficientes pesadillas para que el miedo se apoderase de su mujer. No era ni el mejor momento ni el capricho de una persona normal. Girando su habitación alrededor, moviéndose los puntos de apoyo en los que buscaba agarrarse, como el anaquel de su mesilla de noche, que más de una vez tambaleó mucho más fuera de su sueño. Su gran fuerza primordial siempre evitó hacer el menor daño a su mujer. En él no resultaba increíble cierto tipo de cosas. Existía una especie de acuerdo entre su demonio y la realidad. Él debía de sufrir, pero Isabel quedaba fuera de todo

padecimiento. Eran más las explicaciones que le daba a ella, tras los leves gemidos, o al día siguiente, cuando su carácter no podía ocultarle los hechos cotidianos, los que originaban su preocupación. Terminó por mentirla, aunque ella no le creyó suficientemente; al menos, pudo aminorar su creciente desasosiego. A él le resultaba fácil. Su humor y claro empleo del raciocinio la acomodaron finalmente en el descanso que tanto ella necesitaba. *«Vamos Isabel, esos sueños los sufro yo, además, están controlados, siempre hablan de lo mismo, me los conozco de pe a pa, hasta son mis amigos y los necesito incluso cada noche; no puedo dormir sin la idea de volverlos a sentir; es un placer.» «Bobo.» «Tranquila -mirándola como nadie la puede mirar a sus bellos ojos-, tú eres lo importante, y Lidia. Te digo que no pasa nada. Créeme. Sufro un poco pero nada más. Abrázame y ya está; desaparecerán las tonterías poco a poco, noche a noche. Tenemos que ir al grano: por nuestra hija.»* Cada vez más, Isabel alcanzaba fácilmente la creciente serenidad para soportar las pesadillas de su marido y pronto todo llegó a convertirse en un juego sencillo. Paralelamente, los sueños se hicieron más benéficos para que los horrores se ahogasen en el olvido. Unos sueños tan extraños, en una persona, necesitan una mayor explicación. Retornaron durante esta época de ensoñación las antiguas deficiencias que retenían y disminuían su ingenio hasta unos niveles en que se paralizaba toda su libertad de pensamiento. Esclavo de los nervios destrozados e impulsivos, hacía bastante con cumplir mínimamente las tareas de su faena. Estuvo desesperado durante días y no hizo más que pedirle perdón a su mujer. Se rehacía en los instantes de lucidez que la maldad le regalaba y de los que su bondad sabía disponer. Isabel era entonces agasajada para llevar el embarazo a feliz término. Ella era fuerte, conocía y asumía este inevitable problema de Andrés, inherente a su sustancia y que la naturaleza transitoriamente le recordaba. La medicina no fue preciso reforzarla o cambiarla. No se podía hacer nada más, había que confiar en el paso del tiempo, que es la madre de la serenidad y de sus éxitos. Así transcurrieron dos semanas, cuando este sacrificio dio sus frutos para ganancia de sus vidas. Pronto todo fue como antes e incluso Andrés se encontró más reforzado. Parece que las tempestades no pasarán de galernas y que esperarán a su estación preferida para manifestarse.

No son las estúpidas manifestaciones de entes diabólicos o cósmicos, y que durante la noche frecuentan nuestros sueños, los causantes del malestar de Andrés. Las modas esconden un negocio y una vulgar forma de autoafirmación. La realidad es independiente de las peores maneras de la costumbre. Únicamente el sabio se hace independiente del ocultismo y la superstición para creer profundamente en sus ciencias con la fuerza de la

lógica. Él alcanza los niveles superiores de la tolerancia para no desechar nada que desconoce. Absorbido por la naturaleza, encuentra realidad y gusto en las premoniciones y conjeturas. Sus corazonadas son saetas de su pródiga intuición. Ésta es una de sus mejores armas para deducir, y así es como los genios y científicos, en los primeros momentos de sus descubrimientos extraordinarios, son burlados y hasta perseguidos. Este planteamiento de la utopía yace muchas veces pisoteado, maltratado estúpidamente por la hipocresía de los supuestos ilustrados. Su nueva ciencia surge como la nueva arma de poder del grupo concreto. Los profetas se convierten en futuros reyes y forman las nuevas dinastías. Andrés hubiese querido que los padecimientos, que durante largas temporadas le asolaban, fuesen una causa externa y causal. Pero lo cierto es que el azar era en cierta manera su origen. Sin volver a jugar con las palabras que tanto le apetecen a Andrés, su suerte fue fruto del malestar inherente a toda su naturaleza heredada y aprehendida por toda la experiencia que se desarrolló desde su infancia. Quedaban rechazadas las causas mágicas, desaparecía el último clavo ardiente al cual asirse. Éste era su parecer antes del dominio de su temperamento. Con el éxito del tratamiento, la calma perfecciona los resultados del raciocinio. Éste, cada vez más estabilizado y autoritario, vuelve a inyectarse sobre sí mismo más poder con el que continuar reformándose. El problema real respondía a una situación mecánica que desestabilizaba todos sus proyectos de futuro. La ralentización perjudicaba los propios objetivos y todo el plan adquiría una desorientación suficiente con la que era imposible alcanzar los fines siempre anhelados. Pronto, la leve línea ascendente tomaba una luz horizontal para formar una gráfica aletargada. La modorra de su vida vanamente intuía la organización y desarrollo del mejor plan. El resultado era mediocre. La intermitencia compulsiva únicamente le proporcionaba suficiente colorido a su vida para que fuera envidiado en algunas de sus maneras. Pero él bien sabía, en aquellos tiempos tan grises, cuánto hubiera conseguido realmente de haber quedado libre de su enfermedad. Su verdadero carácter se daba cuenta del hecho, pero era imposible conseguir algo más. Había que conformarse y aceptar sus propios límites, porque más no se podía hacer. De nuevo, en aquellas dos semanas, el espectro del pasado le recordó el terror con su imagen. Fue sin embargo, como en las anteriores crisis, cuando después de la dolencia él adquirió la máxima lucidez para aprender por la experiencia de esta vida. Se abrieron las puertas de la lógica ante Andrés. El razonamiento se hizo raudo, se concretaron sus límites para alcanzar mayores metas, la serenidad fue la bandera de su triunfo. Sus consubstanciales ingenio y humor se coadyuvieron en aquel terreno de libertad para producir los más excelentes

frutos del genio. La llegada de Isabel había catalizado su felicidad, y esta nueva prueba, ahora en pleno ecuador existencial, le permitió escalar inéditos niveles en la esfera de la perfección. Él solamente deseaba su felicidad y la de su mundo, pues para ello se vive una única vez. Después desearemos continuar los éxitos y las dificultades de la vida preciada en unas esferas que están aún por conocer.

Al mes del parto, Isabel se encontraba al límite de su peso y resistencia. Se movía muy torpemente y tuvo muy pronto que dejar el trabajo rutinario para servirse del total apoyo ajeno. Era ciertamente un fenómeno de la naturaleza, que precisaba de toda la ayuda de su esposo para sobrevivir. Su médico se había visto sorprendido de la circunstancia excepcional; pero quedó tranquilo cuando pudo augurar que la cuestión era un simple tema de magnitud. Semejante explicación les podría parecer estúpida. Isabel, en las últimas tres semanas, subsistió a expensas del exterior y solo el amor le permitió continuar. Cuando las aguas anegaron la llanura, Andrés desapareció entre un manejo de nervios. Él dependía ahora de terceros: sus padres y suegros, sus amigos y conocidos le dignaron ahora en su apoyo. La vida fluía salvaje para encontrar su reposo. La niña pesó cuatro kilos y casi reventó a la madre. Ciertamente la dejó desgarrada y los besos de Andrés sobre su cuerpo la cuidaron mejor que los médicos; con todo el respeto que a la mayoría les tenía, como en todas las dignas profesiones de la vida. La vida se reproduce por encima de las individualidades. Las células se conforman para formar los músculos y vísceras que prontamente piden paso para crear todos los cuerpos posibles. Mueren individuos y aparecen los más espantosos fenómenos que me horrorizaron desde pequeño. Los seres infelices e inocentes que desaparecen bajo los estragos de la leucemia y la tuberculosis mal curada. La literatura así parece encontrar un mayor cúmulo de temas con los que hacer brotar las falsas lágrimas. Pero nació también la literatura de la dureza y brutalidad de la vida. Más la vida continúa actuando a pesar de las palabras y de todas las líneas escritas y mal y bien interpretadas. La vida. El escenario se hace entendible para los que no sufren el dolor ni la muerte. ¿Pero cómo se iban a escribir todas las bellezas? Suerte que los grandes escritores que ellos prefieren, y que vivieron en su pasado siglo, son hijos del mayor dolor. ¡Pero envidian tanto el humor negro de los pícaros! Allá por los páramos y riscos de Castilla.

La niña decían que pesaba cuatro kilos y toda su contextura ya indicaba la futura fortaleza. Pasados los primeros meses, podremos describir sus facciones y sus instintos. Vamos a dejar un año y medio de

vida para ayudarnos de su primer vocabulario y descripción. Sus ojos, bellamente rasgados, volvían a heredar el lánguido espíritu de sus padres. La cabeza tendía a una recia constitución, afinada por el busto menudo y alargado de su madre y por los mejores momentos del marido: cuando sus pesos se correspondían con sus razones de ser. La piel extendía la extrema delicadeza de Andrés, procedente de los primeros orígenes, cuando los dioses comenzaron a esculpir la belleza de la vida. Parecía empeñarse la naturaleza en abrir hacia el exterior el benéfico carácter de sus padres. Incluso, cuando no satisfacía sus cumplidos gustos, se empeñó en mejorar el resultado eligiendo lo mejor de entre los dos y de cualquier ancestro familiar. Los grandes ojos de ella, la fina conformación de la nariz y de las orejas de él, los labios bellamente mezclados en las curvas, que originarán las risas entrecortadas por el llanto y que el gesto dignará con la esperanza puesta en el cielo. La altura se hizo precisa y estilizada, pero la buena naturaleza tendía al perfecto cuerpo, que sin llegar nunca a ser rollizo, mostraba los signos de buena salud que en el pasado tanto se valoraban. Sus buenas carnes modelaban una cara redondeada y suficientemente alargada, y que según el peso tendería a caracterizarla más en un sentido que en otro. Pero siempre sería la pauta del equilibrio la que la definiría mejor. Ese justo punto medio no era una posición neutral y cobarde, sino la emanación del espíritu conciso y equilibrado. Ésta es una simple afirmación, pero parecía empeñarse la sustancia universal en cincelar los rasgos de Lidia según los caracteres psíquicos que iba a tener. No era una simple cuestión del rostro; cualquier forma y extremidad aparecerían con la estructura que el interior desarrollaba a partir del planteamiento previo: como sus padres, que presentaban condiciones especiales a partir de su actividad interna, Lidia no iba a escapar a esa envidiable posición. Pero en esta vida todo tiene su límite, el exceso se obliga a pagar y la niña también debería sufrir las consecuencias amargas de sus padres. Al menos aquella teoría era cierta en los tiempos antiguos, cuando la naturaleza mandaba y el equilibrio era su condición. Los límites no podían nunca ser sobrepasados; cuando ello ocurría, la tensión aumentaba hasta producirse la cruel ruptura o el descenso continuado hasta alcanzar la primitiva extensión. No es que las fuerzas invisibles desearan la mediocridad y alentasen las vulgares formas de existencia. Más bien al contrario, igual que los miembros imperfectos, más débiles de una especie desaparecían inmediatamente o eran incapaces de reproducir su fenómeno para futuras descendencias, los seres excepcionales quedaban cohibidos a una posición o altitud, la cual no podían traspasar, sino era con el claro peligro de la deformación. Así Dios evitaba la ilógica y el mundo continuaría avanzando por los hombres y mujeres que dejarían su sello pero que jamás serían dueños de sus vidas. La



vida no podría funcionar si las cosas no trascendiesen de esta manera. Eso dicen todos... Aunque Jesús siempre se apiadó de los tullidos y apestados como de los pecadores más irredentos.

Así, Lidia era una bella niña con un grandioso futuro que su pasado remanente se encargaría de estabilizar. ... Y con el mejor regalo para sus padres en estos inicios de la vida, la niña dormía plácidamente la noche. Algún leve ronquidito, una respiración entrecortada o el gemido procedente de oscuros espacios, cuyas siniestras acciones son aún meras conjeturas, formaban el único atisbo de preocupación con que Lidia regalaba a sus padres en su descanso.

En este periodo del crecimiento de la niña, Andrés e Isabel reforzaron aún más su ardiente amor. No desaprovechaban el más intrascendente motivo para acariciar y mimar sus personas. El trabajo no aspiraba a la absurda pugna actual del derecho y de la obligación. Era un deber que desde siempre venía regido por la costumbre y que el pensamiento encontraba razonable. El amor no son palabras y zalamerías; es algo profundo que viene de dentro. Bañar a la niña y vestirla era un gusto y una responsabilidad. Verle sus ojos era recibir la fuerza precisa para la realización de los cometidos. En ocasiones no existían las ganas, mas ellos bien saben que el placer no puede estar siempre compensando. Qué triste hacer porque siempre se espera un beneficio inmediato. Ya a la larga, los gorriones y los grillos nos acompañarán con el deleite de su sonido. Así de coordinadas estaban todas sus acciones y al lector pueden molestarle, incomodarle y aburrirle todos sus sucesos. Pero si ellos bien claras y blancas tenían las ideas, se comprende que agobien, empalaguen y hastíen los corazones de piedra que únicamente se alimentan de la mera acción negativa. Dándoles un discurso, la especie de predicamento que como narrador me puedo permitir, y así me debe consentir todo público lector, pues con todo mi respeto siempre ha condescendido ante los escritores con su pelliza de pana, he de deciros que ellos obtenían el máximo rendimiento de la belleza. ... Perdonar la nueva reiteración. ... Y del juego entre el bien y el mal, que ya todos sí sabéis, una mayor rentabilidad; y que es así cómo siempre ha sucedido claramente, en esta última categoría, durante los siglos de los siglos. El Sol aparece un día más con sus primeros rayos tímidos y que los escritores adjetivan como tenues. Ese gris azulado de todas sus mañanas tranquilas, cuando aún existe un último sueño que diferencia el alba, durante los especiales días festivos y vacacionales; es el color alegre, tímido aún, de la infancia, de la juventud y de todas las cosas nuevas que comienzan a caminar y que por ello mantienen toda su esperanza. Tan alejado del gris del atardecer, el que describe su rima de experiencia

mostrando finalmente toda su condición romántica. No es necesario mencionar de nuevo una herencia familiar, digna de las buenas costumbres.

Cuando salían de paseo, el juego con Lidia provenía de su misma presencia. Las carantoñas se intensificaban con el fresco y sano humor de Andrés. Su especial sentido, del que tanto se ha hablado, entusiasmaba al pequeño retoño. La sumaria sabiduría, que provenía de una herencia y enseñanzas modelo, iba a desarrollar en Lidia los mejores resultados. No había palabra, gesto ni acción de Andrés que no fundiese gracia e inteligencia para el acomodo necesario de esta vida. Sí, se daba oportunidad al error, pero él se hacía más efectivo y sincero porque no provenía de ninguna acción preconcebida. Cuando llegaba, no asustaba más que a su propia naturaleza y el castigo se convertía en el aprendizaje natural de las cosas necesarias e inevitables. Ningún subterfugio se escondía en los sucesos naturales. La vida presentaba su mejor cara con la suficiente precaución y el mínimo sobresalto. Si de todas estas bellas formas se compusiese el mundo, estaríamos todos en el albor infantil que las películas de aventuras y monstruos impregnan en aquellos niños más mayores que iban a verlas. Después del suave ensueño que producían sus imágenes de vivos colores, sobre el mundo que imaginaron de una manera tan hermosa, iban a comer felices a casa con el ánimo acompasado. La impresión podía durar el resto del día o alargarse durante varias jornadas, pero era seguro que Andrés podía recordar a Lidia sus sensaciones como el saltimbanqui juega a caerse con su público. El dominio de su mundo, su hija lo estaba gozando para la total felicidad de los tres. Isabel comprendía perfectamente los pensamientos de su marido. También ella tenía sus recuerdos.

Si la niña subía tan compenetrada, es que ellos mismos no se habían olvidado de sus vidas. La alegría siempre es conjuntada si no existe la enfermedad, y Andrés había dominado tanto el caballo indomable, que el temor desapareció totalmente de sus recuerdos. Sus ojos fundían sus pasiones en colmadas jornadas de placer. Las caricias de Andrés borraban el cansancio de Isabel para que apareciera su estimulante sonrisa. Después de ver una película entretenida, cuya esencia crease un ambiente correspondiente a sus caracteres, el argumento continuaba por sus derroteros imaginarios. Como su lecho culminaba la mejor escena, el amor se llenaba de orgullo; podían bien estarlo de sí mismos al adjetivar al sentimiento con los juegos que unos niños nunca iban a olvidar. La ventaja de ser mayores es la de haber dispuesto del tiempo suficiente para estructurar y elegir convenientemente las diversiones desde sus orígenes. El apremio se hace habilidad y de ningún instante se adueña el aburrimiento. Aquellos matrimonios que dejan a los años apoderarse de sus personas, fracasan y deambulan en la inexistencia. Entonces se dan cuenta de su

relación hipócrita, aunque ya son menos los que van más allá y arrojan al fuego, por fin, su personalidad vana, fútil e imprecisa, características de organismos meramente rutinarios. Siempre la excusa está fuera de nosotros, en el espacio exterior, en la sociología. ¿Tanto cuesta sincerarnos alguna vez? La base de aquel éxito me produce envidia y no puedo evitar despedazar con mi lengua lo que odio. Será mejor, sin embargo, proseguir con la descripción de las dos vidas que más admiro. Ello sí resultará más convincente que la hiel que me obliga a expulsar este mundo que me rodea. Tan bien y fresco recordaba, deseaba e imaginaba en esta etapa de su vida Andrés, que hasta lograba inferir a sus sueños nocturnos la propia voluntad de sus actos. Se hizo larga y continuada una época en la que podía rememorar sin ningún esfuerzo su primera vida, y que filtrada con sus actuales circunstancias, aquellos anhelos de su infancia, más bien toda aquella bella intuición de impresiones de un futuro impreciso y deseado, se aparecieron ante él bien cumplidos, y dispuestos a continuar dándole el beneficio de su goce. La estación de trenes en el pueblo de su padre le recitaba recuerdos y acciones de futuro, y con todo el plácido dinamismo de su poesía estática, los trenes y el paisaje le enardecieron el corazón para siempre. Ahora soñaba aquellas horas de la primera tarde, esperando el tren de regreso, con un sabor de los hechos que trascienden por haber recorrido un primer camino. El espíritu se encontraba bien joven, y únicamente las conciencias vacías deseaban volver por el camino de la aventura. Andrés era de espíritu cumplido, deseaba ser cercado por los acontecimientos de la vida, pues sólo así creía que podría obtener la personalidad necesaria que define a un hombre en la tierra. Su camino alcanzaría sentido cuanto más estrecho y concreto se le hiciese. Él solo es una mota de polvo en el universo que por fin ha encontrado quien le ilumine. Su estrella provino de sus parecidos anhelos. Ella tenía el mismo deseo de acortar el camino. El paisaje debería ser siempre el mismo porque así solamente podría identificarse. Ahora él la ve acostada a su lado, dormida entre sus brazos, mientras la noche de nuevo les cumple su sentido romántico. «*Te quiero siempre y para siempre*» -son sus pensamientos y palabras en sus vidas.

### CAPÍTULO III

Pasaron dos nuevos años en el paraíso para que Lidia tuviera cuatro añitos. Andrés estaba a punto de cumplir los cuarenta y su hermosa mujer aún distaba un año y medio de la treintena. Para el anfitrión de la novela, era la época del gran sol del atardecer, dispuesto a dejar toda su impronta. Aquel astro, que en su infancia relucía los designios de las más hermosas tardes del último verano. Los recuerdos del bello transporte ferroviario, bajo la moderna música que rejuvenecía el ánimo atemperado por la disciplina. Ahora él ocupaba el puesto de sus padres para proseguir el ciclo necesario. Los cambios y las generaciones habían sido muchos y eran distintos, pero él siempre conservaba la férrea sincronía de la que están hechas las ideologías. Él únicamente aceptaba los cambios por necesidad y la moda dejaba solamente en él su valor de belleza. La canción de verano la gustaba, la seguía y la cantaba si el agrado le convencía. Pasado el invierno, la primavera preparaba los nuevos éxitos del siguiente verano, pero el año anterior era plenamente recordado. Lo llevaba muy dentro de sí como el cercano deseo revividor. Su sentido del gusto poseía memoria y aceptaba las nuevas sensaciones que le agradaban. Su sentido de lo nuevo era estético y nunca temporal. Del tiempo solo relacionaba la cronología que le permite disponer de los recuerdos. Y ahora, cerca de los cuarenta años, beneficiado por la madre naturaleza y por el sentido bueno de la vida, y quizá más bien por la mutua interrelación de estas dos condiciones, podría contemplar sin temor su desenlace. Quedaría acortado en el camino, su hija aún le necesitaba para reproducir la cadena, su mujer, como él, debería seguir viviendo en el hermoso disfrute para que su filosofía continuase siendo la dicha. Pero él se conformaba con tan poco; tan frugal, por el dolor, había sido su vida, tan imaginativa por ello mismo y por su innata naturaleza, que la mística ponderada se adueñaba pronto de sus anhelos, agradeciendo a Dios su recuperación para el entendimiento. Había aprendido tanto de sus descabros que consiguió hacerse excesivamente fuerte. Su arraigado fundamento provenía de la humilde enseñanza de unos padres que adjetivaban la santidad con la experiencia popular y no con la intransigencia. Había tenido suerte de encontrar en sus ancestros el sentido del equilibrio que necesitaba para el desarrollo de su vida, como las fuerzas que mueven el mundo reproduciéndolo (producción, placer y sacrificio), se encontraban coordinadas en la perfecta conjunción de la cantidad y de la calidad. Podía faltar su presencia, quedar mermada su contribución si él desaparecía, pero había conseguido ya tanto tras la tempestad, que las raíces y los tallos hacían fuerte al árbol, sin más cuidados. Isabel se sentía

orgullosa de acompañar a su marido en esta vida. Esos cuarenta años que pronto él iba a cumplir eran un engaño del mejor sentido del humor a las reglas de la vida. Incluso ella a veces se asustaba de verle, cada día que pasaba, más sobrio y exuberante, sano como un adolescente y alegre como las almas del cielo. *«Éste es tu secreto, vives tan sinceramente tu evolución, para que la soltura se apodere de tu alma, que ella te premia con su vitalidad, tu fuerte y sentido corazón.»* Nos hemos dado cuenta ahora que Isabel posee también cierto talento poético. Estaba ella también justificada en el mundo. ¿Por qué los efectos de esta cosmética no le podían también beneficiar? Su imagen infantil no creció con la edad; solamente una tímida madurez se apoderaba de sus facciones, pues el carácter era verdadero ejemplo de la experiencia de los años. Así sí que era guapa, pequeña por fuera y grande por dentro. Hacían una perfecta pareja. Lidia, mientras tanto, correteaba por el pasillo y por todos los rincones.

Los amigos de Andrés seguían por su parte con su problemática. Esta vida parece justificarse solamente por la presión que aplica a todos sus congéneres. Enrique se había ya situado en el oficio diplomático y ahora desde Venezuela le carteaba todos sus sentimientos. Se veían cada cuatro meses, pues la residencia de Enrique siempre sería Barcelona. Era una habitabilidad extraña para las personas prácticas de hoy en día y que la necesidad no es excusa para justificarles. Sus padres vivían aquí, pero las raíces son espíritu de los muy pocos. Su mujer transitaba también por el mundo, tocaba el violín en una orquesta internacional de costumbres viajeras, y por tanto de sello muy importante, y decidían reunirse en el mismo polo de sus ancestros, cuidando las posibilidades por fuerza. Será exagerada esta aseveración por parte del narrador, sin embargo él no justifica las acciones con ningún hecho intencionado. Está muy cansado de este mundo de falsos planteamientos. Enrique valía para esta profesión; pero sus pretensiones habían partido de un ideario bastante utópico, y también necesario, para la supervivencia que defendemos aquí. Confiaba en la difícil misión de cambiar los problemas del planeta con la generalización y difusión de la auténtica cultura, aquella que proviene del sincero sacrificio de los hombres y mujeres que ya no existen. La tendencia a una mayor partición de los poderes económicos, con la vuelta a unos abastecimientos más locales, podría venir de la bondad. *«Pero Enrique, ésta no existe apenas, y tú predicas el interés por la música clásica contemporánea, te planteas el problema, ves su realidad sin infantiles pretensiones y nos das una oportunidad para respirar por los nuevos proyectos. Pero a estos cerebros no les importa lo que no conocen; ese es su problema. Han perdido el deseo de lo que no se ve ni se toca; solo*

*prefieren aquello que presume sin ningún esfuerzo propio, ya no digo mutuo.»* Y Enrique le miraba embelesado ante la magia natural con que exponía; era Andrés tan dinámico para tratar los problemas más puntiagudos de la manera más sana y sencilla, abierta y sin contemplaciones. *«No, puedes educar y no te harán caso. El mal ya está hecho. Se alza la posibilidad en una nueva ruptura, aunque la fantasía podría darnos por fin la oportunidad de una evolución pausada de los acontecimientos; todos cediendo, con el arma de la abnegación, persistiendo en el esfuerzo inagotable.»* Los poderes sociales eran muy superiores a ellos, pero no iban a ceder ni a callar; se conformarían finalmente con sus mundos. Andrés mismo ya se bastaba solo y luchaba únicamente por su mujer y su hija. Se hastió de la imposibilidad, mas cuando las ideas aún continuasen latentes se podría formar el mejor ejército. *«Sin dejar de poseer una potente retaguardia, que armada hasta los dientes, amedrente al enemigo a comenzar el fuego de la destrucción. ... Pero, guerras, ¡no! Las guerras son un instrumento para la imposición, como en el colonialismo y en el neo-colonialismo europeo, americano, ¡chino ahora! ¿Cuándo ha habido un ejército verdadero para imponer la paz? La violencia no puede aplicar su contraria. ¡Jamás! Son naturalezas como los polos de un imán. Se repelen. ¡Cómo nos engañan!»*

Juan era soltero todavía y parece que definitivamente iba a vestir los santos, por mucho que se empeñase en vocearles las más expresivas definiciones. *«Para un verdadero santo que haya, existe una incontable cantidad de santurriones que si se pronunciasen en público sus verdaderas historias, quedarían las iglesias vacías.»* *«Exagerado. Pues haríamos copias.»* Poseía un parecido fondo con respecto a los argumentos de Enrique, pero su educación había sido autodidacta y el trabajo firmó mucho antes sus nóminas; por ello mismo, sus opiniones eran más rotundas en cuanto al tono y las maneras empleadas; carecía del extraño afeminamiento de Enrique para expresar el compañerismo, el cual a veces no gustaba a Andrés por el empleo, en ocasiones, de la diplomacia, es decir, de la hipocresía, y se veía mucho más cerca con Juan de lo humilde, pues por algo sí eran ellos hijos de obreros. No por esto la rudeza oponía una acción extrema a la musicalidad que envidiaba de Enrique. También Juan sabía y dejaba hablar, y las profundidades hurañas, ariscas e insociables, potencias de la envidia y de la incapacidad, las odiaba. La cultura tiene cierta relación con la economía, sin embargo los libros son actualmente muy baratos y fáciles de adquirir; únicamente se debe incorporar la más sana tradición popular, la del respecto de antaño, a esas posibilidades, para que se produzca la fascinante eclosión. Encerrado en su habitación con sus novelas de aventuras, sus libros de historias y batallitas, sus tebeos y

revistas, viendo el cinematógrafo vídeo para que reluzcan más las buenas ideas al pelirrojo. ¡Qué bella estampa la de estos verdaderos obreros! Los humildes de cuerpo y alma que saben pasárselo muy bien.

Los padres y los suegros tenían por fin la descendencia completa y del tema principal ya podían descansar; la nieta era lo que les había preocupado en un tiempo. Maravillados por las buenas relaciones de sus hijos, por otro lado, normales para los hombres y mujeres que guardan una conciencia antigua, deseaban que la sucesión confirmase el pasado. Ellos ya se consideraban cumplidos, pero en modo alguno sacrificados por el suicidio absurdo. Los últimos años los vivirían con la mayor emoción y fuerza de la que ellos dispusieran. El sacrificio sirve cuando el beneficio del corazón es devuelto con el mejor sentimiento, y Lidia miraba a sus cuatro abuelos con los mejores ojos del gatito. Jugaba con ellos como si fuesen unos «*ne-nes*» más crecitos. Las personas en su vejez añoran los primeros momentos, se vuelven tontillos, chochos y juguetones si poseen un alma buena. Los momentos iniciáticos tornan en el final como si la esencia de todos los seres del universo tuviese la necesidad de agarrarse a lo inmutable. El paso por la vida fijó su concreta estampa; es necesario que reanuden el camino extraño. Pero con él no van a encontrar nuevas formas o excusas. La segunda oportunidad solamente la tendrán los individuos que han tenido mala suerte para poder desarrollar todas sus extraordinarias potencias. Sin embargo, los seres buenos, malignos y todos aquellos definidos con su indefinición, sector mayoritario y que corresponde con la verdad sociológica que caracteriza al mayor grupo humano, el del cobarde y el del hipócrita, ya han trazado su personalidad para ser valientes ante el juicio definitivo. Este juicio puede corresponderse con el ancestro religioso o con el cívico que la moda fue imponiendo desde el s. XVIII, aquel que el comportamiento humano lo expone al escarnio social. Pero ambos dejan todos los castigos para el final: el primero para la indefinible eternidad, y el segundo, empeorando aún más las cosas, por permitir con la libertad los mayores libertinajes. «*Es su conciencia.*» Los demás, sufriendo sus consecuencias merecida o inmerecidamente. Éstas eran las ideas de Andrés y de las cuales se ha hecho transmisor, más aún, defensor en muchos aspectos, el narrador, un visitante más de una habitación contigua a la que tuviese Andrés en el hospital.

Andrés allí lo conocí, en el último periodo que nos corresponde. Una hermana mía había sufrido un fuerte ataque de estrés estando embarazada. Gracias a ello perdió el niño y entonces me di cuenta de lo preciosa que era nuestra vida moderna. «*No es que debemos volver al pasado -me comentaba Andrés-; fue aquello muy duro, peor en lo inmediatamente*

físico, en la primera necesidad, pero los lazos humanos estaban más unidos para el bien y para el mal. Ahora, todos más independientes y con más altas metas, estamos encerrados en nuestras pequeñísimas extensiones de temperamento. ¿Y qué objetivos se tienen? Aquellos meros bienes materiales que solo sirven para amedrentar al vecino competidor. Recuerdo cuando mis padres conseguían avanzar un escalón material, tras costosos esfuerzos. Me acuerdo de la lámpara del comedor, la última, bella decoración cristal de tono colorado y que unos suaves plateados endulzaban. Fue deseo de mi madre; la mujer era antes quien ponía el estilo estético. Mi padre quería algo más sencillo. Esa lámpara de alta calidad aún perdura porque el esfuerzo la compensó y el orgullo la enaltecía. Nunca más hubo de cambiarse. Jamás perdió sus refulgentes brillos. El empeño antes era sagrado. Se veían mis padres reflejados en la lámpara y el cambio se hacía indispensable cuando este adjetivo era forzado a nuestra presencia.» Así transcurrió una de nuestras primeras conversaciones, cuando la compañía natural obliga a las familias y amigos de los diferentes enfermos a hablarse para compartir su sufrimiento o su estúpido tiempo. La madre de Andrés estuvo un día muy azarada, nerviosa, casi llorando, conversando con la mía. Yo me acerqué a contemplar aquel espíritu deshecho que se introducía en nuestro ambiente, y desde aquel trance comenzó una historia corta en mi vida cuya intensidad me ha transformado completamente. Como me dijo una tarde Andrés, muy irónicamente, cuando le hice ver mi evolución: «Eso es que había algo en ti; odio a los profetas que creen cambiar a la gente solo por el valor razonable de sus propias palabras. Son unos infames engreídos que después intentarán acabar con tu naturaleza para hacer floreciente su negocio. Jesús solo echaba de su boca las palabras que procedían del corazón, del amor.»

Cuando me presentó su propia madre a Andrés no pude evitar la exclamación de un débil y absorto ¡oh! y que creo que nadie apreció. ¿Cómo podía estar una persona tan sana y esbelta, hospitalizada, y más, cuando en su rostro se apreciaban fácilmente la soltura y la felicidad, el buen sentido del humor y las ganas de influir en todos sus familiares sobre las circunstancias apenas dolientes de su estancia allí. «Todo se andará, bobos.» -les decía al grupo cuando a éste se le apoderaban la inseguridad y el lamento, y que en su mujer explotaban en crueles lágrimas que tenía que esconder corriendo hacia fuera de la habitación. Su madre demostraba la superior firmeza esquivando los accesos lejos de su presencia. El padre no podía entender cómo la naturaleza de las cosas venía precedida de todas las ilusiones que después derrumbaría un estúpido e incomprensible acontecimiento. Había llegado su vida a un nivel deseado desde su sufrida



infancia y correspondiendo sus impulsos a una mesurada pretensión de las cosas, que era digno ejemplo de cómo una sana moral va adquiriendo los objetos de la tentación con un paso lento y bien justificado. La sobriedad por siempre vivida, aprendida y enseñada, sabe aceptar los tiempos de riqueza, porque ellos siempre vienen poco a poco, dando ocasión a que sus coletazos sean asumidos por una mayor franja de vida; si son años, vamos por el buen camino. La lotería nunca inundó con sus pecados los ánimos, pero eran tan referidos los proyectos en cualquier caso, que la conformidad de lo necesario decoraba también las buenas providencias de la suerte: «y repartiré dinero entre mis hermanos para comprarles la casa de la abuela» «e iremos a Roma» «yo me quedaré 25 millones, otros 25 para mi mujer, y 25 para cada uno de mis hijos.» -cuando la suma total eran 100. Los pobres de buena conciencia poseen una relación perfecta entre la realidad y sus anhelos. No quieren, no saben, les aterroriza incluso pasar los límites de la lógica, incumpliendo los antiguos pactos para deshumanizarse bajo los ropajes de la avaricia, de la ambición y de la voracidad que evitan el goce ordenado. El placer necesita de tiempo, y su explicación, en la Tierra de los Hombres, de mucho más. Su hijo por fin le había hecho abuelo de una gran mujer y ahora todo volvía a adquirir un repente de tragedia que imposibilitaba cualquier acción lógica. Él se sentía viejo por la edad, sin embargo, podía continuar disfrutando moderadamente de la vida bien satisfecha; más bien le envidiaban por su buena conservación; todas las ganas de vivir estaban con él acompañándole. Este intempestivo golpe de una extraña enfermedad, y que tan grave aparecía a los ojos de todos, iba a terminar con toda su vida de fantasía y que la esperanza pintaba con sus dulces y engañosos colores. Su hijo había cumplido ya las etapas obligadas, pero él, el abuelo, debía irse cuando su Andrés hubiese crecido y educado a sus nietos: para que la marcha hacia el Cielo fuese justificada. En estos tiempos desnaturalizados, por el contrario, hasta las muertes transmutan ilógico desorden. Él vería apagarse inmediatamente su llama si Andrés desapareciera. No poseía ningún valor para proteger y continuar la esencia con los juguetes de la bonita descendiente. La sangre joven continuaría circulando, a pesar de la distancia, y la melancolía sería capaz de sustituir la violenta pasión con el transcurso de los años. Pero él no tenía la fuerza suficiente, que necesita este proceso de transformación poética. Solo los insensibles podrían vivir sin la memoria. El transcurso por la existencia, en las personas con dos dedos de frente, les hace comprender la esperanza con que nos colma la herencia, más les resulta imposible evitar los crueles arrebatos del hueco oscuro y que con su horrorosa negrura les inunda su recuerdo. No existe solución finalmente, el corazón ha sido herido, partido uno de sus pedazos y la muerte, tarde o temprano, debe darles una

explicación más allá. La poesía no puede ser más que un sustitutivo; no podemos reemplazar la carne amada con la idea; simplemente se nos ofrece para atemperar el camino que nos queda por recorrer hasta el reencuentro. El padre de Andrés conservaba el fervor del pasado, y que hoy en día no existe más que para consumo de las estrellas de tinta. El Horóscopo del pasado era serio y hacía reales los fantasmas. Las ideas podían explicarse por su contacto terrenal. La trascendencia pura y lógica hacía dominio de este mundo que ya ha perdido su origen. Las generaciones podían regenerarse más fácilmente, por ello mismo. Os recuerdo que no se puede encontrar un sustitutivo, pero el padre de Andrés, a pesar de la incompreensión que los hechos de esta vida conllevan, sabe que si el desenlace de su hijo se hace fatal, su camino estará ya bien claro. Y los árboles continuarán acomodando sus ramas a la dirección del viento para que las nuevas generaciones puedan **supervivir** con las raíces de las que han aprendido. Por eso el campo es tan bellamente ondulado en aquellas tierras altas de su origen. Yo también me iba convirtiendo en un poeta verdadero, porque cuando no permanecía en el hospital, reconstruía con el material aprendido bellas historias como ésta. Mi imaginación recreaba la realidad. Por ello me gustaba la fantasía. Eso fue lo primero que aprendí del contacto que tuve con Andrés y su familia.

De los alaridos con los que cada noche Andrés nos interrumpía espantosamente la engañosa paz y salud, que únicamente parecían reinar en aquella sección hospitalaria, pude iniciarme en el nuevo mundo del horror. Yo era una persona diez años más joven que él. Emparentado solo con su mujer en una de las generaciones descompuestas por nuestro mundo material, no tuve oportunidad de realizarme hasta que me crucé con sus vidas. Isabel encontró su solución gracias a problemas muy personales de sensibilidad y donde la cuestión de ser hija única tuvo mucho que ver. Me crié muy rápido y feliz, apenas pude apreciar el gesto del dolor sobre mi mente. Decir que recibiera algún bofetón en la escuela, entra en el espacio de las descabelladas injusticias del pasado; mis padres apenas cortaron mis andanzas y estúpidas rabietas; por lo tanto, soy un ser plastificado cuyos sentimientos los ha forjado la teoría. Así, encuentro injusto e intolerable el habitual comportamiento humano sobre los derechos propios y ajenos, la guerra es un juego de altos intereses y cada uno es dueño de sus actos. Todos debemos ser libres por nosotros y nadie nos debe recomendar más que para nuestro progreso. Con mi nevera siempre repleta, culminé mi educación para continuar teorizando también sobre los demás; incluso yo mismo me creo mis propios dogmas y que yo no he inventado. ¡Qué mundo más hermoso cuando el dolor no te dora ningún ímpetu! Así es muy fácil vivir y pensar, con la cartera ciertamente surtida, sin ninguna necesidad

“masoquista” de sufrimiento. No hace falta que el mundo conozca el dolor. Lo malo es que cuando llegan los malos tiempos nos convertimos en los peores secuaces de cualquier banda. Mi juventud olvida fácilmente la historia para su perdición. Ahora recuerdo cada grito de Andrés como las señales que me salvaron del estúpido abismo, y le llevo en mi corazón para ejemplo propio y ajeno. Te conservo el mayor cariño, amigo, pues me enseñaste que con la primera parte de la vida de Oscar Wilde no tendremos suficiente para perpetuarnos. Fue su segunda la que le enaltecíó y lo hizo real a nuestros ojos. Antes era una maravilla, un juego de formas y colores, de sensaciones y emociones que la sociedad actual ha destruido. Pero tampoco era explicable desde esa manera unívoca. La redención no es un parco sentimiento religioso, su significado abarca la misma razón teológica, filosófica, científica o como pretendamos llamarle, pero si perseguimos un único interés, debe ser sincera. Y el hombre solo se puede creer completo cuando ha perdido lo suficiente de sí mismo para comprender la justicia de su recuperación. Y Andrés había pagado ya bastante para poderme espetar todo su conocimiento sin ningún miedo ni reparo y hasta con todo el sentido del humor. La mejor sonrisa proviene del dolor superado. El conocimiento hace avanzar la humanidad: y no seáis incautos al estimar el primer concepto propio de estudiantes y el segundo, el complemento, privación de su misma moral. Lo que Andrés me dejó claro desde el primer momento es que los colores de las banderas deben llevarse en los adentros, no en el estandarte, ¡qué tan fácil es de coger con las manos!

Aquellos horribles gritos jamás se me olvidarán. Comprobé por fin como el dolor se muestra también injusto para nuestra desesperación. ¿Él no había pagado ya de forma suficiente su aprendizaje? Aquella maldita enfermedad de los nervios por fin pudo controlarla. Su virulencia y la propia personalidad de Andrés realizaron la maravilla finalmente. Del mayor engendro y de la imposible resistencia se cimentó su fortaleza, pero cuánta sinrazón por parte de la naturaleza al no moderar sus azotes. Una vez obtenido el resultado, ella parece no entender de moral ni de premio. Y sin embargo, sus enseñanzas, las de Isabel y Andrés, me abrieron los ojos, pude ver tras las altas montañas la cruel visión del resto de los valles. La teoría mía pudo intuir y empezar a comprender desde la práctica. Fue esta desgraciada paradoja la que más me enseñó. Hasta que no vi padecer a mi mejor amigo desde aquellos días, hasta que desde sus entrañas no vi surgir el más impío fuego que el peor humano sí debiera padecer, no aprendí la lección de mi vida. Le había cogido cariño, aprecio, mi sentimiento de la amistad apareció nuevo y firme tras su reciente bautizo, y mis escalofríos me explicaron, por fin, que poseía una emoción sincera, hecha para las mayores hazañas y favores, y que no pudo evitar que él muriese de la

manera más injusta. Existen vidas que desaparecen por la crueldad de la providencia. A pesar de todo, recé antes y después de su ida, como no hice desde pequeño, en aquella etapa en la que fui totalmente inconsciente para las oraciones, pues ningún fervor corría por mis venas ni por las enseñanzas de mis agentes externos. Ahora comprendo cuánto debía Andrés a sus padres. Él mismo me lo comentó siempre: *«no depende de lo que reces, ni cuando, ni por qué; hoy no se lleva, es hortera (para los imbéciles que odio). Pero todo aquel ser que lo sienta, que sea capaz de conmoverse sin la estúpida mojigatería ni el cruel fanatismo, que sus sentimientos profundos le arrastren por los caminos llenos de lágrimas, merece mi mayor consideración, la cual pronto me enternece para terminar llorando la misma película.»*

*“Si la señorita Ingram hubiese sido una mujer buena y noble, dotada de fuerza, fervor, bondad y buen sentido, yo hubiese luchado con toda mi alma contra los celos y la desesperación. Y aun dolorida, la habría admirado, reconociendo su excelencia y resignándome a vivir sola durante el resto de mis días. Cuanto más absoluta hubiese sido su superioridad, más profunda hubiera llegado a ser mi admiración y mayor también mi resignación.”* (Pg. 120)

*“-El hechizo de la inexperiencia cubre todavía sus ojos -contestó- y lo ve usted todo a través de un velo de color de rosa. Por esto no puede advertir que los dorados son cieno, la seda telarañas y el mármol basta pizarra.”* (Pg. 138)

*“Los presentimientos son una cosa bien rara y lo mismo ocurre con las simpatías y con los agüeros. Y los tres combinados constituyen un misterio del que la Humanidad no ha encontrado todavía la clave. Jamás en mi vida me reí de los presentimientos, porque los he tenido muy raros. Creo, también, en la existencia de las simpatías, como, por ejemplo, las que se establecen entre parientes ausentes a gran distancia, y en cuanto a los agüeros pueden ser muestra de la simpatía de la Naturaleza con el hombre.”* (Pg. 141)

Todo en él podía ser tan posible a pesar de todo.

*“Desde luego ya me figuré que me resultaría grato el encontrar de nuevo a mi amo, a pesar del dolor que había de causarme el hecho de que pronto dejara de serlo. Pero aquel hombre sabía comunicar de tal modo su*

*felicidad a los demás, que sus palabras fueron un verdadero bálsamo para mí.” (Pg. 156)*

*“Aquella noche resolví cerrar mis ojos frente al futuro...” (Pg. 157)*

*“Hice circular el rumor de que mi fortuna no era ni la tercera parte de lo que se suponía y luego me presenté para observar el resultado. Su madre y ella me recibieron con la mayor frialdad. Ya ve usted, pues, que no quiero ni puedo casarme con la señorita Ingram. En cambio a usted, criatura celeste, la amo como a mi propio ser. Y aunque sea usted pobre y oscura, pequeña y sencilla, le ruego que me acepte por esposo.” (Pgs. 162-163)*

*“Si le hubiese amado menos no habría dejado de advertir lo salvaje de su acento y de su mirada,...” (Pg. 163)*

*“Mientras me peinaba contemplé la reflexión de mi rostro en el espejo y vi que ya no era tan insignificante como antes, pues estaba animado por la vida y por la esperanza.” (Pg. 165)*

*En cuanto a la señorita Oliver era una niña coqueta, más no por eso carecía de corazón; era exigente, pero no egoísta. Había sido mimada durante toda su vida y no obstante tenía nobles sentimientos.” (Pg. 208)*

De CARLOTA BRONTË: *“Jane Eyre.”* (Versión de José Fernández. Editorial Juventud. Barcelona. 1958)

*“Disfrutaba de un mes de buen tiempo a orillas del mar, cuando conocí a una de las más fascinadoras criaturas: una verdadera diosa a mis ojos, que no pareció fijarse en mí. Nunca le «declaré mi amor» verbalmente, pero si las miradas hablan, el más idiota hubiera colegido que estaba loco por ella; me entendió por fin, y me prodigó, a su vez, la más dulce de todas las miradas imaginables. Y ¿qué hice? Lo declaro, avergonzado: replegarme glacialmente sobre mí mismo, como un caracol; a cada mirada me recluía más fríamente en mi concha, hasta que, al cabo, la pobre criatura llegó a dudar de sus propios sentidos y, agobiada de confusión ante su supuesto error, convenció a su mamá para que se marcharan. Este curioso carácter me ha valido una reputación de crueldad deliberada, sólo yo sé cuán inmerecidamente.” (Pgs. 7-8)*

*“Él representaba unos cuarenta años: época de vigor mental en la que los hombres rara vez acarician la ilusión de que las muchachas se casen por amor con ellos; este ensueño está reservado para solaz de nuestros años de decadencia. Ella parecía no llegar a los diecisiete.”*  
(Pg. 13)

*“La gente de aquí vive, en realidad, más seriamente, más para sí misma, menos en superficie, en cambios, en frivolidades. Aquí, yo podría concebir como posible un amor de toda la vida, cuando hasta ahora estaba firmemente convencido de que ningún amor podía durar más de un año.”*  
(Pg. 51)

*“José se arrodilló impetrando del Altísimo que recordaba a los patriarcas Noé y Lot, y, como antaño, salvara a los buenos y castigase a los impíos. Indudablemente, en su idea, los réprobos éramos todos los demás.”* (Pg. 70)

*“Y empezó a citar diversos textos, con los capítulos y versículos donde podíamos encontrarlos.”* (Pg. 71)

*“Cierto que ambos hermanos cuidaban mucho de su bienestar. No era el espino inclinándose sobre la madreselva, sino la madreselva abrazando al espino. No había concesiones recíprocas: la una se mantenía siempre erguida, y los otros cedían siempre. ¿Cómo tener mal carácter sin encontrar oposición ni indiferencia?”* (Pg. 75)

*“»Me iré a cenar a otra habitación -dije-. ¿No tienen algún sitio al que llaman gabinete?  
»¡Gabinete! -repitió con sorna-. ¡Gabinete! No tenemos gabinete. Si no le gusta nuestra compañía, tiene la del amo; y si no le gusta la del amo, tiene la nuestra.»* (Pg. 116)

*“... Pero era demasiado bueno para ser enteramente desgraciado mucho tiempo. No rezaba para que el alma de Catalina le visitase. El tiempo le trajo la resignación y una melancolía más dulce que la alegría vulgar. La recordaba con férvido y tierno amor, aspirando, confiado, a un mundo mejor donde no tenía duda de que ella se encontraba.”*  
(Pg. 150)

*“... Planeamos adonde iríamos y lo que haríamos en el verano. No lo repito porque a usted le parecería tonto.*

*Sin embargo, una vez estuvimos a punto de pelearnos. Decía él que la manera más agradable de pasar un cálido día de julio era permanecer tendido de la mañana a la noche en algún brezal en medio de la landa, oyendo como en sueños a las abejas zumbando en torno a las flores, y a las alondras cantando en lo alto, y mirando al cielo azul sin nubes y al resplandeciente sol. Tal era su perfecta idea de la dicha celestial. La mía consistía en mecerse en un árbol frondoso y susurrante soplando viento del Oeste, grandes nubes blancas pasando rápidamente y, por todas partes, los cantos no sólo de las alondras, sino de los zorzales y de los mirlos, y viéndose a lo lejos la landa cortada por frescos valles sumidos en la sombra, y muy cerca, grandes taludes cubiertos de alta hierba ondulando bajo la brisa, y bosques, y aguas tumultuosas, el mundo entero en movimiento y estremecido de gozo. Él quería que todo reposara en un éxtasis de paz; yo, que todo danzase y chispease en un júbilo glorioso. Decía yo que su paraíso sólo estaría vivo a medias, y él, que el mío estaría ebrio; yo, que me quedaría dormida en el suyo, y él que no podría respirar en el mío. Empezó a ponerse muy impertinente. Convinimos, por último, en probarlos los dos, en cuanto llegara el buen tiempo; y entonces nos besamos y quedamos amigos.” (Pgs. 199-200)*

*“» -Como no me quieres, Linton, y crees que vengo aquí a propósito para hacerte daño, éste es nuestro último encuentro: despedámonos y dile a míster Heathcliff que no tienes ningunas ganas de verme, y que él no debe inventar más falsedades respecto a esto.*

*» -Siéntate y quítate el sombrero, Catalina -me contestó-. Eres mucho más feliz que yo y no debes ser mala. Papá habla tanto de mis defectos y muestra tal desprecio por mí, que es natural que yo dude de mí mismo. Con frecuencia me pregunto si seré tan indigno como él dice, y entonces me siento tan irritado y amargado que detesto a todo el mundo. Sí, soy indigno y malhumorado, y malo casi siempre. Si lo deseas, no vuelvas a verme; te verás libre de una molestia. Pero Catalina, hazme la justicia de creer que si pudiera ser tan dulce, tan amable y tan bueno como tú, lo sería. Me gustaría tanto eso (o aún más) como tener tu salud y tu bondad. Y créeme que tu bondad me ha hecho quererte más profundamente que si mereciera tu cariño; y aunque no he podido, ni podré nunca, dejar de mostrarte mi mal carácter, lo siento y me arrepiento, y lo sentiré y me arrepentiré hasta mi muerte.»*

*Comprendí que decía la verdad y que debía perdonarle aunque volviera a enfadarse un minuto después. Nos reconciamos, pero estuvimos llorando*

*durante todo el tiempo de mi visita, y no solamente de pena. A mí me afligía mucho que Linton tuviera aquel carácter atormentado. Jamás dejaría en paz a sus amigos, y él tampoco la tendrá nunca. Desde aquella noche he ido siempre a su gabinetito, porque su padre volvió al día siguiente. (Pgs. 204-205)*

*“... El mal que antes era la obra de los meses, era entonces casi la de las horas. Hubiéramos preferido continuar ocultando la verdad a Catalina; pero la vivacidad de su propio espíritu lo impedía.”  
(Pg. 213)*

*«Me refiero a Linton. ¿Por qué ese aire asombrado? Es extraño, pero me siento tocado de salvajismo hacia todo lo que parece tenerme miedo. Si estuviese en un país donde las leyes fuesen menos estrictas y los gustos menos refinados, me ofrecería a mí mismo una lenta vivisección de esos dos seres, como distracción de una velada...  
»-¡Por el infierno, como los odio” (Pg. 217)*

*“La primera vez que bajó a la sala fue un domingo por la tarde. Cuando le llevé la comida se lamentaba de que no podía aguantar más el frío. Yo le dije que el amo se iba a la Granja Thrush cross y que ni Earnshaw ni yo le impediríamos bajar; de modo que, en cuanto oyó trotar el caballo de Heathcliff, hizo su aparición, vestida de negro, peinado su rubio cabello hacia atrás, sobre las orejas, tan sencilla como un cuáquero; no podía hacérselos rizar.” (Pg. 236)*

*“Se había dado por contento con el trabajo jornalero y las rudas satisfacciones de la vida animal, hasta el momento en que Catalina se cruzó en su camino. Las primeras incitaciones a una vida superior fueron la vergüenza de verse despreciado por ella y la esperanza de su aprobación.” (Pg. 243)*

*“Ejecutó sus instrucciones con la mayor exactitud; acaso no sentía el menor deseo de desobedecerlas. Viviendo entre místicos y misántropos, tal vez es incapaz de apreciar a seres de una clase superior, cuando los encuentra.” ...*

*¡Qué vida más siniestra la de esa casa! -pensaba yo descendiendo por la carretera-. ¡Y qué lindo cuento de hadas había sido para mistress Linton Heathcliff que ella y yo nos hubiésemos enamorado, como su buena ama de llaves deseaba, y hubiésemos emigrado juntos a la agitada atmósfera de la capital! (Pg. 245)*



“ -¡Oh, si dependiera de usted, nos quemarían vivas! De eso estoy yo también segura -replicó la cantadora-. Pero cállese, viejo, y lea la Biblia como un cristiano, sin ocuparse de mí. Es la Boda del Hada Ana lo que canto, un aire precioso... que da ganas de bailar.” (Pg. 248)

“... «Bueno -pensaba yo-, jamás se vio un cuadro más agradable e inofensivo, y sería una verdadera vergüenza que les riñese. El resplandor rojo del fuego fulguraba en sus lindas cabezas, y mostraba sus rostros animados de un ardiente interés de niños; pues aunque él contaba veintitrés años y ella dieciocho, tenían los dos tantas sensaciones por descubrir, tantas novedades que aprender, que ninguno denotaba ni experimentaba los sentimientos de la madurez juiciosa y desencantada.»” (Pg. 259)

De EMILIA BRONTË: *“Cumbres borrascosas.”* (Versión de José Fernández. Editorial Juventud. Barcelona. 1944)

Andrés continuaba en su madurez tan juicioso y encantado como un niño. Y así de espléndido y variado de carácter era, que el aburrimiento yacía totalmente alejado de todos nosotros cuando estábamos junto a su lecho formando una variopinta reunión, que médicos y enfermeras, lejos de rechazar, agradecían para el común beneficio del hospital. Al menos, en aquella zona sanitaria no vivíamos de la aburrida realidad. Jamás vi un resumen tan curioso de una obra literaria. Y Andrés me entregó estos dos compendios personales que se aunaron con la mayor fuerza para que mis adentros no dudasen de la especial persona con la que me había encontrado. Aún recuerdo su última ironía al entregármelos: *“Existe una tercera hermana Brontë, pero no he leído de ella. Tendrás que comprarme su libro, el de Ana. Soy así de sistematizador, porque la vida hizo tres hermanas escritoras.”* Y hacía éstas y otras cosas porque su impulso profundo era el de la realización, su cabeza no podía dejar de pensar ni de imaginar; orgulloso porque no era pedante, podía jugar con el mundo porque jugaba con él como un niño verdadero también lo hubiese hecho. El infantil impulso jamás lo perdió; por ello sus pasiones conservaron su esencia primaria; pues creía en la palabra dada y en el deber a cumplir, sin esperar del intercambio más que el afecto. Enseguida se daba cuando le dejábamos darse. ¡Qué estúpido quién quisiera apagar su estrella!

## CAPÍTULO IV

El narrador no puede ser el contador real de todos los hechos, y menos de una manera 100% objetiva; el testigo directo puede percatarse e intuir muchos elementos de la escena y de los interiores de las personas, combinarlos incluso para hacerlos reiterativos, y según su consecuencia, obtener el resultado del aburrimiento, del divertimento, de la altanería, de la honradez y de sus incuestionables fealdades y bellezas, y que en nuestro mundo contemporáneo se elevan a la soez acritud del mal gusto. ¿Dónde se sumergen los bellos retoños de las palabras cautivadas en el sacrificado pretérito? Pero únicamente el mero narrador nos puede trasladar la cruel realidad subjetiva de unos hechos inimaginables; es entonces cuando alcanzan verdadera vida y no se convierten en unos meros datos sin vida y que cualquiera puede manipular a su gusto.

Lidia iba para los cinco años y el parentesco con sus padres había conseguido el nivel elevado del cariño, por lo que podemos artificar ante nuestros ojos el significado de una verdadera familia. El uso de semejante expresividad es característica de los tiempos, pero el significado es arcaico. Arcaico debemos aplicarlo al pasado perdido. Fue entonces cuando le empezó a sintomatizar negativamente a Andrés su enfermedad. Proseguimos con un lenguaje extrañamente falso. Sin embargo, esta vez sus efectos iban a ser peores, dejando aparte ya el fatal desenlace. Una tarde Isabel se lo encontró estirado en el suelo del pasillo de su casa, gimiendo de una manera inconsciente y pronunciando mensajes incomprensibles; las claras palabras no expresaban el sentido de ninguna frase. Volviendo estamos al lenguaje de esta obra. Cuando llegó el médico de urgencia, estuvo bastante recuperado. Su recomendación fue que siguiese el tratamiento, pero que cuanto antes fuese al especialista para realizarse algunas pruebas. El amor de su vida estaba pálido frente a él, presintiendo sucesos inexplicables que siempre hacen sufrir a muchas personas superiores. Hasta en esto se sitúan por encima; creo más bien, singularizándome, que muchas circunstancias nocivas significan la situación paralela de la elevada inteligencia. Las pruebas no dieron resultado alguno porque los temas de la mente son aún bastante desconocidos en los límites de la profunda biología. El mecanismo inextricable de compuestos químicos esclarece los comportamientos humanos, pero vuelvo a repetir, el mecanismo inextricable. Inseparable del pensamiento, capaz de producir nuevas reacciones y nuevos elementos y compuestos para proseguir el futuro. Así Andrés volvió a casa, pero la

intranquilidad apareció en toda ella; la medicación cada vez le protegía menos de los antiguos temores y las cadenas se fueron entrelazando más fuertemente para crear problemas combinatorios mucho más complicados. Las nuevas dosis y los nuevos tratamientos no presagiaban nada bueno. Finalmente tuvo que pedir la baja laboral, y cuando los ataques de espanto y las pesadillas del sueño se le hicieron insoportables, perdió el equilibrio suficiente para poder vivir. Tuvo que ser ingresado y la tarde se oscureció de pronto en la tristeza. El camino parece que tocaba a su fin y la leve senda, perfectamente andada, dio unos buenos amigos, un amor y una preciosa niña. Sus padres merecían otro premio a su esfuerzo sincero. La literatura vive de las bellas desgracias como de las más tristes y negras; su trato intrascendente dicen que produce existencialismo. «*¡Qué estúpidas paradojas.*» -diría Andrés.- «*Estos hijos de papá y estudiantes pobres que juegan a ser hijos de papá.*» El antiguo pobre engaña más fácilmente la realidad con sus santos, porque el trabajo le obliga a la esperanza. «*Pero el ilustre asalariado de ciudad y campo nos lo están acotando cada vez más en un estrecho espacio.*» Los nuevos monstruos a los que se refería Andrés no iban a aparecer en el futuro, puesto que ya existían. «*El pobre sabe vivir de algo más que de pan, frase tan antigua y tan sencilla.*»

Los sueños traspasaron todas las barreras de la ley. En bellos abismos, las perfecciones eran naturales, tan íntimas y cercanas que el hombre estaba en la esencia siempre deseada. Muchas veces se convirtieron en ensoñaciones sublimes, rememoraciones sobre el mero anhelo de las cosas. Si se ambicionaron fue porque nunca se tuvieron y esa fuerza aplicada superaba todas sus sensaciones anteriores. Tan cerca del color y de las formas, que se confundía Andrés con su estigma. Eran situaciones más factibles a la intuición; la mente simplemente jugaba a cambiar los argumentos de la manera más entretenida. Dada su exorbitada imaginación, las idas y venidas se hacían constantes en el transmute onírico. Y muchas veces era una reviviscencia de gustos y momentos primarios: de los inicios del conocimiento. La primera impresión se graba para siempre, impregnando toda una personalidad con el rasgo añadido. Cuando años después vuelven al recuerdo de la noche, por el capricho del reposo, movidos por la ingente fantasía del sujeto correspondiente, los sentidos acrecientan su actividad hacia la alucinación, porque aquellos mundos se vivieron muy lejos. Algunas veces, como el niño parecía siempre alerta en una conciencia como la de Andrés, el regusto sustituía la extrañeza, quedando ésta como simple efecto del acontecimiento inhabitual. Permanecía el fondo básico de las cosas para su aprecio primordial. El origen puede ser vario, pero su efecto es insoslayable. Permanecieron inmente todos los sucesos primitivos, aquellas formas únicas e irrepetibles

cuando comienzan por primera vez. Las lecturas de tebeos, de sus primeras novelas y de las músicas originarias concibieron un mundo concreto de fantasía. Perdida su mente entre todo el horizonte desconocido, la forma de comportamiento misma se repitió hasta la concreción adolescente; era un mismo camino que proseguía su senda por el mundo ignorado.

Este conjunto de primeras percepciones no podía responder a un planteamiento diferente de otros sueños de Andrés. Éstos, aunque se mezclaban muchas veces, en formas y argumentos intrincados, con los sueños anteriores, poseían una personalidad aparte. Su sustancia superior los hacía distintos. Los mundos, cuando eran autónomos, desvanecían más tiempo la realidad habitual de Andrés. Mañanas enteras, que alcanzaban fácilmente la noche, poseían todo el inmenso coletazo imaginario de sus acciones. Y si rara vez el regusto arrastrado era apesadumbrado y agrio, sí era siempre extraño y original con su esencia, reconfortándole en su ánimo con las nuevas emociones reencontradas. ¿Qué podían significar aquellos espacios naturales recreados con nuevas hechuras de aprehensión? Los valles y montañas, sus colores y tonalidades, las formas y el conjunto homogéneo eran reconocidos por sus impregnaciones espirituales, pero no se explicaban por sí mismos. Quizás, para una mente evolucionada, echada hacia adelante por la concreción del entorno que nos rodea, aparecen estos sueños en el estadio de la incompreensión. Andrés consiguió una explicación cuando sus consecuencias alcanzaron días enteros. Estas nuevas reformulaciones cayeron también sobre el alcance de los momentos primarios del conocimiento. Simplemente, la percepción se había alzado con el dominio para doblegar la pobre respuesta que recibía Andrés desde el exterior. Las recreaciones eran totalmente puras y los mundos creados se hicieron con la deseada contestación. Llamémosles paraísos o utopías a estos mundos apartes, sin embargo, qué preciosos eran sus resultados. Y en esos instantes del triunfo de la mente, cuando Andrés discernía perfectamente todas sus realidades, jugando incluso al antojo con ellas, su felicidad, pura y simple, se hizo oficio.

La agilización se hizo presteza en el mejor momento de su vida. El malabarismo había sustituido a la torpeza que le hacía sufrir desde siempre. Recordar perspectivas, que en el pasado impregnaron con los sellos de la personalidad, respondía a causas provechosas que Andrés se encargó pronto en discernir. Y con la misma causa del efecto, logró con su práctica natural recrear los antiguos ambientes que le diferenciaron en esta vida desde sus inicios. Isabel participó de su nueva iluminación infiriendo sobre su propia persona el mejor ejemplo posible. Creció un mayor rubor de pura inocencia en todo su comportamiento, que obedecía a las primeras experiencias que agencian las definitivas maneras de ser en las personas de alta moral. La

palabra y el acto, sacrificados por un inmaterial deber, responden a semejantes premoniciones. Lidia no podía haber caído en mayor maravilla; su rostro se alzaba fulgurante con la herencia consolidada. Su naricita denotaba un gracioso juego de formas de las que únicamente una persona profunda puede entusiasmarse. Los ojos equilibraban la plácida alegría de quién hereda un dolor superado.

Pero el tiempo, visto desde cierta perspectiva, le causó fuertes estragos a Andrés. En sucesivos periodos de su vida, la esperanza sobre el optimismo vital del universo cedió ante la enfermedad. Su excesiva inteligencia caía principalmente sobre el cálculo, la intuición y la sistematización; aún no había adquirido la capacidad analítica que la experiencia otorga; ello frena mucha sangre fría para tomar las resoluciones más determinantes. Un lastre enfermizo en esos momentos es el cruel regalo del tiempo. Con un potencial incontrolable de los presentimientos, donde la elevada respuesta mecanizada impregnaba todo su entorno de raudas figuraciones angustiosas, sin apenas poder de contención, los sueños se desvanecieron en los colores más tristes del barrio. Y con tímidas acciones de continuar luchando por lo que siempre se ha creído, inventaba métodos con los que poder engañar a la terrible mente en que se había convertido. Pero no daban la solución anhelada para alcanzar la piedra filosofal, y así haberse podido asentar definitivamente en la vida. Aunque la experiencia le donó con los años el mejor dominio de su situación, los pasos eran lentos, y a los periodos de puntual efusión y lucidez, proseguían las insoportables rupturas que le sumían en la desesperación. Era mayor el tiempo, haciéndose modelo de su personalidad, aquel en el que convergían las luchas titánicas de su interior con el buen disimulo de su apariencia. Una única vez pudo salir solo del pozo oscuro y profundo en el que había caído, resurgiendo con una contundencia resucitadora, que le dejaron las ideas sobre la existencia bien claras. Y de ese sobre esfuerzo continuo al que se tuvo que someter a partir de entonces logró la baza motora de futuros éxitos. Después le sobrevinieron tres nuevos ataques de la exageración que lo derrumbaron de nuevo. Pero ya poseía una mayor paciencia analítica para desentrañar las cosas, con lo que consiguió el suficiente ímpetu, en esas ocasiones, para buscar ayuda en la comunicación. Y el problema fue medicado. En la tercera, incluso más desarrollada su personalidad de acción para elegir los precisos caminos, se acertó con el producto y su resolución interna. Estamos algo más cerca del tiempo de redacción de esta historia, y el éxito de su respuesta otorgó un nuevo ejemplo a la maravillosa naturaleza. Toda su personalidad renació, mejor dicho, se reformó de golpe en unos meses de tratamiento. Él solamente precisaba del aceite que lubricase su latente personalidad; ideas

y prodigios se alzaron por doquier con toda la facilidad que concede un catalizador. Toda su idea residente le llamó a la puerta y él simplemente tuvo que abrirla sin necesidad de preguntar.

Desde que fue encontrado tendido, en el que sería frío suelo; desde aquel día, la lucidez se le hizo concesión y fueron cada vez más breves los espacios de tiempo en los que Andrés tuvo la oportunidad de poder expresarse libremente. Más bien sus impulsos extraños, provenientes de no sé qué esferas, fueron los que encontraron camino libre para el desahogo de sus tormentos. Era terrible contrastar un hermoso carácter con unas fuerzas tan horrosas e indeseables. La naturaleza humana no puede desembarazarse jamás de su aspecto terrible; los médicos y científicos le llamarán error, enfermedad, patología, disfunción, por las manifestaciones que produce su especie. Sin embargo, las personas más clarividentes como yo, las que ingenuamente suplican por una vida razonable desde el punto de vista de los sentimientos y emociones, y así consecuente con el esfuerzo ofrecido, reniegan del nuevo dios científico para maldecir al mismo Dios que nos ha hecho tan imperfectos por creernos tan poderosos con nuestras vulgares explicaciones. *«Si nos hizo a su semejanza, puede que también haya muerto»* le dije a Andrés un día, sollozando, perdidos todos mis estribos delante del mismo enfermo. *«No es eso, pero la naturaleza la construyó muy lógica, sin ningún poder de remordimiento propio. Ahí nos dejó, para probarnos y valernos a nosotros mismos. Es injusto para los que apenas pueden vivir ni formarse su completa existencia; algunos ni la inician, mueren jóvenes y prematuros, pero es justo para la personalidad doliente de los que los quieren. Yo aún he pervivido lo suficiente, ‘he tenido suerte’, ¡ja, ja! ¡Mi hija y mi mujer, cómo las voy a perder tan pronto! ¡Dios, apenas concedes nuevas oportunidades! Eres muy duro. ¿Pretendes formar siempre excelsos novelistas, reventando a todas horas sus sentimientos?»* Andrés no esperaba la muerte, simplemente ocurría que su conocimiento era sumamente cuerdo para ponerse el velo de la ignorancia, la cual solo cumple con los estúpidos y con todos los que tenemos miedo a ese negro porvenir, todos nosotros que ya no creemos en el Más Allá, el que sí era antes respuesta clara a toda la locura e irracionalidad de la vida. Yo había ganado muchos puestos en la dignidad humana tras conocerle. Conforme yo más me compenetraba con su personalidad, más me vanagloriaba de mí mismo. Mi propio afecto había alcanzado la perfección. Y cierta vanidad necesaria. El egoísmo fue sustituido por la autoestima. Mis intereses materiales coincidieron, por fin, con los que directamente dependían de mi intimidad. Si él en pocos meses, según me contó, catalizó todos sus éxitos definitivos, fueron las 5 últimas semanas de su vida, y que yo, una persona diferente, compartí a su lado, las que me pintaron el

verdadero retrato. Desde aquella comunión surgió un hombre nuevo desde mis adentros *«y que tú únicamente habías olvidado o no le habías puesto la suficiente atención para depender de tu auténtico mundo.»* Andrés quedaba tranquilo con sus respuestas, sosegado con su conocimiento, alejado de la innecesaria vanidad que muchos arrogantes asumen solo con su soberbia. Cierta orgullo es necesario cuando ha habido un cruento esfuerzo. La naturalidad fue su máxima característica, *«tanto me ha hecho sufrir, pero la inevitabilidad de las cosas no puede frenarse; los hechos consumados deben sufrirse, amarse, odiarse, pero no podemos ser diosillos del Olimpo para caer poco después por culpa de cualquier imprevisto no advertido.»* Sus ojos, antes del descanso, arrojaban la melancolía; su rostro entero emanaba la impotencia de cualquier solución; la tristeza profunda era su conclusión segundos antes de dormirse. Él era el más humano para saber que el fin se acercaba y que su Isabel, sus padres, su hermano, su Lidia y sus amigos iban a alejarse definitivamente en estas dimensiones conocidas. Partiría Andrés hacia la dimensión de la esperanza, pero os puedo asegurar que él no era ningún visionario ni ningún chalado iluminado para desear apartarse de lo único que amaba. *«Sólo puedo esperaros en algo mejor porque ya no tengo esperanzas de aguantar más.»* *«No digas eso Andrés.»*

Realmente, sus fuerzas se consumieron rápidamente en la quinta semana. Los gritos se transformaron en gemidos y en frases cada vez más incomprensibles. Los últimos días que pasé a su lado, entre el cruel espectáculo de dolor que ofreció aquella familia, plenamente justificado por la sinrazón de parte de la vida, transcurrieron en una relación mutua donde los sentimientos surcaban el aire sin palabras ni miradas, pero con la conciencia de su existencia. Siempre tuvo los ojos cerrados.

Cuando Andrés lo ingresaban en el mismo hospital donde fue operado su padre, volvió a comprender, con su propia ironía, la reanudación de parecidos acontecimientos con distintos argumentos. Aunque lo llevaron a una sección diferente, vio pasar aquellos extraños instantes, bien presentidos, como una auténtica repetición de su porvenir. El ancho y largo pasillo, con su espléndida cristalera a su izquierda, desde la que se contemplaba el transcurrir extraño y lento del tiempo, le abrió sus amplios brazos para comenzar desde ese momento el nuevo e irrecuperable camino. Comprendió que su sino era definitivamente aquél. Ya no valía la pena mirar hacia atrás; tampoco habían ya fuerzas, todo se iba a perder, sus deseos, sus amistades, sus recuerdos vivos y latentes, sus juegos y divertimentos, todo en su casa y en la de sus padres lo tuvo que dejar al libre albedrío del destino. La camilla continuaba lentamente hacia la habitación definitiva; él fácilmente presentía los acontecimientos futuros.

No se temía inmediatamente por su vida, pero aquel transitar despreocupado podía indicar, más bien, que no había solución por más que se apremiase el tiempo. Allí iba a conocer a otro compañero y amigo que aplaudiría y envidiaría sus razones de ser. Pero él siempre dando para después desaparecer; encima, en esta ocasión, definitivamente. Pero su carácter imperturbable y comedido le hizo llevadero su destino. Sus disminuidas energías tenían la culpa de esta respuesta, pero los últimos éxitos cumplidos fueron los que le obstinaron en aquella línea de acción. Él podía desaparecer hacia otra esfera, que le apartaría violentamente de sus seres queridos; en aquel hospital, de tan variados matices tranquilos, donde los grises y las sombras se adueñaban, a última hora de la tarde, del perfecto poder de la melancolía. Desde las tres y las cuatro ya aparecían al trasluz las sombras, y su soslayo se iba angulando al aumento de todas las formas. A su padre allí lo operaron, pero el camino final lo debía recorrer Andrés primero. El incremento de los recuerdos del pasado fue lógico, por advertirse su definitivo sentido en aquella circunstancia. Caminaría el mundo sin él, le olvidarían, únicamente su estricto círculo le recordaría con afecto, perdería la segunda parte de su vida, su hija no crecería a su sombra, andaría sin su padre en estos tiempos de tan absurda soledad. No vería madurar el suave cuerpo de Isabel, donde las formas y carnes alcanzarían otra imagen tan deseada del sexo; el transcurso impalpable del tiempo haría creíble tan fenomenal cambio. Siempre él cediendo, sufriendo, viviendo parcialmente, intensamente solo unos años, para que el dios vengador le arrebatase de nuestro espacio para beneficio de su propio egoísmo. ¡Debe poseer una excepcional galería de figuras este maldito coleccionista! ... El narrador debe pedir perdón al Ser Supremo por esta pérdida de nervios. Comprende las pruebas y experiencias que dotan al ser humano de todo su conocimiento. Sin embargo, debe comprender Aquél que el pago es tan ostensible que provoca muchas veces la desesperación de forma innecesaria. Los grises y los sordos sonidos del tráfico, de las enfermeras y visitantes, con su lejano rumor, impuesto por el respeto, se le aparecen a Andrés en su lecho para conformar su espacio envolvente. Aquel cuadro iba a ser el último. El cuadro de la revivificación posterior.

A intervalos, Andrés recuperaba cierta notoria lucidez. Cansado, dirigía las más suaves frases a todos sus seres queridos, conocidos y profesionales. Se encontraba a gusto en esos instantes; le notaban todo su gozo y se alegraban, deseando y rezando, cada uno en sus convicciones, por su imposible curación. Lidia era su sol en aquellos momentos, cuando podía ponerse a su lado, sentada encima de la cama. Ese pelo y esa mirada, de gozo infantil, que Andrés tanto acariciaba; en ningún instante mostró delante de ella la menor flaqueza. Si el poder natural, que las primeras



impresiones causan en la vida de las personas, es tan real como vulgarmente siempre se comenta, científicamente fueron aquellas horas **intervariadas** las que animaron definitivamente el corazón de aquel pequeño ser. Todo el mundo recibió sus benéficos comentarios. ¿Cómo podía un hombre comportarse tan irracionalmente sabiendo que pronto yacería por el fatal desenlace? Solo era posible la explicación de un ser inconsciente y verdaderamente enfermo o la explicación de una persona buena y envidiablemente sobria. Sus periodos patológicos no deben contarse. Curado de su enfermedad, este decaimiento solo respondía a una ruptura natural de su mente. Todo el mundo se interesó por aquel caso: familiares de otros enfermos, conocidos, curiosos y profesionales; y todos, si podían traspasar el umbral de su habitación individual, recibieron su premio y se fueron pensativos. Como aquel nuevo y último amigo que hizo en el hospital y al que entregó dos curiosos resúmenes de las dos últimas novelas que leyó en su vida. Más romántico no pudo irse. Cuando quedaba solo en sus periodos de clarividencia, el pensamiento caminaba tranquilo y seguro hacia su porvenir; éste llegaba a una nueva meta que obligaba a un nuevo camino de esperanza. Él pudo ver hace años el entierro de su tío. Recordaba perfectamente el desarrollo del día, los pasos previos, los saludos, las penas, el ambiente marginal, las excelentes palabras del cura. Sin embargo, fue el cementerio el que le dejó el mayor recuerdo. La plástica era la mejor fuente de su aprendizaje y aquel escenario se presentó como el inherente sentido de lo desconocido. Después, los escombros se amontonarían por el empeinado deseo de aumentar la densidad de las ciudades. Él ya había dicho que su descanso inmediato y simbólico debía ser allá en aquellas tierras altas tan bonitas, como en las de sus padres, pero cediendo al amor de su mujer, allá en aquel pueblecito del Pirineo. «*Así la vida sí adquiere sentido, Enrique.*»

Volúmenes inmensos se alzan por encima de su frágil cabeza para simplemente martirizarle. Las sombras se hacen bien presentes para reincorporarle de su sueño. El horror es bien real, es incólume para hundir a Andrés en los adentros que no tienen escapatoria. La velocidad de las escenas repetitivas es incontrolable. Su resistencia pronto le destruirá, pero él necesita cualquier salida para poder continuar. En los normales accesos de su locura, la mente se le precipitaba en el dolor innecesario de la irracionalidad; tuvo su explicación después, tras la montaña, contemplando el horizonte a lo lejos. La conclusión fue el tiempo perdido, provocado por su exagerada sensibilidad. La débil maquinaria se estropea, deja de trabajar para repetir mil veces la misma malfunción. Ahora, en la peor conclusión de su trastorno, los síntomas se hacen insoportables y la ruptura se alza

como única alternativa. Los monstruos no ruedan la película, existen fielmente para formar la complejidad que continuamente le persigue. El crecimiento y disminución de los espacios y volúmenes se produce a una velocidad y frecuencia tan elevadas, que la mente, que incluye un cuerpo, es incapaz de soportarlo durante mucho tiempo. La calidad de los argumentos varía en la misma reiteración para desarrollar los peores efectos. Estos cambios, de un estado indescriptible, eran igual de frecuentes en la vigilia y en el sueño, y ya no era capaz de discernir muchas veces, y nunca en su última semana, las dos condiciones diferentes. El mal se le apoderaba para perder todas sus precisas esencias. La locura se alzó con sus peores características para hacer de sus acciones el peor ridículo de su estandarte. Gritos, espasmos y delirios se combinaron para destruir la pobre esperanza que emergía a su alrededor. Terminaron las visitas para su hija y se redujeron las demás al mínimo; las innecesarias fueron prohibidas. Únicamente entraban las amistades de confianza para contemplar el cruel espectáculo en las fases de mínima expansión. Su mujer tenía la entrada libre, y junto a su madre, formaron la mejor alianza disponible. Se produjo finalmente una perfecta compenetración con el equipo médico y asistencial que lo atendían. El único tratamiento eran la administración de los medicamentos y la espera. De su profundo dolor surgían las imágenes terribles que él únicamente veía. Presentimientos raudos actuaban delante suyo en una vorágine indomable. Los recuerdos de su vida transitaban en extraños e incomprensibles nuevos argumentos. Siempre quedaba al paso, a la espera de la explicación, para recibir como único regalo los favores de la irracionalidad. Las sombras del pasado se alzaban con los nuevos escorzos del mundo informe. ¿Para qué intentar salir del calvario si la impotencia es su fuerza? Si alguna vez todos hemos tenido aquel sueño insoportable, donde la angustia es su constante adjetivo, para impedirnos despertar de nuestro profundo ahogo, multiplicar muchas veces estas sensaciones de la sentencia para percibir al menos, con nuestro pobre o normal nivel del concepto, la situación final de Andrés, cronificada e imperturbable. La ciencia ha comenzado a indagar en las complicadas estructuras de nuestra mente, ha conseguido fármacos y nuevas formas de comportamiento para resolver y amortiguar las mentes desequilibradas; sin embargo, se está muy lejos aún de conseguir perfectos mecanismos resolutivos. Dentro de una o dos décadas se esperan resultados revolucionarios, se trabaja en ello, pero más que del avance de la teoría, de lo que se precisa es de tiempo para la ingente comprobación de los nuevos agentes químicos. El desarrollo de tales comprobaciones, la reducción de su tiempo, podrá aligerar la solución. Pero ya no para Andrés. A este pobre muchacho la naturaleza le ha trastornado con sus extrañas leyes. Ésta no entiende ni de moral ni de

sentimientos, solamente de la supervivencia de los más fuertes en ciertas composiciones y estructuras orgánicas. Aunque en muchas ocasiones tanto ayude, la fuerza del carácter puede resultar ridícula para las formas expresivas de aquella. Andrés avisó a todos sus amigos, comentó con ellos, aprendió también con todos que la humanidad andaba cada vez más descabezada. Y el correcto efecto de la medicina necesita de su trasfondo familiar y reglamentario, donde las lógicas formas de relación estimulen nuevos propósitos. Aquí veía, como cualquiera, el quid de la cuestión; pero la humanidad necesita del riesgo para definirse y diferenciar hombres verdaderos de hombres falsos. Él poseía la superior mentalidad sobre las frágiles formas de su cerebro. Éstas le hicieron sufrir mucho desde niño. Su exagerada afectividad le regaló mucho dolor, pero ella a la vez fue causa para sus éxitos. La contemplación y su comportamiento fueron admirados y envidiados; sin embargo, muchas veces se debe pagar el precio del éxito, estúpida frase que quiere justificar lo incomprensible. Las extracciones más hendidas del alma se implementaron para su tortura. Se desligaron los controles que refrenan los efectos espantosos de toda conciencia incontrolada; aún poseyendo la mejor de las mentalidades, siempre suspiró por la aflicción que padeció hasta encontrar la respuesta que la vida le regaló durante unos años. Después se ve que hubo de pagar con su total destrucción. Vuelve la estúpida frase.

Aquel martes por la mañana se oyó un grito extremo desde aquella habitación. Todo el mal temido en sus premoniciones debió aparecérselo al mismo tiempo para aplastarle bajo el fatídico peso de sus sensaciones. Su cuerpo sufrió varios minutos de atroces espasmos. El rostro fue expresando un resumen de insoportables retratos del adjetivo maligno. Las enfermeras y los médicos jamás vieron sacudidas semejantes para comunicar tan plásticamente el feroz sufrimiento interior. Fueron sus ojos los que afectaron los sentimientos de todos ellos durante varios días. Fue el mismo tiempo el que logró matizar en su profesionalismo el horror, evitando cualquier tara perdurable. De aquellos surgía todo el malestar que era imposible evitarle; no pedía socorro, ningún calmante ni alivio; no llamó a nadie, ni a su mujer ni a sus padres; su estado simplemente se convertía en el crudo efecto de un mal incurable, insensible e insano. Sobre un bello e ingenioso cuerpo estaba actuando aquella podredumbre. Todos esperamos que en el Cielo esté libre de aquel mal para demostrar, de manera desenvuelta, quizá a todos los ángeles, su hermoso humor. Murió hacia las doce y media del mediodía, en su transcurso más movido, en aquel frenesí soleado que tanto gustaba a Andrés, pues el estudio y el trabajo siempre le evitaron contemplar su laborioso movimiento. Desaparecieron los gritos y

movimientos que últimamente aterrorizaron a todos, pero quién sabe si su preciada alma reposa ya placenteramente. Ninguna mente digna y superior puede negar la acción y vitalidad de su esencia después de su muerte; Andrés continúa entre nosotros, expresando simplemente con ello la permanencia, en muerte, de sus actos. ¿Pero habrá dejado de sufrir?; otros amargados pretenden la continuación, pero las religiones y filosofías determinantes creerán en que el periodo de su purificación ha sido por fin alcanzado. Descansará en paz desde el plano contemplativo. Él no debe expiar culpas ni desaparecer del mundo tras ejecutársele el castigo por sus crímenes. El vagar sin fin debe reservarse solo a los fantasmas. Él merece la libertad que su inocencia le ha ganado a pulso. Dejándole suelto, simplemente arriesgaríamos el hecho de que él mismo se hiciese mal, inevitablemente, sin poderlo impedir, como efecto ineludible de su enfermedad.

Isabel sabía que iba a quedar sola en el mundo, tan joven y con el fruto de su amor; éste último, desaparecido, absurdamente muerto, le dejaría un vacío definitivo. La respuesta, que en esta vida buscamos con la más bonita y significativa pregunta, se terminó para dejar a Isabel perdida en el sinsentido. Cuando ponía su mano en la suya, esperando el fatal desenlace de las estrellas, sentía esa extraña sensación que no podía evitar; ¿cómo iba a perder esa delicadeza? Su temperamento no podría sustituirse. Ella infringiría las más sagradas leyes de la naturaleza: no volvería a casarse ni encontraría de nuevo el amor. Su comportamiento era el suicidio en plena sociedad. Dejaría de querer, viviendo en la vida más solitaria y contemplativa. Ella ya ha regalado a la vida un fruto muy deseado. No podía fingir comportamientos bien comprendidos por todo su entorno. Amaba de verdad y ello la obsesionó. Andrés era igual de loco, por algo se habían encontrado en los caminos de Dios para unir lo inseparable. Las rupturas físicas encontrarían en su momento la nueva reunificación. El espíritu de Isabel sufrió la transformación que precisaba para poder seguir respirando. Días antes de la muerte de su marido, la locura se había hecho explicación y de esa manera pudo recuperar el papel de madre. En las últimas semanas había sido un manojo de nervios, incapaz de cuidar de su niña. Lidia notaba aquellos cambios y se entristeció. Sin embargo, la edad aún era menuda para crear importantes problemas. Tras la muerte de su padre, el cielo y los ángeles le hicieron olvidar pronto su ausencia. «*Papá, papá y papá*» se transformaron en «*Avión iremos a verle*». En el adecuado futuro entristecerá su falta. La melancolía llenará su corazón, se hará desear y querer por su pena. Su madre cometerá el grave pecado de no darle otro padre necesario. Sin embargo, Isabel no iba a durar tampoco mucho. El

verdadero amor es trágico cuando algo no funciona. La palabra dada se convierte en la deuda perdurable. Para la salvación del Mundo, ciertos espíritus no deben repetirse en ciertas circunstancias. Cuando estaba sentada en el costado de su cama, comenzaba muchas veces a hablar sola, a amarle con palabras. No recibía ninguna respuesta física, ningún calor ni estremecimiento en su mano. El mal era peor de lo imaginado. Pero ella no cejaba y comprendía que las circunstancias podrían aún hacerse peores. ¡Ay, su Andrés, si despertase! Cuando él se envolvía en su colchón de espasmos, Isabel debía dejarlo. Los profesionales ocupaban su lugar. ¿Qué contestación natural iba a recibir de aquel estado totalmente anormal? La existencia es bella y deforme; gracias damos a los recuerdos por afirmar su justificación. El futuro no puede formarse completamente con ellos; si así lo pretendemos, solo conseguiremos un engendro de percepciones. Isabel tenía claro su camino, limpio y hermoso incluso. Pero no existía ya meta posible, esperanza y lógica para ella. Lidia se convertía en la única repuesta con final. Justificaba muchas cosas, su martirio se hacía día a día precioso, como las espinas que sangran la blanca piel. El cuadro pintado por el buen pintor imprimió los matices que son incapaces de ver los seres meramente justificativos; Isabel estaba demasiado enamorada y sucumbió a los siete años de aquel fatídico martes. Por mucho que leyera y sintiese, fue incapaz de mantener un sentimiento dual. Hay personas capaces de volver a casarse y de mantener un recuerdo profundo. Son otro tipo de hombres y mujeres superiores, capaces de reproducir el género humano. Su fuerza portentosa no cae en obsesivos sentimientos, aunque me pregunto a quién elegirán si la naturaleza les juega la broma de subsistir después de la vida. Puede que allá, amar a dos, sea posible. El amor puede ser tan ancho e intenso en otras dimensiones. También es cierto que existen naturalezas diferentes y donde las circunstancias alcanzan un papel muy importante. En esta historia, en cambio, Isabel y Andrés son del tipo más exagerado. El exceso es idea y verdad completas, sin grietas ostensibles de su devoción máxima. Creen en el ideal mutuo de la perdurabilidad. No se creyeron las palabras del cura: *«hasta que la muerte os separe»*. La Iglesia siempre ha velado bien por las estructuras sociales, y un estudio profundo de ella amortiguará las críticas exageradas que siempre se le han lanzado. Los espíritus pobres, envidiosos e incapaces, ansiosos de subir por los métodos prohibidos, están entre sus mayores enemigos. Las nuevas sociedades formadas por ellos han durado poco más que los motines que las instauraron; su resultado violento no lograron ahuyentar las antiguas hecatombes; se añoraron incluso sus resultados por la terrible comparación de las matemáticas. Radical es fanatismo e Isabel y Andrés formaron ambos dos espíritus absolutos. Tan diferentes son de los primeros conceptos, que por ello brillan allá en algún

lugar del cielo. Se hicieron solo mal a sí mismos de tanto que se amaban. Lidia fue su pecado, pero como no instigaron bajo el horizonte meramente material, perdieron la oportunidad de pasar a la Historia.

Allí yacen sus tumbas, en aquel pre-Pirineo tan adorado. Sus lápidas son sencillas y esbeltas, graciosas obras de su corazón, donde las hojas del otoño algunas vez les acompañan. Los pájaros de la primavera ayudan a la Lidia, de ya 10 años, a sonreír; los cuatro abuelos y todos los amigos aparecen por el cementerio con el ánimo ya comedido. Solo falta una respuesta más concreta por parte de ellos. Pero la naturaleza, con su suavidad y su violencia, ya se encarga de transmitirles a todos ellos su cariño imperecedero e inmortal.

## CAPÍTULO V

El cielo está en el suficiente punto de la calma: el que el lugar necesita. Contemplando su suave relieve, de colinas doradas por los ocres, aparece el especial espectador. Indudablemente, yace un lago plano entre sus abrazos. El aspecto cálido del paisaje es vidrioso, cristalino, transparente, adjetivos crecientes que dejan una impronta de calor fotográfica. La imagen, que desde cualquier punto regala, se refleja como en el mejor cuadro del artista extraordinario. La realidad del hermoso lago, rodeado de sus tranquilas lomas, es la dinámica diferente de nuestra dimensión. Sí, el paisaje final aparece con todos sus fuertes y matizados colores, el aire existe para nuestra respiración, mas su inmovilidad acrecienta la naturaleza de la instantánea. Hemos llegado a su destino por caminos que transcurren entornos de la misma esencia. En ningún lugar aparece gente. Se puede intuir su presencia por el consabido temor que regalan los lugares desconocidos; pero es indudable su inexistencia. Y tan perfecto cromatismo hace pensar sobre su creación artificial. Surge el lugar como la creación sobrenatural del artista supremo. Puede ser la obra del Creador, la presencia del paisaje original y primario. Los sentidos reaccionan frente a él, estigmatizándose; reciben una información completa de la iniciación. La explicación poco a poco va sucediéndose. Se comprende cada vez mejor porqué el color, la forma, el volumen y el aire son admitidos por los sentidos de aquella manera tan especial. La fotografía, el cuadro y el dibujo cumplen mejor la contestación. Las recreaciones artificiales y los nuevos originales responden a sus intenciones porque ha sido filtrada la información de nuestra realidad cotidiana. Solo puede comprenderse su sustancia si nos agarramos a la explicación del paisaje iniciático o del paisaje apocalíptico en su acepción última, final. Realmente, ambas categorías responden a la misma naturaleza primordial, pues la felicidad se hace máxima en sus dominios. Sin la existencia de ninguna materialización del placer, meramente con su contemplación física, se obtiene el tan ansiado don. Es la felicidad colmada por los verdaderos sentimientos de los espíritus honrados: el humor firma su pretensión. Existe de verdad la materia inextricable que define la alegría, allá en aquellas colinas que dominan sobre el lago. ¿Cómo podremos alcanzar aquel lugar tan real de lo absoluto?

Son otras montañas las que aparecen en otros instantes. No dejan de ser suaves también sus formas, alargadas y finas son sus curvas, pero la piel es escarpada por la dura roca y por su espinoso manto vegetal, aquel de tierras secas y frías sobre alturas indomables. El paisaje, ondulado

dulcemente, aleja gran parte de su cruda realidad. Sobre este nuevo ambiente natural, surgen aspectos variados del mismo adjetivo iniciático. Al lado de una casa modernizada, yacente sobre el rústico manto del paisaje, mana la fuente que da de beber a aquel ser. Los edificios más antiguos también explican, con las armonías cromáticas que el hombre les cinceló, su necesidad de contraste frente a la naturaleza. Y porque el hombre sabe refugiarse con sus mejoras artificiales, no por ello se convierte siempre en su opositor. Las hormigas crean nuevas oquedades, alargan sus laberintos, se enfrentan a la naturaleza para adaptarla a sus necesidades. Aquel pueblo antiguo, y con casas de sincera actualidad, no ha construido las murallas que le separan del exterior. Simplemente ha sabido adaptarse al cosmos externo del cual verdaderamente proviene. El agua continúa manando para que aquel ser también sienta aquí los mejores alivios que le regala el placer supremo de la contemplación. El aire es de nuevo inextricable, iniciático y apocalíptico. Sin ninguna razón sobre el origen y el final, se advierte, sin embargo, la sustancia de la materia inmutable, como, cuando saliendo de la noche, está aquella criatura asomada al alba para continuar consumando su felicidad. En aquella plaza artificial, formada por la desordenada extensión de las casas a las afueras del pueblo, sobre sus adoquinados y firmes intermitentes, continúa su persona amando las sensaciones. Cree de verdad, y muy bien, que está con la respuesta suprema. No es ecologista ni falso jefe de escuadrón, simplemente siente la esencia superior. Y más que alcanzada, le ha resultado regalada desde los primeros sueños de su infancia.

Al otro lado de la población, siguiendo sus lindes hacia la naturaleza exterior, llega a caminar y volar entre bosques de variadas formaciones, pero que unifican suficientemente sus especies para formar el carácter. Perdersse entre sus frondosos cuerpos se puede realizar de varios modos, pero el individuo que nos interesa solo sabe hacerlo de una manera. Puede que resulte un alelado para las otras formas de expresión, pero por desgracia para éstas, él siempre camina firme por las supremas formas de la verdadera realidad. El máximo placer, regalo, postre contemplativo, no se regalan, se conceden tras el sincero esfuerzo o la genial intuición. Si tan fácil fuera su alcance, pronto nos daríamos cuenta de su artificial naturaleza. Las cosas elevadas cuestan de alcanzar; la lógica no es un derecho. Ciertos hombres consiguen ciertas dimensiones porque están preparados para recibirlas. Pero en absoluto esto quiere decir que ellos mismos las hayan creado, forzado incluso, bajo su presión. Los espacios verídicos del mundo culminante ya existen desde siempre y para siempre; la sincronía es su primer adjetivo. Así también, aquellos bosques dejan su auténtico fundamento para los seres que los saben recibir, pero no por ellos



adquieren el carácter que los define. Los árboles dejarán el ánimo tranquilo de los que han aprendido a perseverar. Caminantes como nuestro héroe no prueban sus lugares; él bien sabe que el paraíso a este lado del pueblo es una reverberación más de las sustancias determinantes. Aquel lago, aquellas colinas, aquella fuente y aquella plaza son consustanciales entre sí; perfectamente posibles para advertir su individualidad, formando parte del conjunto fundamental.

Cuando se retorna de nuevo hacia la zona de la fuente, podemos contemplar cómo, después de beber agua, aquél vuelve a subir a su casa para continuar la vida relajada. Ésta no tiene nada que ver con la tan deseada, por todos nosotros, en este estúpido mundo. Aquélla es una suprema categoría como el sentido del sabor se hace inalterable con el gran manjar. Él continuará bajando hacia la fuente y subiendo hacia la casa con la persistencia que nos obligan a movernos los deseos inconmensurables. No puede existir ningún aburrimiento en el máximo afecto y sentimiento. En aquella casa se configuran los más suaves y tranquilos grises de la tarde. La tarde adquiere una profunda esperanza como el alba del penúltimo párrafo. No cansan nunca las entidades que confortan nuestra alegría. En ese estadio elevado del noúmeno de las cosas la monotonía no es comprensible, sino imprescindible.

La población con su fuente, su casa, sus bosques, sus montes y con el presentido edén, reciben o contienen las vivencias profundas de allá en aquella ciudad. La modernidad se hace contenida porque la ha matizado su sobriedad. El corazón y el alma de los seres humildes, aquéllos que valoran también la moral para la definición de los hombres, incluso cometiendo el pecado de considerarla superior con respecto a las demás características, concuerdan los hechos sencillos y profundos por el origen de sus actos. El espejo le refracta perfectamente, porque el ser aprendió en los dos mejores medios que la vida le podía ofrecer. Y la sustancia forma su especie para que éste intente de nuevo su retorno. Más que sueños y rememoraciones, su imaginación es reflejo de aquel estadio primario del cual provienen todas las cosas bellas. Sin ese punto máximo, se hace incomprensible la vida. Los argumentos refulgen los rayos del campo y de la ciudad para la perfecta conjunción. Si el marco es uno u otro, la sombra de su contrario permanece en el ambiente para el apoyo de la proeza. Así por ejemplo, aquella calle comercial, de la gran ciudad, concede su mejor aspecto a las diez de la mañana apenas; es cuando el corazón urbano se hace real, está despertando de su descanso y es entonces que contemplamos la frescura lozana de su figura. Ningún maldito virus, con su fingida coraza, pasea a esas horas su mentira. Su fortaleza es muy fuerte cuando creemos en el disfraz. Cualquier medicina lo destruye si el cuerpo que lo observa se fija más a fondo. A esas

horas, los verdaderos hombres y mujeres contemplan a través de las paredes y de sus gruesos muros, de los edificios más modernos y de los antiguos que siempre donan gratis su carácter. Con el verdadero corazón urbano, y el elevado desde la naturaleza, obtenemos distintos caminos del propio paraíso. Existen dos verdades del mismo origen. La estética alimenta al hombre. Pero su fin produce su éxito. El éxito de las reglas. Y éstas, para que concedan el regalo de la obra maestra, exigen el sufrimiento primero: el esfuerzo y la palabra. Aquellos individuos innatos que fácilmente comprenden las reverberaciones que nos manda el supremo aspecto... El fondo del bello lugar concede el mismo sentimiento de cualquier otro bello lugar. Ambos se exigen para la reproducción de los hechos con sentido. Se puede pagar muy cara la experiencia, pero si la intención fuerza a construir, los resultados, pronto o más tarde, valdrán la pena. La intuición acerca el nivel absoluto y su reflejo se agradece desde los sueños para siempre.

Existen individuos que acotan sus intereses fuera de la burda pretensión; por ello mismo son veraces, generosos y gozosos incluso de la mayor gula. Les gusta exagerar, como también dar hasta la propia vida. Viven la verdadera materia porque comprenden que se ha hecho para el disfrute, no para dar por morro al vecino. Eso sí, ¿por qué no sentirse orgullosos de su transformación cuando ellos la crean? Su vanidad no humilla, simplemente presume los hechos evidentes, se alegra de ellos, y las únicas ofensas las hace con el humor y el sabor de la broma, cuando su público acepta la realidad. Él solo quiere compartir. Sin embargo, cuando esta gente no acepta la evidencia y se comporta estúpidamente, sí que entonces debemos despreciarla con la mayor vergüenza. Las obras supremas de arte contienen todos los pecados y se hacen grandes, porque luchando contra ellos, al menos ganan la batalla de la voluntad. Repetimos: en la plaza mayor de la misma población vuelven a aparecer atisbos de lugares y hechos conocidos, pero la tonalidad que la embadurna procede de los más preciosos momentos iniciáticos, aquellos cuya génesis explican su fundamento y reverberación. El final comienza su nuevo origen porque siempre será y es. La muerte es inexplicable en los términos tan vulgares de los filósofos materialistas. Sólo algunos vivos pueden hablar de ella, porque son muchas las noches que aceptan sus premoniciones. Y aceptarlas en este nivel de la sustancia, significa la tolerancia del ideal. Si nuestro primo refracta una perdida sensación del pasado, si aquella escalera nos recuerda con su intuición tendencias pasadas, si los nuevos símbolos se crean por sí mismos, y a partir de los hechos primarios de siempre, es que la vida básica continúa mejorando porque el comienzo fue sincero.

Cuando se forman nuevos ámbitos y paisajes, como aquella corcovada final, debemos fijarnos muy bien en sus características, para intentar ligar hechos verídicos con las piezas dispuestas de diferente manera. Siempre la intención es clara. Aparece un grupo de gente, inmenso, al final de la garganta, en el inicio del valle salvaje. Salvaje no significan leones, leopardos y hienas, serpientes y mosquitos con su peor veneno, sino naturaleza. Qué pobre televisión la existente hoy en día. Ese grupo de personas está en aquel lugar porque el agua mana pacíficamente. Y tienen su explicación también por sus malas acciones. Nuestro héroe camina con ellos y de muchos quiere alejarse; sufre y goza sus consecuencias, pero la vida debe golpear para fructificar las explicaciones. Con éstas últimas se forja la teoría y no al revés. El método inverso sirve para justificar las mayores injusticias. Todo es posible y relativo a nuestros intereses. La misma moneda posee la cara del dogmatismo y la cruz del relativismo: la misma moneda. La filosofía se hace juego *ad eternum*, pero quedarse fuera del canto de la moneda te hace partícipe de un bando. A ver si comprendéis, por fin, que el halo que recorre el ambiente de la escena explica mucho mejor las cosas que la propia escena. Son su sabor y su tacto quienes doblegan la voluntad de los seres preparados para recibir las explicaciones supremas.

Una perfecta combinación de hechos diversos, y que se hacen indistintos, le advirtieron cuando la noche terminaba su punto hacia el nuevo día. Fueron su contenido y resultado como el del paraíso formado por el lago y sus colinas. Transmutaba por la gran avenida moderna de edificios clásicos, de aquellas construcciones nuevas, de formas y elementos más prefabricados y convencionales, pero que aún muestran más y menos la intención del disimulo. Sus cornisas y falsos almohadillados pretenden disimular la perdida estructura: la decoración la refuerzan con fantasías más o menos conseguidas. Incluso se atreven a jugar al arte menor. En definitiva, las calles de aquel urbanismo trascienden mejor su conciencia. La tonalidad gris que forman es asimilada con el necesario romanticismo que tan bellos hace los momentos tristes. Y entre plazoletas, grandes puertas y circunscribiéndose en las incluso presentes arcadas, su persona va asimilando el mejor humor urbano, aquél que deja discernir aún entre lo natural y lo artificial, verdadera fundamentación del ser humano. Anduvo ligeramente somnoliento por todos los rincones de aquel barrio, pero esta disposición suya sería la mejor para recibir la comprensión que se le estaba otorgando. Una persona exageradamente razonable, o inconscientemente soñadora, forzaría el mayor fracaso del mensaje manifestado. La emisión y difusión de una intención se hará voluntad y causa del movimiento de las cosas cuando el posible beneficiario se

convierta en receptor. Vuelvo a repetir que todos los hombres y mujeres no están preparados. No quiero formar tampoco un ejército de superhombres; éstos corresponderían a la radicalización de aquel posible tipo humano. Y sobre esa indecencia ya sabéis demasiado: pero las imágenes aún no nos llenan con el completo mensaje de la crueldad y del asesinato, de la separación y de la destrucción de las familias. Hay que sufrirlo en nuestras mismas carnes para percibirlo. ... Simplemente pretendo influenciar con lo que realmente me interesa, y que me ha sido revelado por multitud de efectos según la experiencia primaria. Y así fue como percibió el influjo de los tiempos transformados, tras pasar bajo la arcada que comunicaba aquella plaza semi-estandarizada con el viejo barrio. La arquitectura que le envolvía en este lugar arcaico le continuó sumiendo en el mismo sueño. Las sensaciones seguían siendo casi idénticas, apenas matizadas por el nuevo entorno. Dicen los poetas, los narradores e incluso los psicólogos, que el armazón constructivo alienta nuestra felicidad, tristeza, tranquilidad y mal humor. Correctas son estas experiencias y aseveraciones, pero era un poco extraño que él apenas sintiese más que el mero cambio físico de las estructuras. La gama tonal varió de forma insuficiente para alterar las esencias contemplativas. Continuaba siendo inherente la identidad. No podían las reformulaciones cambiar su entorno porque la biología era motor del mismo. El viejo barrio debe estar formado por suelos empedrados con losas, adoquines o cantos rodados, por suelos cuya piedra los dignifique hacia la eternidad. Donde las lápidas se imponían, el prestigio de los actos poseía la nueva explicación. A los palacetes, pórticos y genuinas arquerías, seguían soportales, casas y edificios normales, y significativos, de la antigua construcción. El gris poseía profundidad y verdadero volumen con sus ejemplos. El aire recibido adquirió la legitimidad de los tiempos originales. Las nuevas construcciones del pasado menos lejano aún pudieron conservar su matiz significativo. Hoy en día, si el gusto continúa en algunos edificios, donde se incrusten algunos detalles del pasado, el aire respirado en ellos todavía puede ser verdadero. Así, la evolución se hace precisión de su herencia y la transformación apenas es ruptura. De esta única manera, traspasando generación a generación, el arma de lo invisible; aunque cambien los bloques de materia, las formas e incluso sus calidades artísticas, puede sucederse el ánima primaria que concede razón a la vida. Y la inherencia de las personas superiores entiende las sustancias de la procedencia. Los verdaderos entes superiores, recordemos, huyen de los honores, siempre desean la soledad y desde su escondrijo jamás enardecen la furia contra el resto de los hombres; si acaso, les regalan el mejor arte y la mayor de sus sensibilidades para que repiensen sus actos. Desde el fin pueden ver el comienzo porque

ambos son idénticos en lo que efectivamente les concierne. Las farolas y gárgolas impelen su fuerza interior para la comprensión. Las personalidades profundas no se preocupan por los saltos del tiempo. Su sincronía concibe la perfección del universo humano desde aquel origen natural, motivo del lago y de las colinas, de los secos valles y de las frías **atemperanzas**. De los caminos recónditos y limpios de aburridas muchedumbres emanan las sustancias que hacen grandes a los hombres. El periplo prosiguió por dentro de ciertas casas, por las maravillas del sano decorado y que nos inician en la perdida rememoración. En las afueras, ya, de la misma ciudad, suceden sanas salidas de asfalto, perfectamente acomodadas para nuestro sentido lúdico de la visión. Lomas suaves de la naturaleza propia y humana, y que saben converger para la suprema continuación de aquel instante iniciático de tantos y tantos tiempos allendes. Del raudo pero consciente paso, del breve tiempo real pero que los dioses saben significar en su camino tranquilo hacia la percepción, de todo aquel proceso formidable debemos siempre estar atentos para nuestra comunión trascendental.

En otro tiempo y lugar, pero con idénticos sentidos, la calle de otra población discurre también por las afueras. Otro pueblo, como el primero del que he hablado, con su insinuante transcendencia para que la magna felicidad de sus fiestas ejemplifique su resultado. Idas y venidas, desde el pasado, arraigan un presente hacia la dignidad; se había desnaturalizado su deseo, su caminar. En muchos momentos de la enfermedad se habían intuido aquellas promesas pretéritas y que ella misma hizo olvidar. Pero aparecían muy desordenadas y sin la fuerza hegemónica que las harían emblema de una nueva vida. Únicamente conseguían empolvar la mañana, la jornada o unos días incluso, cuando las propias circunstancias de la afección forzaban su artificio; el empeño intencionado le era costoso y el resultado se hacía mediocre. Todas las cosas maravillosas que la vida regala a los mejores caracteres humanos, sus propias esencias y sustancias, explicaciones y sentimientos de la suprema y sincera nobleza, las pudo nuestro héroe avistar, y por fin reunir, con su efectivo tratamiento. El material fue ordenándose, día tras día, de la manera más natural y mágica, porque ambas propiedades son inseparables. Hubo sus reflujos y el desasosiego aparecía como su expresión; pero éstos eran normales en aquel tiempo de lucha. Mas el fragor fue acotando el espacio y el tiempo a los enemigos tan diversos. Reducidos a mínimas unidades, y controlados sus movimientos, la evolución se hizo cada vez más geométrica para Andrés y el alcance del bien le fue pronto consumado. Su especial formación vivió unos grandes años; fueron pocos, sí, pero la intensidad de su bien ejemplificó, una vez más, el origen primordial del mundo.

Subiendo levemente va la senda hacia el destino definitivo. El camino es árido, pero muy matizado de colores pajizos, ocres. El marrón fuerte es incremento de los diferentes cremas que se amontonan hacia el amarillo formidable, aquel del claro rayo de sol. La ya senda se hace lo suficientemente sinuosa, curvas a ambas direcciones, que ven taponada su visibilidad a más de media altura. El ámbito es concreto pero imprevisto, sin miedo, pero con el conocimiento de que algo definitivo existe a su alrededor: será el final de la pista el que completará la explicación. Después de recodos, que intuyen la maravilla, llegan suficientes explanadas que inician un nuevo descanso. ¿Y por qué no admirar sentados, si es que tienen la posibilidad de ir allá algunos hombres? No se hace necesaria, sin embargo, la presencia de éstos, cuando se puede escuchar la mejor música sin su aquiescencia: YOUNG RASCALS (*Groovin'*) y TURTLES (*Earth Anthem*). La propia naturaleza se sirve sola para enaltecer tan magnas obras juveniles. La felicidad mejor posibilitada proviene de la inocencia: ¡oh, aquel clamor proveniente aún desde la infancia! Intuyamos, al menos, aquel imposible fenómeno para nosotros, el de la mera sustancia que se adhiere a la magia musical. No está muerta, no existe el contemplador que done lógica a la escena; es un tercer fenómeno distinto, aquel cuyo paisaje yace presente mientras suena una música inaudible. Forman el cuadro siempre anhelado, propiciado en alguna ocasión por el pincel del pintor, cuando el artista está en su punto de mayor ensueño. La escena se hace contemplativa, atisbo de deseos que apenas inician el camino de la intuición. Mundos extraños pero deseados, queridos y hasta gozados en ese placer del fracaso, abortados a las puertas de la más bella de las respuestas. Tras el descanso, en aquella pequeña extensión de libertad, se vuelve a caminar por los sueños del cerrado camino, aquél que permite hacer a la premonición. ¿Qué os vamos a contar? Nuevos espacios recónditos, nuevos recoletos en la senda del más bello paraíso, donde el alma se muestra libre y deseosa de alcanzar el feliz augurio. En la siguiente explanada se advierte un superior nivel de la maravilla; más amplia y abierta para los espíritus preparados que ya entienden el porqué de la cuestión. Y fulgurando a la izquierda, el esplendoroso castillo amurallado yace contundente y ágil, a la vez, para renovar los ánimos. Existe magia, conquista, defensa y explicación de las normas humanas existentes. Atenta la lucha del pasado para un mejor entendimiento de los hechos. Un día de aquellos son veinticuatro horas. El día actual debe diseñarse con las suficientes maneras del pasado, las maneras de siempre, para que así sintamos el tiempo acorde con nuestro cuerpo natural. La gente estúpida de hoy en día, mayormente cambia los días por horas, en una debacle de su imaginación que los vuelve

tan fácilmente desmenuzables, para que el listillo ágil se borde en su comercial sonrisa: nos vende cualquier artilugio por nuestro impagable tiempo. El castillo se place del sentimiento siempre anhelado. Surge espontáneo para convertirse en el mejor monumento de historias y leyendas que colmen el espíritu hambriento de los niños. Y continuando el camino, tras aquél ya desaparecen los obstáculos de la visión. Subiendo ligeramente una falsa cuesta, la senda apenas cumple su función, porque el destino se hace posible en la planicie, que es ahora la protagonista del mensaje. Con su tierra clara y amarilla, ocre, con apenas vegetación, se va intuyendo el edén. Surge raudo desde el horizonte el conjunto de colinas que anuncian el final del destino. Ya son el grupo de pistas que se confunden hacia el único fin de todo delta. Alcanzada ya la visión desde el propio mirador, y que define aquel llano, se contempla a sí mismo su propio corazón. Admira toda la majestuosidad de aquellas suaves colinas secas, de ocres y rojizos, de amarillos y cremas. Yacente a sus pies, el suave lago irradia azules y transparentes para que el carácter disponga de un amplio marco. La extraña magnificencia no es altiva, goza de su poderío y abraza con su fría pasión las almas que solo pueden llegar aquí. El mensaje es digno, cotidiano y supremo; el descanso eterno la merece y allá va Isabel, después de siete años, junto a su Andrés al que acaba de ver. Se sienta a su lado, le acaricia, le abraza y le besa.

- ¡Qué pronto has venido! ¡Pobre Lidia!

- ¡Sí! Pero la guiaremos desde aquí. Lleva nuestra alma desde el primer día.

Y THE BROTHERS FOUR acompañan la nueva dimensión del amor de Isabel y Andrés para terminar esta historia inacabable por ahora. Unos ejemplos del eco: *Greenfields* y *My Tani*. La implícita ironía la forman los genios: ella da el sentido a la eternidad.

Y todo por un maldito tumor cerebral, de crecimiento rápido, que se confundió, al principio, con su enfermedad mental de tipo básico. Cuando finalmente todo se supo, no quiso Andrés que le pusieran la morfina necesaria para quitarle el máximo de sufrimiento. Prefirió algo de dolor, porque así podía hablar con su mujer, con los que le rodeaban, a los que amaba. Por otro lado, dicho tumor ¿se desarrolló por aquella patología que sufría desde siempre o simplemente fue uno más de los males que nos pueden azotar, aparte de los que nosotros mismos ya creamos en la misma familia, en el trabajo o fuera de él, o en cualquier otro ambiente externo, para sufrimiento de nuestros semejantes?

El F I N en esta dimensión.  
1/6/1997



### **CONSIDERACIONES :**

#### **Palabras claves:**

aburrimiento, admiración, alma, ambiente, amigo, amor, bastante, bello, carácter, circunstancias, conocimiento, consecuencias, contemplación, definitivamente, destino, dolor, dominio, enamorado, enfermedad, entorno, envidia, equilibrio, especie, esperanza, estilo, estúpido, existencia, explicación, expresión, extraño, fácilmente, familia, finalmente, hechos, humor, ignorancia, imágenes, infancia, iniciático, inmediatamente, instantes, intuición, ironía, locura, mayor, mejor, mientras, miradas, momentos, música, necesario, ocasiones, pensamiento, primavera, primordial, profundo, recuerdos, remanente, rememoraciones, romántico, sensaciones, sentimiento, siempre, simplemente, suave, sueños, suficientemente, sufrir, temperamento, terrible, totalmente, tranquilo, únicamente, verdaderos, y

#### **Palabras especiales:**

Maginot 50; Yuggoth 137.

#### **Palabras y acepciones supuestamente propias del autor:**

atemperanza 7,11,72,90,194; cintaron 123; efusionaban 15; exotizaba 5; homonizar 151; ilogizaba 12; inexisten 40; interpersonales 40; intervariadas 182; laciado 16; libidinaba 9; neurotizada 86; pensante 8; preamor 83; prefacia 20; reconfortación 95; sinhacer 12; supervivir 75,101,166.

#### **Palabras no reconocidas para su uso:**

autohipnosis 76; costipado 47; excepcionalidades 79; exorbitada 176; fanatización 127; inevitabilidad 93,180; inmente 177; malfunción 183; reformulaciones 177,193; semiestandarizada 193; sintomatizar 175.

#### **Escritores:**

FLAUBERT: Madame Bobary. 14

HONORÉ DE BALZAC: Eugénie Grandet. 49,52

MARK TWAIN: Huckleberry Finn. 56

MIGUEL DELIBES: *La forma del ciprés es alargada.* 12

OSCAR WILDE: *El retrato de Dorian Gray.* 7

OSCAR WILDE: *Epístola: In Carcere et Vinculis ("De Profundis").*  
75,109,

STENDHAL: *Rojo y Negro.* 11,20. *La cartuja de Parma.* 99,114

Bécquer 91, Guillén 77, Poe 141, Schiller 20

### **Economistas, Políticos y Pensadores:**

Bacon 24, Churchill 7, Ganivet 8, Hume 24, Newton 24, Ramiro de Maeztu  
7, Schopenhauer 14

### **Músicas:**

CONNIE FRANCIS: *Embraceable You.* 10

DR. HOOK: *Sharin The Night Together.* 140

FRANKIE AVALON: *Where are you?.* 114

PERRY COMO: *Magic moments.* 134

THE BROTHERS FOUR: *Greenfields, My Tani.* 196

TURTLES: *Earth Anthem.* 195

YOUNG RASCALS: *Good lovin'.* 195

GARDEL 17,26, LOVIN' SPOONFUL 16, OLIVIA NEWTON JOHN 21

### **Cine:**

*El tiempo en sus manos* 122, *Ultimátum a la Tierra* 94, CORMAN 141